

Selección RNR

CHRISTINA BIRS

CONTANDO
ESTRELLAS



Romance Actual

Contando estrellas

Christina Birs



1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Christina Birς

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-811-2

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*«Duda de que sean fuego las estrellas,
duda de que el sol se mueva,
duda de que la verdad sea mentira,
pero no dudes jamás de que te amo».*

Hamlet, William Shakespeare

Contenido

Portadilla

Créditos

Cita

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Agradecimientos

Nota de la autora

Promoción

Prólogo

Cerca de Sestri Levante, República de Génova. Finales del siglo XV.

—La hermana Leonilde la acompañará —indicó la abadesa con una sonrisa, satisfecha tras comprobar que la bolsita de cuero que le había dado a cambio contenía cinco monedas de oro.

—Es por aquí. —En silencio, siguió a la religiosa.

Mencia daba gracias a Dios por encontrarse a refugio. A lomos de su caballo había recorrido a galope tendido las últimas tres leguas en medio de la despacible noche invernal. Debía llegar cuanto antes a la iglesia de Santa Maria Ligure. El cardenal Severini, amigo personal de su tío y quien había cuidado de ella durante los últimos años, le había dado instrucciones claras de lo que debería hacer en caso de peligro, y sabía que en ese lugar estaría a salvo. No podía arriesgarse a continuar con el cofrecillo el largo trayecto que le restaba. La estaban vigilando de cerca desde que había salido de Roma hacía una semana, y tenía la sospecha de que la atacarían en cualquier momento para arrebatarse el contenido del pequeño baúl de madera.

—Ha hecho bien haciendo un alto en el camino, el frío llama a ello. ¿Hacia dónde se dirige?

—Al norte —respondió escueta. Sabía que el único motivo por el que aquella huesuda y encorvada mujer de cara avinagrada le daba conversación era indagar sobre la pieza que portaba.

—¿Va a visitar a algún pariente?

—No —mintió.

—Es extraño que alguien confíe el depósito de un objeto en nuestra iglesia a no ser que lleve rumbo sur. Imagino que ha de ser de gran valor.

El templo, situado en el camino costero que unía Santiago de Compostela con Roma y, además, de forma estratégica, en las cercanías de la Vía Francígena, principal vía de peregrinación a la urbe romana desde el norte de

Europa, era el lugar elegido por muchos romeros, sobre todo los acaudalados, para depositar las valiosas ofrendas que llevaban consigo al Vaticano y así evitar que fuesen robadas en caso de asalto. No en vano aún distaban casi doscientas sesenta millas de la Ciudad Santa, las que había que salvar por arduos senderos, a menudo llenos de vándalos y saqueadores. A cambio de un donativo, bien fuese en forma de limosna, objetos litúrgicos o incluso reliquias de santos, como había cedido algún noble, las agustinas se encargaban de que dichos dones llegasen a su destino sin percance alguno.

—Malditas ratas —escupió la monja con tono agrio nada más abrir la robusta puerta de madera que conducía al exterior. Cogió la antorcha del aplique rudimentario de forja situado junto a esta, la encendió y le hizo seña para que la siguiese escalerilla abajo por el abrupto acantilado—. Tenga cuidado, los peldaños están resbaladizos. Agárrese aquí —añadió en referencia a una cuerda que hacía las funciones de pasamanos.

Ya dentro de la inhóspita oquedad rocosa donde guardaban las piezas, tanto propias como en custodia, el sonido de una gota al caer desde el techo y chocar contra el suelo hizo estremecer a Mencía. Había algo en el ambiente que la inquietaba. Inconscientemente, apretó las piernas con fuerza al recordar las palabras de Su Eminencia previas a su partida: «antepón su salvaguarda a tu propia vida». A pesar de que podía encontrarse con la muerte en el trayecto de regreso a casa, asumió con gusto la misión. No podía fallar a su familia romana ni a su tío, don Beltrán de Cusanza, vicario de la Diócesis de Compostela.

—Los cuervos llevan varias noches rondando el huerto.

A sus espaldas quedaba la boca de la cueva, por la que se filtraban rayos de luz provenientes de la luna llena. Por ella también se colaban al interior unos espeluznantes chillidos de pajarraco, que retumbaban en las paredes de piedra.

—Esos graznidos no presagian nada bueno —auguró la monja entretanto se adentraban unos metros—. Hemos llegado.

Colgada al cuello y cubierta por sus raídas vestiduras, Leonilde llevaba

una cadena de la que pendía una llave. Con parsimonia, se inclinó hacia la cerradura del enrejado metálico que cerraba el cubículo con intención de abrirlo.

Mencía soltó un grito ahogado al escuchar lo que parecían unos pasos que hacían crujir la escalera.

—No se asuste. El viento arrollador que se ha levantado campa a sus anchas entre los recovecos. Aquí solo estamos los roedores, usted y yo. —La llave parecía resistirse a entrar en el agujero, así que optó por quitarse la cadena. Falta de reflejos, se le resbaló de las manos y cayó al suelo—. Maldita sea —farfulló al apagarse la llama a consecuencia de una ráfaga de aire y quedar casi en penumbra—. Ayúdeme a buscarla.

Aferrando el baulillo contra su cuerpo con el brazo izquierdo, la joven se agachó con cierta dificultad debido a las molestias abdominales que empezaba a sentir, y comenzó a palpar el inmundo y húmedo piso hasta que un ligero temblor sacudió la gruta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó temerosa, a la par que se incorporaba con rapidez.

—Un regalo divino para recuperar la llave. Alabado sea el Señor.

Mencía se arrinconó contra la pared y se abrazó a sí misma, rogando a Dios, con los ojos cerrados y en voz baja, que Leonilde abriese pronto la reja para así poder salir de allí cuanto antes. Concentrada en sus plegarias, sintió la fría y afilada hoja de acero sobre su cuello y, mientras se desvanecía en su propio charco de sangre, notó cómo las convulsiones se iban haciendo cada vez más fuertes.

Capítulo 1

«A petición del cardenal Severini, Lucrezia Caprarola, condesa de Vico, ha tenido a bien acogerme como dama de compañía en su noble morada del Quirinale [...]. ¡Oh, tío, tengo tanto que agradeceros! [...]. En contra de lo esperado, tras el fatigoso viaje, mis fuerzas no flaquean, y lo único que ansío es la llegada del día en que por fin podré acariciar con mis propios ojos cada palabra escrita por Platón, Aristóteles, Ptolomeo, Lucrecio, los maestros de la Escuela de Chartres [...] como he hecho durante años con los códices que me descubrió a hurtadillas, cuando tan solo era una niña, en la biblioteca catedralicia de Compostela...».

En cuanto el conductor del autobús apaga el motor en la estación de Génova, cierro el archivador A-Z en el que guardo una copia del estudio sobre Mencía de Cusanza, ya gastado por las esquinas de tanto abrirlo y cerrarlo en los últimos dieciocho meses. Bajo la escalera, sin molestarme en disimular la euforia nerviosa que me produce haber llegado por fin, y busco, sin éxito, a Alba con la mirada.

—Sira, estoy aquí —chilla, sin dejar de ondear una pequeña bandera de Italia en cuya franja blanca aparece serigrafiada, en color azul, la palabra «benvenuta».

Corre hacia mí, y nos fundimos en un abrazo interminable, a pesar de que hace tan solo dos meses y medio que no nos vemos. En concreto desde mi última visita a Santa Maria Ligure, a finales de marzo, cuando solicitamos el permiso de excavación para llevar a cabo el estudio histórico-arqueológico de las ruinas de la iglesia y su entorno.

—¿Y ese cambio radical de *look*? —Me sorprende al ver que no queda ni rastro de su larga melena azabache—. ¡Estás guapísima!

—Cierto es que me favorece. —Utiliza una cristalera como espejo y se revuelve el pelo con la mano, alborotando su corte estilo *garçon* con flequillo degrafileado—. La semana pasada participé en una campaña solidaria de donación de pelo para la fabricación de pelucas oncológicas.

—Eres la mejor. —Vuelvo a achucharla, orgullosa por el gesto que ha tenido, antes de agacharme para recoger la bolsa de plástico cerrada con doble nudo, que había posado en el suelo—. Voy un momento a la papelera.

—¿No será...? —Pone una mueca de asco y fija sus ojos marrones en mi cara—. No tienes mal aspecto. Eso es señal de que ya te estás recuperando.

—Eso espero. —Suspiro—. En la última parada he tomado una tónica, para ver si se me estabilizaba un poco el estómago, y parece que ha funcionado, porque no he vuelto a vomitar.

—Es que no me extraña que echases hasta la última papilla. Casi quince horas encerrada ahí dentro. —Señala el autocar con la cabeza—. Eso es matador. Además, imagino que, con estos calores, traeríais el aire acondicionado a tope. Como para pillar una pulmonía. Yo ni tan siquiera me lo hubiese planteado...

—No tenía otra forma de venir. —Me encojo de hombros con resignación—. Según los periódicos italianos, lo más seguro es que la huelga de controladores aéreos dure, como mínimo, dos semanas.

—Fuiste muy precipitada. Al final quedará en tres o cuatro días, como siempre.

Cargadas con mis maletas, nos dirigimos a paso lento hacia el *parking* que está más cercano a la estación en busca de su coche.

—¿Cómo va Hugo de su resbalón en la ducha? —Se preocupa.

—Ya casi no le quedan magulladuras, pero el médico le dijo que tenía que seguir con la muñeca vendada un par de días más.

—Bah. —Da un manotazo al aire—. Eso no supone ningún problema para él, estará bien atendido por la líder pija de alguna asociación estudiantil.

Reímos, porque toda fémína que pasa por la clase de nuestro amigo cae

rendida a sus pies. Incluidas nosotras. Aunque por aquel entonces yo era una novata recién salida del instituto, y él, un becario del Departamento de Arqueología de la Universidad Reyes Católicos, que había finalizado sus estudios el curso anterior. Aun así, once años después, hay que reconocer que esa mezcla de chico malo e intelectual, a pesar de que podría decirse que su físico es del montón, lo sigue haciendo irresistible para sus alumnas veinteañeras.

—Te he dejado un hueco. —Levanta la puerta del maletero—. En caso de que no tengas espacio suficiente, puedes utilizar los asientos traseros.

—Si te descuidas, tengo que alquilar un cofre para el techo... —me quejo de broma, ya que tan solo queda libre una esquina en la que, a duras penas, puedo acoplar una maleta—. Ni que fueras a mudarte tú también...

—Es que eso es exactamente lo que tengo previsto. ¡Me voy contigo a Sestri Levante! ¿No es genial? —La miro sin entender nada en absoluto, a la par que me quedo muda—. No esperaba que dieras saltos de alegría, pero por lo menos podías mostrarte un pelín más efusiva...

—No seas tonta, ¡cómo no me va a hacer ilusión que volvamos a vivir juntas! —Le doy un mimo, puesto que se ha quedado un poquito apagada—. Lo que pasa es que me lo has soltado así de repente, y no me lo esperaba para nada.

—Quería darte una sorpresa.

—¿Y eso, a qué se debe?

—Pues, ya que por desgracia nos vemos en contadas ocasiones —dice con un puchero un tanto teatral—, me parece que es una buena oportunidad para pasar más tiempo juntas. Además, es mucho más cómodo para no tener que andar desplazándome todos los días desde Génova, que por lo general suele haber bastante tráfico.

Hecho que corroboro nada más ponernos en ruta, mientras cruzamos la ciudad en dirección a la autopista.

Entre túnel y túnel, mi mente vuela a mi último curso de secundaria, cuando visité Italia —y pasé por esta carretera— por primera vez. Ya desde

pequeña me había picado el gusanillo por la Historia y podía pasarme horas y horas leyendo y mirando fotos de excavaciones y ruinas en libros o en la *Encarta* —antes de que llegase Internet a mi casa—, pero nada comparado con lo que sentí en Roma al pasear por el Foro de Trajano. Allí, con tan solo cerrar los ojos, me vi envuelta por las voces de senadores, cuestores, comerciantes y esclavos, por el olor a vino, a letrina, a incienso y a perfume de azafrán... Y tras volver, como quien dice, en mí, me di cuenta de que se me habían escapado un par de lágrimas. Mi tutora, condescendiente, me abrazó y me dijo que estaba sufriendo el síndrome de un tal Stendhal, algo que por aquel entonces no entendí y que me hizo mirarla con extrañeza. Pero mi expresión se transformó en cuanto divisé a un grupo de arqueólogos, y mis pies comenzaron a caminar solos hacia ellos. Y allí, mientras mis compañeros se retrataban con actores disfrazados de emperadores, yo lo tuve claro: «Algún día, trabajaré aquí».

Dejamos atrás la autopista y nos incorporamos a la rotonda que distribuye el tráfico a la entrada de Sestri Levante. Entusiasmada, esbozo una ligera sonrisa, que se ensancha cuando Alba ralentiza al enfilarse una calle de sentido único cercana al paseo de la playa y al centro histórico.

—Llegamos. —Señala un edificio de tres plantas pintado en tonos naranjas, en cuyo bajo hay una carnicería—. Por el momento somos las únicas inquilinas —me comenta mientras me ayuda a sacar el equipaje de su Fiat 500—, aunque según me ha dicho Bernardetta...

—¿Quién? —la interrumpo al no haber escuchado antes ese nombre tan familiar para ella.

—¡Ah! La propietaria del apartamento. Tengo entendido que es la fuente de información extraoficial más fiable de todo el barrio.

—Estupendo, una casera metomentodo...

—No vive en el bloque, pero, si así fuese, estoy segura de que tampoco tendríamos ningún problema con ella. —Deja lo que está haciendo para centrar toda su atención en mí—. ¿O es que tienes pensado convertir esto en *Sestri Shore*, con noches de fiesta, alcohol y sexo?

—Vengo a trabajar, no a disfrutar de una beca Erasmus.

—Tampoco es que te despendolaras el curso que estuvimos en Sicilia...
—insinúa con un bisbiseo.

—Te he oído.

—¿Acaso miento? En fin, como te iba diciendo, a principios de junio suelen llegar los dueños del primero, así que estarán al caer. Por lo visto es un matrimonio jubilado que viene con sus dos nietos a pasar el verano.

Pica con los nudillos en el cristal del escaparate de la carnicería y saluda con la mano al dependiente, quien le devuelve el gesto con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Lo conoces?

—Es primo de Bernardetta. Su *cima alla genovese* está de muerte, tienes que probarla.

—Ahora mismo... —mascullo para mí—. ¿Y del segundo piso qué se sabe?

—Es del marido de la peluquera de la esquina, lo heredó de su madre.

Pongo los ojos en blanco, cargando una de las mochilas al hombro.

—Me refiero a si vive alguien habitualmente.

—Ni idea, no me ha comentado nada. Solo que se rumorea que cobran el alquiler en negro. —Cierra el coche y nos encaminamos hacia el portal—. ¿Qué traes en esta maleta, que pesa horrores?

—Mi portátil, herramientas para la excavación y varios libros.

—Pues me vas a tener que ayudar a subirla, te recuerdo que es un tercero sin ascensor.

—Anda, quejica, lleva tú esto que ya me encargo yo de la maleta.

Tras subir los trepecientos escalones enmoquetados cuatro veces, por fin acabamos con la «mudanza».

—¡Bienvenida a nuestro hogar durante los próximos tres meses! —Se entusiasma con la idea—. ¿Qué te parece?

—Bonito *hall* —bromeo, una vez poso los bártulos en el pequeño

recibidor.

—Bien, empezamos la ruta. —Entro detrás de ella en la habitación que nos queda a la derecha—. El salón no es muy grande, pero tenemos de todo y en buen estado. —En una ojeada rápida de reconocimiento veo un sofá de tres plazas con *chaise longue*; un mueble enterizo con armario, librería, estante puente y repisa con televisor; y una mesilla auxiliar—. Lo único malo es que no es muy luminoso y las vistas no son nada del otro mundo. —Nos acercamos a la ventana—. Enfrente tenemos edificios.

—Eso es lo de menos.

—Siguiente parada: la cocina. Como ves, una reforma no le vendría mal.

—Te doy la razón. —Opino lo mismo que ella sobre la cocina ochentera, un tanto estropeada por el uso—. Pero para el tiempo que vamos a estar, nos apañamos.

—También es verdad. Seguimos. Tema dormitorios. —Abre las dos puertas situadas en la pared opuesta del *hall*—. Ambos dan a un patio de luces y son prácticamente iguales, la única diferencia es que uno tiene cama matrimonial y el otro, dos camas de noventa separadas. ¿Lo echamos a suertes?

—Quédate con esta. —Le indico con un gesto la habitación matrimonial.

—¿Y si tienes compañía?

—Sabes que eso no va a ocurrir.

—Lo suponía, aunque en el fondo tenía la esperanza de que tu faceta «Santa Sira, Sira, Sira, a los hombres ni se mira» se hubiese quedado en España, pero ya veo que no... Pues, maja, a ver si te espabilas pronto, que no sabes la de alegrías *p'al* cuerpo que te estás perdiendo por tu empecinamiento. Que, por cierto, ya empieza a rayar lo obsesivo, perdona que te diga, el que nada ni nadie interfiera en tu camino hacia Renato Fontana. Y si por lo menos estuviese de buen ver, podría llegar a entenderlo, pero ni eso: es calvo, tirillas y con una nariz que ya quisiera don Pimpón...

Me adentro en mi cuarto y descorro las cortinas para que entre un poco de luz natural.

—Pues siéntate a esperar, porque no voy a claudicar.

Si por algo es importante para mí el estudio de Santa Maria Ligure, además de por ser mi primer trabajo como coordinadora de una excavación arqueológica, es porque supone un gran paso en mi carrera profesional para conseguir el objetivo al que llevo tanto tiempo dedicada en cuerpo y alma: formar parte del equipo de arqueólogos encabezado por Renato Fontana en Roma, el más prestigioso de Italia, y puede decirse que de Europa. Por ello incluso he dejado de lado aspectos básicos de la vida, como mantener una relación de pareja —de hecho, solo he tenido una, aburrida y con falta de chispa—, o pasar más tiempo con mi familia. Pero eso es algo de lo que no me arrepiento porque sé que entrar en el equipo de Fontana es algo así como una utopía, y nunca lo conseguiré si pierdo la concentración. Y por mucho que Hugo me repita que el equipo rectoral de la Universidad Reyes Católicos, de la cual ambos dependemos, está muy contento con mi labor como investigadora y que no quiere perderme, por lo que barajan la posibilidad de que imparta alguna asignatura el próximo cuatrimestre, yo no soy de las que se rinden a la mínima de cambio y no me voy a encerrar entre cuatro paredes a disertar sobre teorías y métodos historiográficos; seguiré persiguiendo mi sueño hasta que lo alcance.

—En serio, siete meses a palo seco no puede ser bueno para la salud.

—¿Ahora eres mi sexóloga de cabecera?

—Tómalo a guasa... —Se dirige a la cocina—. No hace falta que te diga que la quinta puerta es el baño. Mientras te instalas en el dormitorio «antirretozo», voy a preparar unas cosillas.

—¿No piensas deshacer tus maletas?

—Eso puede esperar.

Ya a solas, tras recoger mis cosas del recibidor, recorro la habitación con la mirada de forma pausada. Sonrío al ver que está amueblada con gusto —al igual que lo están el salón y el otro dormitorio—, con dos camas, sus

correspondientes mesitas y un armario opuesto a ellas, todo en tonalidades verdes y blancas. Como única decoración, sobre los cabeceros compactos, dos carteles de los años sesenta promocionando las Vespa. Escojo la cama que se encuentra más cercana a la ventana, abro la mochila y coloco mi archivador A-Z sobre una de las mesillas. En la otra, un portarretratos con una foto tomada el mes pasado, con motivo del cumpleaños de mi madre, en la que aparecemos toda la familia: mis padres, mi hermano, mi cuñada, mis dos sobrinos y yo. Y así, poco a poco, en menos de un cuarto de hora, ya tengo todo organizado y distribuido.

—Ahora sí —afirma Alba, contenta, cuando entro en la cocina. Acto seguido me tiende un vaso con una rodaja de naranja decorativa en el borde.

—¿Has preparado sangría?

—No hay inauguración que se precie sin brindis. —Choca su vaso con el mío—. ¡Chin-chin!

—Este sabor me trae muy buenos recuerdos. —De forma imaginaria me transporto a nuestra época de estudiantes y, más recientemente, a las fiestas que organizamos cada vez que va de visita a España.

—Pues no es momento de ponerse sentimental —ataja con cierto misterio—. Nos vamos. Aún te queda por conocer lo mejor.

Coge la jarra con lo que queda de bebida y me encasqueta un plato con aceitunas.

—¿Para qué...?

—No hagas preguntas y sígueme.

Intrigada —y con algo de miedo, porque de mi amiga se puede esperar cualquier cosa—, salgo tras ella del apartamento. Atravesamos una puerta en el propio rellano, en la cual no había reparado antes, y la sigo sin rechistar por un corto tramo de escalera de madera. Cuando abre la destartada puerta en la que desemboca, se me ilumina la cara. No me había dicho que tuviésemos azotea. Y mucho menos que estuviese acondicionada con mobiliario de jardín. No falta un solo detalle: desde dos tumbonas hasta barbacoa, pasando por una mesa con seis sillas, una sombrilla e incluso un

pequeño banco balancín. Además, nada de gravilla por suelo, sino baldosas de barro.

—Puede decirse que la estrenamos nosotras. La arreglaron en Semana Santa.

—Pues creo que nos va a dar muchas alegrías... —afirmo con la vista fija en el horizonte, donde, entre los edificios, se intuye el mar de Liguria.

Acercamos una silla a las tumbonas para que haga las funciones de mesa y nos repanchingamos en ellas.

—Sin duda, has hecho una buena elección de apartamento. —Brindamos de nuevo.

—Gracias. —Saborea la sangría—. *Edite et bibite, post mortem nulla voluptas.*¹

—Por si no lo sabes, el latín es «lengua muerta».

—Es que me aprendí algunas expresiones y dichos para la presentación del libro de la semana pasada.

—Es verdad, que no te he preguntado. ¿Qué tal ha ido? ¿Les han gustado tus dibujos de las lápidas romanas?

—Sí, las autoras de los textos son un cielo, e incluso firmé un par de ejemplares. —Se pavonea—. Y, en general, el acto, bastante bien. Pero no puedo decir lo mismo de la vuelta a casa... —murmura entre dientes, muy bajito.

—¿El qué?

—Nada. —Toma un trago más largo de lo normal.

—Alba, te conozco. Hay algo que no me estás contando.

—No sé de qué me hablas... —Se hace la longuis e intenta disimular espantando con los brazos a un par de gaviotas que descansan sobre el parapeto que tapia la azotea.

—Vaya si lo sabes —rio. Y no sé por qué me da la impresión de que está relacionado con el hecho de que estés ahora mismo aquí tumbada a mi lado...

—Está bien —refunfuña, dándose por vencida—. Digamos que tuve un

pequeño problemilla con mi vecino de planta... —Suelta para el cuello de la camisa, antes de hacer una breve pausa—. Bueno, quizá no fue tan pequeño...

—¿En qué quedamos?

Se revuelve incómoda en la hamaca.

—El miércoles pasado, entre que estaba lloviendo y que llegaba tarde a la presentación del libro, con las prisas, me olvidé las llaves en casa. Me di cuenta de inmediato, pero, como no podía entretenerme y, al fin y al cabo, la puerta estaba cerrada, opté por dejar el tema hasta que volviese. El caso es que, cuando regresé, tuve la suerte de que salía una vecina, así que pude entrar al edificio e ir directa a casa de la *signora* Baroncini, que tiene una copia de mi llave. —Asiento—. Cuando me cansé de picar y que nadie diese señales de vida (al día siguiente me acordé de que está pasando unos días con su hija en Módena) —me aclara entremedio—, di la vuelta y fui a ver si por mí misma era capaz de solucionar el asunto. Siguiendo un vídeo de Internet, intenté abrir con una tarjeta, pero no hubo manera. Así que le di un par de golpes a la cerradura con el zapato...

—¿Que hiciste qué? —Intento aguantar la risa, porque lo cuenta muy seria.

—Quién sabe, podía funcionar. —Se encoge de hombros—. A mi juicio los golpes no eran muy escandalosos, pero mi vecino de al lado parece ser que no pensaba lo mismo y salió a ver qué sucedía.

—¿Lo conozco?

—No —responde rápida—. Yo... solo lo he visto en un par de ocasiones.

—¿Es joven?

—Tiene treinta y dos años..., calculo —se apresura a aclararme lo que había sonado como una afirmación.

—¿Físico?

—Que te cagas. —Ambas reímos. No podría haberlo expresado con mayor claridad—. Practica natación y compite con un equipo semiprofesional.

—Sigue.

—Como te iba diciendo, salió a ver qué sucedía... con unos simples bóxer.

—¿En serio? —Asiente, mordiéndose el labio.

—El caso es que, en un visto y no visto, me abrió la puerta con la misma tarjeta con la que lo había intentado yo hacía unos minutos. Para agradecérselo, lo invité a tomar un café, lo uno llevó a lo otro... y acabamos liados.

—¿Tan mal fue la cosa que huyes?

—¿Estás de coña? Acaricié el cielo con los dedos.

—Entonces, no veo dónde está el problema.

—Es que la historia no acaba ahí... —balbucea—. Estaba tan agotada que me quedé dormida, pero ya sabes que soy de sueño ligero, así que me desperté a medianoche... y me lo encontré plácidamente dormido a mi lado, abrazándome por detrás, en plan cucharita. —Se me escapa una risilla por su tono, una mezcla de susto y mala leche—. Yo no le veo la gracia por ningún lado, por eso lo saqué de mi cama de malas maneras y, con un par de gritos, le invité a que siguiese roncando en la suya.

—¿De verdad hiciste eso?! —En parte no me sorprende. Los sentimientos de Alba hacia los hombres son efímeros por naturaleza, de ahí que no sea capaz de digerir cosas como esta, y cualquier acto que vaya más allá del sexo le bloquea la mente; pero nunca imaginé que pudiese llegar a tal extremo—. Pobre chico.

—Sí, igual me excedí un poco —reconoce para sí misma en voz alta, sin parecer muy arrepentida—. No, hice bien.

—Aclárate.

—Actué de forma correcta —recalca, del todo convencida—. No hay duda. Se lo tiene bien merecido porque..., porque sí.

—Buen motivo... —me burlo antes de meter una aceituna en la boca—. ¿Habéis vuelto a coincidir?

—No. Ya me encargo yo de que eso no ocurra. Aunque parece ser que a él no le importaría, porque el muy masoca no debió de tener suficiente y a la mañana siguiente vino a picarme, pero es obvio que hice como que no estaba.

—Normal, iría a pedirte explicaciones. Porque la noche anterior estoy segura de que no le dejaste decir ni mu.

—Sea lo que fuese, traía un ramo de flores en la mano. Precioso, por cierto. Y dejemos el tema, que me estoy empezando a poner de mal humor.

—Se frota los brazos con las manos para calentarse—. Bajo un segundo a casa a buscar una chaqueta. Vuelvo enseguida.

—No hace falta que te apures, de aquí no me pienso marchar hasta que anochezca.

Conforme se va, dejo la mente en blanco y me relajo, a sabiendas de que, después de tanto tiempo, por fin ha llegado la hora de la verdad y, ahora sí, ya nada me va a impedir que consiga acariciar mi sueño.

1 “Comer y beber, que después de esta vida no hay más placer”

Capítulo 2

Cansada de dar vueltas en la cama durante toda la noche sin pegar ojo, y desvelada por los rayos de sol que se cuelan por las rendijas de la contraventana, me envuelvo con las sábanas en un intento de paliar el frío que siento y decido retomar la relectura de las cartas de Mencía en busca de algún dato que se me haya podido pasar.

«Hoy he acompañado a la condesa a orar a la basílica de Santa Maria in Aracoeli [...] allí se encuentra cada miércoles con su hermano, fray Stefano [...]. De regreso a casa, protegidas por Girolamo, el sobrino del cardenal, pues ya oscurecía, he podido contemplar el sublime Foro de Trajano, el más grande de la ciudad y recuerdo presente del esplendoroso pasado imperial de Roma. El propio Girolamo, si el cardenal lo permite, me ha prometido un paseo en carruaje, siempre que no corramos peligro alguno, y revelarme así los secretos de sus bellas siete colinas. Mas no decliné su oferta, pues Vos sabéis de mi interés por la Historia, a pesar de mi pasión por la Ciencia, y mi gusto por aprender de los grandes maestros de la Antigüedad [...]. En este entorno prodigioso, imagino a Julio César tras regresar victorioso de una de sus campañas, meditando sobre los sabios consejos de Sosígenes de Alejandría con vistas a reformar el calendario romano; a Higinio Gromático ideando uno de sus relojes solares a orillas del Tíber; a los estudiantes de la Sapiencia, por las callejuelas del barrio de Sant'Eustachio, debatiendo sobre las aportaciones matemáticas de Fibonacci...».

Aparco de mala gana la lectura debido al dolor de cabeza y a la quemazón que siento en los ojos y, con pereza, me levanto y me encamino hacia la cocina con intención de tomarme un vaso de leche caliente con miel, esperanzada de espabilar un poco.

—¿Te has enterado de lo de Hugo?!

Alba, con el teléfono en la mano, entra como una exhalación y, al pillarme desprevenida y falta de reflejos, derramo la bebida por el suelo y por mi pijama.

—Hoy no estoy de mucho humor para tus exclusivas del corazón, te aviso.
—Me incorporo sin espíritu y cojo varias hojas de papel secante.

—Ya podía ser algo de eso. —Se deja caer con pena en una de las sillas—. Está ingresado en el hospital.

—¿Cómo?! —Dejo de limpiar y me siento a su lado. Hugo significa mucho para nosotras; además de buen amigo, puede considerarse nuestro mentor—. ¿Qué le ha pasado?

—Le ha atropellado un coche.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo te has enterado? ¿Se encuentra bien?

—Voy por partes. Hace escasa media hora. En la esquina del parque, frente a la universidad.

—Otro conductor que no vio el paso de peatones tras el giro cerrado, ¿verdad?

—Se dio a la fuga, pero eso es lo que creen los testigos, entre ellos mi hermana, que fue quien me avisó.

—¿Vuelven a estar juntos? —Me extraño, más que nada por el hecho de que Alba no me hubiese cotilleado algo.

—¿Estás loca? —Me mira como si acabase de decir la mayor barbaridad del mundo—. Aquello solo fue un rollo pasajero. Hugo la iba a invitar a desayunar para que lo asesorase como otras veces en un tema financiero, nada más. Él estaba cruzando la calle, y un coche negro se lo llevó por delante. Por suerte pudo esquivar el impacto frontal, pero aun así salió volando por los aires varios metros.

—No me lo puedo creer... —Hago una pausa para limpiarme el moquillo con un clínex—. Todavía no me has respondido, ¿cómo está?

—De momento le están haciendo pruebas, porque al caer al suelo se golpeó la cabeza. Además, también se quejaba de un dolor agudo en uno de

los brazos. Mi hermana ha quedado en avisarme en cuanto sepa algo, pero en principio los médicos han dicho que no parece que sea nada grave.

—Menos mal. —Suspiro aliviada—. Ojalá sea verdad y pueda venir el lunes a la presentación de la campaña de excavación. No sería lo mismo sin el director del proyecto.

—Yo también lo espero. Tengo muchas ganas de verlo.

—Menuda racha que lleva, el pobre.

—Todo es culpa del espejo.

Me sueno de nuevo.

—¿Qué espejo?

—El que se le rompió hace un par de semanas cuando intentaba cambiarlo de sitio, y ya sabes lo que eso supone, siete años de mala suerte...

—No me digas que te has vuelto supersticiosa —rio en la medida de lo que puedo.

—Viendo esto, me lo voy a empezar a plantear. —Me estudia con detenimiento—. Hablando de espejos, ¿tú te has mirado en uno esta mañana?

—No, ¿por qué?

—Tienes las mejillas enrojecidas y el resto de la cara bastante pálida. —Se acerca y posa su mano en mi frente—. Estás ardiendo.

—Es un simple resfriado. —Intento restarle importancia a mi pésimo estado de salud—. Un par de analgésicos y como nueva. —Consulto la hora en el reloj del horno—. ¿Te parece bien que salgamos hacia Santa Maria Ligure sobre las diez?

—De eso nada. Tú no estás en condiciones de ir a ningún sitio. —Jugando con la ventaja de que no tengo espíritu para oponer resistencia, me arrastra al sofá. Mulle un par de cojines y me los coloca para que esté más cómoda—. No te muevas.

—De verdad que estoy...

De una estocada, me mete el termómetro en la boca para, acto seguido, taparme con una fina manta de verano.

—Vuelvo en cinco minutos. Voy a ver si hay alguna novedad sobre Hugo.

Resignada, cierro los ojos y descanso la mente, por ser lo único que me pide el cuerpo, y espero a que regrese; algo de lo que no soy consciente porque, en algún momento, me quedo dormida.

Y en cama, y prácticamente en estado vegetativo, paso el viernes y el fin de semana, hasta que por fin, hoy lunes, soy otra vez persona.

—Buenos días —saludo eufórica nada más abrir la puerta de mi habitación, vestida para marchar—. Ponme al día de las novedades que nos esperan.

—Se nota que ya estás recuperada. —Alba da por finalizada su tabla de ejercicios mañaneros y entra en conversación—. Vuelves a ser la monotemática de siempre. Te prefería enferma, no te voy a engañar. En un momento de delirio, hasta conseguí que me hablastes de tu azarosa vida amorosa...

—Gracias por cuidarme y encargarte de todo estos días. —Sonrío.

—*Quid pro quo*. ¿O ya no recuerdas las dos semanas que pasé encamada con varicela cuando estuvimos de erasmus?

—Como para olvidarlo... En mi vida conocí peor enferma que tú —me burlo, achuchándola.

—Muy graciosa. —Lo acompaña de un mohín, al tiempo que se separa—. Me doy una ducha rápida y te cuento de camino.

Mientras tanto, aprovecho para preparar el material y para enviarle un mensaje de voz a Hugo, que, aunque por suerte todo quedó en una simple rotura de brazo y un hombro dislocado, no pudo venir por tener revisión médica.

—¡Lista! —Se agacha y coge sus bártulos—. Carlo ha citado a todos los miembros del equipo a las once, pero me ha confirmado que él llegará sobre las diez y media, así que vamos con tiempo suficiente para que antes puedas charlar un rato con él.

Si Alba no hubiese intercedido hace unos meses para que su colega de departamento, Carlo Bassano (profesor emérito de la Università Cristoforo Colombo de Génova y codirector del estudio), respaldase el proyecto de Santa Maria Ligure y firmase un convenio de colaboración con la Universidad Reyes Católicos, es más que probable que, por segundo año consecutivo, nos hubiesen denegado el permiso de excavación. Pero el que hoy sea el inicio de la campaña no es el motivo que me inquieta —aunque mentiría si no dijese que un poco sí—, en realidad lo es el hecho de que esta es una buena ocasión para que Renato Fontana conozca mi trabajo, dada su estrecha relación con Carlo Bassano. De ahí que desde el minuto uno deba luchar con todas mis fuerzas para que todo se desarrolle de la mejor manera posible y sin contratiempos.

—Perfecto, porque quiero comentarle en privado un par de cosas.

—Está ansioso por conocerte —me confiesa cuando salimos del portal—. Y no sé por qué tanta insistencia; ya le dije que eras resultona, con tu media melena castaña caramelo, tus ojos color miel y tal, pero que no esperase nada de otro mundo...

—¡Oye!

—Tranquila, no es tu tipo; a no ser, claro, que tengas un trauma infantil y te ponga Torrebruno, en paz descanse, pero no es el caso. —Se calla un instante y me observa con cierto aire dubitativo—. No lo tienes, ¿verdad?

Suelto una carcajada.

—Definitivamente, cada día que pasa estás peor.

—Créeme, cosas más raras se han visto... Por cierto, lo de hablar a solas con Carlo lo veo difícil. No me ha comentado nada, pero entiendo que Giovanni viene con él. —Remata la frase con un bufido.

—¿Problemas con el figurín de Armani?

—Veo que ya has tenido el gusto, por decir algo... Te juro que es más tonto que hecho por encargo.

—He visto su foto en el currículum y leído algún artículo sobre su trayectoria en Internet, francamente impresionante con la edad que tiene.

—Es el niño mimado del departamento, así que imagina...

—Ahora dime, ¿cómo están los ánimos para empezar a trabajar?

—Según me ha dicho Carlo, que me tiene frita con el tema, todos se mueren de ganas por comenzar.

—Ya falta poco. —Sonrío.

—Y tú, ¿qué tal? ¿Estás nerviosa?

—Más que eso, lo que estoy es, como ellos, ansiosa. Aunque el no defenderme de forma correcta en italiano es algo que sí me preocupa. —A pesar de entenderlo sin ningún problema, de no hablarlo a menudo he perdido soltura y tengo miedo de no saber por dónde salir.

—Pues que no te quite el sueño. Tiene fácil solución.

—¿Cuál? —La miro de reajo, desconfiada, a la espera de la respuesta que pueda darme.

—Recurre al *itañol* —suelta tan campante—. Cuando no sepas una palabra, prueba a decirla en español. Al principio yo era lo que hacía y nunca he tenido ningún problema, siempre me han entendido. Quizá no a la primera, pero el contexto lo pillan seguro. Hazme caso.

—Gracias por el consejo. —Se siente orgullosa de sí misma—. De todos modos, intentaré refrescar la memoria...

—Tú misma —responde al no verme muy convencida con su idea.

De seguido enfilamos la calle que conduce hasta el lugar donde arranca el sendero de acceso a Santa Maria Ligure.

—Creo que somos las últimas en llegar —comenta, con la vista puesta en el grupo de seis personas que charla de forma distendida al otro lado del pequeño puente que atraviesa el seco torrente Fico, nuestro punto de reunión.

Miro el reloj y compruebo que son las diez y veinte pasadas.

—¿Pero no me habías dicho que quedamos a las once?

—Sí, pero por lo que se ve, hay gente tan impaciente como tú. Y quita esa cara de susto —murmura entre dientes, al ver que me fijo en el profesor Bassano—, ya te dije que tenía que ponerse alzas en los zapatos para que lo

dejasen montar en las atracciones de feria para adultos.

—¡Sira! —Bassano me tiende su rechoncha minimano—. Después de cientos de *e-mails* y llamadas telefónicas por fin nos ponemos cara. Ahora que vamos a ser *colleghi* no te importa que te tutee, ¿verdad?

—No...

—Pues se acabaron los formalismos —me interrumpe, sin darme opción alguna a hablar, con su más que perfecto español; dominio idiomático que, según él mismo me confesó en una ocasión, se debe a las largas temporadas que pasa en España desde que era joven por motivos de trabajo—, llámame Carlo.

—De a...

—Tenía muchas ganas de conocerte y poder felicitarte en persona por tu *lavoro* —me corta de nuevo y continúa con su monólogo, mientras sigue meneando mi mano arriba y abajo—. Hugo Ortega me ha hablado muy bien de ti. Bueno, de las dos —aclara, risueño, y, por fin, me suelta—. Venid, que os presento.

—Recuerda —me susurra mi amiga—, en caso de que te quedés en blanco, tira de español.

Y así, me aventuro y me sumerjo de pleno —o al menos eso intento— en una conversación en italiano en la que Carlo ejerce de anfitrión, y nos presenta a Chiara, a Nella y a Alessio, los tres estudiantes voluntarios de la Università Cristoforo Colombo que, junto con Gabri, alumno becado por la Universidad Reyes Católicos —y a quien ya conocía gracias a Hugo—, trabajarán como peones durante la campaña.

—Te olvidas de mí —reprocha Giovanni a Carlo. A pesar de haberlo visto con anterioridad en imágenes, en persona puedo asegurar que bien podría haber venido directo de cualquier desfile de la pasarela de Milán: rostro apolíneo, alto, fibroso, peinado a la última moda y vestido de manera impecable. —Hola, Alba —suelta con tal suficiencia que de forma automática hace que pierda cualquier atractivo físico que pueda tener. Mi amiga le devuelve el saludo con un simple movimiento de cabeza y poca

gracia—. Soy Giovanni Pacchiarotti —se dirige a mí, recitando su nombre con soberbia—, pero, por favor, llámame Gio. Un placer conocerte, Sira.

—Lo mismo digo, Gio.

—¿Nos ponemos en marcha? —anima Carlo.

Emocionados, optamos por el itinerario con trazado directo y comenzamos a ascender por el zigzagueante y empinado camino de acceso a Santa Maria Ligure: una vía de comunicación de origen medieval —si no anterior—, que solo puede ser transitada a pie o a caballo. A mitad de trayecto, me detengo a beber un poco de agua y aprovecho para contemplar, durante un instante, las estupendas vistas sobre el núcleo de Sestri Levante y su Bahía de las Fábulas —llamada así en honor al escritor Hans Christian Andersen, el visitante más célebre de la localidad—. Tras veinte minutos de agotadora caminata, por fin enfocamos la valla móvil que delimita el recinto.

—¡Vamos, pasad! —ordena Carlo, con la respiración agitada y empapado de sudor, una vez que abre el candado—. Seguid de frente a las ruinas, ya tendremos tiempo más tarde para *esplorare* el campamento base —bromea al vernos detenidos (y en mi caso boquiabierta ante semejante despliegue) al lado de la, a simple vista, espaciosa tienda, el *wc* portátil de madera y el generador eléctrico.

Cuando tengo ante mí los muros que quedan en pie de la iglesia, sonrío ilusionada. Por unos segundos regreso a mis años de doctoranda y rememoro todos los buenos recuerdos de los momentos que viví al lado de Hugo y de Alba —aunque con ella unos cuantos menos, ya que se encontraba trabajando en Egipto— en la pequeña localidad cercana a Astorga, donde se levanta la iglesia de San Petronilo, objeto de estudio de mi tesis y que también funcionó durante la Edad Media como «caja de caudales», en este caso para los peregrinos que acudían a Santiago. Gracias a ello, supe de la existencia de Santa Maria Ligure. Y gracias a eso otro, aquí estoy, apasionada por Mencía de Cusanza desde el primer momento en el que leí sobre su vida y convirtiendo en realidad mi sueño de coordinar unos trabajos arqueológicos en los que, además, voy a trabajar con mis amigos y con un equipo

inmejorable, a juzgar por las conversaciones que mantuvimos desde que salimos.

—Gracias. —Es la única palabra que consigo articular, esforzándome por no derramar alguna lagrimilla, tras dar una pequeña vuelta sobre mí misma y comprobar que no se puede poner tacha alguna al acondicionamiento del área.

—Me alegro de que te guste cómo ha quedado. —Carlo se muestra satisfecho con los resultados—. A partir de ahora tú mandas, estamos en tu terreno; a no ser que te estés arrepintiéndote...

—¿De trabajar? Todavía no la conoces... —masculla Alba por lo bajini, cosa que le hace ganarse una patada disimulada.

Respiro hondo, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Buenos días..., de nuevo. —Ríen—. Aunque a estas alturas creo que ya no hace falta que me presente, para los más despistados, les recuerdo que me llamo Sira López y que seré la responsable de la excavación. Así que, si las cosas marchan según lo previsto, nos veremos las caras casi a diario durante los próximos tres meses. —Alba me infunde ánimo con una sonrisa—. Seguidme.

Nos adentramos en el interior de las ruinas del templo románico, constituidas por parte de la fachada; el parapeto norte, prácticamente intacto, incluido el hueco de la portada lateral; y el muro testero. Me sitúo de tal manera que dejo a mis espaldas la espectacular vista sobre el Golfo de Tigullo, ya que la iglesia cae al mar de Liguria y en ese lateral no se conserva el muro, aunque por motivos de seguridad se ha construido un murete de contención.

—El conjunto de Santa Maria Ligure —continúo, con el grupo dispuesto en semicírculo en torno a mí—, como podéis apreciar, de reducidas dimensiones y modesta construcción, fue fundado en el siglo xiii. Estaba formado por la iglesia con su correspondiente torre campanario, a mi izquierda, y una pequeña edificación aneja en la parte trasera que hacía las funciones de vivienda para las monjas, de la que solo se conserva un pequeño

basamento, como veremos después. Cabe destacar que siempre estuvo habitado por un reducido grupo de religiosas de la Orden de San Agustín. ¿Alguna pregunta?

—Parece que no —responde Carlo tras analizar, una a una, nuestras caras.

—Bien —prosigo—. A mediados del siglo xvi, la comunidad decide trasladarse al monasterio genovés de la orden y Santa Maria Ligure queda abandonada. Así, con el paso del tiempo, y debido a las inclemencias meteorológicas a las que está expuesta a consecuencia de su posición geográfica, en un promontorio sobre el mar, se fue deteriorando hasta convertirse en las ruinas en las que nos encontramos.

La siguiente media hora profundizo en el territorio, en el ocaso de la Baja Edad Media y los albores del Renacimiento, en las peregrinaciones y en el papel que jugaba la Iglesia.

—Ya te vale... —murmura Alba a modo de protesta. —A ver si echas un poco el freno, que de otra cosa no, pero hablando de trabajo tienes cuerda para rato...

—Ahora nos acercaremos hasta la parte trasera —sigo, sin hacerle el menor caso— para que veáis...

—Lamento *interrompere* —se excusa Carlo, con su peculiar mezcla de español e italiano que delata que está acelerado—. A pesar de que está resultando muy interesante, me temo que vamos a tener que dejarlo aquí si no queremos perder la reserva en el *ristorante*.

—Mañana seguimos. —Les guiño un ojo.

—Sira. —Gio se acerca a mí—. Tienes que disculparme, anoche no pude leer el dossier sobre Santa Maria Ligure que nos enviaste.

—No le des más vueltas, sé que le echarás una ojeada en cuanto puedas. —Asiente con la cabeza.

Aunque Alba no exageraba cuando decía que su actitud era de lo más estirada, en la conversación que mantuve con él ayer de sobremesa también

pude comprobar que, tal como me dijo Carlo, es un buen profesional y puede aportar mucho al equipo como documentalista.

—*Ragazzi*. —Carlo palmea para llamar la atención de todos nosotros—. Vamos a continuar donde lo dejamos ayer. Por favor, Sira.

—Para no aburriros con datos que podéis encontrar en la documentación que os facilité, os voy a explicar un poco por alto la idea de trabajo que tengo para estos meses, y luego ya pasamos a centrarnos en materia.

—Perfecto.

—Pues vamos allá. Empezaremos a excavar por la zona de lo que en su día fue el huerto de las monjas, ya que, en base a varios documentos, es probable que allí se encuentren enterrados los restos de Mencía de Cusanza. Cuando finalicemos con esta fase, pasaremos a la edificación donde residían, la que nos aportará datos muy interesantes sobre la forma de vida que llevaban las religiosas. —Espanto con la mano a unos mosquitos que no paran de revolotear a mi alrededor atraídos, supongo, por el olor a coco de mi protector solar—. Por último, concluiremos la campaña con el estudio de las ruinas de la iglesia. Ahora, si os parece, nos acercamos hasta el antiguo huerto.

Dejamos a un lado las ruinas y nos dirigimos hacia la parte trasera de Santa María Ligure, para detenernos unos metros más allá.

—Procura ser breve... —me advierte Alba con burla antes de ponerse una gorra.

—Gracias por recordármelo.

—No hay de qué, para eso estoy. —Reímos.

—Bien, si algo llama la atención del terreno, es que en esta zona — subrayo, mientras la rodeo con un círculo imaginario que trazo con el dedo —, como podéis observar, la hierba es más alta, y eso puede ser una señal de que bajo ella se halla un foso o un enterramiento. En el dossier recojo una explicación pormenorizada de la figura de Mencía con datos biográficos y referencias a sus estudios como astrónoma y matemática, así que pasaré a hablar de la que podemos considerar, sin lugar a dudas, una de las piezas más

importantes, por no decir la que más; que, esperemos, hallemos durante la excavación.

—Sira —me corta Alessio, mirando la pantalla de su teléfono móvil—, yo todavía no he recibido el correo.

—Recuérdamelo luego. Por dónde iba... —Consulto la chuleta—. Ah, sí. En su periplo por Tierra Santa, un año antes, el cardenal Severini, coleccionista de objetos curiosos, a su paso por Constantinopla, se había hecho con una figurilla femenina realizada en oro. La pieza, en base a la descripción dada por el propio cardenal en su diario, mide unos doce centímetros, es muy sencilla y está esculpida de manera tosca. La cabeza es proporcionalmente más grande que el estilizado cuerpo, y a este se pegan los brazos con las manos levantadas en actitud orante. —Se pasan uno a uno el dibujo de la estatuilla realizado por Alba—. En el rostro, dos pequeñas esmeraldas verdes se incrustan a modo de ojos, aunque solo se conserva una, y se dibuja una sonrisa arcaica. El otro elemento reseñable lo encontramos en el torso. Aquí aparece burilado un crismón, criptograma que representa de forma simbólica a Cristo. —Hago una pausa para beber un poco de agua—. Gracias a una de sus cartas, sabemos que Mencía llevaba consigo la pieza en el momento de su muerte.

—Según he leído —comenta Nella—, no se conserva ninguna de las cartas escritas por Beltrán de Cusanza a su sobrina. ¿Se sabe por qué?

—Es más que probable que Mencía las portase en las alforjas de su caballo, lo mismo que su diario personal y los bosquejos y apuntes de sus estudios, también desaparecidos. —Intercambio una mirada con Alba, a sabiendas de lo que está pensando—. Lo más seguro es que las propias monjas se deshiciesen de todo ello tras su muerte.

—Qué lástima —lamenta, secundada por el resto del grupo.

—Retomando el tema de la estatuilla, salvo cosa rara, esta debería de conservarse prácticamente intacta junto al esqueleto de Mencía.

—¿Cabe alguna posibilidad de que mintiese en la carta o de que, tras su muerte, hubiesen descubierto dónde la escondía y la hubiesen robado? —se

interesa Gabri.

—Por supuesto. Pero para eso estamos nosotros aquí, para descubrirlo. —
Sonrío.

—Los arqueólogos somos una especie de policía científica del pasado —
bromea Chiara.

—Puede decirse que sí. Por último, por si luego queréis echar un vistazo, aunque os aviso de que no se ve, la «cueva del tesoro» —me refiero a ella entrecomillándola con los dedos— donde las monjas depositaban todas las piezas se encuentra unos veinticinco metros acantilado abajo. Como explico con detalle en la documentación, por temas legales no pudimos acceder a ella, pero sí realizar un estudio de la zona. Incluyo varias fotos, así que podréis ponerle cara.

—¿Alguna pregunta? —Se me adelanta Carlo—. ¿No? Pues a preparar las herramientas, mientras Sira y Alba dividen el área para comenzar a *scavare*.

—Eso suena a despedida. —Mi amiga esboza una mueca pesarosa.

—Me temo que sí. Los *collegghi* de Turquía me necesitan, y ya no puedo aplazar más la marcha.

—Te vamos a echar de menos.

Agradecido al saber que lo digo de corazón, me da un abrazo.

—Mantenedme al corriente de *tutto*, aunque no sé cuándo podré responderos, porque en el yacimiento no hay cobertura. —Carialegre, se encamina hacia la salida—. Después de caer en el olvido durante siglos, puede que por fin salga a la luz una pieza clave para la Historia y la Ciencia.

Capítulo 3

—¿Es tu cumpleaños, y no nos has dicho nada? —pregunto intrigada a Chiara, que saca una bolsa con el logotipo de la confitería que regentan sus padres en Sestri y nos reparte un pastel de almendra a cada uno antes de que acabemos de comer.

—No —ríe desenfada—. Mi cumpleaños es el veinticinco de diciembre.

—Eso sí que es tener mala suerte. —Alba pone cara de circunstancias.

—Hoy celebramos las dos primeras semanas de campaña.

—Pues muchas gracias por el detalle. —Sonrío después de dar un bocado—. Buenísimo.

Como el día está bochornoso, con la disculpa de que estamos de celebración, estiramos la sobremesa un poco más de lo habitual.

—¿Cómo llevas el boceto? —Nos interesamos por el cuadro de las ruinas al amanecer que está pintado Chiara.

—Ya lo tengo más o menos acabado. Está quedando muy bonito, pero qué voy a decir yo.

Consulto la hora y me incorporo.

—Ahora sí. Lo siento mucho, pero tenemos que regresar al trabajo.

—Si no queda más remedio...

A excepción de Alba, que saluda y entabla conversación con unos paseantes que se interesan por la excavación, ocupamos nuestros puestos en la zona de lo que en su día fue el huerto.

—Sira —me llama Gio pasado un rato—, tienes que ver esto.

De inmediato dejo de tomar notas del nuevo estrato en el que trabajamos desde primera hora de esta mañana y me acerco.

—¿Qué ocurre?

—En este sector la tierra es diferente. Está claro que se trata de un relleno.

Compruebo que así es y no puedo evitar que una sonrisa aflore en mis labios.

—Chicos, vamos a centrarnos aquí. Puede que hayamos encontrado lo que estábamos buscando.

—¿Estás segura? —me pregunta Alba, esperanzada.

—Del todo no, pero las probabilidades son muy altas.

Organizo las tareas para no molestarnos unos a otros, y, poco a poco, Chiara, Nella, Alessio y Gabri, junto con Gio, van quitando tierra. Mientras, Alba se encarga de las mediciones, y yo saco fotografías y dejo constancia de todo en mi cuaderno de campo.

—Creo que he encontrado algo. —Chiara, con evidente excitación, deja caer el paletín al suelo, y Alba se aproxima apresurada.

—¿Qué es?

—No lo sé... —Se acerca para verlo de forma más nítida—. Parece una especie de cadena...

—Sí —confirma mi amiga—, es una cadena.

—¿Y ahora qué hago?

Le guiño un ojo cómplice.

—Continuar con el trabajo hasta que la extraigas. Me quedo aquí contigo, no te preocupes.

A medida que desentierra, mi calma comienza a flaquear, puesto que a cada paso que da, soy más y más consciente de que, sin duda, se trata del medallón de Mencía, y eso solo significa una cosa: que no estamos lejos de su cuerpo. Una hora y tres cuartos después, inmersa en un estado pleno de satisfacción, tengo el colgante entre mis manos.

—Qué menos que una foto de equipo con el hallazgo, ¿no? —Alba se marcha en busca de su palo para *selfies*, con el que carga a diario en su mochila «porque nunca se sabe», y posamos risueños con el medallón—. Voy a mandársela a Hugo y a Carlo.

—Pásanosla también al grupo para que la tengamos todos —propongo con

tono alegre, camino de la tienda para estudiar la pieza con detenimiento.

«Como muestra de su amor, Piero me ha hecho entrega de un colgante que ha pertenecido a su familia durante generaciones. ¡Oh, tío, tendríais que ver cuán precioso es! [...] el azul intenso del lapislázuli entre los delicados hilos de la filigrana que lo envuelven, todo ello engastado en plata, y en cuyo reverso figura inscrito “*Fac ut ardeat cor meum*

”² [...]. Su tatarabuela lo recibió de manos de uno de los mozos de cuadra de la casa Volpe, llamado Giuliano, a quien amaba [...]. Al enterarse su padre de la relación, el joven Giuliano fue acusado en falso de hurto y apresado por los guardias de la ciudad ante los ojos de una impotente y desolada Luigia [...] zafándose de sus captores, Giuliano corrió a los brazos de su amada para hacerle entrega del medallón y que así le recordase eternamente, como él haría con ella. Pero este hermoso acto le costaría la vida. Uno de los guardias, al pensar que trataba de huir, le asestó dos desafortunadas y certeras estocadas con su espada, cayendo moribundo a los pies de Luigia, quien perdería la cordura para siempre. El paterfamilias de los Volpe ordenó el ingreso de su hija en un convento cercano a su residencia. Allí, poco tiempo después, daría a luz al pequeño Giuliano [...]. Pasados doce inviernos de su nacimiento, la mujer que lo había acogido le habló de su verdadera madre, y él acudió en su busca al cenobio [...]. Luigia había fallecido durante la Pascua siguiente a lo sucedido debido a su locura [...]. En su lecho de muerte, había dado orden a la priora de entregar a su hijo una deshilachada faltriquera en cuyo interior se escondía el colgante...».

Al cabo de una hora, Gio viene a buscarme.

—¿Has acabado con las anotaciones y el registro?

—Sí. —Dejo a un lado la carta de Mencía y le entrego la bolsita

transparente con el medallón—. Ya puedes llevártelo al laboratorio.

Salgo a la par que él y me dirijo entusiasmada hacia donde continúa trabajando el resto del equipo.

—Por hoy ya hemos tenido suficiente —bromeo—. En diez minutos recogemos, que además empieza a cambiar el tiempo.

Todos menos Alba, que sigue concentrada en lo suyo, apuran hasta el último segundo antes de depositar las herramientas en el cubo de plástico para limpiarlas.

—Yo también creo que he encontrado algo —nos informa mi amiga.

—Gravilla, raíces y hormigas no cuentan. —El grupo al completo reímos, pero en la expresión de Alba no hay ni un ápice de cachondeo.

—Va en serio, Sira. —Levanta la cabeza y me mira con cautela—. Es un hueso.

—Dame un punzón. —Sin decir nada, abandona su puesto para que me ocupe yo—. Podéis iros si queréis, esto me va a llevar tiempo.

Pero nadie se mueve. Permanecen a mi alrededor, expectantes, viendo como poco a poco, casi a la puesta de sol, el atisbo de hueso se convierte en los restos óseos de una mano.

—Enhorabuena —los felicito, con un nudo en la garganta por la emoción, porque sin su trabajo, esfuerzo e ilusión diaria esto habría sido imposible—. Todo indica a que lo hemos conseguido.

Alba, Chiara, Nella, Alessio y Gabri forman una piña en torno a mí, y nos damos un abrazo colectivo. Y entonces sí, lloro. Mis lágrimas tienen un sabor dulce, para edulcorar las amargas derramadas en su día por Mencía; mis gritos son de alegría, para silenciar su dolor; mi felicidad es contagiosa, para paliar la tristeza que provocó su pérdida; y con el fuego de nuestro ensueño, encendemos una estrella, la misma que hace siglos se apagó. Y así, dejo explotar el sentimiento de euforia que me invade al acariciar el *summum* de mi carrera profesional y al saber que, por fin, la Historia será justa con la figura de la prodigiosa Mencía de Cusanza, tal como se merece.

—¿Todavía estás así? —le pregunto a Alba cuando entro en la cocina y la encuentro a medio vestir. Mira por inercia hacia su reloj de pulsera, que no lleva puesto, y le aclaro qué hora es—. Van a dar las ocho, así que date prisa que llegamos tarde.

—Buenos días a ti también. —Da un largo trago al batido de chocolate con nata que acaba de prepararse—. Tengo una buena excusa. Estuve viendo la tele hasta bien entrada la madrugada y no dormí ni tres horas.

—Imaginaba que sería algo así...

—Que conste que tú tampoco tienes muy buena cara que digamos, aunque deduzco que a ti quien te quitó el sueño fue Mencía de Cusanza y no Chris Hemsworth, ¿me equivoco?

—Anoche estaba cansada y solo ojeé por alto las fotos que le hicimos al colgante y a los huesos.

—¿Estás nerviosa?

—Mentiría si te dijese que no. —Apuro mi café—. Todo indica que vamos a encontrar el esqueleto en buen estado de conservación, pero prefiero no pensar en ello.

—No tendría por qué no ser así. Ya viste que la mano parecía estar intacta.

—Lo sé, pero tengo que reconocer que mi mayor miedo no es ese.

—Temes que no esté la estatuilla, ¿verdad?

—Sí. —Suspiro.

—Pues estate tranquila, que tengo la corazonada de que mañana vamos a salir en todos los periódicos a causa del hallazgo. —Sonrío agradecida por sus ánimos—. Y ahora ¿nos vamos o qué?

—Tendrás morro...

—Vaya cara de estreñido que tiene en la foto. —Alba se ríe cuando le enseño el *whatsapp* que nos acaba de enviar Hugo, mientras esperamos a que se levante la barrera del *parking* subterráneo que se encuentra al otro lado de las vías del tren, enfrente del punto de reunión—. Menos mal que está

pasando unos días de vacaciones y relax con su primo en Saint-Tropez, que si no, no me lo quiero ni imaginar... Y encima, para colmo, la saca en el camarote; por lo menos podía haberse estirado un poco y haberla tomado desde cubierta para que viésemos las vistas, porque de no ser por ese ridículo ojo de buey, no veíamos ni el mar...

—¿Cómo quieres que esté el pobre? Por lo que dice, todavía se está recuperando del síncope de ver la foto de los huesos tan seguida de la del medallón. Entre eso, los dolores de la fractura y el engorro de la escayola, no me extraña.

—En cambio Carlo sí que se lo curró. ¿Cómo era?

—«Me alegro mucho, *ragazze*».

Nos entra la risa a las dos.

—Buenos días —saludamos—. Sentimos el retraso.

—Parece que no somos los únicos que hemos trasnochado —bromea Alessio en alusión a las ojeras que tenemos todos hoy.

—¿Y Gio?

—Aún no ha llegado. —Nella me pone al corriente.

—Qué raro, siempre suele ser puntual. —Compruebo el móvil y lo vuelvo a guardar.

—Venga, contadnos mientras a qué se deben esas caras de insomnio.

—¡Alba! —le llamo la atención—. No seas cotilla.

Se ríen.

—La mía, a *Thor*. —Nella deja escapar un suspiro—. No me levanté del sillón hasta que no aparecieron los créditos.

—Ya somos dos. —Mi amiga, con semblante pícaro, choca los cinco con ella—. Siguiendo. —Se hace el silencio—. No miréis a Sira, no tiene nada jugoso que contarnos. Se pasó la noche en vela por culpa de Mencía.

—¡Oye! —La miro boquiabierta.

—Mujer, solo es para animarlos un poco. ¿No ves que hoy están más allá que acá, y los necesitas bien fresquitos? —Me ignora y vuelve a la carga—.

Alessio, tu turno.

—Salí con unos colegas y conocimos a unas turistas americanas. Eso es todo.

—¿Y...? —Alba, en su versión más morbosa, lo incita a que nos cuente más detalles.

—Anoche, nada. —Sonríe de medio lado antes de dar la última calada a su cigarrillo—. Hoy ya veremos.

—Mañana a primera hora lo queremos saber todo con pelos y señales.

—Yo simplemente tardé en conciliar el sueño —se apresura a aclararnos Gabri para evitar ser sometido a un tercer grado, algo que ni aun así consigue.

—¿Y a qué se debió? ¿Cena copiosa, demasiado calor en la habitación, alguna guapa italiana que se ha colado en tus pensamientos? —Alba, pillina, lo golpea de manera repetida con el codo y hace que se sonroje—. ¡Pero bueno, Gabri, qué callado lo tenías! Cuéntanos, ¿la conocemos?

—¡Alba!

—No pasa nada, Sira, sé cómo es. Tenemos trato desde hace un par de años. —Esboza, con timidez, una pequeña mueca para darme a entender que todo está en orden—. Me parece que has recibido un mensaje.

—Gracias. —Asiento al ver que así es—. No lo había oído. Es de Gio. Todavía está en Génova, así que en marcha.

—Al guaperas sé yo por qué se le han pegado las sábanas —me cuchichea Alba—. ¿No quieres que te lo cuente?

—Responda lo que responda, vas a hacerlo de todos modos...

—Algo le escuché ayer, mientras hablaba por teléfono, de que salía a cenar con una vieja amiga.

—Estás hecha toda una maruja profesional.

—Solo en mis ratos libres.

—Anda, tira *p'alante*.

Mientras Alba y Nella mantienen un acalorado debate —no porque estén discutiendo, sino por el aumento de sus temperaturas corporales— sobre qué

superhéroe está más buenorro, Gabri y Alessio se acercan a mí.

—Hugo comentó en una de sus clases que, cuando el verano pasado llevasteis a cabo el estudio arqueológico del convento de Santa Gadea, hallasteis un enterramiento un tanto macabro. ¿Crees que podría ocurrirnos lo mismo?

—Puedo asegurarte que no. Mencía fue asesinada por otros motivos, no estaba acusada de brujería y comportamiento inmoral como supuestamente aquella monja. De ahí que fuese inhumada boca abajo, algo habitual en la Edad Media entre los que eran considerados pecadores, y que hasta hace relativamente poco parece que seguía llevándose a la práctica en casos aislados. Lo que no está claro es el porqué. —Ambos permanecen atentos a mi explicación—. Hay varias teorías al respecto, desde la más extendida de que sería una forma de penitencia a través de la cual expiar sus pecados, hasta que si su alma impura abandonaba el cuerpo a través de la boca, iría hacia abajo y así no sería amenaza para los vivos, pasando por que si el difunto intentaba escapar de su tumba excavando, lo único que conseguiría sería profundizar hacia el subsuelo.

—Tengo que hacer una llamada urgente. —Alessio se queda un poco rezagado—. Ahora os alcanzo.

—Aquí —continúo conversando con Gabri— presupongo que estaremos ante un enterramiento en el que se haya seguido el rito funerario tradicional, a juzgar por la disposición de los huesos de mano que semidesenterramos ayer.

—¿Y cabe la posibilidad de que nos llevemos una sorpresa con la tipología de la tumba?

—Tampoco. Con toda seguridad será una fosa simple excavada en la tierra con forma de bañera.

Alba y Nella se unen a nosotros.

—Comentábamos que Chiara ha tenido mucha suerte con la luz esta mañana. Tal como está el cielo, al amanecer tuvieron que converger infinitas tonalidades rojizas.

—Según me dijo ayer —cuenta entusiasmada Nella—, es lo que estaba

buscando.

—Raro para ella que haya dejado la valla abierta después del susto que se llevó el otro día con aquel perro. —Como de costumbre, espero para entrar la última al recinto. Alessio, que aún sigue al teléfono y ya está casi a nuestra altura, me hace seña de que cierra él, así que le indico que entonces sigo ruta—. Estaría tan ansiosa por ponerse a pintar que no se habrá dado cuenta.

—Sí, seguro.

—Voy a avisarle de que hemos llegado. —Nella se encamina hacia el interior de las ruinas a la par que los demás pasamos a la tienda.

—Antes de preparar las herramientas necesito aclararme la cara con agua fría, a ver si así me despejo un poco. No quiero perder detalle.

—Tómate el tiempo que necesites —le digo a Gabri antes de que se vaya—, nosotras nos encargamos de todo.

—Yo tampoco soy persona hasta que no me tome un café bien cargado, ¿también me libras de mis responsabilidades?

—No cuela. —Mi amiga suelta un bufido—. A trabajar.

—¿Montaremos el toldo en el área a excavar por si se pone a llover?

—Sí, será lo mejor. Según el pronóstico, a media mañana podrían caer cuatro gotas, así que no nos vamos a arriesgar.

—Debe de estar en el baño —comenta Nella al volver.

—No —señala Gabri—. Vengo de allí.

—Pues no debe de andar muy lejos, porque lo tiene todo organizado.

—Ya estoy. —Alessio va directo a la cafetera.

—¿Por un casual has visto a Chiara? —le pregunta Nella.

—No, ¿por qué?

—Qué extraño... —Alba sale decidida—. ¿Chiara? —Espera unos segundos, pero no obtiene respuesta—. ¿Chiara?

—Puede que haya bajado a Sestri por algún motivo —especula Gabri.

—Nos hubiera avisado. Es muy responsable. —Intento calmar el ambiente, aunque por dentro comienzo a sentir cierta desazón, sobre todo tras

recordar que la valla permanecía abierta—. Lo mejor será que rastreemos el recinto. Lo más seguro es que tenga los cascos puestos y no nos haya oído.

—¿A dónde vas? —Alba viene detrás de mí al ver que me adentro en las ruinas.

—A hacer un barrido visual del acantilado.

—No creerás que...

Conforme escucho el primer chillido de Nella, me invade una sensación terrorífica.

—Esos gritos no me gustan nada. —Al igual que yo, Alba se tensa de inmediato.

La agarro, y salimos corriendo a toda prisa en dirección al área del enterramiento, donde Nella, en estado catatónico y sin saber qué hacer, da vueltas de un lado a otro.

—¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras...?

En un acto reflejo me tapo la boca con las manos, ahogando un grito de pánico, y doy un paso hacia atrás, como si quisiese volver al pasado para evitar así que la escena que tengo ante mí hubiese sucedido. Pero de nada me sirve. Es real. La imagen de Chiara yacente en el suelo con un gran charco de sangre junto a su cabeza se ha colado como un huracán a través de mi retina. Ordeno a unos empalidecidos y enmudecidos Alessio y Gabri que acompañen a Nella, presa de la histeria, a la tienda y me acerco a Alba.

—¿Está...? —me aventuro a preguntar a medias, entrecerrando los ojos, a sabiendas de que no estoy preparada para escuchar la respuesta.

—Inconsciente —contesta con cautela tras comprobar las constantes vitales de Chiara, tal como le enseñaron a hacer en el curso de primeros auxilios al que asistió hace unos años—. Aunque débil, mantiene el pulso, y el aire penetra de forma correcta en los pulmones.

—¿Y la hemorragia...?

Respira hondo para armarse de valor antes de hablar.

—La herida es más profunda de lo que parece. —Me mira angustiada—.

Y yo no..., no estoy capacitada... Lo único que puedo hacer es intentar detener el sangrado.

—Llama a los servicios de emergencia mientras voy a buscar el botiquín.

Noto cómo mi voz se va apagando a cada sílaba hasta convertirse en un bisbiseo imperceptible. Autómata, me encamino al punto en el que se ha perdido mi vista, y caigo de rodillas, como un muñeco de paja que ni siente ni padece, cuando llego a él. Cojo un puñado de grava entremezclada con restos de raíces en cada mano y lo dejo escapar con suavidad. Así una y otra vez, haciendo partícipes a todos mis sentidos de lo que tengo delante.

—No, no, no, no, no. No, no, no, no, no...

—¡Sira! ¡Sira! —Alba me zarandea de manera insistente—. ¡Reacciona!

—Se han llevado el esqueleto. —Es lo último que atino a decir antes de entrar en estado de *shock*.

2 “Haz que mi corazón arda”

Capítulo 4

—Sigues un poco aturdida, será mejor que te sientes. —Como un robot impasible, me apoyo en la valla que cierra el recinto en la zona del acantilado —. Vamos dentro.

Alba me toma con cariño del brazo, me guía al interior de la tienda y me acerca una silla. Saca un botellín de agua de su mochila, y me lo da para que beba.

—Gracias... —respondo en otro mundo.

—Los *carabinieri* y el equipo médico tienen que estar al caer. —Mira nerviosa el reloj y se encamina hacia la puerta—. Ahora vengo.

Un maremágnum de imágenes y pensamientos se suceden unas tras de los otros con rapidez y colapsa mi cabeza: la pálida piel de Chiara ensangrentada, el pozo excavado en la tierra, la historia de Mencía, el dibujo de la estatuilla, la tarde de ayer... Sumida en un continuo escalofrío, producto del pánico y de la aflicción, que no me permite dejar de temblar, la pregunta «¿por qué?» en diferentes formas no para de repetirse en mi mente e intento buscarle una respuesta que lo explique todo, pero no la encuentro. No hay nada que me evidencie una razón por la que un desalmado podría haber actuado de esta manera tan cruel y despiadada. Cuando comienzo a «despertar» poco a poco del atoramiento físico y mental, veo que los *carabinieri* están acabando de acordonar la zona con cinta policial. Salgo y me dirijo, todavía algo atolondrada, a uno de ellos, mientras Alba, que se mantiene serena —aunque sé que lleva la procesión por dentro—, intenta tranquilizar a Nella, Alessio y Gabri.

—Soy... la coordinadora de la excavación.

Me echa una mirada rápida y, sin mediar palabra, coge su *walkie*.

—Teniente, está aquí.

—Voy para allá —contesta alguien.

A los pocos segundos se acerca a mí, a pasos agigantados, un cincuentón desgarrado.

—Teniente Molinaro —se presenta—. Acaban de comunicarme que el helicóptero medicalizado ya está en camino. Llegará en unos minutos.

—De acuerdo...

Al percibir que contesto por inercia y que tengo la vista clavada en el cuerpo de Chiara, el teniente apoya su mano en la parte baja de mi espalda y me insta a caminar unos metros para alejarnos de allí.

—Comprendo que le resulte difícil dada la situación —se muestra compasivo—, pero necesito hacerle algunas preguntas acerca de lo sucedido.

—Por supuesto...

—Según me han informado, cuando llamaron a la estación para dar aviso, comentaron que la joven que encontraron herida e inconsciente esta mañana dentro del recinto se llama Chiara Recco y forma parte del equipo de arqueólogos, ¿no es así?

—Sí, es una de las voluntarias.

—Bien. A pesar de que conozco a la muchacha, debía preguntárselo —se justifica mientras anota algo en un pequeño bloc—. Detálleme, por favor, lo ocurrido en la última hora.

Hago un esfuerzo titánico por recordar hasta lo más mínimo.

—¿Sabe a quién llamó? —me corta cuando le hablo de la llamada que realizó Alessio.

—A su hermana. Están desesperados porque el sábado celebran las bodas de plata de sus padres y tienen un pequeño contratiempo con el regalo.

—Continúe, por favor.

Y así hago hasta que empiezo a narrar el fatídico momento en el que encontramos a Chiara y descubrimos que habían saqueado el enterramiento, cuando me doy cuenta de que tengo alguna que otra laguna y de que un par de aspectos los tengo bastante confusos.

—No se agobie, es algo normal cuando se sufre una experiencia

traumática —me consuela, empático, dada mi desesperación por no poder aportar tantos datos como me gustaría—. El cerebro tiende a bloquear ciertos recuerdos en este tipo de situaciones. Además, no se atormenta, la señorita Martínez me ha puesto al corriente de lo ocurrido y me ha dicho que estaba con usted en ese momento.

—Siento interrumpir —se disculpa, con semblante serio, el médico que examinó a Chiara—. Vengo a comunicarles que el estado de la joven agredida es grave. Presenta traumatismo craneal y conmoción cerebral a consecuencia de un fuerte impacto recibido en la cabeza. Lo más probable es que haya sido golpeada con una pala metálica. Le realizaremos las pruebas pertinentes en el hospital de Génova para evaluar los posibles daños cerebrales y locomotrices. —El ruido del helicóptero dificulta que le escuchemos con claridad y sube la voz—. En principio su vida no corre peligro, salvo complicaciones.

—Bien. Ordenaré a uno de mis hombres que contacte de manera urgente con los familiares para informarles del traslado. —Tras despedirse de él, llama por *walkie*.

Antes de que vuelva a centrarse en mí, seco rápidamente con la mano el par de lágrimas que se me escaparon.

—En menos de lo que piensa, estará de nuevo por aquí, ya lo verá. —Intenta infundirme ánimo—. Mi hija es amiga suya, y sé que es una chica valiente y luchadora.

—La vamos a echar de menos. —Me baila la voz a causa del nudo que tengo en la garganta—. Siempre estaba alegre y tenía buenas palabras para todo el mundo. Había hecho de Alba un icono a seguir, con lo loca que está... —rio con amargura—. Disculpe, no quería...

Posa su mano en mi hombro para reconfortarme.

—Si quiere, podemos hacer una pausa.

—No hace falta. Gracias de todos modos.

—Bien, entonces continuemos. —Espera a que el helicóptero despegue y se aleje para seguir hablando—. ¿Cuántas personas trabajan en el proyecto?

—En total somos nueve. Siete en el equipo arqueológico encargado del trabajo de campo, más un director y un codirector.

—¿Algún problema interno en el equipo?

—No, hay muy buen ambiente.

—¿Y con alguien ajeno al mismo? Algún vecino de la zona, rencillas con otros investigadores...

—Tampoco. —Intento hacer memoria—. Bueno, el año pasado habíamos solicitado permiso para llevar a cabo la excavación y se nos denegó; quizás a alguien no le haya gustado que ahora nos lo concediesen.

—Tomo nota. ¿Quién más estaba al tanto de la aparición de los restos óseos?

—Como ve, no es ningún secreto. —Nos giramos a la vez hacia dos jubilados que están curioseando al otro lado de la valla, por detrás de la cinta policial—. Hay bastantes caminantes por la zona, y algunos se detienen a ver cómo trabajamos. Pero eso es lo de menos.

—¿Por qué lo dice?

—Quien haya sido, estaba al corriente de la existencia de la figurilla que «escondía» Mencía de Cusanza. Y eso es algo que, le puedo asegurar, sabía muy poca gente.

—Teniente, señorita —saluda un *carabiniere* que acaba de llegar en compañía de Alba—. El forense quiere hablar con usted.

—Voy para allá. —Guarda el bolígrafo y cierra la libreta en la que estuvo realizando anotaciones—. De momento es suficiente. Pero no se vaya muy lejos, ya hemos dado parte al Comando para la Tutela del Patrimonio Cultural, y el lugarteniente Massini no tardará en llegar.

Y así es. No pasan ni cinco minutos desde que se marchó cuando vemos llegar al que, supongo, es el lugarteniente Massini; un chico más o menos de mi edad, alto y de constitución atlética, que se detiene a hablar con Molinaro.

—No será verdad... —murmura Alba con los ojos a punto de salirse de las órbitas—. La madre que me parió...

—¿Qué pasa?

—¡Que es mi vecino, joder!

—¿Cuál? ¿Con el que tuviste sexo salvaje y después echaste de tu casa en mitad de la noche al ver que se había quedado a dormir y te abrazaba por detrás en plan cucharita?

—El mismo...

Pese a la situación en la que nos encontramos, no puedo evitar que se me escape una pequeña risilla. Incluso hasta lo agradezco para distraerme un poco. El teniente señala hacia nosotras, y Massini se gira, observándonos durante unos segundos. Se despide de él y viene en nuestra dirección, tecleando algo en una *tablet*.

—Yo no le encuentro la gracia por ninguna parte...

—Veo que no has perdido el gusto —la provooco conforme se acerca—. ¿No sabías a qué se dedicaba?

—Estaba demasiado ocupada en otros menesteres como para preguntarle por su trabajo, ¿no te parece? —responde sarcástica—. Además, di por hecho que sería algo así como, no sé, ¿porno-cerrajero?

—Ah, claro, de ahí que abriese la puerta blindada de tu casa con una tarjeta de plástico en cuestión de segundos y solo llevase puesto un bóxer... —Tengo que contenerme para no volver a reír—. Tuvo suerte de que no lo asociaste al gremio de los delincuentes...

—¿Sira López? —me pregunta el castaño de tez morena y ojos azules.

—Sí. —Guardo la compostura.

—Lugarteniente Luca Massini. —Nos estrechamos la mano—. Un placer.

—Lo mismo digo. Ella es Alb...

—Alba Martínez, ya nos conocemos. —Me pisa la frase. Le estrecha la mano también a ella (durante un poco más de tiempo que a mí), y la examina con detenimiento de arriba abajo, mientras mi amiga, por increíble que parezca, ni se inmuta. Pasados unos segundos, se fija de nuevo en mí—. ¿Te importa que te tutee?

—En absoluto.

—Bien, entonces vamos allá. El teniente Molinaro ya me ha puesto al corriente de lo sucedido. Lo lamento mucho. —Ambas asentimos, aceptando las condolencias—. Espero que la chica se recupere pronto y no le quede secuela alguna. Tanto los *carabinieri* de la estación de Sestri Levante como nosotros desde el Comando TPC haremos todo lo posible por esclarecer cuanto antes lo sucedido y atrapar al culpable, o culpables, del saqueo e intento de homicidio. Por lo que a mí respecta, me encargaré de coordinar al equipo que investigará lo relativo al expolio arqueológico. —Hace una pequeña pausa para consultar su *tablet*—. Según el informe que me han facilitado mis compañeros, a simple vista, y en base a tu valoración —habla para mí—, no han causado destrozos en el resto del recinto, por lo que deducimos que su objetivo estaba claro y fueron directos a él. Sin embargo, en la zona del enterramiento sí se aprecian importantes desperfectos, ¿no es así?

—Sí, ha quedado bastante dañada. Excavaron un pozo de considerables dimensiones. Te acompaño para que lo veas.

—Si no me necesitáis, voy a ver cómo están Nella, Alessio y Gabri.

—Te lo agradezco, y ellos seguro que también. Avísame si hay alguna novedad.

Mi amiga se deleita unos segundos con Massini y el que sí es su uniforme oficial y se va seguida por la mirada de este.

—Alba —la llama, y ella se gira con una enorme sonrisa de colegiala mal disimulada—. Tenemos que hablar.

—Ni lo sueñes...

—Disculpa —se excusa conmigo, pareciendo no saber muy bien cómo enfocar el asunto—. Nosotros dos...

—No hace falta que me des ninguna explicación —le digo sin dejarlo acabar, gesto que agradece—. Ya han tomado fotografías —le informo cuando llegamos al área expoliada, al ver sus intenciones.

—Lo sé. Aun así, haré alguna. No sería la primera vez que entre el

material que recibimos se cuele algún dedo o la imagen es borrosa... — bromea sin mucho salero—. Tengo entendido que conocíais la identidad del esqueleto.

—No lo podemos asegurar, pero creemos casi al cien por cien que puede tratarse de Mencía de Cusanza. Una joven astrónoma española que, a finales del siglo xv, regresaba de Roma a Compostela por la vía de peregrinación costera. Los restos óseos no dejan de ser lo que son, pero, como supongo ya estarás al tanto, salvaguardaba una pieza bastante jugosa.

—Eso me ha dicho el teniente Molinaro, pero no me ha dado detalles al respecto. ¿Tan preciada es para que actualmente alguien quisiera robarla?

Enarco las cejas y pongo cara de circunstancias.

—La estatuilla goza de gran valor histórico-artístico. Los primeros cristianos la utilizaban como una especie de portadocumentos, aunque no sea el término más correcto: en su interior, hueco, introducían sus escritos, y así podían comunicarse entre ellos sin temor a ser descubiertos.

—Curioso...

—Sí, no deja de ser un objeto un tanto extravagante. —Sonrío, a punto de confesarle algo que, hasta ahora, se mantenía en secreto—. Pero más que la estatuilla..., es el manuscrito que contenía...

—Nadie me ha informado sobre ello —se queja, sorprendido a la par que molesto, mientras teclea a gran velocidad en la *tablet*.

—En realidad no lo he mencionado, lo siento...

—Pues deberías haberlo hecho —me recrimina con tono duro.

—Asumo mi irresponsabilidad. Te pido de nuevo disculpas... Es un tema que tratamos con cautela y discreción, ya que no sabemos sobre qué trata exactamente; solo que son unas anotaciones revolucionarias que desmontarían las teorías científicas de la época, puesto que todo testimonio documental que pueda aludir a su contenido ha desaparecido.

—Entonces, ¿cómo estás tan segura de que existe tal manuscrito?

—Porque el cardenal Severini, persona de confianza de Mencía de

Cusanza, habla de él en su diario; aunque falta la página en la que lo transcribía: está arrancada —lamento—. Además, la propia Mencía envió una carta a su tío antes de su muerte, y en ella le exponía el plan que había tramado para protegerlo junto con la estatuilla.

Consulta el reloj.

—Tengo que regresar a Génova. No obstante, me gustaría aclarar algunas cuestiones sobre el tema contigo. ¿Te parece bien que nos veamos esta tarde en mi despacho?

—Claro, sin problema.

Me anota la dirección en una hoja.

—¿A las cuatro y media, por ejemplo?

—Perfecto, allí estaré.

—Un par de *carabinieri* de mi equipo se encargarán de todo, pero estate pendiente del teléfono por si tengo que contactar contigo por algún motivo.

—Se queda pensativo y por un segundo duda de si debe hablar o no—. ¿Por un casual sabes dónde puede estar Alba?

—Prueba en la tienda. —Sonrío, y me imita.

—Gracias.

Tras identificarme a la entrada de la sede del Comando *Carabinieri* para la Tutela del Patrimonio Cultural, ubicada en el conjunto monumental de San Ignacio, en el barrio genovés de Carignano, una agente me acompaña hasta el despacho de Luca. A través de la cristalera, veo que está hablando por teléfono. Me hace un gesto con la mano para que pase y me indica una silla para que tome asiento. Mientras espero a que termine la conversación, me entretengo observando las fotos y recortes de periódico pinchados con chinchetas sobre el panel de corcho que cuelga de la pared. Una de ellas me llama en especial la atención por resultarme familiar el yacimiento donde fue sacada —hace ya unos años, a juzgar por la edad de Luca, que posa con expresión alegre mirando a cámara—, pero por más que la miro, no consigo

ubicarlo.

—Te llamo de nuevo en cuanto acabemos la reunión. —Cuelga, teclea algo en el ordenador y se pone conmigo—. ¿Qué tal?

—Poco a poco, mejor; aunque supongo que el susto me durará todavía un par de días.

—Y Alba, ¿cómo está? —La pregunta me pilla por sorpresa. Más que el contenido en sí, el claro tono de preocupación con el que la formula—. Cuando me despedí de ella, parecía algo nerviosa.

—Bien. O eso creo. —Lo miro un tanto extrañada. No apostaba ni un céntimo porque hubiese accedido a hablar con Luca, pero por lo que se ve, me atrevería a decir que incluso limaron asperezas—. No supe más de ella.

—¿Crees que le ha podido pasar algo? —Apoya la mano en el teléfono con intención de descolgar.

—No. —Respira aliviado y lo suelta—. Antes de entrar le he enviado un *whatsapp* y aparecía como conectada. Es más, me estaba escribiendo.

—En caso de que necesitéis cualquier cosa, solo tenéis que decírmelo, ¿de acuerdo? —Asiento y sonrío agradecida.

No sé por qué, empiezo a sospechar que detrás del episodio de la puerta hay un trasfondo más profundo de lo que cuenta mi amiga.

—Te he traído una copia del estudio que he realizado sobre Santa Maria Ligure previo a la excavación. Uno de los apartados gira en torno a la figura de Mencía de Cusanza, y en él aludo a la figurilla y al manuscrito que llevaba consigo, aunque me temo que no tenemos muchos datos sobre este último. —Saco el dossier y se lo entrego—. También he incluido algunas anotaciones y fotos relativas a los trabajos que estamos desarrollando, principalmente de los que se llevan a cabo en el área donde aparecieron los restos, así como del medallón que encontramos ayer junto al esqueleto. Creo que puede resultarte útil.

—Perfecto. —Pasa rápido las hojas, echándoles un vistazo por alto—. Sin duda nos servirá de gran ayuda. Muchas gracias. —Lo guarda en un cajón, y su semblante se torna más serio—. Ahora hablemos del verdadero motivo por

el que te he citado. ¿Te apetece un café?

—¿Tan grave es? —bromeo—. Sí, gracias.

—No me andaré con rodeos. —Pone en marcha la cafetera colocada en la estantería detrás de él, y de una de las puertas saca dos vasos de plástico, un par de cucharillas también de un solo uso y varios sobres de azúcar—. Estamos barajando la posibilidad de que algún miembro de tu equipo o cercano al proyecto esté implicado.

—¿Cómo?! Eso... —Mi mente trabaja a toda velocidad intentando procesar lo que acabo de escuchar, pero mi boca no consigue articular palabra—. Eso es... es imposible...

A pesar de que nuestras personalidades puedan resultar más o menos afines y de que todos tenemos nuestros defectos, somos una piña unida por una pasión: la arqueología. Por eso tengo claro que Alessio, Nella, Gabri o Gio no tienen nada que ver con el robo de la estatuilla y los restos de Mencía, porque viven por y para la Historia. Por no decir que me niego en rotundo a creer que alguno de ellos haya intentado asesinar a un compañero, y mucho menos a Chiara, el ojito derecho de todos nosotros, algo que, además de por ser la benjamina, se ha ganado por su carácter dulce y risueño.

—Es solo una hipótesis en base a un pequeño indicio que tenemos. Todos los miembros de tu equipo han sido interrogados por separado a lo largo de esta mañana.

—Sí, lo sé.

—Además, los padres, la hermana y el novio de la chica agredida también han respondido a las preguntas de rigor, y a primera hora de la tarde se han acercado hasta aquí el arqueólogo-documentalista y las tres personas que trabajan en el laboratorio que os presta servicio. Con Hugo Ortega he hablado por teléfono. —Bebe un poco de su humeante café y continúa—. Me ha dicho que está pasando unos días en Saint-Tropez, pero que saldría para aquí en cuanto pudiese.

—Sí, llegará de noche y se quedará hasta mañana a mediodía.

—Desconocía ese dato. —Lo anota en un *post-it*—. También he intentado

localizar al profesor Carlo Bassano, pero me ha sido imposible.

—Yo le he llamado varias veces y tampoco he tenido suerte. Ya nos había advertido antes de irse a Turquía de que la zona en la que se encuentra el yacimiento está un poco alejada de la civilización, así que me imagino que no habrá cobertura —le informo, antes de tomar yo también un trago—. Quizás a última hora, cuando regrese a Yalvaç.

De nuevo, coge el bolígrafo y lo apunta.

—Pues bien, una vez tomadas todas las declaraciones, a excepción del señor Bassano, hay algo en dos de ellas que nos ha llamado la atención, lo que nos hace sospechar que alguien del círculo está relacionado con el caso. Lo que no sabemos, de momento, es hasta qué punto.

—¿Eso significa que vais a seguir de cerca todos los pasos de esas personas?

—Sí. —Suspiro y meneo la cabeza de un lado a otro sin dar crédito a que uno de los nuestros pueda estar involucrado—. Y la mejor opción para llevar a cabo la investigación es hacerlo desde dentro.

—No lo entiendo, ¿qué quieres decir?

—Infiltraremos a una de nuestras agentes especializadas, la lugarteniente Cavalli. Se incorporará al equipo pasado mañana. Para no levantar sospechas, se hará pasar por una técnica dependiente del Ministerio de Bienes y Actividades Culturales, cuya función será supervisar los trabajos de excavación. Os visitará varias veces por semana. Nadie puede conocer su verdadera identidad bajo ningún concepto. Podrás conocerla mañana. —Hace una pausa y me mira implorante—. Sira, necesitamos que colabores estrechamente con ella. Confío en ti.

—Por supuesto —respondo firme—. Haré todo lo que esté en mis manos.

Capítulo 5

Tras más de una hora reunidos en la tarde de ayer en el despacho de Luca, acordamos convocar a los medios a las doce de la mañana de hoy en una de las salas polivalentes del centro cultural de Sestri Levante para informar de lo ocurrido.

—Demasiada cafeína en el cuerpo me parece a mí... —Alba me quita de las manos el quinto solo del día y le da un buen sorbo.

—Si querías que te invitase a uno, habérmelo dicho, ese era mío —protesto acelerada—. Además, tú tampoco te has quedado atrás.

—Tienes razón, pero yo no parezco poseída por el espíritu *bailaor* de san Vito ni hablo como una metralleta. Y lo más importante: no estoy a punto de comparecer en una rueda de prensa. —Bebe lo que queda y tira el vasito a la papelera—. Relaja, ¿no ves que solo han venido cuatro amigos?

—Ya estoy aquí. —Hugo, de vuelta del servicio con el mismo aspecto demacrado con el que se había ido, sonrío cual político en campaña electoral a todos los que llegan para cubrir el acto.

Anoche, tras los lloros de rigor por mi parte y la de Alba al alegrarnos de verlo y afectadas por todo lo sucedido, por más que le insistimos para que se quedase en nuestra casa y así pudiese descansar a gusto después de tanto ajetreo de trenes y autobuses —algo que ya empezaba a pasarle factura y que no le permitió probar bocado durante la cena—, se empeñó en alojarse en un hostel cercano para no causarnos molestias; comportamiento típico de él. De ahí que hoy no se haya levantado con muy buena cara.

—¿Cómo te encuentras? —me intereso.

—Un poco mejor, aunque, por momentos, el brazo me hace ver las estrellas. —Se pasa un pañuelo húmedo por la frente—. ¿Me he perdido algo?

—Aparte del momento «yo quiero a todo el mundo» de la cotorra esta,

nada interesante. —Alba lo pone al corriente justo en el instante en que Luca entra por la puerta.

Veo que este inspecciona por alto la sala y, cuando mira en nuestra dirección, levanto la mano y le hago seña para que se acerque.

—A ver si así centras la atención en alguien que no sea yo... —Bisbiseo que me hace ganar una mirada nada halagüeña por parte de mi amiga.

—Sira, Alba. —Levanta ligeramente la cabeza a modo de saludo—. ¿Qué tal todo?

—¡De maravilla! —respondo, quizá, con demasiada efusividad.

—Usted debe de ser el lugarteniente Massini —aventura Hugo—. Permítame que me presente, soy Hugo Ortega.

—Mucho gusto.

—Lo mismo digo. Disculpe por no estrecharle la mano; está un poco pegajosa, y no quiero...

—No se preocupe. —Luca no le da importancia.

—¿Alguna novedad de última hora sobre el caso? —El tono de Hugo refleja su inquietud y sufrimiento, al igual que mi expresión y la de Alba.

—Me temo que no. Los compañeros de criminalística están a la espera del resultado de unos análisis, y quizás eso pueda darnos alguna pista.

—No puedo creer que alguien haya sido capaz de hacer algo así. —Por un momento, Hugo parece perder el equilibrio, y nos asustamos—. Solo ha sido un ligero mareo. Estoy bien.

—Ven. —Alba lo ase del brazo «bueno» con cariño—. Te acompaño a que te dé un poco el aire.

Nuestro amigo asiente agradecido y mira el reloj.

—Casi mejor me voy ya. Todavía tengo que pasar por el hostel a recoger mis cosas, y el tren sale dentro de media hora. Así que si me disculpáis...

—Por supuesto.

Quedo en llamarle mañana en cuanto tenga un hueco y, un tanto apenada, me despido de él.

—De todas formas, salgo contigo y llamo a un taxi para que te acerque. Vuelvo enseguida —nos indica Alba.

Retomo la conversación con Luca.

—A primera hora nos hemos acercado con Hugo hasta las ruinas, pero no hemos podido acceder al recinto. He hablado con uno de los *carabinieri* que estaba tomando huellas, y me confirmó que mañana ya podemos volver al trabajo.

—Sí, en principio no hay ningún problema. Lo único, como sabes, es que no podéis intervenir en la zona del enterramiento.

—Tranquilo, la cinta policial ya se encarga de recordárnoslo. —Ambos sonreímos—. Esta tarde tenemos pensado ir a visitar a Chiara al hospital.

—No creo que os dejen pasar. —Molinaro se une a nosotros—. Vengo de allí, y sigue ingresada en la unidad de terapia intensiva.

—¿Cómo está?

—Dentro de la gravedad, aunque inconsciente, continua estable. —Respiro aliviada—. El escáner ha descartado daños cerebrales, pero la inflamación que sufre en el cerebro es bastante grave. De momento continúan haciéndole pruebas.

—Entonces llamaré a su madre al final del día para ver cómo sigue. Esperemos que se recupere pronto.

—¿Nos vamos sentando? —sugiere Luca.

Nos preparamos, y, con cinco minutos de retraso, da comienzo la rueda de prensa. Tras una breve intervención del teniente Molinaro, toma la palabra Luca y este, a su vez, cuando termina, me la cede a mí.

—Sí. Buenos días. —Me acerco demasiado al micrófono y emite un pitido agudo, por lo que lo separo un poco—. Mejor así —me dirijo nerviosa a los telespectadores de *Buona giornata*, programa matinal de la cadena local Canale Tigullio, que conecta en directo con la rueda de prensa—. Como bien ha dicho el lugarteniente Massini, el valor de la figurilla sustraída es incalculable...

Una guitarra eléctrica arranca a sonar en el teléfono del único periodista sentado al fondo de la sala —que parece no estar demasiado interesado en nuestras explicaciones—, y me distraigo por un momento con el *riff* del archiconocido tema de AC/DC *Thunderstruck*.³

—... es incalculable porque es de gran valor... —intento continuar mientras la música coge ritmo, pero me resulta imposible concentrarme.

Callo un minuto y, con la intención de que se dé por aludido, clavo mis ojos en los suyos, los que, a juzgar por su expresión, deben de desprender un brillo entre malicioso y burlón, algo que me irrita más todavía. Estamos así durante unos segundos, manteniendo un duelo de miradas, hasta que él, con parsimonia y sin apartar la vista de mí, se levanta y sale de la sala. Y, como oigo a lo lejos, no para de repetir el estribillo de la canción: «Pasmada, pasmada, pasmada, así es como me quedo cuando se va, haciéndome perder el norte por completo».

—... y ese valor no se puede calcular, y al no poder calcularse...

Luca se hace rápido con el micrófono.

—Lo que quiere decir la doctora López es que se trata de una pieza única e irremplazable de gran importancia para la Historia y la Ciencia. ¿Alguna pregunta?

Los restantes diez minutos de rueda de prensa los paso con los puños apretados sobre la mesa y la vista fija en la puerta, intentando no pensar en el ridículo que acabo de hacer —y rogando para que no llegue a oídos de Renato Fontana—; pero eso es imposible, porque mi cabeza se empeña en revivirlo una y otra vez con todo lujo de detalles. En cuanto finaliza, con la rabia corriendo por mis venas y pareciendo querer ser propuesta para dar nombre a la próxima ciclogénesis explosiva, me levanto, abro con ímpetu mi bolso y saco mis enormes gafas de sol mientras escucho de fondo a Luca comentarme algo sobre... algo. La mala leche que traigo encima no me permite atender a lo que me está diciendo. Aprovecho que un *carabiniere*, deduzco que de su equipo, lo reclama para despedirme de él y, con las gafas puestas y una versión propia del «dientes, dientes», atravieso la sala a paso

ligero para salir de allí cuanto antes.

—No voy a hacer ninguna declaración al respecto, gracias —respondo, sin detenerme, a una de las periodistas que me sale al paso para hacerme un par de preguntas.

—Creo que te has metido demasiado en el papel... —musita Alba a mis espaldas—. ¿Te apetece un...?

—Ahora no —atajo antes de salir a la calle con un único propósito.

Me planto en medio de la acera y doy una vuelta sobre mí misma, mirando hacia todos lados en un intento por localizar al idiota del teléfono, pero nada. Camino unos metros y repito la misma operación. Ni rastro. Se ha esfumado.

A la puerta de la sede del Comando TPC, donde he quedado dentro de diez minutos con Luca para que me presente a la lugarteniente Cavalli, no dejo de darle vueltas a lo sucedido esta mañana.

—Valiente gilipollas —suelto enfurecida a Alba, que no sospecha a lo que en realidad he venido—. Acudir a una rueda de prensa y no silenciar el teléfono... No es por nada, pero no creo que fuese la primera vez que cubría una, ya era mayorcito para ser el becario.

—Tampoco ha sido para tanto, un despiste lo tiene cualquiera.

Me doy una pequeña palmada en la frente.

—Es verdad, que tú no has sido la que ha quedado en público como una lerda mental... —Entretanto, una silueta que me resulta familiar, y en la que no sé por qué razón no dejo de pensar desde hace unas horas, dobla la esquina—. ¡Jo-der!

Mi amiga gira la cabeza y se le escapa una pequeña risilla, puesto que me he quedado boquiabierta —de forma literal— al verle aparecer con un *look* casual de vaqueros desgastados y camiseta básica blanca, que hace resaltar su tez morena con barba de varios días.

—¿Lo dices porque el periodista está aquí o por él en sí? Tu tono no me lo ha dejado muy claro...

A mí tampoco. Y no me gusta.

—Me atrevería a apostar que nos ha seguido y que no trama nada bueno... —Mi amiga pone los ojos en blanco e ignora mi comentario—. Hasta qué punto podéis llegar a ser sensacionalistas y carroñeros, siempre buscando el morbo de las noticias... —lo increpo cuando pasa a nuestro lado, momento que aprovecha para quitarse con chulería sus gafas de sol polarizadas, de esas que están tan de moda.

Para mi sorpresa, no me replica. Se limita a fijar de nuevo sus ojos —negros, como su pelo— en los míos y a mantenerme la mirada durante unos segundos, en concreto hasta que aparto mi vista de él para evitar que el calor que empiezo a sentir se vuelva insoportable. A sabiendas del efecto que ha provocado en mí, sonrío de lado y entra en el edificio.

—¡Espabila!, si no quieres llegar tarde a la reunión. —Alba, pasándoselo en grande a mi costa, da un par de palmadas para que reaccione tras haber quedado petrificada.

—Sí... Será mejor que entre.

—Sí, anda, sí.

—Te doy un toque cuando salga para ver dónde estás.

—En principio iré al centro comercial. No obstante, llámame por si acaso. Y, Sira —añade—, no cometes ninguna tontería de la que te puedas arrepentir si te lo encuentras por ahí dentro. Sabes de sobra a qué, mejor dicho, a quién me refiero.

Asiento para que se quede conforme y me despido.

La agente que atiende el mostrador de información me dice que Luca ya me está esperando, y me dirijo directa a su despacho, hoy con las persianillas bajadas. Nos saludamos, me acomodo, y veo que acto seguido se levanta hacia la cafetera.

—¿Lo mismo de ayer?

—Sí. Creo que lo voy a necesitar...

—¿Por qué lo dices? —pregunta curioso.

—Por tu cara intuyo que no tienes buenas noticias. —Suelta una carcajada—. Por cierto, gracias por echarme un cable esta mañana en la rueda de prensa.

—No hay de qué. —Me hace un guiño a la par que me tiende el café.

—La culpa la tiene el estúpido del reportero que... —Siento vibrar mi móvil dentro del bolso—. Disculpa un momento, tengo que contestar, es Gio.

—Por supuesto.

Salgo al pasillo y me acerco a la ventana. Mientras hablo, observo la concurrida y animada plazoleta que tengo delante, y ahogo un grito cuando una furgoneta de reparto está a punto de llevarse por delante a unos niños que juegan al fútbol.

—Por suerte no era nada importante —le aclaro nada más volver al despacho, concentrada en la pantalla del *smartphone* y en activar el modo *no molestar*—. Simplemente llamaba para avisarme de que mañana no llegará hasta las once. Después de una semana por fin nos enviarán la copia de un documento que solicitamos, y quiere echarle un vistazo antes de venir para asegurarse de que es el que solicitamos.

—No pasa nada.

—Listo —comento una vez guardo el teléfono—. Podemos comenzar.

Cuando, al erguir la cabeza, veo que tengo un compañero de silla, la cara que se me queda, como diría Alba, solo es comparable con la de *El Grito* de Munch. Algo que no les pasa desapercibido a juzgar por su expresión.

—No muerdo —susurra mi pesadilla.

«A decir verdad, no me importaría que lo hicieses...». Ojiplática ante mi propio pensamiento, separo la silla sin disimulo alguno y me alejo unos centímetros.

—¿Qué hace él aquí? —Intento, sin éxito, sonar calmada.

—Mi trabajo —responde divertido, adelantándose a Luca.

—Pues si vienes en busca de una exclusiva, pierdes el tiempo, así que ya te puedes ir.

—Te equivocas —replica con el mismo tono. Tanto *clic, clic* con el bolígrafo hace que me ponga histérica. Un poco más de lo que ya estoy, si cabe—. La noticia bomba aún está por llegar...

—Enzo... —lo regaña Luca, burlón.

—¿Lo conoces?

—Hace ya algunos años.

—Esto es el colmo... —bufa.

—Antes de que la cosa vaya a más, te presento al lugarteniente Enzo Fossati. Y, Enzo, ella es Sira López, la coordinadora de la excavación.

—Lo sé, como ves, somos viejos amigos... —Una sonrisa socarrona se dibuja en su cara.

—Imbécil —farfullo entre dientes.

—Sira, lamento comunicarte que ha habido un cambio de planes. La lugarteniente Cavalli no participará en la operación. Sufrió una caída ayer por la noche mientras paseaba a su perro y se ha roto una pierna.

—Entonces, ¿se suspende la infiltración?

—No, puedes estar tranquila, todo sigue en marcha. —Ingenua de mí, respiro aliviada—. En su lugar han enviado a la mejor persona posible, el lugarteniente Fossati. Tenemos mucha suerte de poder contar con él.

—Estás de broma, ¿no? —Luca niega con la cabeza—. De eso nada. Quiero en el equipo a la lugarteniente Cavalli. Le conseguiré un par de muletas, incluso una silla de ruedas todoterreno si hace falta.

—Te puedo asegurar que Enzo hará un buen trabajo. Es el mejor en lo suyo. En cuanto lo conozcas un poco...

—No tengo ningún interés —lo corto, mirando de reojo al *carabiniere* que tengo a mi derecha y que parece estar disfrutando de lo lindo. Al ver que mi subconsciente no piensa lo mismo que yo, separo la silla más aún—. Créeme.

—Como te comenté ayer, al igual que estaba previsto para la lugarteniente Cavalli, se incorporará mañana y se encargará de supervisar los trabajos de excavación. Su nombre será Enzo Moretti.

—Sintiéndolo mucho, y, en mi caso, al contrario de lo que te dije ayer, conmigo no cuentas.

Con la misma recojo mis cosas, me levanto y, como despedida, doy un portazo que hace peligrar la estabilidad de los tabiques de aglomerado y cristal. Recorro a zancadas el pequeño tramo de pasillo que me separa de la escalera y bajo los peldaños de dos en dos, impulsada por la rabia y la ira. Tonta. Eso es lo que he sido al acceder a involucrarme en una investigación policial como parte activa de la misma. Con lo sencillo que hubiese sido limitarme a prestar declaración. No me tenía que haber dejado embaucar por Luca y su palabrería. Pero desde el principio me aseguró que todo saldría bien y que era lo mejor para el caso. Y le creí. Porque, en realidad, así era. Todo parecía sencillo y marchar bien. Hasta que surgió un problema inesperado y que parece tener difícil solución: el lugarteniente Enzo Fossati.

—¿Ya estás aquí?! —Alba, con expresión de incredulidad, le entrega un billete de veinte euros a la cajera de la perfumería—. ¡Si no hace ni diez minutos que me llamaste!

—He venido a paso ligero.

—Y tan ligero... —Enarca las cejas en señal de asombro. Se despide de la dependienta y salimos—. ¿Qué tal ha ido todo?

—Ha sido una completa pérdida de tiempo —protesto entre gruñidos.

—Te noto un pelín alterada —se mofa—. ¿Te lo has chocado por algún pasillo?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? Al periodista.

Suelto un bufido muy poco discreto.

—Prefiero no hablar del tema...

Lo que menos me apetece ahora es inventarme una historia para explicarle que el *alter ego* del impertinente lugarteniente Fossati vendrá a tocarnos las narices varias veces a la semana. Y nunca mejor dicho, porque ego parece

que le sobra bastante.

—¿Te importa que pase un momento por mi apartamento antes de marcharnos?

—En absoluto. Por mí, si quieres, vamos ya. ¿O tienes que hacer alguna compra más?

—No, ya he acabado.

Optamos por dejar el coche en el *parking* del centro comercial y vamos a pie. Tomamos un café rápido en su casa, Alba coge un par de cosas y, en una hora, nos encaminamos de nuevo hacia allí; no sin antes habernos parado en el portal a saludar a la *signora* Baroncini.

—Se me olvidó comentarte que Hugo me envió un mensaje al poco tiempo de dejarte en la sede del Comando TPC. Estaba a punto de embarcar.

—¿Cómo se encuentra?

—Dice que un poco mejor, pero que, no obstante, mañana a primera hora va a pedir cita con el médico para hacerse un chequeo. Quedó en avisarnos en cuanto... ¿Esos dos que vienen por ahí no son Luca y el periodista?

Sigo la dirección de su mirada con la esperanza de que los haya confundido, pero, por desgracia, no es así.

—Tiene que ser una broma... —farfullo al mismo tiempo que la furia empieza otra vez a poseerme.

—¡Qué casualidad! —saluda Luca con una efusiva sonrisa dirigida a mi amiga, que se la devuelve con creces.

Mientras se sumergen en una conversación banal, en la que ambos parecen estar encantados, y sobre la cual tendrá que rendirme cuentas Alba en cuanto los dejemos —espero no tardar mucho—, noto cómo Enzo me observa con una mirada burlona, a pesar de que no se la veo porque lleva puestas las gafas de sol. Escondida tras las mías, lo imito, aunque, en mi caso, mis ojos están inyectados en sangre, algo que también parece intuir a juzgar por la sonrisa ladina que esboza y que hace que me ponga nerviosa. «No solo te pone nerviosa por eso», me murmura de forma casi imperceptible y con cierto

soniquete una vocecilla interior, a la que espanto de un bramido mental.

—Disculpa, soy una maleducada. —Salta de repente mi amiga mientras le tiende la mano a Enzo—. Soy Alba.

—Enzo Moretti, un placer.

—¿Para qué medio cubres el caso del robo?

—Enzo no es periodista —le aclara Luca.

—¿Ah, no? —Alba se gira hacia mí con semblante inquisidor.

—¿No te lo ha dicho Sira? —replica Enzo con malicia.

—Teníamos cosas más importantes de qué hablar. —Empleo un tono despreocupado.

—¿Más que el que el Ministerio de Bienes y Actividades Culturales me haya enviado a inspeccionar los trabajos de excavación de Santa Maria Ligure?

—¿Ocurre algo? —Se alarma Alba—. Ahora que me doy cuenta, ¿cómo es que sabe tu nombre?

—Luca nos ha presentado. —Aprieto los puños con fuerza, cargada de rabia, sin dejar de mirar a Enzo—. Pero no le des vueltas al asunto, ya le he dejado bien claro que no hay ningún problema.

—¿En que me pase mañana un rato?

—Ni se te ocurra poner un pie en Santa Maria Ligure.

—¿A las diez y media dices que es buena hora?

—Te lo advierto. —Lo señalo amenazante con el dedo índice.

—Perfecto, así no tengo que madrugar. —Saca su *smartphone* y teclea algo—. Qué fácil es ponerse de acuerdo contigo. Pues, si no hay novedad, hasta mañana, entonces.

—Eso ya lo veremos...

Sin mediar más palabra, agarro a una estupefacta Alba del brazo y tiro de ella para alejarnos de allí lo más deprisa posible, aunque mi mente no se ha movido del lugar en el que dejé a Enzo Fossati.

3 “Pasmado”

Capítulo 6

—Parece que tenemos visita —me informa Alba cuando pasa a mi lado cargada con el aparato topográfico.

No hace falta que me gire para ver de quién se trata, porque gracias a la entonación cantarina y burlona de mi amiga sé que es él. Y no me equivoco. Puntual como un reloj suizo, a las diez y media de la mañana, Enzo hace acto de presencia en Santa Maria Ligure. Resoplo malhumorada y me incorporo para realizar unas anotaciones a incluir en el informe que estoy redactando sobre el estado en el que ha quedado el área del enterramiento tras el expolio. De reojo, veo que ha cambiado las gafas de sol por unas gafas graduadas de pasta negras. Le pregunta algo a Nella, que no le hace mucho caso —algo que, por un segundo, consigue sacarme una sonrisilla malévola de satisfacción—, y acto seguido se dirige hacia mí. Conforme se acerca, noto cómo me hierve más y más la sangre. Y de nuevo mi subconsciente sale a la palestra para recordarme que, aparte de por la mala leche que me causa verlo aquí, otra gran parte del repentino calor que siento es producto de ese «algo» que me provoca desde que ayer lo vi por primera vez de cerca a las puertas de la sede del Comando TPC. Pero, al igual que hago con Enzo, ya a mi lado, lo ignoro totalmente.

—Buenos días —me saluda.

—Que yo recuerde no lo he autorizado para entrar en el recinto. —Me agacho para seguir con lo que estaba haciendo—. Así que, si es tan amable, dé media vuelta y váyase por donde ha venido.

Estira el brazo y me mete por la cara una credencial que lo «acredita» como técnico del Ministerio de Bienes y Actividades Culturales.

—Como ve, no necesito de su permiso para estar aquí.

—Si su visita está relacionada con el robo, póngase en contacto con los *carabinieri*. Ellos le facilitarán toda la información que necesite al respecto.

—Me pongo de pie y quedamos a un palmo de distancia, por lo que retrocedo un paso—. Espero que tenga mejor suerte que yo y no le toque el chulito de turno.

—No tenga miedo por eso, a mí suelen atenderme las bordes. —Sonríe de medio lado ante la mirada asesina que le echo—. Si no le importa, me gustaría hablar con usted en privado.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar. Y mucho menos a solas —me apresuro a dejarle claro—. Como puede comprobar —le indico a la vez que hago un giro de trescientos sesenta grados con el brazo—, todo está en orden, y como ya le he dicho, para información de otro tipo, contacte con los *carabinieri*. Así que ahora, si me disculpa, tengo que continuar trabajando. Adiós.

Me sigue hasta el interior de las ruinas de la iglesia, donde Alba prepara el aparato topográfico para tomar unas referencias.

—¿Y qué hay de la gruta? ¿También está bajo control?

—La licencia para el estudio arqueológico se limita a las ruinas de la iglesia y a su entorno contiguo. No tenemos permiso para acceder a la cueva.

—¿Me estás diciendo que no piensas bajar a la cámara secreta del tesoro, por llamarla de alguna forma? —Me tutea, sin dar crédito a mis palabras.

—Repito —pronuncio despacio, sílaba a sílaba—: no tenemos permiso para ello. La boca de la cueva está bloqueada con rocas y sería necesario dinamitar, de ahí que se deniegue. Además, hemos realizado un estudio pormenorizado de la zona ayudándonos de un dron, y no creo que pueda aportar gran cosa. No se conserva ningún resto material visible. Por no decir que todas las piezas propiedad de la iglesia estaban inventariadas y se sabe a ciencia cierta que fueron trasladadas a Génova una vez fue abandonada.

—¿Y las de los peregrinos?

—Si nos fiamos del libro en el que realizaban los registros de entrada y salida, todas las piezas fueron enviadas al Vaticano. Ahora, que llegasen a su destino final... Eso ya no lo puedo garantizar. Aunque estoy segura de que más de una quedaría «de forma casual» —opino y enfatizo entrecomillándolo

con los dedos— en Santa Maria Ligure.

—Pero no vas a bajar... —insiste, meneando la cabeza de un lado a otro.

—¿Te lo tengo que volver a explicar? —respondo con retintín, tuteándolo yo también. Por el rabillo del ojo veo cómo Alba, la cotilla, está ajustando, por enésima vez la estación total al trípode.

—No hace falta, ya me ha quedado claro que no tienes ninguna intención de inspeccionar la que, a mi juicio, es la zona más interesante de todas por su peculiaridad. —Realiza una anotación en una pequeña libreta—. Mi ética profesional no me lo permitiría, pero allá cada uno...

—¿¿Cómo?! ¿Estás cuestionando mi trabajo y profesionalidad? No me lo puedo creer, esto ya es el colmo... —bufo, medio en italiano, medio en español.

—Baja la voz —me pide Alba—. Estás dando el espectáculo.

—¿Y tú no me digas lo que tengo que hacer!

—Dios me libre... —Con las manos en alto a modo de rendición, da media vuelta y se va, dejándonos a solas.

—En absoluto, me parece que desarrollas una labor estupenda. —Pongo los ojos en blanco al escuchar su cumplido—. Solo creo que, aunque parezca una tontería, no estaría de más echar un vistazo a esa zona..., por motivos más que evidentes. —Me mira con las cejas arqueadas y expresión obvia—. Y ya no solo me refiero a la investigación histórica... —musita—. Según los informes, los *carabinieri* no la han inspeccionado.

—Pues si tanto interés tienes, ¿a qué esperas para bajar? —lo incito con actitud desafiante.

Se queda un rato en silencio, observándome con semblante pensativo mientras se acaricia la barba.

—Nos vemos esta tarde. —Guarda la libreta en su mochila y hace ademán de marcharse.

—¿Ahora te vas?

—No te preocupes, solo estaré fuera un par de horas —responde, con

sonrisa maquiavélica, antes de irse.

Fruto de mi monumental cabreo, me dirijo a la tienda a pasos agigantados.

—No lo aguanto, de verdad...

—Menudo pulso te acabas de marcar con Moretti —me dice Alba, que viene corriendo detrás de mí—. Has sido un poco borde, ¿no crees?

—Ya sabes lo que opino sobre los guapitos de cara que van de sobrados por la vida.

—A mí me parece normalillo tirando a mono, pero en lo segundo te doy la razón, desprende chulería por los cuatro costados. —Saca el chicle que estaba mascando y lo tira a la papelera—. ¿A qué vuelve por la tarde?

—Ni lo sé, ni me importa —miento en esto último—. ¿Ya has acabado con las mediciones?

—Todavía no. El dúo Pimpinela no me ha dejado trabajar —se burla.

—Qué graciosa.

—Pero antes de comer lo dejo listo, seguro. ¿Qué vas a hacer tú ahora?

—Tenía previsto planificar las jornadas de la próxima semana, pero se me han quitado las ganas, así que aprovecharé que Gio está con los chicos para repasar unos extractos del diario del cardenal Severini.

«Mañana, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María, Mencía me acompañará por primera vez. Sus ojos reflejan un éxtasis imposible de describir, y sus palabras son todo alabanzas hacia la posibilidad que se abre a sus pies de descubrir el Cosmos a través de los escritos que atesora la colección vaticana; a la que muy pocos elegidos pueden acceder [...]. Mencía, o Fernando de Cusanza, como se hará llamar a ojos de todo aquel que ose preguntar en el Vaticano, será un huraño y arisco aunque respetado y distinguido estudioso español a mi cargo [...] nada que ver con la dulce, entusiasta y servicial personalidad de la joven Mencía [...]. Por vestimentas llevará calzas largas, camisa

de lino, jubón, paletoque y botas; por tocado, un gorro en el que recoger su largo cabello rubio [...]. Nadie debe sospechar de su verdadera condición, pues, de ser descubierto que se trata de una mujer, sería condenada a prisión, si no a muerte, por estar prohibido su paso a las descendientes de Eva [...] consideradas de forma injusta por la Iglesia como seres inferiores y de menor inteligencia, indignas de poseer los mismos conocimientos que el hombre [...] es por ello que contará con mi protección, pues su talento es primoroso y descubrirá algo grande...».

Tras la pausa de mediodía, opto por continuar con la lectura dentro de la tienda. Abro el A-Z y escojo una de las cartas de Mencía a su tío.

«¡Oh, tío! ¡No os podéis imaginar lo gozosa que soy! [...] tanta sabiduría junta en las decenas y decenas de códices y manuscritos acopiados por los Papas a lo largo de la Historia, aguardando silenciosa en las regias estanterías de madera de la Biblioteca Vaticana, la más grande y exquisita que jamás hayan podido ver mis ojos. ¡Bien ha valido la pena sortear los obstáculos para llegar hasta ella! [...]. Los impasibles guardas que custodian la puerta parecían tener empeño especial en conocer todos los detalles de mi persona, y bien temimos por un momento el cardenal Severini y yo, por si era descubierta bajo aquel varonil ropaje. Pero una vez dentro, ¡oh, tío!, se me ha olvidado por completo [...]. Acomodada en una alejada mesa, oculta a la vista de los dos curiosos religiosos que estudiaban con ahínco unos textos en hebreo, jamás soñé que sería tan placentero el sentir entre mis dedos el rugoso y áspero tacto de las páginas que transcriben las teorías de Arquímedes, el oler la tinta de imprenta en los tratados del prodigioso Regiomontanus y su maestro Peurbach...».

—Sira. —Alessio viene a buscarme—. Un par de *carabinieri* de la estación de Sestri preguntan por ti.

—Ahora mismo salgo. Gracias.

De haber alguna novedad en el caso, Luca o el propio teniente Molinaro ya me hubiesen informado, así que suspiro hondo y masajeo mis sienes, al tener la corazonada de que su visita no es por pura cortesía y de que me espera una tarde muy larga.

—Vienen con ellos dos bomberos y el chico que estuvo aquí esta mañana —añade, espiando por la puerta—. A juzgar por las cuerdas y materiales que traen, cualquiera diría que van a practicar espeleología.

—No me lo puedo creer... —gruño en voz alta.

Me levanto en el acto y, en cuatro zancadas, me planto delante de Enzo, que charla de forma animada con Gio.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —Me interpongo en medio de ambos, dándole la espalda a mi compañero.

—Me han concedido permiso para inspeccionar la zona de la gruta. —Se pavonea de su «victoria».

—Déjame ver. —Le arranco el papel de las manos, compruebo que es cierto (como es lógico, dado su «cargo»), y con la misma se lo devuelvo—. Podías haber tenido la decencia de consultármelo antes, ¿no te parece? Para algo soy la coordinadora de la excavación.

—Lo sé, eres la misma que estaba tan entusiasmada esta mañana con la idea de bajar...

—Serás... —Me contengo al darme cuenta de que somos el centro de atención. Callo y de pronto caigo en que podemos sacar beneficio de la «expedición» improvisada—. Muy bien, tienes vía libre.

—¿Muy bien? ¿Así sin más? —Tanto su expresión como su tono son de incredulidad—. ¿No vas a montar en cólera y acusarme de falsificar un documento oficial, como mínimo?

—No soy tan mala persona como crees, ya ves —replico, indiferente.

—Podéis ir preparando el equipo —da orden a los bomberos, quienes le obedecen.

—No tan rápido. —Sonrío, mientras saboreo el triunfo de quien no ha dicho aún la última palabra—. Acepto, pero con una condición.

—Tú dirás.

—Alba baja contigo.

—¿De verdad?! —Mi amiga grita y aplaude entusiasmada—. ¿De verdad? —repite, con entonación seria y profesional.

—Sí. —Clavo mis ojos en los de Enzo e intento aguantar con estoicismo el magnetismo que comienzan a ejercer sobre mí—. Quiero que esté presente alguien del equipo. O lo tomas o lo dejas.

—Por mí no hay ningún problema —accede, sin dejar de mirarme.

—Aunque lo tuvieses, daría igual.

Producto de seguir siendo su foco de atención, a pesar de haber dado por zanjado el tema, trago saliva y, tras la aparición estelar de mi irracionalismo, decido poner tierra de por medio.

—¡Espera! —Enzo se adentra en la tienda tras de mí.

—¿Qué quieres ahora? —respondo enfadada, más conmigo misma que con él.

—Bajaremos encordados, y los bomberos estarán pendientes de todo, pero es necesario tener cierta experiencia...

—Alba se las apañará de maravilla —lo interrumpo, más serena al ver que en cierto modo se siente responsable de ella—, es digna sucesora de MacGyver. —Suelta una carcajada y yo relajo mi expresión—. Además, pasó todos los veranos de su infancia y adolescencia en campamentos *scouts*.

—Entonces no hay duda de que envías a la persona idónea.

—Lo sé. —Hago una breve pausa—. ¿Y tú, te las apañarás bien? —No entiendo por qué le hago la pregunta.

—Si te quiero seguir desquiciando, más me vale.

Sin darme más conversación, me guiña un ojo —gesto que hace que tenga que ordenar mentalmente a mi subconsciente que se calle— y se va. Pero eso es lo de menos. Son sus palabras las que me dejan sumida en un desconcierto

total porque, a pesar de la ironía que puedan encerrar, su tono sonó de lo más convincente, como si en verdad disfrutase al hacer que me tire de los pelos cada vez que nos vemos. Y no porque sea un cafre, sino porque le gusta que esté fuera de mis casillas por su culpa; como si se tratara de un adolescente y fuera su forma de llamar la atención.

—¿A que mola? —Alba se cuele en la tienda y hace que vuelva en mí, cosa que agradezco. Como una bailarina de una caja de música, da una vuelta sobre sí misma para mostrarme su equipación: mono, casco, calzado adecuado, mochila plástica y arnés—. En cuanto Moretti también esté listo, descendemos. Por cierto, menuda sonrisa de oreja a oreja que tenía cuando salió de aquí... Proporcional a tu cara de abobada —ríe—. ¿Tienes algo que contarme?

—No —zanjo sin dudar un ápice, ya en dirección al punto donde están todos reunidos.

—Tenemos suerte con el tiempo —comenta uno de los bomberos antes de comprobar que las cuerdas están bien sujetas al arnés de Enzo—. Nublado y sin excesivo calor.

Me coloco junto a Nella, detrás de Gabri y de Gio, con la esperanza de pasar inadvertida, puesto que ambos son más altos que yo y me sirven de barrera visual con respecto a Enzo.

—¿Preparada? —pregunta Enzo a Alba.

—¿Aún lo dudas? —Ambos ríen.

—Pues allá vamos. —Chocan los cinco, se ajustan los guantes y se colocan al otro lado del murete de piedra.

—Recordad —les indica el segundo bombero—, descenderéis empleando la técnica de rapel. —Tanto uno como otro asienten—. Al mínimo problema, avisad por *walkie* o pegad un grito.

Conforme comienzan a descolgarse por el agreste acantilado, todos en tropel nos dirigimos hacia el murete, aunque la orografía y la abundante vegetación nos dificultan seguir el descenso. Justo antes de perderlos de vista, Enzo mira hacia arriba y nuestras miradas se cruzan, transmitiéndome que

todo irá bien. Algo contradictorio, puesto que un ligero cosquilleo nervioso me invade cada vez que recuerdo su comentario de «si te quiero seguir desquiciando, más me vale». Como no podemos hacer otra cosa más que esperar a que suban, retomamos los trabajos de excavación, hasta que pasadas unas tres —eternas— horas, en las que cada poco me acercaba a preguntar a los bomberos y a los *carabinieri* si había alguna novedad, Enzo avisa por *walkie* para que preparen todo lo necesario para el ascenso, por si tienen que tirar de ellos. A los cinco minutos ya vemos asomar sus cabezas y, poco después, ya están arriba.

—¡Llegamos! —saluda Alba, eufórica, mientras se desabrocha el arnés.

Enzo, con semblante muy serio y sin abrir la boca, se dirige hacia los *carabinieri* una vez que se ha quitado el casco y bajado el mono a la altura de la cintura, con lo que ha quedado en camiseta ajustada. Decido centrarme en mi amiga para no caer en la tentación de fijarme en sus brazos —todavía en tensión por el esfuerzo— bien trabajados, aunque sin marcársele los músculos en exceso.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunto a una Alba encantada de estar rodeada por todo el equipo. De reojo sigo la charla que mantiene Enzo con los agentes, a quienes entrega una bolsa de plástico transparente con algo dentro.

—Genial, pero, tal como ya sabíamos, el acceso a la gruta es imposible. El paso está cerrado por completo, qué lástima. Realicé un pequeño croquis y varios bocetos que pueden servirnos como guía, y también tomé alguna medida con la cinta. —Abre la mochila y saca los materiales—. Enzo se adueñó de tu cámara y sacó unas cuantas fotos. Francamente, son muy buenas.

—Pues gracias..., supongo.

—Dáselas a él, que fue quien se ofreció de *motu proprio*. —Tanta amabilidad me pilla por sorpresa—. No pongas esa cara, es un tío superguay. —Afirmación que me hace abrir aún más, si cabe, los ojos, a pesar de que una ínfima parte de mí piense que quizá tenga razón y no sea tan desquiciante como parece—. Por lo demás, nada reseñable: ni marcas en la roca, ni

indicios de a qué se destinó en su día... Quizá pueda intuirse, aunque no está muy claro, donde podría haber estado anclada la escalera de madera. Pero ya digo que más bien es una suposición, porque no hay vestigio alguno, como constató el dron. Lo que sí hay es muchísima basura: clínex, latas, botellas de plástico, envoltorios de todo tipo, preservativos..., vamos, lo típico.

—Sira —nos interrumpe Enzo, que continúa con cara de pocos amigos. Me fijo en que en la mano sujeta mi cámara—. ¿Podemos hablar un momento?

—Dime.

—Mejor vamos a la tienda —ordena tajante.

—Está bien. —Accedo sin rechistar porque, por su tono, intuyo que es algo importante.

Uno tras otro, en silencio, nos dirigimos hacia ella.

—¿No te atreves a reconocer en público que tenía razón con respecto a la gruta?

Le indico con la mano que tome asiento, pero lo rechaza, así que opto por apoyarme en el borde de la mesa, quedando uno frente a otro.

—He encontrado un pincel de Chiara entre unos arbustos. Acabo de entregárselo a los hombres de Molinaro.

—Yo... —balbuceo, atónita. No me esperaba esa respuesta—. Alba no ha comentado nada.

—Porque no lo sabe. Y mejor que no salga de aquí. Ha sido durante el descenso. Iba más rezagado que ella, de ahí que no me haya visto recogerlo. No parece que se trate de una prueba esclarecedora, puede que incluso se le haya caído otro día, pero toda ayuda es poca.

—Por supuesto. —No sé qué más decir.

—Ten. —Me tiende la cámara—. Creo que pueden serte de utilidad.

—Gracias. —Esbozo una tímida sonrisa—. Alba me ha puesto al corriente. No tenías que haberte molestado.

—No ha sido nada. —Sonríe también él, con sinceridad, sin apartar sus

ojos de los míos.

Pero mi gesto se congela cuando, al coger la cámara, mis dedos rozan los suyos, y mi corazón decide ponerse a palpar más deprisa. Rompo el contacto visual de inmediato y huyo despavorida hacia el rincón donde tengo el ordenador.

—Las descargo y te digo —suelto de manera atropellada.

Da su conformidad con un movimiento de cabeza y hace ademán de marcharse.

—Sira. —Se gira antes de salir—. Con respecto a la cueva... Te pido mis disculpas, estabas en lo cierto.

—No pasa nada. Yo también te debo una disculpa. Lo más lógico es que hubiese solicitado permiso para realizar un mínimo reconocimiento en persona por la zona —admito—, aunque no se pudiese acceder a la gruta.

Y, ahora sí, se va.

Me dejo caer en la silla, inmersa en una amalgama de pensamientos incongruentes y haciendo todo lo posible por obviar la sensación placentera que me produjo el sentir, por unas décimas de segundo, la cálida piel de Enzo pegada a la mía, y el brillo de sus profundos ojos negros clavados en los míos, como si quisiera ver más allá de ellos. Cuando reactivo el ordenador, me doy de bruces con la bofetada de realidad que necesitaba para centrarme: un *e-mail* de Carlo en el que, tras preguntarme cómo ha ido el día de hoy y por los avances en las investigaciones policiales, e informarme de que todavía no ha podido devolverle la llamada a Luca, me escribe que esta mañana ha recibido un correo de su gran compañero y amigo Renato Fontana, alarmado por lo sucedido en Santa Maria Ligure tras leerlo en el periódico. Sin yo ordenárselo, de manera automática, mi mente y mi cuerpo bloquean la palabra «Enzo» al ser conscientes de nuevo del porqué estoy aquí. De sobra sé que no puedo permitirme hacer un desvío en el camino, porque, quizás ahora, tras el expolio, mi sueño esté un poco más lejano; así que en estos momentos tengo que centrar todos mis esfuerzos en gestionar sin el más mínimo error lo que resta de campaña, me recuerdo. Olvido lo

sucedido y me propongo en firme acabar con ese atisbo de complicidad y tonto de quinceañeros, o con la agitación interior que me produce el verlo. No es momento para ello. Respiro hondo y me felicito a mí misma al tomar de nuevo las riendas de mi raciocinio, sintiéndome orgullosa al saberme capaz de mantener la mente fría —y el cuerpo— cuando Enzo venga a visitar la excavación o pueda coincidir con él en la sede del Comando TPC. Tan solo tendré que verlo unas pocas horas a la semana, y nunca me ha supuesto ningún problema mantenerme centrada en un objetivo. Y ahora, en el umbral de la treintena, mucho menos.

Cuando, tras responder a Carlo, por fin conecto la cámara al portátil con la intención de descargar las fotos, Alba y Enzo aparecen en la tienda, ya aseados y cambiados de ropa. Como si no me importara lo más mínimo su llegada, me concentro en la pantalla y me entretengo echándole una ojeada a las fotos —que cierto es que son muy buenas— según van pasando al ordenador.

—Hecho —habla Alba—. En cuanto lleguemos a casa llamo a Bernardetta y te digo. Es que Enzo está buscando piso en Sestri. —Me pone al corriente mientras saca una botella de agua de la nevera portátil—. Le he comentado que se alquila el segundo de nuestro bloque, y está interesado.

—Pues qué bien —manifiesto, sin entusiasmo ni gracia alguna, parapetada tras el ordenador.

Traicionándome a mí misma, a pesar de lo aleccionada que estaba, no puedo evitar mirar a Enzo tras presuponer que voy a compartir más tiempo con él del que pensaba. Nada más levantar la vista, nuestras miradas se encuentran otra vez y, al sentir ese maldito cosquilleo que no debería, vuelvo a desviarla rápidamente hacia la pantalla, mientras me sermoneo y me auto-inflijo castigo mental, materializado en un pequeño gruñido que no les pasa desapercibido, aunque no hagan ningún comentario.

—Apunta mi número para estar en contacto. —Alba le dicta uno a uno los diez dígitos.

Divisar de refilón el móvil de Enzo hace que recuerde mi «magnífica»

intervención en la rueda de prensa, cosa que provoca que me enfade más aún y que bufé de nuevo.

—Te doy una perdida para que también tengas el mío. —Siguen a lo suyo.

—Perfecto.

Pasados unos segundos, mi teléfono comienza a vibrar encima de la mesa, apareciendo en pantalla un número que no conozco. De forma instantánea, un fatídico presentimiento se apodera de mí.

—¿Le has dado mi número?! —protesto, tan enrabiada como anonadada, al mismo tiempo que me pregunto cómo demonios puede Alba saberse de memoria el número de la tarjeta prepago que compré al poco de llegar, si ni tan siquiera yo me lo sé.

—El tuyo, el mío... ¡Qué más da! —exclama con total despreocupación, lo que hace que me irrite más todavía—. ¿O acaso no escuchabas de pequeña las canciones de Teresa Rabal y aquello de «lo tuyo es mío, lo mío es tuyo»?

—Uno, dos, tres... —En un intento por tranquilizarme, reclino la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y respiro profundo, expulsando el aire de forma pausada.

—Tengo que irme —anuncia Enzo. A tenor de su expresión, se lo está pasando como los indios, a pesar de que, intuyo, no haya entendido todo—. Llámame en cuanto sepas algo.

—Descuida —responde Alba por despedida.

Por encima de la pantalla del ordenador, lo veo salir de la tienda. En cuanto nos quedamos a solas, Alba se apresura a cerrar la puerta-mosquitera.

—No sé a qué diosa del amor se lo debo, porque os he implorado a todas: Afrodita, Venus, Hathor, Astarté, Freya... —recita, como si fuera una sacerdotisa de la Antigüedad Clásica, con la vista puesta en el techo y las manos juntas en señal de agradecimiento—, pero gracias por escuchar mis súplicas y haber enviado a Enzo.

—No me digas que tienes un mínimo interés en él, porque no te creo —reacciono, aún de mal humor. Desconecto todo y guardo el equipo en la

mochila.

—¿Quién habla de mí? Yo soy muy generosa y pido por las dos.

—Empiezo a pensar que esta tarde te has dado un golpe en la cabeza...

Me levanto y cojo el cubo de plástico donde depositamos los utensilios que utilizamos durante el día, con la idea de limpiarlos y recogerlos, puesto que, con tanto ajetreo, nadie lo ha hecho.

—Pues bien que le has mirado el culo cuando se iba. Es más, te has recreado —especifica, entusiasmada con ello, mientras se acerca para echarme una mano con la tarea.

—¿¿Qué?! ¡No! —Me indigno, a la par que miento como una bellaca, porque sí se lo he mirado, sí me he recreado, y, aunque nunca lo confesaré, sí que me ha gustado.

—Entre nosotras: yo también lo he hecho, pero con menos goce que tú, claro está. He de reconocer que es mejor que el de Luca. Lo tiene firme y respingón.

—Gracias por los detalles, pero no me interesa en absoluto cómo sean sus posaderas.

—Cualquiera lo diría, con la cara de alelada que tenías... —Me tiende su móvil y me muestra una imagen movida pero que no deja lugar a dudas.

—¿¿Me has sacado una foto?!

—Era la única manera de que lo admitieses —se excusa, tan pichi, como si ejercer de *paparazzi* conmigo fuese la cosa más normal del mundo.

—De acuerdo, quizá se lo miré un poco. ¿Contenta? —Le devuelvo el teléfono de mala manera y comienzo a frotar con ímpetu un paletín—. Pero eso no implica nada.

—Por supuesto que no. —Me da la razón como a los locos—. Como tampoco lo implica el repaso que le diste desde la distancia cuando estabas hablando conmigo, después de regresar de la gruta. O que esta mañana lo llamas «guapito de cara». Es más, el hecho de que por iniciativa propia te fijes en un hombre no quiere decir nada...

Pero mientras Alba parlotea sin cesar, yo lo único que hago es darle vueltas a una estrategia infalible que me permita apartar de mis pensamientos al lugarteniente Enzo Fossati; en las últimas horas, demasiado presente en ellos.

Capítulo 7

—¿Cómo vais? —Me acerco a Nella, Gabri y Alba, que ríen a mandíbula batiente, a pesar de que no sé qué puede tener de gracioso la limpieza de la cimentación del edificio en el que vivían las monjas.

—Aquí estamos —responde mi amiga. Suelta la rasqueta y se anuda la camiseta por encima del ombligo—. Elucubrando sobre los secretos más oscuros de sus inquilinas. —Ríen de nuevo—. ¿Ya habéis acabado con el registro de las piezas?

—Sí, Gio y Alessio lo están recogiendo todo. En cinco minutos los tenéis con vosotros.

—Pues mira qué bien nos va a venir para hacer una pausa hasta que lleguen. Decidles que no se apuren —bromea al ver que Gabri y Nella aprovechan para ir a la tienda. Se levanta y se coloca a la sombra—. ¿Cómo va tu cuello?

—¿Mi cuello? —En un acto reflejo me lo toco—. Bien, ¿por qué?

—Porque a estas alturas deberías de tener, como mínimo, una tortícolis aguda. —La miro sin entender nada—. Si ochenta veces saliste de la tienda, ochenta veces giraste la cabeza hacia la entrada del recinto; y mientras estuviste aquí con nosotros, tuviste el cuerpo ladeado en esa dirección. Hoy no va a venir, así que puedes relajarte.

—Llevo un rato sin saber de qué me hablas...

Entro de nuevo en el bucle de mentiras al que soy aficionada desde la tarde de ayer cada vez que el tema de conversación con Alba tiene algo que ver con Enzo. Porque sí es cierto que llevo toda la mañana inquieta —y deseosa según mi otro yo— a la espera de que aparezca en cualquier momento. Pero esta vez estoy preparada, y más que mentalizada, para enfrentarme a él sin inmutarme, incluyendo físicamente: no estoy dispuesta a dejar aflorar el más mínimo interés hacia Enzo..., aunque lo tenga.

Consciente de este último pensamiento, me coloco de espaldas a la entrada.

—Como es obvio que no te creo, que sepas que a las once y media tiene cita con el propietario del segundo con intención de alquilarlo; por eso sé que no va a dejarse caer por aquí en toda la mañana. Ahora desconozco sus planes de la tarde...

—Raro en ti, porque te veo muy puesta...

—Tengo que ir creando vínculos de amistad. Presiento que vamos a coincidir muchas veces.

—Como no sea en la escalera de la que subes o bajas de casa, no sé cuándo.

—No van por ahí los tiros... —masculla con una sonrisilla un tanto diabólica.

—Sira —me reclama Nella, ya de regreso con todo el equipo—. Te ha sonado el móvil varias veces.

—Gracias. Creo que puede ser el responsable del laboratorio para comentarme unas cosas sobre el medallón. Enseguida vuelvo y os cuento.

Justo cuando pongo un pie dentro de la tienda, comienza a sonar otra vez.

—Hola, Luca —respondo cordial al leer que es él.

—¿Te pillo en mal momento?

—Para nada. Alba está al mando, así que puedo charlar un rato.

—Sabiendo ese dato, entonces mejor seré breve.

Se ve que conoce demasiado bien a mi amiga, lo que hace que una serie de preguntas me vuelvan a rondar por la cabeza, pero no es el momento de profundizar en el asunto.

—¿Hay novedades?

—Alguna que otra..., y eso implica que tengo que citarte a declarar esta tarde a las cinco.

—¿A mí? Pero ¿por qué? ¿No creerás que estoy involucrada? Soy inocente, lo sabes. —Intento defenderme como puedo y me pongo en lo peor—. Te juro que como sea cosa de Enzo...

—Todavía no lo sabe —me interrumpe—. El protocolo lo exige, lo siento —se excusa con cierto deje de lamento en la voz—. Dirígete al mostrador de la entrada y no olvides traer tu documentación.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —me insiste Alba.

—No, pesada, ya te he dicho que no hace falta. —Comienzo a preparar mi bolso—. No quiero llegar con el tiempo justo, así que en cuanto tenga todo listo, me voy.

—Recuerda que es de cambio automático —me advierte al entregarme las llaves de su coche—. Que te quede claro que no se lo presto a cualquiera...

—Gracias, te debo una. —Le doy un achuchón.

—Solo serán un par de preguntas, todo irá bien, ya verás. —Sonríe, quitándole hierro al asunto.

—Eso espero.

—Es simple rutina. Estoy segura de que no barajan la posibilidad de que tengas algo que ver con el robo.

—Por supuesto, eso explica que sea la única a la que han llamado de nuevo a declarar...

—Eres la coordinadora de la excavación, es lógico que te citen tantas veces como haga falta. —Salimos de la tienda y nos detenemos delante—. Estás al corriente de todo lo que se cuece aquí dentro.

—En eso tienes razón.

—A la vuelta, ¿jarrita de sangría en la azotea? —me propone en un intento por animarme.

—Después de todo lo que ha pasado esta semana no estoy de humor. Mejor lo dejamos para otro día.

—Por eso mismo, así te relajas un poco. Además, no hay mejor día que un viernes.

—No te prometo nada —le digo para contentarla y quitarla de en medio, ya que puede llegar a resultar cansina de lo insistente que es—. Depende de

lo duro que sea Luca en el careo. Recuérdales a los chicos que tienen que firmar antes de marcharse.

—Sí, ya estoy en ello. Y ahora vete, que luego dirás que siempre llegas tarde a todos los sitios por mi culpa.

Siguiendo las instrucciones telefónicas que me dio Luca esta mañana, con un cuarto de hora de antelación me presento en el mostrador de atención al público de la sede del Comando TPC. Tras rellenar una ficha, un *carabiniere* me acompaña hasta la sala donde, me informa, se celebrará el interrogatorio y que nada tiene que ver con las de las películas americanas: simples paredes modulares con una triste mesa en medio y tres sillas de plástico.

—Póngase cómoda. —Me señala una de las sillas—. El lugarteniente Massini no tardará en venir. En caso de que necesite algo mientras tanto, asómese y hágame seña.

Respiro hondo una vez me quedo a solas, y mato el tiempo mirando a la nada. Pasados unos minutos, siento que la puerta se abre y me vuelvo hacia ella; algo de lo que me arrepiento al momento.

—Estás de suerte, hoy te ha tocado el poli bueno.

—¿Vas a interrogarme tú?! —pregunto, incapaz de dar crédito, con voz pelín aguda.

—Eso parece... —Enzo se muestra encantado.

Mientras se sienta en una de las dos sillas situadas al otro lado de la mesa, percibo un considerable aumento de mi temperatura corporal. Por un lado, quiero pensar que ha encendido la calefacción para torturarme y que hable, pero, por desgracia, soy bien consciente de que la atracción que ejerce —en contra de mi voluntad— sobre mí tiene mucho que ver. Activo mi plan y me visualizo como un sólido iceberg incapaz de derretirse con su presencia.

—Bien... —comenta, clavando sus ojos en los míos, repanchingado frente a mí, tras dejar una carpeta encima de la mesa.

Con excesiva lentitud y aguantándome la mirada, se arremanga, se afloja

el nudo de su corbata negra y se desabrocha el botón del cuello de su camisa blanca. Por desgracia, ese simple gesto hace que comience a sudar y, con ello, que el gigantesco bloque de hielo acabe reducido a cubito. Me revuelvo incómoda en mi sitio y, sin pensármelo dos veces, cojo el botellín de agua que me habían preparado sobre la mesa, lleno un vaso y lo bebo de un solo trago, sin apenas respirar.

—¿Algún problema, señorita López? —Una ligera sonrisa se le dibuja en los labios.

—Ninguno —balbuceo. Nerviosa, me pongo a jugar con el vasito de plástico vacío, que acaba en el suelo.

—La noto un poco tensa...

—No me gusta que me traten como a una delincuente. —Mi razón decide regresar.

—¿Está segura de que es por eso?

—Por supuesto. Supongo que será porque es la primera vez.

—¿Que está a solas con un hombre en una habitación?

—¡¿Qué?!

Todavía en estado catatónico, veo que se levanta con parsimonia, rodea la mesa y se coloca a mis espaldas, sujetando el respaldo de la silla con ambas manos. Se inclina hacia delante, y su cabeza aparece por encima de mi hombro derecho. No respiro. Lo único que hago es morderme fuerte el labio inferior e intentar controlar mis pulsaciones, más aceleradas que lo habitual. Opto por cerrar los ojos, a la espera de no sé qué.

—Le recuerdo que todo está siendo grabado, así que cuidado con lo que dice... y hace... —me susurra con malicia al oído, lo que me obliga a tragar varias veces seguidas saliva para refrescar—. Por cierto, hablas muy bien italiano. —Regresa a su sitio, como si allí no hubiese pasado nada—. ¿A qué se debe?

—Ya estoy aquí —saluda Luca nada más entrar por la puerta—. ¿Qué tal, Sira? —Me tiende la mano, que tomo ida, como si fuera un pelele.

—Me temo que la señorita López está un poco aturdida —responde, divertido, Enzo.

—Algo habrás hecho...

—Solo tienes que revisar las grabaciones. —Me reactivo y lo primero que hago es fulminar a Enzo con la mirada.

Luca suelta una carcajada.

—¿Le has dicho que estábamos grabando? —En respuesta, Enzo pone cara de no saber nada.

—Serás... —Una vez más me contengo y respiro hondo—. Me superas, te lo digo en serio...

—¿Solo te provoco eso?

—Es muy irónico, no le hagas caso —me aconseja Luca.

—Eso intento. Quiero decir, que eso hago. —Trato de rectificar, aunque sea peor el remedio que la enfermedad—. Cuando quieras comenzamos con la declaración. —Cambio radicalmente de tema antes de meterme en terreno farragoso del que no sé si podré salir bien parada.

De reojo, veo que Enzo me mira pensativo con expresión triunfal.

—Antes de nada, y a la espera de los resultados definitivos del análisis del pincel de Chiara, según me informaron los compañeros de laboratorio, parece que los pigmentos no corresponden con los que estaba empleando el día del crimen —me hace saber Luca.

—Habría sido mucha casualidad.

—Cierto, pero nunca se sabe. —Da un trago al café que traía consigo—. Ahora vamos al meollo de la cuestión. Por fin he podido hablar con el profesor Carlo Bassano; ha sido a primera hora de esta tarde. Está muy afectado con lo sucedido y lamenta no estar aquí para ayudarnos a esclarecer el caso en la medida de lo que pueda hacer.

—Lo sé —corroboro un tanto apenada. Le he cogido mucho cariño a Carlo, es muy buena persona—. El pobre ya es muy nervioso por naturaleza, lo está pasando muy mal.

—Me ha comentado que haría todo lo posible por acercarse a mediados del próximo mes, cuando regrese de Turquía, pero no me lo ha asegurado porque tiene programado un viaje con su esposa y ve difícil encajar las fechas. De todos modos, ya lo he tranquilizado y le he dicho que de momento no es necesaria su presencia.

—En cambio, la mía, sí...

Luca suspira hondo y saca varios documentos de una carpeta.

—En su declaración, el profesor Bassano nos ha comentado que sospecha que otras dos personas más pueden saber de la existencia de la figurilla y el manuscrito.

—Me pillas por sorpresa, no tenía la menor idea.

—Pues así es. —Pone cara de circunstancias—. Ya hemos contactado con ellos y les hemos citado a declarar el lunes. El primero será Domenico Vespucci, colega suyo de la Università di Roma, quien por lo visto en su día se interesó por el estudio histórico-arqueológico de Santa Maria Ligure, pero, por falta de presupuesto, no se llevó a cabo.

—Lo siento, no lo conozco —le aclaro—. De hecho, ni me suena su nombre, pero puedes preguntarle a Alba, quizás ella pueda ayudarte.

Toma nota en su *tablet* y se centra en otro documento.

—La otra persona es la investigadora británica Mary Rose Smith-Stuart. En los años setenta escribió un libro sobre la orden de San Agustín en la región de Liguria y dedicó varias páginas a la iglesia.

—Sí, las he leído. Muy buen trabajo, por cierto.

—¿Y has tratado en algún momento personalmente con ella para hablar sobre el tema?

—No. Mi relación con la señora Smith-Stuart se ha limitado a la de mera lectora.

—¿No la estarás encubriendo? —Enzo se une al interrogatorio y me hace poner los ojos en blanco con su absurda pregunta.

—Tenlo por seguro... No sé cómo iba a comunicarme con ella, mi nivel

de inglés deja mucho que desear. De hecho, Alba ha tenido que ayudarme con la traducción de esas páginas.

—Sí, Alba se desenvuelve muy bien —confirma Luca, lo que hace que me repregunte, ya un tanto mosqueada, cómo es que sabe tanto de mi amiga. Al percibir mi extrañeza, se apresura a anotar algo para no dar la cara.

—¿Y tu nivel de francés? —Enzo esboza una sonrisa irónica.

—Voy a hacer como que no te he oído... —Resoplo para ahogar la respuesta que se me pasa en primer lugar por mi insensata cabeza: «Compruébalo tú mismo».

—Enzo, no empieces otra vez. —Luca le da un toque de atención, pero no le hace ni el más mínimo caso.

—¿Sabes que si no respondes a mi pregunta puedo acusarte de obstrucción a un procedimiento policial y desobediencia a la autoridad, verdad?

—Asumo gustosa las consecuencias.

—¿En serio?

—Totalmente.

—¿Sabes lo que eso significa?

—No, pero me da igual. —Le aguanto, como una campeona, la mirada.

—Pues mi más sincera enhorabuena, vas a pasar a los anales de la Historia por ser la primera persona a la que detengo.

—¿¿Qué?! ¿¿Piensas detenerme?! —Abro los ojos como platos y doy un brinco en la silla cuando veo que se pone de pie y viene directo a mí.

—Has dicho que asumías gustosa —recalca la palabra con retintín— las consecuencias. Además, si lo piensas bien, en el fondo tampoco creo que sea tan malo pasar veinticuatro horas en un calabozo... Eso sí, antes tendría que ver en qué condiciones se encuentra, porque tengo entendido que en la actualidad funciona como almacén, ya que no practicamos detenciones salvo casos extremos, como el tuyo. —Me levanto enfurecida y quedamos cara a cara—. Pero no te preocupes, que no vas a estar sola. —Su voz se convierte en un susurro casi imperceptible—: Yo mismo en persona me encargaré de

vigilarte día y noche.

—Vete a la mierda. —Son mis últimas palabras, en un claro español, antes de salir por la puerta.

Capítulo 8

A eso de las nueve de la noche, tras dos largas horas para recorrer los escasos sesenta kilómetros que separan Génova de Sestri Levante y una ducha relajante, me recuesto plácidamente en una de las tumbonas de la azotea junto a Alba.

—Espero que la hayas cargado bien de alcohol, porque lo necesito. — Derrotada, le paso mi vaso para que lo llene con sangría.

—No me puedo creer que Luca haya sido cruel contigo —comenta estupefacta. Su rostro se congela y deja de servir—. ¿No te habrá extorsionado o algo parecido, verdad?

—Luca no es el problema —le aclaro, e insinúa un pequeño gesto de satisfacción—. El interrogatorio ha ido bien. —Eludo el antes y el después.

—¿No le habrás dado un golpe al coche?

—Te lo habría dicho, ¿no crees? —contraataco con cierto soniquete sarcástico—. Échame un poco más —le pido al ver que tiene intención de devolverme el vaso.

Se queda pensativa durante unos segundos, y una expresión entre pícaro y burlesca invade su cara.

—*Me caecum, qui haec ante non viderim!*⁴

... Así que ya te has topado con nuestro nuevo vecino...

—Más o menos. —Doy un trago largo.

Sin venir a cuento, mi mente revive a cámara lenta —y se recrea con ello — la sensual manera con que Enzo se aflojó la corbata y se desabotonó la camisa, y, de otro trago, acabo el vaso.

—Pues sí que dio para mucho el encuentro en el portal... —masculla antes de dar el primer sorbo.

—No lo invoques —gruño y me relleno el vaso—, no vaya a ser que

aparezca.

Permanecemos un buen rato sin hacer nada, tan solo disfrutando en silencio de la agradable tarde-noche veraniega.

—Bajo a preparar otra jarra.

—Que lleve el doble de vino.

Cierro los ojos y me adormito, hasta que el sonido de un portazo me despierta.

—Ya era hora —protesto, en fase de desperezo.

—¿Tanto me echabas de menos?

Mi corazón da un vuelco al escuchar la voz de Enzo. Apoya una jarra de sangría recién hecha —salta a la vista que por Alba— y un vaso sobre la silla con funciones de mesa, se deshace de sus chanclas playeras y se repantinga en la hamaca que hasta hace un rato ocupaba mi amiga.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, sin amabilidad alguna, mientras sigo los pasos de una gaviota que pasea de un lado a otro por el canalón del edificio de enfrente.

—Lo mismo que tú —se burla y resoplo.

—Algo muy malo he tenido que hacer en la otra vida para que ahora tenga que pagar por ello...

Se ríe de mi desgracia.

—¿Te la has bebido entera tú sola? —Entiendo que se refiere a la jarra vacía.

—No sería por falta de ganas. Estoy empezando a darme a la bebida por tu culpa.

Suelta una sonora carcajada, y acto seguido oigo cómo vierte líquido en dos vasos.

—Toma. —De reojo veo que me tiende uno—. Por tu nueva adicción. —Entrechoca el suyo con el mío.

Mojo los labios y con la misma me reclino de nuevo sin hacerle caso alguno, como si no estuviera.

—Bonitas vistas —comenta.

—Cierto.

—Tienes los ojos cerrados...

—Por eso mismo lo digo, porque no te veo.

Vuelve a reír. En realidad, no ha parado desde que ha llegado. Lo hace de manera sincera y espontánea, y me gusta, porque la risa dice mucho de una persona.

—Para tu información, vengo en son de paz.

—Lo dudo. —Entreabro los ojos y lo miro por el rabillo con desconfianza —. Algo estarás tramando...

Nos sumergimos en un cómodo silencio, durante el que decido dejar la mente en blanco y no pensar que es Enzo quien está junto a mí.

—¿Tienes hambre? —me pregunta de repente.

—Un poco.

—¿Te gusta la *pizza*?

—Como a todo el mundo; ¿o es que a ti no? —Continúo en mi línea arisco-defensiva.

—¿Conoces algún restaurante que sirva a domicilio?

—Sí, hay uno al final de la calle.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

Saca el móvil y lo busca en Internet.

—Ya lo he localizado. ¿Qué *pizza* te apetece?

—¿Me invitas a cenar?! —Me incorporo y me giro hacia él con semblante atónito.

—De alguna manera tendré que disculparme por mi actitud de esta tarde...

—Tienes razón. *Marinara*.

—Buena elección. De Nápoles, como yo.

—Caótico y no tan peligroso... Como tú —me burlo, y comienza otra vez

a reírse.

Pero Nápoles no es solo eso: es una ciudad única, maravillosa, bella, con rincones por descubrir... También, quizás, un poquito como él, tal como compruebo entre bocado y bocado. Y así, de la forma más insospechada, consigo, por primera vez, relajarme, ser la Sira que hace mucho tiempo que no era, y estar cómoda con Enzo.

—No estaba mal. —Saborea el último trozo de su *calabrese*—. Pero como la masa que hace mi madre, ninguna.

—Cómo no... —mascullo con los ojos en blanco en respuesta al comentario sobre su *mamma*, típico de un hombre italiano.

—Ya me darás la razón cuando la pruebes. —Toma un trago.

—¿Reparte a domicilio por todo el país? —lo pico, antes de beber yo también.

—Digo cuando vayas allí de visita —responde en español, para que no me quede ninguna duda, con un marcadísimo acento italiano.

—¿Hablas español? —Me llevo una grata sorpresa. Prefiero no profundizar en el contenido de la frase; sobreentendiendo que no se refiera a juntos.

—Lo justo. Como tú inglés. —Mi mirada se torna asesina—. Cursé un cuatrimestre en Granada y aprendí a defenderme —me explica, ya en italiano—. ¿Y tú? Antes no me respondiste, ¿por qué hablas italiano con tanta soltura?

Y no sé por qué, pero me siento tan a gusto con él que le cuento todo: desde las clases nocturnas en la Escuela de Idiomas y el verano que pasé en Roma perfeccionándolo hasta mi Erasmus en Sicilia, donde conocí a Renato Fontana, y eso implicaría que comenzase a aplicarme mucho más con el idioma, si algún día quería trabajar a sus órdenes. Y entre cruces de miradas, risas, confesiones banales (descubro que es *ferrarista* a muerte, que tiene cierto respeto a los perros desde que un chucho callejero lo atacase siendo niño —y cuya cicatriz luce en la pantorrilla—, que sale a correr cuatro veces por semana, que odia las baladas —y por ello se gana un abucheo—, y que se

pirra por la comida picante) y anécdotas de todo tipo, cuando me doy cuenta, son casi las dos y cuarto de la madrugada.

—¡No!

—Sí —responde muy serio.

—Pero ¿de verdad que mordisqueaste la planta de tu madre?

—Por algo le gustaba tanto; tendría que estar buena. —Se encoge de hombros—. Siempre creyó que aquella diarrea había sido por las espinacas que había comido ese día. Llegó a esa conclusión por el color verde de...

—No sigas, no sigas —le corto antes de que continúe con los detalles. Me aprieto la barriga con las manos—. Te juro que me duele de tanto reír.

—No te equivoques, la culpa la tiene la sangría, no yo —se mofa—. Por cierto, dile a Alba de mi parte que está muy rica. Tengo que pedirle la receta.

—Si consigues que te la dé, eres mi héroe.

—Espero serlo sin falta de eso.

Ese comentario es como una chispa eléctrica que origina un cortocircuito interno en mí. Sin saber por dónde salir, me levanto a toda prisa y recojo las cosas.

—Es tarde. Tengo que irme —farfullo de espaldas a él. Estoy tan sumamente colapsada y confundida que no me atrevo ni a mirarlo. Mi cabeza comienza a emitir señales de alarma, y de forma automática autodestruyo cualquier signo afectivo que haya podido desarrollar hacia Enzo.

—¿Qué prisa tienes? Mañana es sábado. —Se levanta para ayudarme.

—Para mí es un día más —espeto borde—. Por si no te ha quedado claro todavía, estoy aquí por trabajo, no por diversión —digo, más que para él, para recordármelo a mí misma—. Pero ya veo que para ti todo lo sucedido en Santa Maria Ligure es un juego...

—Estás muy equivocada... —replica con frialdad.

—Ahora me dirás que no duermes por las noches —lo ataco, mordaz, como mecanismo de defensa ante lo bien que me he sentido las horas que hemos pasado juntos en la azotea—. Veo que no respondes...

—No merece la pena. Como tú bien has dicho, es tarde. Te veo el lunes.
Coge las cajas de cartón de las *pizzas* y se va.

Superada por todo, me siento en el banco-balancín, conteniendo las ganas repentinas que me han entrado de gritar y así echar fuera la frustración que siento, y me pregunto por qué no puedo ser capaz, por un simple instante, de disfrutar de momentos como el de esta noche. La respuesta llega de manera inmediata de la mano de mi sabio subconsciente: «No es que no puedas, es que no quieres».

4 ¡Ciega de mí, que no lo vi antes!.

Capítulo 9

Una semana y media después, no hay día en que no siga recordando a cada minuto las horas que pasé con Enzo en la azotea. Esas horas en las que el tiempo pareció detenerse, y nos convertimos en cómplices; en las que me sentí demasiado a gusto a su lado; en las que su risa me acariciaba los oídos; en las que...

—¡Mierda!

—¿Qué ha pasado? —Se asusta el equipo.

Me llevo el dedo a la boca.

—Me he cortado con el bisturí.

—Déjame ver —pide Alba—. No es nada.

—Ya lo sé, es un simple rasguño. Voy a desinfectarlo y a poner una tirita.

—Y de paso tómate también un poco de *espabilina* —añade mi amiga—, que llevas unos días un tanto espesilla. La semana pasada casi te caes por el acantilado, anteayer tropezaste con un cubo y te retorcaste el pie, y ahora esto...

Mientras me curo, mi parte racional me deja bien claro que el culpable de todo es mi subconsciente, que vuela libre en una única dirección —Enzo— y me distrae absolutamente de todo. Y de sobra sé que lleva razón, que si estuviese centrada en lo que tengo que estar, que no es otra cosa que mi trabajo y Renato Fontana, no tendría tiempo para pensar en él. O al menos no tanto, porque eso es algo que, no sé por qué, no puedo dejar de hacer por más que lo intente; cosa que me pone de los nervios y me provoca que, día sí, día también, me enfade conmigo misma. Pero mi inteligente parte racional también sabe que, detrás de esos arrebatos de impotencia, hay algo más. Algo que no puedo controlar, por mucho que me empeñe, y que me altera más todavía. Y es que, a raíz de aquella noche, un ligero revoloteo de mariposas invade mi estómago cada vez que veo a Enzo; que, por aquello de compartir

«oficina» y edificio, son muchas más de las que desearía —a pesar de que mi subconsciente me lleve la contraria.

Cuando regreso, me encuentro con que están trabajando en un silencio sepulcral, algo que no suele ser habitual.

—Qué desgracia la mía, salir de trabajar y tener que ir para casa con este día tan bueno... —Alba utiliza el recurrente tópico del tiempo para iniciar una conversación que, estoy convencida, para nada tiene que ver con la meteorología—. Y más aún siendo mi cumpleaños...

—Si quieres, puedes venirte conmigo. —Alessio le sigue la corriente—. En cuanto acabemos, voy directo a la playa.

—O conmigo. —Nella intenta ponerse seria—. He quedado con unos amigos para tomar unas cervezas.

—No quiero ser un estorbo para nadie en este día... —Exagera un suspiro—. Mi día...

Finge estar compungida cuando se va a vaciar la carretilla, y los demás vuelven sus cabezas hacia mí.

—Sabe lo de la fiesta, ¿verdad?

—Qué os parece... —Reímos.

—Hola a todos —nos saluda Gio nada más llegar—. He pasado por el laboratorio para dejar el fragmento de tela y las maderas carbonizadas que extrajimos ayer, pero estaba cerrado.

—Me parece que abren a las once.

—Sí, lo he visto en el horario de la puerta. También me he acercado hasta la facultad y he traído una caja de bolsas de polietileno. Las he dejado encima de la mesa.

—Perfecto. Gracias. —Me incorporo y le tiendo el cepillo y el bisturí—. Te cedo el puesto. Estoy en la fachada de la iglesia, por si me necesitáis.

Cojo la documentación y las herramientas en la tienda y me siento a la sombra de un árbol frente a las ruinas.

«El cardenal, en su fascinación por mis estudios, me ha agasajado

con un astrolabio y un cuadrante [...]. ¡Oh, tío, nunca imaginé poder poseer yo misma tales instrumentos! [...] cuando todos duermen, silenciosa bajo al jardín y allí paso horas y horas contemplando la inmensidad de la bóveda celeste, hasta que la luz del alba se cierne en el horizonte [...] las mismas estrellas sobre las que los grandes astrónomos de la Antigüedad dejaron constancia en sus obras [...]. De día, desde el pequeño ventanuco que se abre junto a mi mesa en la Biblioteca Vaticana, sigo maravillada el movimiento del sol y anoto todos sus...».

—¿Interrumpo?

Me asusto —y me alegro— al escuchar la voz de Enzo, mientras mis dos yoes debaten entre ellos sobre si responderle que sí o que no.

—No, tranquilo. —Gana el irracional—. Estaba releendo una carta de Mencía, nada que no pueda hacer en otro momento. —Me levanto y me quito las hierbas del pantalón—. Pensaba que hoy no venías.

—No tenía intención, pero quería comentarte unas cosas y no me apetecía esperar hasta mañana.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que el resto del equipo se encuentra al otro lado del recinto y así poder hablar sin miedo a ser «descubiertos».

—¿Ocurre algo?

—Parece ser que hay más personas al tanto de la existencia de la estatuilla.

—A este ritmo lo difícil va a ser encontrar a alguien que no lo sepa...

—¿Vas a tomar las escalas o ya has terminado?

—Iba a ponerme con ello cuando acabase de leer.

Se agacha y coge el jalón metálico.

—Te echo una mano.

—Gracias, te lo agradezco, porque hoy Alba está un poco vaga... —Nos encaminamos hacia el otro lado del muro—. ¿De quién se trata ahora?

—Varios vecinos de Sestri: la cronista oficial, un par de historiadores

locales, un anticuario y un alemán afincado en la localidad. Los dos últimos fueron multados hace unos años por realizar pequeños sondeos ilegales en la zona. Por suerte estaban bastante despistados y excavaron un poco más allá.

Anoto unos datos en el cuaderno de campo.

—¿Aquí está bien?

—Muévelo unos centímetros a la derecha —le indico—. Perfecto.

—Dame. —Coge la cámara que llevo colgada de la muñeca—. Saco las fotos mientras tomas nota.

—¿Ya han prestado declaración?

—De momento solo dos de ellos. Imagino que Luca te pondrá al corriente en caso de que haya alguna novedad.

—A la espera quedo... Tengo que reconocer que da gusto trabajar contigo cuando te tomas las cosas en serio.

—Lo mismo digo..., doctor Jekyll —añade con burla.

Sonreímos y nos mantenemos la mirada durante unos segundos, hasta que la aparto.

—¿Tomamos un café? —formula sola mi boca, y su cara se convierte en una oda a la perplejidad—. Acéptalo como mi forma de pedirte perdón por el comportamiento que tuve contigo la noche de la azotea —suelto antes de que me arrepienta.

—Tienes razón. —Repite, poniendo voz de mujer, las mismas palabras que le dije cuando se disculpó por su actitud durante el interrogatorio—. Solo y sin azúcar.

—Yo no hablo como un camionero travestido —rio.

—Lo sé. —Pone la misma voz.

—Mira que eres bobo... —Lo empujo con el hombro.

Pasamos junto al equipo, extrañado al ver que me tomo un respiro a mitad de mañana, puesto que es la primera vez que hago una pausa desde que iniciamos la campaña, y nos dirigimos al interior de la tienda.

—Ejem, ejem —carraspea Alba con malicia cuando nos acercamos a ella.

Al ver la mirada fulminante con que respondo (algo que le hace gracia a Enzo), agacha la cabeza y regresa al trabajo.

—Otro secreto inconfesable: soy adicto al café —bromea tras dar el primer sorbo.

—No, si al final vamos a tener algo en común...

Veo que tiene intención de decir algo, pero se contiene. Fija la vista en el suelo, localiza una botella de vodka, se estira y la coge.

—Déjame adivinar...

—No es lo que piensas.

Suelta una carcajada, abre la botella y olfatea un par de veces.

—Sí que lo es, esto de agua tiene bien poco...

—Me refiero a su uso.

—En ningún momento se me pasó por la cabeza que fuera tu vía de escape cuando estoy por aquí...

—Muy gracioso. —Lo acompaño de una mueca—. Lo utilizamos como repelente de insectos.

—Es más efectivo si lo mezcláis con un poco de aceite de citronela o limón.

—Lo tendré en cuenta. —Mi teléfono comienza a sonar, y miro la pantalla de soslayo—. Es Carlo —le informo, con cierto fastidio por no poder seguir conversando y estar un rato más a solas con él—. Tengo que responder.

—Por supuesto. Te veo ahora. —Me guiña un ojo.

En cuanto me da la espalda, descuelgo con cara de bobalicona, expresión que borro al instante al darme cuenta.

—Hola, Carlo —saludo—. Te iba a llamar esta tarde, pero te me has adelantado. ¿Qué tal por Yalvaç?

—Si no fuera por los cuarenta y dos grados, *di meraviglia*. —De fondo oigo el sonido de un ventilador—. Hoy, por suerte, tengo el día libre. ¿Alguna novedad por ahí?

—De momento, ninguna. Hasta la próxima semana seguiremos trabajando

en los restos de la edificación donde vivían las religiosas.

—Sí, ya he visto las fotos que me has enviado por correo y leído tus partes ilustrativos.

—En cuanto acabe de redactar el informe, te lo mando.

—No corre prisa. —Por su tono sé que sonrío—. *Allora*, ahora quería hablarte de otro asunto... En realidad, lo que quiero es hacerte una propuesta.

—Pues... tú dirás —respondo extrañada.

—Se han puesto en *contatto* conmigo los organizadores del Congreso Internacional de Arqueología Clásica y Medieval que se celebrará en Siena mañana y pasado.

—Estoy al corriente del evento. Participa el lugarteniente Luca Massini.

—Sí, lo he visto en el programa, y él mismo me lo ha confirmado. Según me han comentado, ha surgido una ¿baja? —vacila, dudoso de la palabra— de última hora, y les gustaría cubrirla con una ponencia sobre Santa Maria Ligure. Lo encuentran un tema muy interesante, dado el inusual servicio que ofrecía la iglesia a los peregrinos y a sus ofrendas.

—No creo que sea buena idea. —Salgo de la tienda porque dentro el calor comienza a ser asfixiante—. Podría interferirse en la investigación policial.

—Cierto, por eso antes de llamarte he hablado con el lugarteniente, y me ha dicho que no hay ningún problema, siempre y cuando no se aluda a ninguna cuestión delicada, ya me entiendes.

—Aun así, no sé...

—A lo que iba —continúa—: he pensado que tú eres la persona *appropriata* para darla.

—¡¿Yo?! —grito. El equipo al completo se vuelve hacia mí con cara de susto, y les hago seña de que todo está en orden—. No, no, no. Lo siento, pero olvídate. Nunca he participado en un congreso y, además, después de mi «exitosa» intervención en la rueda de prensa, no quiero pasar por otro mal trago.

De forma inconsciente miro a Enzo, concentrado en tomar apuntes de la

zona del enterramiento. Lo observo con detenimiento, y una vocecilla interior comienza a canturrear que hay algo en él que me tiene atrapada. Y mucho.

—¿Sira? ¿Sigues ahí?

—¿Eh? Sí, sí, perdona.

—Necesito una respuesta urgente. Y recuerda que no acepto un «no».

Comienzo a escucharlo entrecortado, hasta que se pierde la comunicación.

«Tranquilo, ya he tomado la decisión», pienso, mientras observo a Enzo con una gran sonrisa de satisfacción personal al tener cogida de nuevo «mi razón por el mango».

—¿Has avisado a todos los que te pasé en la lista? —me pregunta Alba cuando acaba de hinchar el último globo.

—Sí. —Hago equilibrismos sobre la silla en la que estoy encaramada para fijar una guirnalda a lo alto de la chimenea.

—¿A todos, todos?

—Que sí, pesada —miento, como de costumbre. El segundo nombre que aparecía en la lista lo taché nada más verlo, pero como seremos unas cuantas personas, no creo ni que se dé cuenta de la ausencia—. Además, se supone que es una fiesta sorpresa, y no deberías saber quiénes vienen. Es más, no deberías ni saber que se va a celebrar.

—Por eso no te preocupes. —Lanza un globo al aire y juguetea con él—. Yo hago como que no sé nada. Ya viste esta mañana, nadie sospechó.

—No, qué va... —Intento por todos los medios aguantar la risa. Como ella misma diría: «que está al tanto, es *vox populi*»—. Será mejor que bajes para casa.

Acabo de adornar la azotea y me acerco hasta la carnicería del primo de Bernardetta a recoger los pisolabis que le hemos encargado. De la que subo, le doy un timbrazo a Flavia, nuestra vecina del primero, que se había ofrecido para echarme una mano con los preparativos. No pasan ni diez minutos cuando vemos llegar a Alba cargada con sangría como para un regimiento y

un altavoz para *smartphone*, que no sé de dónde habrá sacado.

—Como que no me has visto —le dice a Flavia, que se echa a reír. Coloca el teléfono sobre la base, sube el volumen, y empieza a sonar reguetón y electro-latino—. Qué menos que tener el detalle de poner la música que le gusta a la homenajeada, ¿no os parece?

—Anda, márchate de una vez —bromeo, mientras la empujo hacia la puerta—, que están a punto de llegar.

Y así es. Al poco tiempo, la azotea está al completo: Nella, Gabri, Alessio y Gio; Flavia, su marido y sus dos nietos; Bernardetta, su marido y sus tres nietos (su primo no ha podido venir); y, por supuesto, Luca. Tras las felicitaciones, besos y abrazos de rigor a una «sorprendidísima» Alba, que deja bien claro que «no se lo esperaba para nada», comentario que provoca una risa generalizada y alguna que otra broma, antes de inaugurar la fiesta nos agradece uno a uno nuestra presencia y divaga sobre sus treinta y dos años de vida.

—... *Nunc est bibendum*⁵

—concluye, por fin, el discurso alzando su vaso, y todos la imitamos.

—Luego hablas de mí... —me burlo.

—Lo mío fue un caso puntual, y lo tuyo es a diario —contraataca antes de brindar en el aire con los respectivos maridos de Flavia y Bernardetta, que están conversando con Gio—. Además, bien que os lo pasasteis cuando conté la historia del paseo en camello.

—Creo que podíamos vivir sin conocer ese dato —me apoya Luca, entre risas.

—¿Qué tal están mis inquilinas favoritas? —Bernardetta se acerca a nuestro grupo, acompañada de Flavia.

—Tan guapas como siempre —bromea mi amiga, asiéndola del brazo.

—Eso no lo había ni dudado. —Sonríe—. ¿No ha ven...?

—¡Hombre, por fin te dejas ver! —saluda Alba con efusividad.

Acto seguido bebo hasta la última gota de mi vaso de sangría para ayudar

a bajar el canapé que acabo de tragar. Prefiero creer que es por eso y no porque Enzo acaba de aparecer por la puerta con *look* playero, gafas de sol y el pelo mojado. Sin pensar, le quito el vaso de las manos a Alba y repito la misma operación.

—Demasiado picante —me justifico. Flavia y Bernardetta asienten compasivas, mientras que Alba y Luca intercambian una mirada.

—Ahora sí; ya están todos los invitados de la lista —murmura mi amiga, por lo bajini, con recochineo—. Como sabía que no lo avisarías, me encargué yo misma de hacerlo.

—Buenas tardes —saluda cuando llega a nosotros, y todos responden, menos yo—. Felicidades. Te he traído un detalle.

—Gracias, no tenías por qué. —Alba coge la bolsa y lo abraza como si fueran amigos de toda la vida. Ante la camaradería, sin trasfondo alguno, que parece haber surgido entre ambos, se me escapa un pequeño resoplido.

—Justo venía a preguntarles por ti —comenta Bernardetta—. Me extrañaba mucho que no estuvieses.

—Problemas de logística con mi invitación... —deja caer con ironía, mirándome de reojo.

—Se me debió de traspapelar. No sabes cuánto lo siento... —Empleo su mismo tono, a la par que lo acuchillo con la mirada.

—Hola, Enzo. —Los nietos de Flavia vienen corriendo hacia él seguidos por los de Bernardetta—. ¿Luego juegas con nosotros?

—Claro que sí —responde con dulzura.

—Hoy tenemos refuerzos —dice el mayor, y señala con la cabeza a los otros tres—. Podemos hacer dos equipos iguales, así no te damos una paliza como el otro día.

—Cierra la boca —me cuchichea Alba en una burla clara.

—Yo no... —No acabo la frase al darme cuenta de que estoy como una boba observando la escena. Porque adoro a los niños. Y parece ser que él también. Me acerco a la mesa y relleno mi vaso de sangría, dos veces.

Huyo de allí y me refugio en Gabri, Nella y Alessio, aunque mis ojos se mantienen fijos en el grupo que acabo de abandonar. Charlamos sobre los planes que tenemos para el próximo fin de semana, cruzo una mirada con Enzo y relleno el vaso. Nella nos cuenta más detalles sobre su trabajo fin de máster, intercambio una sonrisa con Enzo y relleno el vaso. Nos despedimos de Gio, reímos con las «aventuras» de Alessio como hamaquero en la playa de Monterosso al Mare, cruzo mirada e intercambio sonrisa con Enzo y voy directa a la mesa... Cuando estoy terminando de servirme, siento que alguien se acerca e invade mi espacio personal. Acto seguido, un bestial estremecimiento se apodera de mí de manera incontrolable.

—Échame a mí también. —Enzo me tiende su vaso—. He conseguido la receta. —Me enseña un papel doblado que saca de un bolsillo y vuelve a guardarlo.

—Lo dudo —rio—. A saber lo que te habrá escrito Alba.

Suelta una carcajada.

—Por un momento temí que respondiera *mister* Hyde...

—¿Quieres que lo llame? No me cuesta nada...

Vuelve a carcajearse.

—Se rumorea que este viernes participas en un congreso en Siena.

—Veo que las noticias vuelan... —A sabiendas de que ella fue la chivata, clavo la vista en Alba, concentrada en dedicarle la letra y la coreografía de cosecha propia del *Dare (La La La)*, de Shakira, a Luca.

—Es uno de los más importantes de Italia. Es un buen escaparate para tu carrera. —Da un trago.

—No me pongas más nerviosa de lo que estoy...

—Pues no tendrías por qué, eres la mejor en el tema.

—Mi opinión sobre ti no va a cambiar, no hace falta que me des coba.

—La cosa se pone interesante... ¿Qué opina la señorita López sobre mí?

—Mejor no quieras saberlo... —Saludo con un leve movimiento de cabeza a todos, que nos miran tras la para nada silenciosa risotada de Enzo.

—Tampoco exageres.

—No lo hago, créeme.

—Algo bueno tendré...

Lo miro de arriba abajo un par de veces y apuro mi bebida como método de enfriamiento frente al golpe de calor que acabo de sufrir.

—Nada —respondo, aunque en realidad haya pensado «todo», mientras acerco la jarra de sangría.

—Sé que estás mintiendo...

—En absoluto, ¿nunca has oído eso de que los borrachos siempre dicen la verdad? —le digo el dicho en español.

El resto de invitados se vuelven otra vez hacia nosotros por culpa de Enzo, y les saludo de nuevo.

—Para estar borracha, no veo que se te trabe mucho la lengua...

—Es que yo soy más de las que exaltan la amistad, los sentimientos y esas cosas.

—Tampoco es que estés muy efusiva...

—Soy muy discreta, pero si te quedas más a gusto, te doy un abrazo —suelto sin pensar.

—¿Solo un abrazo?

—Está bien: dos, no más. —Por su ironía sé que no se refiere a la cantidad, pero me hago la loca.

Posa su vaso sobre la mesa y se planta delante de mí con los brazos abiertos y una enorme sonrisa.

—Pues adelante, aquí me tienes. Cuando quieras.

Sin moverme de mi sitio, lo observo durante unos segundos, tragando saliva cuando noto cómo se agita mi cuerpo al no intuirse ni una pizca de burla en su expresión. Pero lo que realmente hace que mi estómago se convierta en una especie de vals de las mariposas es el hecho de que me incite de forma clara con su mirada a que lo abrace. Entretanto, esbozo una sonrisa nerviosa.

—Estoy esperando... —me recuerda.

Mi pie derecho da un paso al frente sin yo ordenárselo, pero, con la misma, retrocede. Y de pronto, como si mi raciocinio se hubiese anulado por completo y, sin saber cómo ha pasado, es mi parte irracional la que comienza a darme órdenes mientras me susurra que le gustaría saber qué se siente al estar entre los brazos de Enzo. Vuelvo a tragar saliva, y, ahora sí, los dos pies, a pesar de no parecer muy seguros, se ponen de acuerdo, y me acerco a él, con el corazón latiendo a un ritmo frenético, dispuesta a comprobarlo.

—Enzo. —La voz de Gabri me devuelve al mundo y me salva de algo de lo que, estoy convencida, me arrepentiría—. ¿Qué opinas de esto?

—Un segundo. —Apura su vaso—. Me debes dos abrazos, recuerda..., aunque a mí no se me va a olvidar. —Me guiña un ojo y se va.

Aprovecho que no hay nadie al fondo de la terraza y me siento en una de las sillas a contemplar el horizonte mientras trato de encontrar una explicación lógica al último minuto de mi vida, pero no la encuentro por ningún lado. Y no puedo culpar a la sangría, porque cierto es que estoy bastante cuerda a pesar de haber bebido unos cuantos vasos. Así que por una vez prefiero dejarlo pasar —aunque declino seguir bebiendo, por si acaso— y me relajo sin autoflagelarme por el tonteo, hasta que comienzo a fantasear otra vez sobre cómo sería estar arropada entre sus brazos y me doy cuenta de que estoy «estudiando» de forma descarada su espalda ancha y su trasero.

—Creo que te ha salido un pretendiente. —Me sobresalto al oír la voz de Bernardetta.

—¿Cómo dices?

—Conmigo no hace falta que disimules, sabes de quién te hablo. —Me entra una risilla floja, no voy a negar que un poco animada por el alcohol, aunque buena parte de culpa la tenga el nerviosismo que me provoca el tema—. He visto cómo os miráis y la complicidad que hay entre vosotros. —No me deja derecho a réplica y sigue especulando—. Él es un encanto y tú, más de lo mismo. Haríais muy buena pareja. —Opto por finalizar el vaso que había dejado a medias—. Hablando del rey de Roma, por ahí viene con uno

de los nietos de Flavia en brazos.

—¿Habéis visto qué bien acompañado vengo?

—Además de verdad. —Bernardetta le hace una carantoña al pequeño.

—Me lo he encontrado sentado junto a la puerta. El pobre está traumatizado porque pilló besándose a Alba y a Luca detrás de la chimenea mientras jugaba al escondite.

—Alba le estaba metiendo la lengua en la boca —detalla con una mueca de desagrado muy graciosa—. Qué asco.

—Ya cambiarás de opinión cuando crezcas un poco más... —bromea Enzo entre dientes.

—Esta amiga mía, al contrario que el buen vino, empeora con los años... —Reímos.

—¿Vamos a buscar a los demás para echar un partido? —Al nieto de Flavia se le ilumina la cara con la propuesta de Enzo y asiente con la cabeza —. Vuelvo en un rato —dice más para mí que para Bernardetta.

—Yo voy a rescatar a tus compañeros de mi marido. Y haz caso de lo que te digo. —Baja la voz—. ¿No ves que ya tengo unas cuantas canas?

Cuando, pasadas las doce de la noche, Alba y yo nos ponemos a recoger, todavía siguen retumbando en mi cabeza las palabras de Bernardetta entremezcladas con las de mi propio subconsciente, que parece darle la razón. Para acallarlas, decido mantener una conversación que tengo pendiente con mi amiga desde hace varias semanas y que creo que ya va siendo hora de que tengamos.

—¿Qué hay entre Luca y tú? —Voy directa al grano.

—Nada, solo somos... —Se queda pensativa en busca de una palabra que lo defina.

—No me mientas; sé que en la fiesta hicisteis algo más que hablar. —No revelo que mi fuente es un niño de cinco años.

—Fue un simple beso. —Por mi expresión, sabe que no le creo—. Bueno, quizás alguno más...

—¿Y eso qué significa?

Se deja caer en una de las tumbonas, y yo me recuesto en la otra.

—Es... largo y complicado de explicar. —Intenta esquivar el asunto.

—Tengo toda la noche por delante, así que puedes empezar.

—Mañana madrugamos.

—¿Desde cuándo eso es un problema para ti?

—Está bien. —Respira hondo, acerca la última jarra de sangría que queda y sirve un vaso para cada una—. De todos modos, tarde o temprano te acabarías enterando...

—¿De qué?

—¿Recuerdas que te conté que durante dos veranos seguidos participé en un campo de trabajo en el Algarve?

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —me extraño—. Fue hace más de doce años, ni siquiera nos conocíamos.

—Así empezó todo.

—O estoy más borracha de lo que creo o no te explicas con claridad, porque no me estoy enterando de nada en absoluto.

—Conocí a Luca el primer verano; coincidimos en el mismo grupo, tonteamos un poco y, ya puestos a confesar... perdí mi virginidad en la playa. Pero nada más. Él regresó a Italia, yo a España, y cada uno por su lado. —Mueve inquieta el pie de un lado a otro—. Al año siguiente volvimos a coincidir y más de lo mismo, salvo por un pequeño detalle: cometí el error de enamorarme como una idiota. Él parecía que también sentía algo por mí, y tengo que reconocer que fueron unas semanas que jamás olvidaré..., sobre todo el día en que se presentó por sorpresa su novia, con la que llevaba tres años.

—¡¿En serio?!

—Y tanto... —me confirma con cierto dejo melancólico.

—Por favor, dime que ahora no tiene novia... o, peor aún, está casado.

—No —ríe—. Está soltero y sin compromiso.

—Menos mal. —Respiro aliviada—. Sigue.

—Como es lógico, nunca estuvimos en contacto, aunque no voy a negar que de vez en cuando me acordaba de él; al principio sobre todo para desearle algún tipo de urticaria o que le saliesen hemorroides, pero no se lo digas, y luego, ya con el paso del tiempo, preguntándome qué habría sido de su vida. Pero lo que menos imaginé fue que vivía puerta con puerta conmigo. —Pincha una aceituna—. No me digas tú a mí las probabilidades que hay de que eso pase en un país de casi sesenta millones de habitantes... Y yo no creo en el destino.

—Pero sí en las grandes diosas del amor —me burlo—. ¿Cuándo lo descubriste?

—Hace relativamente poco, y eso que ya llevo en el bloque año y medio. Además, fue por casualidad, salía del ascensor, y él lo estaba esperando. Fue un momento un poco extraño.

—Supongo.

—Los dos nos quedamos inmóviles uno frente a otro, hasta que por fin reaccioné y le dije que si era tan amable de apartarse para que pudiese pasar.

—¿Y qué te contestó? —Me pica la curiosidad, viendo lo políticamente correcto que es Luca.

—Un escueto «claro». —Reímos—. Nada más salir del portal, lo primero que hice fue mirar uno por uno los nombres de los timbres y te juro que casi me da un telele cuando leo «2A Massini L» enfrenteado a «2B».

—Con lo cotilla que eres, ¿nunca te había dado por mirarlos?

Se encoge de hombros y hace una pausa para beber.

—La verdad es que no. ¿Ahora entiendes por qué actué así aquella noche? Al verlo en mi cama se me agolparon los recuerdos y escupí todo lo que sentía conforme me venía. Oyó lo que quiso y más.

—Te creo. —Me apiado en silencio del pobre Luca antes de picar un canapé—. Pero por lo que veo ya lo has perdonado.

—Ya sabes que no soy rencorosa...

—No, qué va...

Se hace la ofendida y me golpea el antebrazo con la mano.

—Hemos hablado del tema, y además se ha disculpado por ello en varias ocasiones. Me contó que le remordía la conciencia y que se lo acabó confesando a su novia poco tiempo después. Pero como dicen que quien ríe el último, ríe mejor, por lo visto ella le soltó que no estaba enamorada de él y que llevaba bastante tiempo viéndose con otro chico. Me alegré cuando me lo contó, no te lo voy a negar. —De hecho, se ve que todavía se alegra—. Según me ha dicho, desde que probó de su propia medicina, se ha vuelto fiel.

—¿Y ahora qué?

—Ahora *carpe diem*, amiga mía, que *tempus fugit*.⁶

—Anda, mejor vamos a recoger, que ya empiezas a desvariar.

5 “Ahora bebamos”

6 “El tiempo es fugaz”

Capítulo 10

—No sé por qué te desesperas —reacciona Alba tras mi resoplido—, ya sabes que la impuntualidad del transporte público italiano es como el pan nuestro de cada día.

Me giro para ver qué hora marca el reloj del *hall* principal de la estación de tren de Siena.

—Llegamos con un cuarto de hora de retraso —me quejo.

—Siempre tan tiquismiquis...

Cogemos un taxi hasta el hotel, un edificio de nueva construcción ubicado a las afueras de la ciudad, y nos instalamos en la habitación doble que vamos a compartir.

—Mírala qué elegante se ha puesto. —Mi modelo es de lo más sencillo: vaqueros pitillo de color negro, blusa blanca y cuñas *peep toe* negras—. ¿Lo llevas todo?

Abro el maletín y hago recuento por alto.

—Me falta el segundo lápiz de memoria. —Mi amiga me observa con gesto interrogante—. Por si uno no funciona.

—Pues date prisa en encontrarlo, que en diez minutos pasan a recogerte.

—Sí, mamá —rio—. Te veo a mediodía delante de la sala principal.

—Mucha mierda. —Cruza los dedos.

—No sé si eso funcionará fuera del teatro, pero gracias de todas formas.

Ya en recepción, pregunto por la «asistente personal» que me ha puesto la organización del congreso, y me indican que es la mujer que está sentada en uno de los butacones hablando por teléfono. En cuanto ve que me acerco a ella, se despide y se levanta.

—Buenos días, ¿señorita López? —pregunta con cierto temor.

—Sí. —Sonrío.

—Simonetta Greci, encantada.

Nos estrechamos la mano.

—Igualmente.

—¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, gracias. He aprovechado para dormir un rato y reponerme del madrugón.

—¿Le resulta incómodo si la tuteo?

—Al contrario, lo prefiero.

Durante el trayecto hasta el centro de congresos me comenta que este año han registrado un incremento en el número de inscripciones, que la jornada de ayer fue todo un éxito —y que esperan que hoy se repita—, y que el «plato estrella» tendrá lugar a última hora de la tarde con la presentación del proyecto de puesta en valor de una importante ciudad romana bien conservada de la región del Piamonte.

—Como ha sido todo tan precipitado, no recuerdo si te he dicho que es necesario que nos facilites el texto de la ponencia para incluirlo en las actas.

—No me suena. —Saco un USB del maletín y se lo entrego—. Además de las imágenes para proyectar, tengo un documento con la exposición, puedes hacer una copia de todo.

—Perfecto. —Lo anota en su agenda antes de bajar del taxi.

Nos abrimos paso entre los grupos de congresistas que charlan en las zonas comunes del edificio, y me guía por un lateral hasta una sala a la que accedo tras mostrar mi credencial.

—Para que no se cuele nadie —me aclara—. Es la zona de descanso para los ponentes y los miembros de los diferentes comités. Cuenta con servicio de café y bollería. ¿Te apetece tomar algo?

—Un café solo, por favor —le pido a uno de los camareros.

Que mi boca pronuncie la palabra «café» es el pretexto perfecto que necesitaba mi parte irracional para hacerme recordar con todo lujo de detalles el que me tomé el miércoles por la mañana con Enzo. Por suerte, mi

parte racional está atenta y sale al paso para recordarme que mi decisión de participar en el congreso tiene mucho —o todo— que ver con mi deseo de poner tierra de por medio entre él y yo, aunque solo sea durante un par de días.

—Mejor un zumo de naranja, disculpa.

—Aquí te dejo —se despide Simonetta—. Regreso a buscarte unos minutos antes de tu intervención.

Cuando se va, me sitúo en un rincón solitario junto a la ventana a revisar las notas de apoyo para la exposición.

—¿Dando el repaso de última hora?

—¡Luca! —Me alegro de encontrarme con una cara conocida.

Se acomoda a mi lado.

—¿Cómo lo llevas?

—Mejor de lo que pensaba. Eso de contar con alguien en el escenario para que me eche un cable en caso de que me trabe con el idioma me tranquiliza bastante.

—Ya verás cómo no lo vas a necesitar.

—A ti no te pregunto qué tal, porque ya eres todo un experto...

—Tanto como eso no, pero ya llevo unas cuantas —bromea, antes de saludar con un leve movimiento de cabeza a una chica que acaba de entrar—. ¿Ya ha llegado Alba?

—No tengo ni idea, pero supongo que está rondando por aquí desde hace un rato. No me quiero poner en el lugar del pobre al que haya pillado por banda... —Reímos.

—Sira —nos interrumpe Simonetta, un poco estresada—, es tu turno. No te vayas muy lejos —le dice a Luca—, que Guarini y tú sois los siguientes.

—Suerte.

—Lo mismo digo.

—¿Vas a la cena de ponentes?

—Sí. Y Alba viene conmigo, por si te interesa...

Suelta una carcajada.

—Nos vemos allí, entonces.

—No la entretengas —ordena Simonetta—, ya hablaréis más tarde.

Durante la media hora que dura mi intervención —ante una sala prácticamente llena, y en la que tengo que recurrir un par de veces a mi traductor—, hago un breve resumen de la historia de Santa Maria Ligure y los trabajos arqueológicos que estamos llevando a cabo. Pero, a pesar de moverme con seguridad y de emplear un tono profesional, aunque distendido, he de reconocer que hasta que no escucho los aplausos tras exponer las conclusiones, no me quito un peso de encima.

—Enhorabuena —me felicita Simonetta—. Has sido muy dinámica y has logrado captar la atención de los asistentes desde el primer momento. El próximo año nos presentas los resultados.

—Gracias. —Sonrío, satisfecha con mi trabajo y conmigo misma.

—Has estado genial —me susurra Luca cuando coincidimos en el pasillo.

—Puedes permanecer aquí todo el tiempo que quieras —me informa Simonetta, entrando de nuevo en la sala de descanso—. Por si no te vuelvo a ver, recuerda que el aperitivo previo a la cena está programado para las ocho.

Pico un canapé salado, pido un botellín de agua y me siento en el mismo sitio que antes para seguir la intervención de Luca a través del circuito interno de televisión.

—Mi más sincera enhorabuena, señorita López. Ha estado brillante —me dice una voz que no escucho en directo desde hace algunos años, pero que reconozco al instante y que hace que se me erice hasta el último pelo: de pie, ante mí, tengo al gran Renato Fontana.

—Gracias, señor Fontana —respondo con un débil hilo de voz mientras me incorporo e intento disimular mi repentino nerviosismo.

—Estoy al tanto de lo ocurrido en Santa Maria Ligure, lo lamento mucho. —Esbozo una sonrisa tímida como muestra de agradecimiento a su preocupación porque no me salen las palabras, ya que nunca he hablado con

él y ni por asomo imaginé que la primera vez que lo haría sería porque el propio Renato Fontana se dirigiese a mí. Y mucho menos para felicitarme—. Carlo Bassano me mantiene al corriente siempre que la cobertura de Turquía se lo permite.

—Sí, es difícil contactar con él —atino por fin a decir.

Me tiende la mano.

—Ha sido un placer conocerla. Permaneceré atento a su trayectoria —añade antes de irse.

Como hace Alba en estos casos, con pulso tembloroso me pellizco el brazo para ver si es real. Al comprobar que lo es, e incapaz de concentrarme en el final de la ponencia de Luca, recojo mis cosas y salgo de la sala. Dejo escapar un pequeño grito de la emoción y, acto seguido, se me dibuja una enorme sonrisa en la cara.

—Es mi mejor amiga. —Alba se pavonea ante un grupo—. Nos vemos por la tarde. —Se para cuando llega a mí, y los demás siguen caminando—. ¡Has estado increíble! ¡¿Qué digo increíble?! Magnífica, formidable, extraordinaria... —Me abraza de forma efusiva.

—No eres la única que lo opina. —Me hago la interesante.

—Con qué facilidad se te ha subido la fama a la cabeza...

—A una no la felicita personalmente Renato Fontana todos los días.

—¡¿Fontana, en serio?!

—Baja la voz. —Asiento eufórica y empezamos a saltar como un par de grupis histéricas.

—Si quieres mantener intacta tu reputación, vamos fuera.

—Estoy que no me lo creo...

—No me extraña. Mira. —Estira el brazo para que lo vea—. Hasta se me ha puesto carne de gallina por la emoción, así que no quiero ni imaginar cómo estás tú. ¿Qué te ha dicho?

—Poca cosa: que le ha gustado la ponencia, que siente lo del expolio y...

—Hago una pausa para crear expectación—. Repito palabras textuales: que

permanecerá atento a mi trayectoria.

Volvemos a gritar y a saltar.

—Quiere reclutarte para su equipo. —Enfatiza con una palmada.

—¿Por un simple comentario?

—Tiempo al tiempo, ya lo verás.

—Disculpad que os interrumpa. —Un hombre de mediana edad bastante atractivo se dirige a nosotras—. Sira López, ¿verdad?

—Sí.

—Permíteme que me presente: soy Domenico Vespucci. —En cuanto escucho su nombre, me tenso, algo que no le pasa desapercibido—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que ha sido una pequeña bajada de tensión. —Me esfuerzo en sonar creíble y poner la mejor de mis sonrisas ante uno de los sospechosos del robo.

—Quería felicitarte por tu exposición, ha sido un placer escucharte.

—Gracias.

—Para mí ha sido el tema más interesante del congreso. —Parece sincero—. No sé si sabes que hace unos años estuve a punto de acometer el estudio histórico-arqueológico de Santa Maria Ligure.

—No, lo siento —miento de forma descarada.

—Lo que me ha extrañado es que no hicieses alusión alguna a la historia de Mencía de Cusanza.

—No lo estimé oportuno, dado el poco tiempo con el que contaba para intervenir —invento sobre la marcha. En realidad, no aludí a ella para evitar mencionar algún dato comprometido relacionado con el caso.

—Mejor así. Si hubieses tocado el tema, la gente y los medios de comunicación comenzarían a hacerte preguntas incómodas sobre el expolio, que, por cierto, lamento —continúa hablando de corazón.

—Gracias —repito, ahora con expresión más relajada.

Me tiende una tarjeta de visita.

—No te entretengo más. Escríbeme para lo que necesites o simplemente para charlar. Me gustaría estar en contacto contigo.

—En cuanto tenga un momento, te envío un correo con mi dirección.

—Eso espero.

Se aleja unos metros y entabla conversación con una pareja.

—¿Por un casual lo conoces? —le pregunto a Alba para así salir de dudas.

Mi amiga pone cara de circunstancias.

—No lo he visto en mi vida. He quedado con Luca para comer, ¿te apuntas?

—Casi que no. No quiero visitar la ciudad a las carreras, algo que tengo que hacer sola, ya que mi desertora amiga me abandona esta tarde por una de las ponentes...

—Hace tiempo que no la veo.

—Ya lo sé, no pasa nada. —Sonrío—. Además, un rato a solas conmigo misma tampoco me viene mal. Nos vemos en la habitación del hotel.

Capítulo 11

Tras cambiarme de ropa y hacerme con un mapa de Siena en recepción, enchufo los cascos a mi *smartphone*, selecciono el modo aleatorio en la lista de reproducción —que escoge el *Ahora tú*, de Malú— y, plano en mano, me encamino hacia mi primera parada: *il Duomo*. Un par de calles más allá, al doblar la esquina, entro de pleno en un callejón solitario sin salida. Desorientada y concentrada al máximo en encontrar mi ubicación con el GPS del móvil, siento que alguien posa su mano en mi hombro y grito asustada, a pesar de que el único que puede socorrerme es un gato que está plácidamente repanchigado a la sombra. Me doy la vuelta en actitud defensiva y, acto seguido, me quedo petrificada.

—¡Serás idiota! Casi me matas del susto. —Perdida y sin rumbo alguno, comienzo a caminar.

—Tampoco fue para tanto. —Enzo, aguantándose la risa que le provoca mi expresión horrorizada, me sigue—. Podría haber sido más cruel.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido con Luca.

—Qué suerte la mía que no puedo perderte de vista ni un solo día...

—Por cierto, enhorabuena por la ponencia, ha sido fantástica.

—¿Has estado? —Se me escapa una sonrisilla de entusiasmo al saber que ha ido e intento ponerme de nuevo seria.

—¿Aún lo dudas?

De pronto caigo en la cuenta de algo y me detengo en seco. Y él, a mi lado.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Es que ahora entra dentro de tus funciones ser escolta?

—Estaba sentado en uno de los butacones del vestíbulo del hotel a la espera de Luca cuando te vi salir. Nosotros también nos alojamos allí.

—¿Y cuál es tu plan? ¿Seguirme como un perro faldero?

—¿Así es como me agradeces que te venga a hacer compañía?

—¿Acaso te he pedido que lo hagas?

Una amplia sonrisa se dibuja en su cara.

—Te advierto que no voy a separarme de ti en toda la tarde —deja claro con malicia.

Confusa por la descarga eléctrica que acaba de provocarme el pensar que voy a pasar unas horas a solas con él, apenas opongo resistencia cuando me quita el callejero, lo deposita en una papelera y me agarra de la mano, tirando de mí para que lo siga.

—¿Se puede saber a dónde vamos?

—A perdernos por Siena —responde guiñándome un ojo.

Y al igual que la noche de la azotea, no actúo con la razón, lo sigo y hago algo tan simple como dejarme llevar. Dejarme llevar por la ciudad, por su historia, por sus edificios, por sus gentes, por sus costumbres... Por su risa. Por sus anécdotas. Por la pasión que pone en todo lo que me explica. Por su divertida forma de ser. Dejarme llevar por él. Sin miedo alguno, me adentro a su lado en el callejón que en su día sirvió de escondite a criminales, el Vicolo degli Orbachi. Como dos niños, jugueteamos con el agua de la monumental fuente medieval de Fontebranda. Como si de una lección magistral se tratara, permanezco atenta a cada pequeño detalle que me descubre de la sublime arquitectura del Duomo. Con la serenidad que me contagia el ambiente de la Fortezza Medicea, contemplo y fotografío la ciudad. Y a él. Y a nosotros...

—¿Pasa algo?

—Nada, es solo que... —Agacho la cabeza sonrojada cuando me descubre mirándolo hipnotizada. Por el rabillo del ojo veo que me observa pensativo —. Olvídalo.

Durante un rato, sentados en la maravillosa Piazza del Campo como una pareja de turistas más, disfrutamos en un cómodo silencio de la tarrina de helado artesanal que compramos para compartir unas calles atrás y nos

dejamos envolver por todo lo que nos rodea.

—¿Cómo es que un napolitano conoce todos los rincones secretos y las leyendas de Siena?

—Estudié aquí la *laurea* en Bienes Culturales. Viví en la ciudad durante cinco años.

—¿Bienes Culturales? —Me pilla por sorpresa.

—Sí. —Saborea la última cucharadita del helado de chocolate ya en dirección al hotel—. Mi padre me contagió su pasión por el Arte y la Historia, y se lo prometí antes de que muriera.

—Lo siento, no quería...

—Tranquila, aunque lo eche de menos a menudo, ya lo he superado. —Sonríe con tristeza—. Para que te hagas una idea de hasta qué punto estaba involucrado con el tema, con tan solo quince años organizó una manifestación para evitar que se urbanizase de forma ilegal un terreno en el que habían encontrado los restos de una *domus* romana.

—¿Y lo consiguió?

—No, pero desde ese momento puso todo su empeño en proteger el patrimonio cultural de la ciudad para que no se volvieran a repetir salvajadas como aquella. Así que cuando no estaba faenando en alta mar, era todo un activista.

—¿De ahí que formes parte del Comando TPC como infiltrado?

—Más o menos. —No profundiza en la respuesta y desvía rápido la conversación, que parece incomodarlo, hacia otra dirección—. Y tú, ¿por qué decidiste ser arqueóloga?

—En mi caso la culpa la tiene Indiana Jones. —Ríe con ganas—. ¿Qué? No te cachondees. Crecí con la reposición televisiva de sus películas.

—¿Y qué tal te desenvuelves con el látigo? —pregunta con evidente ironía.

—Pero qué bobo eres...

Por un instante, nuestras miradas hablan entre sí y se dicen sin palabras, un

tanto tímidas, lo que nosotros no nos atrevemos a expresar con ellas.

—Esta tarde me lo he pasado muy bien. Me gusta verte así de feliz y despreocupada. —De pronto acelero el paso, pero no huyo—. Qué prisas te han entrado de repente..., como la noche de la azotea.

—He quedado con Alba hace un buen rato y debe de estar preguntándose dónde estoy. —Me justifico, distante, con una mentira piadosa, ya que la última noticia que tengo de mi amiga es un mensaje diciéndome que se traslada a la habitación de Luca, algo que tendrá que explicarme en cuanto la vea, y de que me esperan en el *hall* para ir juntos al restaurante.

—Ya...

—Si no te importa, prefiero subir por las escaleras. —Paso de largo ante el ascensor del hotel y voy derecha a ellas.

—Como quieras.

No le doy conversación hasta llegar arriba.

—Esta es mi planta —le informo cuando llegamos al segundo piso.

—Pues... hasta dentro de un rato. —Por mi cara intuye que no sé de qué me habla—. Acompañaré a Luca a la cena de ponentes —me aclara, y me ilusiono (aunque no lo exteriorice) al saber que volveremos a coincidir esta noche.

—Entonces supongo que nos veremos en el vestíbulo dentro de media hora. —Intento mostrar que no me importa lo más mínimo que vaya.

Permanecemos varios segundos callados uno frente al otro, sin saber muy bien cómo despedirnos.

—Bueno, pues... —Se inclina hacia mí para darme un beso en la mejilla.

Al sentirlo tan cerca, de forma instintiva, doy un paso hacia atrás. En su expresión noto que mi acto reflejo lo ha pillado completamente por sorpresa, pero a mí, el suyo, también. Con el corazón a punto de pasárseme de revoluciones, y sin dejarle ninguna opción a que abra la boca, lo único sensato que se me ocurre es marcharme de allí cuanto antes para evitar que el momento se vuelva más incómodo. Y así, incapaz de pensar, balbuceo un

«hasta ahora» de manera atropellada, para, acto seguido, dar media vuelta e irme sin mirar atrás.

En la ducha, bajo el chorro de agua caliente, trato de buscar un motivo que evidencie que esta tarde no ha sido la mejor que he pasado en mucho tiempo. Años, quizás. Pero, por más vueltas que le doy, no encuentro ninguno. Me he reído, me he divertido, he descubierto un montón de cosas... de la ciudad y de él. Y es que de la compañía solo puedo decir que fue simplemente perfecta. Y eso es imposible. No puede haber tanta química entre nosotros, por mucho que la note casi desde el mismo día en que nos conocimos. «Ni puede, ni debes dejar que la haya si es que algún día quieres trabajar para Renato Fontana en Roma», me recuerda mi yo racional. Un cambio brusco de temperatura en el agua me hace volver a la realidad y olvidarme de esa sensación extraña que me atraviesa cada vez que estoy cerca de Enzo.

Decido no pensar más en ello y me concentro en prepararme para la cena de esta noche, puede que esmerándome un poco más de lo habitual. Después de mucho insistir, Alba me convenció para que comprase un vestido *vintage* corto de gasa en color aguamarina combinado con un cinturón marrón trenzado. Opto por dejarme el pelo suelto y me aplico un poco de maquillaje. Me calzo los zapatos de tacón —que también estreno— y salgo de la habitación cinco minutos antes de la hora prevista. El ascensor no tarda en llegar.

—¿Entras o te vas a quedar ahí como un pasmarote? —Enzo está dentro. Solo.

—Yo... —tartaleo— entro, sí...

Le dedico una tímida sonrisa y me coloco a su lado. Le echo un vistazo de soslayo, y acto seguido, me invade una oleada de calor. Está tremendamente sexi. Se ha revuelto el jopo de su corte *undercut* y se ha puesto unos vaqueros oscuros con camisa blanca y *blazer* gris. Una fragancia embriagadora se cuele por mis fosas nasales. Cierro los ojos un segundo y me transporto a un mundo imaginario muy sensual.

—Hojas y madera de cedro, frutas tropicales y vetiver.

—¿Cómo dices? —Me giro hacia él sin entender nada.

—Las notas del perfume. La dependienta de los grandes almacenes me aseguró que causaría estragos entre el sector femenino y acabo de comprobar que tenía razón.

—Idiota.

Pulso furiosa el botón de apertura de puertas para evitar que se cierren y salgo de nuevo al pasillo con intención de bajar por las escaleras.

—¡Espera! —Alba y Luca llegan (cogidos de la mano) a toda prisa y acaban por arrollarme y mandarme de vuelta al ascensor. Enzo sonrío al verlos y me lanza una mirada burlona.

—Sira, estás impresionante. —Luca me observa fascinado.

—Es verdad, estás guapísima. —Mi amiga me da un achuchón a modo de saludo—. Tienes que presentarme a tu *personal shopper*.

—Gracias, chicos. Lo mismo digo. —Alba y Luca se sonríen con complicidad y se dan un fugaz beso en los labios—. Así que vosotros... En fin, que...

—Digamos que nos estamos conociendo por segunda vez —anuncia Luca.

—Me alegro mucho. —Nunca antes había visto a Alba tan radiante.

—Y yo, aunque eso implique que mi cita de esta noche me deje plantado —bromea Enzo, con las manos en los bolsillos y expresión de fingido fastidio—. A ver qué hago yo ahora...

—Acompañar a Sira —suelta Alba a bocajarro—. A ella también le han dado calabazas...

—¿Qué?! Ni de coña. Él no viene conmigo.

—¿Es porque huelo mal? —Le dirijo una mirada asesina a Enzo por su comentario irónico—. Soy buen conversador, simpático, educado y tengo buena percha.

—Y por lo que veo tampoco necesitas abuela...

—¿Acaso no te has divertido esta tarde conmigo?

—Un momento. —Alba no da crédito—. ¿Habéis pasado la tarde juntos?

—Eso no viene a cuento. —La corto rápido antes de que empiece a soltar una retahíla de preguntas.

—Dicen que quien calla, otorga —continúa Enzo. El ascensor se detiene en la planta cero, y Luca arrastra a Alba, que está siguiendo nuestro rifirrafe como si de un partido de tenis se tratara, hacia el *hall*, para dejarnos dentro a solas—. ¿Por qué te cuesta tanto reconocer que has pasado un rato agradable conmigo?

—Porque no lo ha sido. —Y no le estoy mintiendo, ha sido más que eso, aunque con mi tono frío pretendo que crea lo contrario.

Cuando las puertas comienzan a cerrarse, me apresuro a pulsar el botón de apertura. Pero esta vez no lo consigo. Enzo me agarra con suavidad por la muñeca al intuir mi intención de marcharme, haciendo que me descoloque de lleno al sentir su piel cálida sobre la mía.

—¿Algún problema con los espacios cerrados de pequeñas dimensiones?

Sin soltarme, clava sus profundos ojos negros en los míos a la espera de una respuesta. Esos ojos que, desde el primer día, son mi perdición. En silencio, trago saliva y le mantengo la mirada. Pero hay algo diferente. La forma con que lo miro. No entiendo por qué extraña razón, pero es provocativa, insinuante, llena de deseo: con ella lo estoy desafiando a que me bese. El tiempo se detiene hasta que rodea mi cintura con su brazo y junta mi cuerpo al suyo, lo que me hace soltar un grito ahogado. Se inclina hacia mí y, buscando el roce de nuestras mejillas, acerca su boca a mi oreja.

—No juegues con fuego, que te vas a quemar —me susurra con voz ronca.

No vuelvo en mí hasta que las puertas se abren y dos parejas acceden al interior, momento que aprovecho para separarme —puede que no muy rápido— de Enzo. Escopetada, salgo de allí con el cuerpo en tensión y la respiración y el pulso acelerados, y sin saber muy bien cómo, cruzo el vestíbulo en dirección a la calle y subo rápidamente al primer taxi que encuentro disponible.

—Al Boccone d'oro, por favor.

Necesito estar, aunque sea un instante, sola.

—Una auténtica maleducada, eso es lo que fuiste yéndote sin avisar. — Alba me encuentra atrincherada en el baño del restaurante y me suelta un sermón por mi comportamiento inmaduro de hace unos minutos—. Si no llega a ser por el recepcionista del hotel, allí seguiríamos todavía como tres tontos esperando a que te dignases a aparecer. No sé qué mosca te habrá picado para que te fueses de esa forma. ¿Tan mal te ha sentado el baile de parejas? Tampoco es tan grave el hecho de que Enzo —pronuncia su nombre y se me escapa un pequeño gruñido al escucharlo— sea tu acompañante, o eso me parece a mí.

—¿Alba? —Luca pica a la puerta—. Daos prisa, en breve comenzarán a servir la cena.

—Sí, ya vamos.

—¿Cómo sabe que estoy contigo?

—Era obvio que te encontraría aquí.

De camino a la mesa, mi amiga me explica que Boccone d'oro es una antigua bodega reconvertida en restaurante. Descendemos por unas modernas escaleras metálicas y nos adentramos en un ambiente íntimo y acogedor de techos abovedados y paredes de piedra, inundado por un delicioso aroma a madera de barrica y vino añejo. En las mesas, cinco en total, no falta el más mínimo detalle, incluido un pequeño centro floral con un candelabro de plata y sus correspondientes velas encendidas. Enzo y Luca, al igual que las otras cuatro personas con quienes compartiremos la velada, ya están sentados cuando llegamos. Alba toma asiento junto a Luca, y yo hago lo mismo a su lado, lo que conlleva que mi otro compañero de mantel sea Enzo, algo que en estos momentos no me simpatiza demasiado, ya que tenerlo tan cerca solo ayuda a que reviva una y otra vez la escena del ascensor. Me revuelvo incómoda en la silla tras el choque inocente de nuestras piernas, y se vuelve hacia mí con semblante burlón.

—Te noto un poco tensa...

—En absoluto. —Para no tener que seguir hablando con él, cojo el tarjetón con el menú y lo estudio con interés.

—Así que tú eres la misteriosa mujer que está con Enzo. —Una voz femenina, un pelín más aguda y estridente de lo normal, se dirige a mí.

—¿Y la voz de pito esta quién es? —me pregunta Alba entre dientes, haciendo como que saca algo de su bolso.

—Perdona, no me he presentado. —Estira el brazo para estrecharme la mano—. Soy Francesca, una antigua compañera de facultad de Enzo... entre otras cosas.

Alba y yo intercambiamos una mirada jocosa.

—Encantada. Yo soy Sira.

—Y yo Alba. —Se une a la conversación sin ser invitada—. Su mejor amiga y acompañante de Luca —aclara para marcar territorio.

—Os presento al resto. —Se hace la interesante—. Él es Davide, mi hermano.

—Creo que hemos coincidido en los pasillos del centro de congresos esta mañana, si no recuerdo mal. —Sonrío.

—Cierto. Un placer.

—Y ellos son Carla y su esposo, Claudio. —Nos saludamos con cortesía—. Carla ha intervenido en la mesa redonda de esta tarde, pero tengo entendido que no estabas.

—Bueno, yo... —respondo un poco cortada—, nunca había estado en Siena y...

—No te preocupes, yo en tu lugar, hubiese hecho lo mismo. —Carla me guiña un ojo y le resta importancia—. Y bien, ¿qué te ha parecido nuestra tierra? ¿Te ha gustado?

—No sabes cuánto... —se entromete Enzo.

—Eso tendré que decirlo yo, ¿no crees? —Alba carraspea para advertirme de que no empiece una de nuestras enzarzadas verbales—. Pero es verdad, me ha encantado.

Los ocho mantenemos una charla distendida durante la cena. Así es como me entero de que Davide es un buen amigo de Enzo desde la universidad; de que una vez que acabaron, perdieron el contacto, pero lo volvieron a retomar hace un par de años cuando Enzo se trasladó a Siena por motivos de trabajo a instancias del «Ministerio»; y de que ambos compartieron piso durante el cuatrimestre que estuvieron de erasmus en Granada.

—Los platos están muy buenos, como siempre. Enzo y yo solíamos venir a menudo. —Francesca posa sus ojos con lentillas de color turquesa en él y da un trago a su copa de vino—. Tengo que confesar que en aquella época estaba más interesada en la compañía que en la comida.

—Si para ti venir a menudo es haber estado una vez... —replica Enzo con sarcasmo.

—Siendo sinceros, no salíamos mucho. Nos pasábamos la mayor parte del tiempo en mi casa. —Con disimulo, Francesca se desabrocha un botón de su blusa y deja a la vista el encaje de su sujetador—. Sira, espero que no te moleste si te robo unas horas a Enzo. Me gustaría tomar un café con él y recordar viejos tiempos.

—Tranquila —respondo con indiferencia (fingida, e intentando no sonar ¡¿celosa?!), tras saborear un bocado del muslo de pollo relleno de pistacho y uvas pasas, en salsa de higos y mostaza al vino blanco—. Él y yo no...

Y ya no puedo añadir nada más. Porque Enzo pone su dedo índice sobre mis labios para hacerme callar. Me rodea con su brazo, llevándome hacia él, y me da un casto beso en la frente. Y yo, con el pulso a mil por hora, soy incapaz de reaccionar. Solo atino a tragar saliva y a respirar, y deduzco que se debe a que es algo mecánico e inconsciente.

—No somos celosos —añade Enzo sin dejar de apretujarme contra su cuerpo—, pero el que no tiene ningún interés en tomarse un café contigo soy yo.

—¿Estás declinando mi oferta?

—Eso parece.

—Pues la última vez que coincidimos, hace dos años largos, accediste

encantado —se ofende Francesca—. De hecho, recuerdo que hasta bien entrada la madrugada no te fuiste de mi casa.

La expresión de Enzo se endurece.

—Sabes que no estaba pasando por un buen momento. —Agarra el cuchillo y corta el pollo con fuerza.

—Claro, y necesitabas un hombro fácil sobre el que llorar, ¿verdad? —espeta hiriente al sentirse rechazada—. Por un momento había olvidado que por aquel entonces eras un hombre despechado.

—¡Francesca, basta ya! —le ordena Davide.

—No pasa nada. —Enzo le resta importancia, limpiándose las comisuras con la servilleta—. Sé lo molesta que puede llegar a ser tu hermana cuando se lo propone, no me pilla de sorpresa.

Sin mediar palabra, Francesca se levanta enfadada y nos deja plantados, para asombro de todos.

—Disculpáda —se excusa un avergonzado Davide—. Su carácter temperamental le suele ocasionar problemas a menudo.

El resto de la cena ya no es lo mismo. Tras el encontronazo entre Enzo y Francesca, el ambiente se vuelve cohibido, y la conversación pasa a centrarse en temas profesionales, con algún que otro silencio incómodo entre medias. Enzo parece ausente y ensombrecido lo que resta de noche, y yo, por mi parte, procuro esquivar su mirada y evitar cualquier contacto físico con él porque, por extraño que parezca, lo único que me apetece es abrazarlo, preguntarle qué es lo que le ocurre y darle consuelo. Por suerte, nadie vuelve a tocar el tema hasta que, tras haber dejado al resto del grupo en un bar de copas, ya de regreso al hotel, Alba saca a la tertuliana del corazón con poco tacto —y un par de cócteles de más— que lleva dentro.

—¿Así que Francesca y tú fuisteis novios?

A pesar de ser consciente de lo delicado del asunto, por una vez no la regaño por su marujeo. Siento el gusanillo de saber más sobre la relación que Enzo mantuvo con Francesca. El motivo es el que me altera por no gustarme en absoluto: siento ligeros celos, aunque mi parte racional se niegue a

reconocerlo y lo justifique diciendo que es simple curiosidad cotilla, como la que tiene Alba.

—Dejémoslo en rollo —responde ido.

—¿Hace cuánto? —Las palabras salen solas de mi boca, para satisfacción de mi amiga, que se ahorra la pregunta, y extrañeza de Enzo y Luca.

—No sé, trece o catorce años.

—¿Y estuvisteis juntos mucho tiempo?

—Un par de meses. Ella quería dar un paso más en la relación, pero yo veía que aquello no tenía futuro, así que la dejé. ¿Algo más? —Alba y yo negamos con la cabeza e interiormente respiro aliviada—. Menos mal... —Resopla y comienza a masajearse la sien—. Recordar ciertos momentos del pasado me provoca dolor de cabeza. ¿Por un casual tendréis una aspirina?

—Sí, yo tengo en el neceser. —A mi mente regresa de forma traicionera lo sucedido en el ascensor y en el restaurante, y nada más decirlo, me arrepiento—. Voy a buscarla y te la traigo.

Me despido de Alba y Luca y me dirijo hacia mi habitación.

—Espera. Te acompaño.

El corazón se me paraliza al escuchar su voz detrás de mí. Se pone a mi lado, y caminamos hasta allí en silencio. Sin darle opción a que pase —tampoco lo intenta ni hace ningún comentario irónico al respecto—, entro. Busco la pastilla, cojo un botellín de agua del minibar y lo vierto en un vaso. Antes de salir, me miro en el espejo y me coloco un mechón de pelo rebelde.

Lo encuentro apoyado en la pared consultando algo en su móvil. Al verme, sonrío, lo guarda y se acerca.

—Toma.

—Gracias. —Me devuelve el vaso y se gira para marchar.

—Por cierto. —Se detiene y se vuelve hacia mí—. La próxima vez te agradecería que te ahorrases el numerito «somos novios» —suelto con retintín.

—¿Numerito «somos novios»?

—Sí, ya sabes a qué me refiero. No me mires así. Hablo del brazo en mis hombros, pegar mi cuerpo al tuyo, el beso paternal...

—¿Crees que mis besos son paternales? —me interrumpe. Por el brillo malicioso de su mirada se nota que está disfrutando con la situación.

—Algo así. —Intento guardar la calma al sentirlo cada vez más cerca de mí.

—Tengo para todos los gustos.

—No tengo intención de conocer tu repertorio, tranquilo.

Se inclina hacia mí con una sonrisa arrebatadora que me desarma por dentro, por mucho que pretenda mantenerme firme.

—Vas a desear que lo haga —me susurra con voz sensual al oído mientras me acaricia la mejilla y roza de pasada mis labios entreabiertos con los dedos.

Y aunque mi yo irracional se desgañita con todas sus fuerzas para que le pida que me muestre uno a uno los besos de su repertorio y después un bis detrás de otro, entro en la habitación y le doy con la puerta en las narices sin tan siquiera despedirme. Me dejo caer en el suelo con la espalda apoyada en la hoja y empiezo a darme cabezazos contra la madera. Porque, en contra de mi voluntad, desde esta tarde lo que empiezo a sentir por Enzo va más allá de una simple atracción física y un ligero hormigueo en el estómago. Y no puedo permitir que eso pase. No puedo bajar la guardia y desviarme de mis prioridades, de nombre Renato y de apellido Fontana. Y mucho menos ahora.

Capítulo 12

—Abre, sé que estás ahí. —Alba pica con insistencia a la puerta de mi habitación—. Luca me ha dicho que habéis estado charlando en la piscina hace un rato.

Antes de que la tire abajo, obedezco.

—¿Desde cuándo madrugas un sábado? —saludo con humor de perros.

Como no tengo ganas de conversación, le doy la espalda y continúo preparando la maleta.

—Luca se quedó corto cuando me dijo que tenías mala cara...

—No he pasado precisamente mi mejor noche.

Una voz interior a la que no hago caso me sugiere que el *no* sobraría en la frase si la hubiese pasado con Enzo.

—Ya me extrañaba que hubieras ido a la piscina.

—Me gusta hacer deporte. —Omito que cuando estoy furiosa, y comienzo a meter las cosas en el neceser.

—Por eso bajas a diario a la playa para hacer unos largos y correr...

—Si has venido en plan sarcástico, puedes marcharte; como ves, estoy ocupada.

—¿Te vas? —Se sorprende.

—¿A ti qué te parece?

—¿Pero no habíamos quedado en que íbamos a pasar el fin de semana en Siena?

—Cambio de planes.

Se sienta en una esquina de la cama con una sonrisilla de lo más perversa.

—¿Resaca de birra Moretti? —Aprovecha que el «apellido» de Enzo coincide con el nombre de la popular marca de cerveza italiana para hacer un chiste fácil.

—¡Mierda! —Me pillo un dedo al cerrar la cremallera.

—Eso es que sí —ríe por lo bajini—. ¿A qué esperas para contármelo?

—No hay nada que contar, aparte de que es... es... —Busco el adjetivo que mejor lo pueda definir y que no sea «atractivo», «simpático» o «inteligente»—. Es irritante y desquiciante, eso es lo que es.

—Sí, ya me he dado cuenta de que te vuelve loca... —apostilla con doble sentido—. No vas a dar tu brazo a torcer, así que no te voy a insistir. Ya me enteraré por otras fuentes... Yo, de todas formas, me quedo con Luca hasta mañana.

—Del amor al odio hay un solo paso...

—Sí que te has levantado con mal pie, sí... —farfulla mientras se mira las uñas, pintadas en color rosa chicle—, por eso no te lo tendré en cuenta. Enzo también se queda. Ahora que te marchas no tendrá más remedio que hacer de sujetavelas.

—Pues que llame a Francesca para que le haga compañía. —No filtro el comentario y se me escapa en alto.

—¿Estás celosa?!

—¿Por qué tendría que estarlo?

—¡Claro que lo estás! —chilla, como si eso fuera el «no va más»—. Por eso anoche estabas tan preguntona.

—No es cierto, solo quería ser amable.

—¿Poniendo el dedo en la llaga? —Arquea las cejas—. De verdad que no me explico por qué le tienes tanta tirria, a mí cada día me cae mejor.

—Él solito se lo ha ganado a pulso.

—Además, aunque su físico no es de quitar el hipo, hay que reconocer que tiene su punto.

«Quitar el hipo no sé, pero a mí se me corta la respiración cada vez que lo tengo cerca». Poso con rabia la maleta en el suelo.

—Pues yo no se lo veo por ninguna parte.

—Qué mal disimulas... —Una expresión malévola vuelve a adueñarse de

su cara—. Reconoce que te gusta un poquito.

—No puedo admitir algo que no es verdad. —Porque no es un poquito, es un *muchito*.

—Esto no va a quedar así —me advierte cuando alguien pica a la puerta. Abro y me encuentro con Luca al otro lado.

—Pasa y llévatela lejos.

Ríe y se acerca a Alba para darle un beso en los labios.

—Por favor... —refunfuño con los ojos en blanco. Lo que menos me apetece en estos momentos es ver muestras públicas de cariño.

—Alba me había dicho que te quedarías un día más. —Se extraña al verme empuñar la maleta.

—Prefiero regresar hoy para repasar las notas que he tomado esta semana.

—Pero desayunarás antes de irte, ¿no? De hecho, venía a buscaros para bajar. Enzo ya está en el comedor.

Imaginar por un instante que voy a coincidir con él hace que mi corazón comience a latir a un ritmo frenético y que mi cuerpo se vea invadido por un ejército de mariposas negras, porque sentir este nerviosismo tan salvaje solo es señal del mal augurio que presagié hace unas pocas horas: me estoy enamorando de Enzo.

—Imposible —me excuso con rapidez—. Mi tren sale en veinte minutos.

Camino del ascensor, ellos rumbo al comedor y yo a la estación; Alba se pega a mí y cuchichea para que Luca no la oiga:

—Como dijo tu medio tocayo Publilio Siro: «*Cotidie damnatur qui semper timet*»

. Tienes un hermoso fin de semana por delante para reflexionar...

«Mucho tiempo he meditado si hablaros de él, mas no puedo reprimir las ganas que de ello tengo, pues sé que os alegraréis por mí [...]. Era una mañana de mayo cuando Piero y yo nos vimos por primera vez. Acompañaba a su padre, un mercader de telas veneciano con tienda en Roma, a casa de la condesa [...] para

mostrarle los últimos y exquisitos géneros recibidos, al igual que cada año [...]. Aquel día yo me hallaba agazapada en el jardín, ensimismada en el estudio de la esfera celeste [...] allí me encontró escondida tras mi rústico cuaderno, contando estrellas [...] al ver que aquel apuesto muchacho me contemplaba con sus hermosos ojos castaños, esboqué una tímida sonrisa, la cual me devolvió [...]. Con miedo se acercó a mí y me preguntó por mi nombre...».

Hago una pausa para prevenir una subida de azúcar con tanto empalago emocional y saboreo mi café mientras disfruto del paisaje toscano a través de la ventanilla del tren. Cuando lo termino, retomo la lectura y adelanto páginas —hoy no estoy de humor para tramas sentimentales— hasta que doy con un punto que me interese.

«Cumplió su promesa de visitarme con asiduidad [...]. Antes de marchar, me robó un beso [...]. Me ha pedido en mano al cardenal, al no encontraros Vos aquí [...]. ¡Oh, tío! ¡Cuán gozosa soy! [...]. El bibliotecario ha accedido a mostrarme los documentos que...».

—Parece que volvemos a coincidir. —Levanto la vista del texto y descubro que Domenico Vespucci me observa de pie en el pasillo—. ¿Puedo?

—Sí, claro...

Me apresuro a guardar las hojas mientras se sitúa en uno de los dos asientos frente a mí.

—Sigo a la espera de tu correo.

—De verdad que lo siento, todavía no he tenido tiempo.

—Solo era una broma. —Sonríe—. ¿Qué tal va todo por Santa Maria Ligure?

—Bien. Ahora estamos excavando en el área de la edificación donde residían las monjas. —Aunque con tono cordial, no le doy más explicaciones.

—Si no recuerdo mal, fue devastada por un incendio a finales del siglo

XIX, ¿no es así? —Confirmo con un movimiento de cabeza—. ¿Habéis descubierto algo relevante hasta el momento?

—No. —A pesar de que tengo la intuición de que puedo confiar en él, me guardo para mí la aparición del medallón—. Pero todavía quedan unas cuantas semanas de campaña. Cuando finalice, tenemos previsto presentar un balance previo a la publicación de los resultados definitivos. Estás invitado al acto.

—Gracias, lo anotaré en la agenda para que no se me olvide. —Por megafonía anuncian la próxima parada: Pisa—. Es la mía, aunque de buen grado seguiría, en vista del fin de semana familiar que me espera —ríe.

—Pues mucho ánimo.

En cuanto nos despedimos, saco su tarjeta de visita, mi teléfono y le envío un *e-mail* con mi dirección. Me acuerdo de Hugo y decido llamarlo para charlar un rato.

—*Ciao, ragazza. Come stai?* —me saluda nada más descolgar.

—*Bene.* ¿Tú qué tal?

—Tirando... Anteayer me confirmó el traumatólogo que lo más probable es que me operen del brazo.

—Si así te aseguran que vas a quedar bien, es la mejor opción.

Suspira resignado.

—Me temo que la visita que tenía pensado haceros va a tener que esperar.

—No le des vueltas a eso ahora.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal por Siena? Tengo entendido que hasta tienes club de fans —bromea—. Alba me ha enviado un vídeo por WhatsApp con parte de tu ponencia, pero estos días anda rondando mi hermano por aquí y aún no lo he visto. Ha sido todo un éxito, ¿no?

—No me puedo quejar... Incluso me ha felicitado un tal Renato Fontana...

—¿¿Qué dices?! ¿¿De verdad?!

—Sí. —Se me ilumina la cara con tan solo recordarlo—. Además, me dijo

que iba a seguir de cerca mi carrera.

—No sabes cuánto me alegro, te lo mereces.

—Gracias. Tuve un buen maestro del que aprender. —Sonrío, a pesar de que no pueda verme.

Tarda unos segundos en responder.

—¿Y qué es ese rumor que me ha llegado de que Alba se nos ha echado un novio italiano?

Se me escapa una carcajada.

—Además de verdad, quién lo iba a decir... Lo conoces, es el lugarteniente Luca Massini. —Al otro lado de la línea solo escucho silencio —. Hugo, ¿te pasa algo? Te noto un poco distraído.

—No, no. Estoy bien. Es que acaba de llegar Manu, y no podía atenderos a los dos a la vez. Soy un hombre, ya sabes.

—Dale un abrazo de mi parte.

—Se ha ido a la cocina, ya se lo doy cuando vuelva. ¿Hay alguna novedad en el caso?

—No, siguen llamando a gente a declarar.

—¿Y la chica agredida?

—Igual.

—Ya voy —lo oigo decir a, deduzco, Manu—. No sé qué le pasa al pesado de mi hermano. Tengo que dejarte. Te llamo en cuanto tenga un rato libre, pero no te aseguro que sea hoy.

—Despreocúpate, ya hablamos cuando puedas. Cuídate.

Capítulo 13

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —le respondo a Alba antes de darle un sorbo a mi café.

—Ya han pasado cinco días, así que tuviste tiempo más que de sobra para aclarar tus ideas... —Al ver que tengo intención de abrir la boca, me indica con la mano que aún no ha terminado—. Y no te hagas la tonta, que eres muy lista y sabes de sobra que hablo de Enzo.

—La tonta eres tú por ver cosas donde no las hay.

Continúo con la limpieza y el registro de las piezas como si nada.

—Yo sé muy bien lo que veo. Por poner un ejemplo, veo lo bobalicona que te pones, en el buen sentido, cuando estás con él.

—Qué daño están haciendo las letras del reguetón a esta generación...

—También me he dado cuenta de lo embelesada que lo miras cuando crees que nadie te observa, de cómo...

—Tú ganas, me rindo. —Claudico porque podemos estar así hasta mañana.

Suspiro hondo y me armo de valor para admitir, por primera vez en voz alta, que quizá cabe la posibilidad de que me sienta atraída por Enzo y de que me esté enamorando de él. Porque, como dice Alba, soy lista y sé que así es, por mucho que intentase negármelo a mí misma después de lo ocurrido en Siena, y por mucho que me empeñase en sacarlo de mi cabeza —y de mi corazón— durante estos días, puesto que Enzo es lo que menos necesito en estos momentos. Momentos en los que mi prioridad pasa por estar centrada al doscientos por ciento en mi carrera profesional y no en tener la mente llena de pájaros y fantasías. Porque esta tontería propia de una adolescente podría separarme de manera definitiva del equipo de Renato Fontana, quien, estoy segura, analizará bajo lupa el más mínimo fallo que pueda tener. Y ahora que parece que mi sueño puede dejar de serlo para convertirse en algo real, no

estoy dispuesta a dejarlo escapar. Pero al mismo tiempo también soy consciente de que no pensar en Enzo y no sentir algo por él es prácticamente imposible, y más aún coincidiendo con él casi a diario.

—¿En serio se me nota? —pregunto con timidez, y Alba asiente. Me tapo la cara con las manos y niego con la cabeza—. No sé cómo me puede estar pasando esto a mí, de verdad.

Mi amiga ríe.

—*Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma,*⁷ amiga mía.

—Estoy haciendo todo lo posible por rehuirle. Cuanto más lejos, mejor, a ver si así se me pasa.

—Sí, ya he visto que apenas le diriges la palabra y que corres al extremo opuesto al que esté él. Pero no te hagas ilusiones, que tu plan no va a funcionar por mucho tiempo. Más pronto que tarde tendrás que enfrentarte a Enzo. Te recuerdo que eres la responsable de todo esto.

—Desde luego que eres única dando ánimos...

Alba introduce la cuenta de un collar en una bolsita.

—Esto ya está. ¿Puedo marcharme?

—Sí.

Se levanta y coge el aparato topográfico.

—No me apetece ni un pimiento ponerme con la medición.

—Pues lo siento, pero no te queda más remedio.

—Sé la mejor amiga de la jefa *pa* esto... —Se va refunfuñando.

—Alba —la llamo cuando sale por la puerta—, como le digas algo a Enzo, te juro que no te vuelvo a hablar en la vida.

—¿Por quién me tomas?

No puedo reprimir una carcajada. Acabo yo también con el registro y aprovecho que hoy es un día tranquilo para leer un extracto del diario del cardenal Severini.

«No tengo palabras para describir el talento de Mencía. A base de

clarividencia, tesón y esfuerzo se ha convertido en una gran eminencia [...] horas y horas me cautiva con sus magníficas disertaciones sobre los astros, aromatizadas por el limonero y el jazmín del jardín de Lucrezia [...] fiel a su estudio diario, aun se vea expuesta al peligro de ser perseguida y condenada por ello [...] mas no es sabedora de que la vigilan desde la sombra hace tiempo, y he de advertirle de ello [...] y bien le pese, no ha de frecuentar tan asidua la Biblioteca Vaticana, donde las paredes tienen ojos, las estanterías, oídos y los suelos murmuran...».

Una vez concluyo la lectura y superviso a los chicos, me acerco hasta donde se encuentra Alba tomando las medidas.

—No hace falta que me echés una mano, me las apaño sola. —Su semblante se torna burlón—. Sin embargo, parece que Enzo no puede decir lo mismo.

Me giro para ver qué hace y me lo encuentro sentado a la sombra de un árbol realizando unas anotaciones.

—No lo dirás en serio, ¿verdad?

—El pobre estará haciendo un descanso. Con tanto estrés encima no me extraña que lo necesite... Mira, vuelve a la carga.

Me giro otra vez. Ahora se ha incorporado para sacar una foto.

—Sí, un trabajo de lo más agotador...

Ignoro a mi amiga, me agacho y cojo el estuche de la estación total.

—Ahora, ahora —insiste.

—Mira que eres pesada...

De mala gana me vuelvo hacia él y veo que me hace seña con la mano para que vaya.

—¿Te lo dije o no te lo dije?

—La que no te tenía que haber dicho nada en la tienda era yo...

La oigo reír mientras me alejo. Quizás un pelín más inquieta de lo normal por haber reconocido en alto que siento algo hacia él, lo que implica que es

real, llego a su lado.

—Dime.

Para evitar mirarlo, disimulo como que estoy pendiente de lo que hacen Nella, Alessio y Gio, ya que resultó que Alba sí precisaba de un pinche, y Gabri está con ella.

—Necesito que me ayudes a redactar un informe sobre el área del enterramiento, pero antes tengo que imprimir unas cosas.

—Está bien. —Nos dirigimos al interior de la tienda—. Te aviso: a la menor broma o sarcasmo, te quedas solo.

Olfatea a su alrededor conforme ponemos un pie dentro.

—Huele a quemado.

Me voy directa a la cafetera.

—Alguien la debió de dejar encendida sin darse cuenta.

—No, espera, creo que eres tú del humo que echas...

—Te lo dije. Adiós.

Doy media vuelta y hago ademán de marcharme.

—De acuerdo, de acuerdo, seré bueno.

—La siguiente no te la paso, advertido quedas. ¿Qué datos te hacen falta?

—Me mira irónico mientras se acaricia la barba—. Ahora sí que me voy.

—¡Pero si no he abierto la boca! —se queja en español y, como buen italiano, lo enfatiza gesticulando con las manos, lo que me hace sonreír.

—Ya, pero no sería por ganas.

—Empiezas a conocerme demasiado.

«Y más que me gustaría», dejo que mi subconsciente responda en silencio por mí.

—Por Dios, que encuentren al culpable pronto...

—Anda, no disimules, que en el fondo te lo pasas bien.

—Sí, lanzo fuegos artificiales y todo.

—Pues yo disfruto como un enano —se carcajea. Me tiende un lápiz de

memoria—. Los dos archivos pdf.

Se apoya en la mesa a mi lado mientras preparo el ordenador y la multifunción.

—Por tu bien, procura que hoy no tenga cerca ninguna herramienta punzante. —Al mover el ratón, tropiezo sin querer con un rotulador que estaba encima de la mesa y cae al suelo—. Ya no sé ni lo que hago...

—Relájate —se mofa—, no te pongas nerviosa.

Los dos nos agachamos a la vez a recogerlo y, al agarrarlo, su mano atrapa la mía. Estamos así unos cuantos segundos, agachados, a escasos centímetros uno del otro, y con mi mano dentro de la suya, porque ninguno hace el más mínimo amago de soltarse. A sabiendas de que me voy a encontrar con la suya, levanto la mirada despacio y comienzo a notar cómo mi agitación interior se vuelve más y más fuerte al ver cómo pasea sus ojos de los míos a mis labios.

—Todo tuyo —me dice con voz suave al oído, soltando mi mano.

—Voy a... imprimirte las hojas. —Se me escapa algún que otro gallo cuando me incorporo.

Se sienta en una de las sillas, y yo hago lo mismo. Parapetada detrás del portátil, intento disimular por todos los medios que estoy hecha un flan, mientras él se pone a jugar con el rotulador de la discordia, una vez que lo vuelvo a dejar sobre la mesa.

—Mañana me marcho a Roma, estaré fuera hasta el próximo viernes.

—¿Va todo bien? —Tengo que hacer un gran esfuerzo para sonar tan segura como él.

—Mi superior quiere que le informe sobre el caso y de paso comentarme unas cosas en persona. Me espera una semana cargada de reuniones.

—¿Crees que pueden suspender la operación?

—Es una posibilidad.

Un vacío se instala en mi estómago al imaginar que, de ser así, se va a ir y no volveré a verlo más.

—Sería una lástima.

—¿Lo dices como la doctora López, coordinadora de la excavación, o como Sira, mi vecina del tercero?

—Hablo en representación de las dos —reconozco no muy alto.

De reojo veo que, por la cara que pone, le gusta lo que ha escuchado.

—Pues dile a ambas que de momento todo apunta a que voy a seguir por aquí, así que pueden estar tranquilas... o no...

El vacío que sentía hace un instante se llena por completo.

—¿Por qué?

—¿Por qué parece que voy a continuar aquí o por qué no —recalca la negación— pueden estar tranquilas?

—La doctora López espera impaciente por tu respuesta.

Ríe con ganas antes de contestar.

—Tenemos una pista que nos puede servir de gran ayuda. No te puedo revelar más información, lo siento.

—Lo entiendo, no te preocupes.

Se levanta para echarle un vistazo a las hojas que salen de la impresora.

—¿Falta alguna? —le pregunto.

—No, está todo.

Comienza a sonar el *riff* de *Thunderstruck*, intercambiamos una mirada, y a ambos se nos dibuja a la vez una sonrisa en la cara. Y eso me aterra, porque en estos momentos de complicidad es como si se detuviese el tiempo y solo existiésemos él y yo. Y no quiero enamorarme, aunque para eso sea ya un poquito tarde, tal como me recuerdan al unísono mis dos yoes. «Pues al menos, no más de lo que estoy».

—Dime —responde sin apartar sus ojos de los míos. Me doy cuenta de que me estoy mordiendo el labio inferior y lo suelto rápido. Su semblante cambia de manera radical y se vuelve duro—. Voy para allá. —Cuelga—. Era Luca. No me preguntes. —Boqueo para decir algo, pero continúa y no puedo hablar—. Nos vemos la próxima semana, ahora ya es seguro.

Sin dejarme tiempo de reacción, se acerca, me rodea con un brazo por la cintura y me da un beso en la mejilla que dura más de lo que indica el protocolo. Y allí, como una estatua inmóvil e inerte, quedo anclada al suelo sin tan siquiera decirle un simple «hasta luego». El único movimiento que atino a realizar, una vez que voy espabilando, es el de llevar la mano a mi cara para acariciar el punto exacto donde se posaron sus labios.

—Se me olvidaron las copias. —Me asusto al escuchar su voz a mis espaldas dentro de la tienda—. Sira...

Me doy la vuelta un tanto avergonzada y me lo encuentro prácticamente pegado a mí. Sin decir nada más, se inclina y me besa en la otra mejilla, esta vez rozando mi comisura.

—Para que no sienta celos de la otra —susurra.

—¡Uy, no quería interrumpir! —Alba entra como un torbellino.

—La que me espera...

—Os dejo. —Enzo se despide en español y se marcha riendo.

—Cierra la mosquitera al salir —le ordena mi amiga con tono cantarín.

Hago como que no está, me siento y me pongo a teclear en el portátil hasta que me baja la tapa y la encuentro sonriente y bien repantingada en la silla al otro lado de la mesa.

—No vas a irte, ¿verdad?

—No.

Suspiro resignada y le cuento por encima.

—No hay más.

—Tú te pondrás tonta, pero él entra directo a matar... —murmura para el cuello de la camisa.

—¿Por un par de besos de despedida?

De sobra sé que no fue solo eso, porque el último beso de inofensivo tuvo bien poco, pero prefiero archivar ese momento en la zona más recóndita de mi cerebro, donde no pueda revivir cómo me abrasaba por dentro y cómo deseé que posase su boca sobre la mía. Si no está presente en mi memoria, es

más sencillo creer que en realidad Enzo lo hizo para molestarme y no porque él también pueda sentir algo hacia mí, algo en lo que prefiero no pensar. Por muchas señales que me vaya dando, prefiero dejarlo pasar. Si me engaño a mí misma, como cuando me negaba a reconocer que empezaba a sentir algo por él, me resultará más fácil borrar cualquier tipo de pensamiento que conlleve la palabra «Enzo». Y olvidarme de él es lo que quiero. Pero también es lo que no quiero. Cuando recuerdo el motivo de por qué estoy aquí, mi parte racional se vuelve fría y me dice que me aleje de él. Pero entonces Enzo vuelve a aparecer, y mi otro yo la embauca de tal manera que hace que me plantee, por primera vez en la vida, cómo sería darle una oportunidad a lo que me dicta el corazón y no la razón.

—Cuánto te queda por aprender, pequeña Sira... Bienvenida, por fin, a la emocionante montaña rusa del amor.

7 “El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”.

Capítulo 14

El ejército de mariposas grises que parecía haberme dado una tregua durante esta semana sin Enzo despliega toda su artillería pesada dentro de mí cuando oigo cerrarse la puerta de la azotea.

—Llegas tres minutos tarde.

—Yo también me alegro de verte —ríe Enzo.

Hago todo lo posible por controlar mi particular golpe de estado hormonal cuando aparece a mi lado. Tenía la esperanza de que unos días lejos de él fueran el punto final en la historia de mis sentimientos hacia Enzo, por eso acepté como reto personal su propuesta en forma de *whatsapp* para esta noche, para comprobar que ya era inmune. Pero estaba muy equivocada. No solo porque el hecho de venir no tiene para nada que ver con que intente convencerme a mí misma de que ya lo he superado —todo lo contrario, necesito verlo, sentirlo cerca, escuchar su risa, su voz... —, sino también porque, en vez de ir a menos, sin entender por qué, lo que siento hacia él ha ido a más.

Apoya una bolsa de plástico blanca en la silla-mesa, la separa hacia un lado y junta la tumbona vacía a la mía. Se descalza, se acomoda y se estira para darme un beso en la mejilla, esta vez sin segundas intenciones implícitas, y he de reconocer que eso hace que sienta un pequeño pellizco de desilusión. Saca de la bolsa una tarrina tamaño familiar de cremoso helado artesanal, y con pinta deliciosa, y me tiende una cucharilla.

—Tienes buena memoria. —Sonrío al recordar la tarde que pasamos juntos en Siena, cuando le confesé que no había nada mejor que un helado de chocolate y cereza.

—De nada.

—Gracias.

—¿Y con eso ya es suficiente?

—No sé qué más quieres...

Sonríe de medio lado, se acerca y me hace un gesto con el dedo para que ahora sea yo quien le dé un beso a él en la mejilla. Reacia, aunque muerta de ganas por dárselo —y no precisamente en esa parte de la cara—, lo prolongo para poder sentir por unos segundos más el tacto de su piel sobre mis labios, y saco rápido un tema de conversación para mantener la mente ocupada.

—Podías haberme avisado con un poco más de antelación que una escasa media hora. ¿Y si hubiese tenido algún plan?

—¿Con quién, con la señorita de Cusanza o con el venerable cardenal Severini?

—Muy gracioso.

—¿Qué tal la semana?

—Bien, ya casi hemos acabado con el estudio de la residencia de las monjas. Calculo que para el miércoles podemos empezar con las ruinas de la iglesia. —Saboreo una cucharada mixta—. Está buenísimo. ¿Y a ti, qué tal te ha ido por Roma?

—Quitando la ola de calor, mejor de lo que esperaba. Me han dado una buena noticia.

—¿Puede saberse?

Le cogemos el gusto a que nuestras manos se rocen cada vez que metemos los dos a la par la cuchara en el recipiente.

—Me han confirmado que esta será la última operación en la que participaré. A partir de noviembre trabajaré en la ciudad en las oficinas centrales del Comando TPC. Solicité el puesto hace un par de meses tras enterarme de que había quedado una vacante. Llevo bastante tiempo meditando la idea de asentarme en Roma.

—Pues entonces no me queda más que darte la enhorabuena.

—Supongo que sí.

—¿Desde cuándo eres *carabiniere*?

—Saqué la oposición hace ocho años, con veintiséis recién cumplidos.

—¿Y que trabajas como «agente secreto»? —Entrecomillo esto último con los dedos.

—Casi cuatro.

—¿Siempre has formado parte del Comando TPC?

—El primer año no, pero luego ya sí.

—Es verdad, me habías comentado que le prometiste a tu padre hacer todo lo que estuviese en tu mano para conservar el patrimonio.

—Veo que tú también tienes buena memoria. —Sonríe y me da un ligero toque con el dedo en la punta de la nariz, lo que me hace sonreír a mí también —. Antes de pasar a formar parte del equipo de infiltrados, era el equivalente a Luca en la sede del Comando TPC en Nápoles. Por eso nos conocemos. Trabajó a mis órdenes durante un par de años.

—Pobre, no quiero ni pensar lo que tendría que soportar...

—Para tu información, nunca recibí una sola queja, al contrario.

—Qué te iban a decir, si eras el jefe.

Reímos y, en silencio, acabamos la tarrina.

—¿Por qué lo dejaste?

—¿El qué? —me pregunta extrañado.

—Tu puesto en Nápoles.

Se revuelve incómodo en la tumbona. Su semblante alegre se torna sombrío, y pierde la vista en el horizonte.

—Por una mujer.

—Lo siento, no tenía que haberte preguntado...

—No pasa nada. La herida de la ruptura ya está más que cicatrizada.

—¿Y tú? —Cambia rápido de tema.

—¿Yo qué?

—¿Has venido a Italia huyendo de algún antiguo amante?

Se me escapa una carcajada.

—El amor de mi vida es mi trabajo.

—¿Nunca has tenido pareja?

—Sí, durante año y medio, pero fue hace mucho tiempo.

—¿Qué pasó?

—Que no estaba enamorada —reconozco por primera vez en alto—. Ni nunca hice nada por estarlo durante estos años. Alba está convencida de que eso cambiará el día que de verdad Cupido llame a mi puerta.

—Y el día que lo haga, ¿estás dispuesta a abrirle?

—Depende.

—¿De qué?

—De quién toque al timbre.

Su risa espanta a la gaviota que estaba posada desde hacía un rato en el murete de la azotea.

—¿Y qué es lo que esperas encontrarte al otro lado?

—A un chico rubio de ojos azules, con carácter serio y aburrido.

—Vamos, todo lo contrario a mí.

—Básicamente.

Se queda callado y me mira pensativo. En un par de ocasiones tiene intención de hablar, pero no dice nada, hasta que por fin lo hace.

—No he sido del todo sincero sobre mi semana en Roma.

Me doy cuenta de que tenemos el cuerpo pegado el uno al otro y me aparto unos centímetros al presagiar que lo que me va a decir no me va a gustar. Me giro hacia él con las piernas cruzadas como un indio.

—¿A qué te refieres?

—Se me ha hecho eterna. —Hace una pausa—. Yo... te echaba mucho de menos. —Desvió de inmediato la atención hacia el cielo estrellado—. Estuve tentado de llamarte un par de veces, pero tenía miedo de que tú... —Deja la frase en el aire.

Un cúmulo de sentimientos encontrados me invaden a toda velocidad. Mi corazón, excitado y lleno de entusiasmo, palpita deprisa mientras mi mente trabaja despacio analizando sus palabras. Mi voz, que quiere chillar a los

cuatro vientos que yo también lo eché muchísimo de menos, rebota contra mi boca, cerrada a cal y canto para que no se escape. En mi cuerpo, rígido, flota etérea mi psique, henchida de ilusión. A mi cabeza viene el proverbio latino con el que Alba me invitó a reflexionar tras el congreso de Siena, y pienso que quizás ha llegado la hora de dejar que mi parte irracional se asome, con cautela, un poquito al exterior.

—Y yo a ti, a cada instante —susurro.

Pero Enzo no me escucha, porque cuando lo digo, ya es tarde. Al ver que la pausa previa a mi respuesta se convertía en un largo silencio, se fue con un «entiendo» por despedida.

Capítulo 15

Sin haber pegado ojo en toda la noche, hago un esfuerzo monumental y salgo de la cama antes de que Alba entre en mi cuarto, levante la persiana y lo ponga todo patas arriba instándome a ritmo de palmas para que me dé prisa en prepararme. Y es que no vaya a ser que lleguemos más tarde de mediodía y perdamos la reserva de hamacas y sombrilla en primera línea de playa en el *bagno* de Monterosso al Mare donde trabaja Alessio los fines de semana. Con un poco de maquillaje, disimulo las ojeras que me provocó el saber que Enzo me ha echado de menos. Porque en realidad eso fue lo que me quitó el sueño: el hecho de que él pueda sentir algo hacia mí. Sonríe frente al espejo al recordar las historias que me monté en mi cabeza como una quinceañera. Películas románticas que se acabaron convirtiendo en filmes de terror y que derivaron en pesadillas cada vez que recordaba —y recuerdo— la forma en que se fue de la azotea cuando no me atreví a reconocer que a mí me sucedió lo mismo. De ahí que ahora me sobrevuelen de continuo los fantasmas del cómo se lo habrá tomado y del si será tarde para rectificar.

—Definitivamente, esto es vida.

Alba saluda con expresión risueña a las tres veinteañeras americanas que acaban de instalarse en las tumbonas de al lado, y que parecen estar encantadas con que Alessio les prepare las sombrillas.

—Y que lo digas... —Me incorporo y doy un trago al cóctel dulce y afrutado de color rosa, tamaño litro, que compramos en uno de los chiringuitos. —Aunque me parece que empezamos un poco pronto con la bebida, no son ni las doce y media.

—Relájate y disfruta por una vez en tu tiempo libre de algo que no esté relacionado con el trabajo.

Y eso es lo que intento hacer entre chapuzones, dormitar, reír con las historias y ocurrencias de mi amiga, obligarme a dejar la mente en blanco

cada vez que Enzo me viene a ella y leer un *post* muy interesante sobre cómo utilizar las Redes Sociales para difundir las investigaciones históricas y arqueológicas. Hasta que a eso de las cuatro, a causa del calor —y a lo mejor algo afectada por el tercer cóctel que estamos compartiendo— comienzo a tener alucinaciones y me planteo buscar en Internet, nada más llegar a casa, cómo solucionar los trastornos obsesivos hacia una persona y olvidarse de ella para siempre, aunque me pese.

Alba pasa de forma repetida su mano por delante de mi cara.

—Estoy despierta.

—Supuse que no dormías, a pesar de tener la boca abierta y babear desde hace un rato. —Me levanta las gafas de sol y ríe—. Ya veo que estás muy ensimismada mirando hacia el mar...

—Me gusta observarlo.

—Solo hay que ver las miradas que le echas.

—Me serena.

—Yo más bien diría que serena no es precisamente lo que te pone...

—¿De qué hablas? —Me vuelvo hacia ella y aprovecho para guardar el protector solar en la mochila.

—Ahora me dirás que no te has dado cuenta de que uno de los del grupo de *paddle surf* es Enzo...

—La verdad es que no. —Miento de todas formas, a sabiendas de que no cuela. El del bañador largo estampado sobre la tabla es él; la revolución hormonal que siento de pies a cabeza no deja lugar a duda.

—Anda, volvamos al agua.

Corremos hacia la orilla para no abrasarnos los pies con las piedras «incandescentes» de la arena y nos metemos poco a poco hasta que nos cubre por la cintura. Todavía no manejo muy bien eso de que mis dos yoes se hayan aliado, y al principio me cuesta reconocer ante mí misma que en realidad no he venido porque me apeteciese darme otro baño, sino por las vistas. Por un momento pierdo a Enzo de mi campo visual, pero al instante vuelvo a

localizarlo, ayudada porque solo hay dos en todo el grupo que no llevan *fardahuevos*. Chapoteo un poco y, cuando me doy cuenta, Alba está a su lado.

—Tenía que haberlo imaginado... —murmuro en alto.

La veo hablar con él, y, acto seguido, ambos se giran y miran hacia mí. Mi amiga levanta el brazo para llamar mi atención —como si no la tuviera toda ya—, y yo le devuelvo el saludo, un tanto tímida, con la mano. Enzo comenta algo a sus compañeros, y, a continuación, los dos vienen en mi dirección: Alba, a nado, y él, remando. Un hormigueo nervioso se apodera de mí e intento por todos los medios calmarme, pero es algo inútil, puesto que verlo acercarse encima de la tabla no ayuda en absoluto. No puedo evitar fijarme en su torso, firme y plano, aunque no tiene los abdominales marcados en exceso. La primera idea peregrina que pasa por mi cabeza es la de tumbarlo encima de la tabla y lamerle hasta el último centímetro de su piel mojada. Cojo aire, me tapo la nariz y me sumerjo debajo del agua unos segundos, a ver si así consigo borrar esa imagen de mi mente. Pero al volver a la superficie, lo tengo justo delante, apoyado con chulería en la tabla y pasándose la mano por el pelo mojado mientras me mira con una media sonrisa, lo que hace que, en lugar de olvidarme, mi cuerpo entero se una a la «fantástica» fiesta de mi subconsciente, invitado por mi parte racional.

—¿Practicando arqueología subacuática?

Agradezco que lo primero que me diga no sea ninguna recriminación y, de alguna manera, respiro aliviada al intuir que no me guarda ningún rencor y que, quizá, todavía estoy a tiempo de confesarle que yo también lo eché de menos.

—Nunca se sabe lo que se puede encontrar —respondo con aire un tanto avergonzado, sonrojada por el comportamiento que tuve hace unas horas con él.

Mientras Alba le pregunta por una tal Marcella que trabaja en el ministerio —y que obviamente él no conoce— y le explica su vida en verso, yo me dedico a estudiar con detenimiento una medusa muerta que flota a mi lado.

Pero mis traicioneros ojos desvían su atención del animal para mirar a Enzo de soslayo y hacen que vuelva a imaginarme con todo lujo de detalles a mi lengua recorriendo despacio su cuerpo y, en especial, su torso.

Sin darles opción a que me pregunten por qué les digo adiós, echo a nadar, hasta que una tabla de *paddle surf* me corta la trayectoria unos metros más allá. Sin mediar palabra, Enzo baja con un salto, y quedamos flotando frente a frente, tan solo separados por la tabla, mientras nuestras miradas se pierden una en otra durante un instante.

—Yo... —Agacho la cabeza—. Siento lo de anoche —balbuceo con un débil hilo de voz.

—Ya está olvidado —responde serio, a la par que desvía la vista hacia los yates fondeados frente a la costa.

Tras un silencio, esta vez, incómodo, e impulsada por el vaivén de una pequeña ola, como si fuese el empujón que necesitaba para ello, me armo de valor y, antes de que me arrepienta, decido retomar la conversación en el punto en el que lo dejamos cuando se marchó de la azotea.

—¿Tienes más asuntos que resolver en Roma?

Gira la cabeza y vuelve a centrarse en mí.

—¿A qué viene eso ahora? —espeto con tono duro.

En su mirada leo cierto reproche. Aun así, a riesgo de morir ahogada en una peligrosa marejada, me lanzo de cabeza y sin chaleco salvavidas.

—A que la próxima vez que vayas... —Suelto de carrerilla lo que quiero decirle antes de que el valor, que ya empieza a vacilar, me abandone—. Me gustaría darte las buenas noches por teléfono todos los días.

Hoy soy yo la que no obtiene contestación alguna. Amago una sonrisa con tintes melancólicos como despedida, en cierto modo al pensar en cómo tuvo que sentirse él ayer tras mi silencio, y estiro el cuerpo con intención de nadar.

—Vamos a la orilla. —Rompe su mutismo para impedir que me vaya—. Agárrate aquí. —Da unos golpes con la mano sobre la parte trasera de la tabla—. Te llevo a remolque.

Con una facilidad asombrosa, se pone de nuevo sobre la tabla y, sin mediar palabra, llegamos hasta allí; en mi caso, con la esperanza de que su expresión ceñuda no se deba a que no le haya gustado mi manera un tanto especial de pedirle disculpas. De ahí que intente buscar un solo indicio en su cara que me diga algo sobre cómo se siente tras saber que yo también lo eché de menos.

—Sube —me ordena cuando «aparca» junto a la playa.

—¿Qué?!

—Sube a la tabla —repite, ahora en español—. ¿O es que tienes miedo?

Escuchar de nuevo su tono irónico me hace esbozar una pequeña sonrisa, algo que no le pasa desapercibido y que lo hace sonreír a él también, ensanchándose la mía con ello. Y, por primera vez, y algo asustadas, nuestras miradas cambian las palabras por caricias..., y las mariposas de mi estómago comienzan a revolotear con fuerza.

Como buena alumna, sigo sus instrucciones y me siento en la parte delantera de la tabla. Una vez que se coloca él también, comienza a remar despacio.

—¿Qué tal?

—Todo un descubrimiento.

Se ríe y me salpica con el remo, pero no protesto porque estoy en el séptimo cielo. Estiro los brazos y la espalda hacia atrás y me dejo llevar por el suave bamboleo del inmenso mar de aguas transparentes que me rodea. Pasado un rato, deja de remar, y me asusto al darme cuenta de que nos hemos detenido en mitad del mar, cerca de las boyas.

—¿Te animas a probar con el remo?

Lo miro recelosa y continúo jugueteando con las manos dentro del agua.

—Todavía no pasé el tiempo suficiente en Italia para que me despertase el espíritu de gondolera veneciana. —Suelta una carcajada—. Además, aquí estoy muy bien.

Me da un par de suaves puntapiés en la espalda para picarme.

—Venga, si en el fondo lo estás deseando...

Y cierto es que me apetece, pero no me fío. Ni de él, ni de mí.

—Demasiado joven para morir ahogada.

—Por eso puedes estar tranquila, no te va a pasar nada.

—Menos tranquila, estoy de todo...

—Defíneme qué es «de todo».

—Por ejemplo, muy ocupada encomendándome a los dioses para que esto no acabe en naufragio...

Vuelve a reír.

—Dudo que eso ocurra, fui socorrista durante seis años en una playa de Cerdeña.

—¿Cerdeña?

—Sí, mi familia materna es de allí, y hasta los veinticuatro pasé con mis abuelos todos los veranos. Vamos, confía en mí. Te ayudo.

Su voz es como un canto de sirena, y me dejo embelesar con suma facilidad.

—Gracias, pero ya me las apaño sola —le aclaro cuando me tiende la mano.

—Creo que me voy a divertir un rato...

Lo fulmino con la mirada antes de tratar de incorporarme, evitando por todos los medios caer al agua, pero, sobre todo, no darle la satisfacción a mi imaginación de rozarme con él. Porque, consciente de que algo ha cambiado entre nosotros desde que le confesé que yo también lo había echado de menos, experimentar esa intensa corriente eléctrica que me produce el entrar en contacto físico con él, sería dar rienda suelta a mi fantasía, deseosa de que esa chispa que tenemos se convierta en una llamarada de una vez por todas. Al quinto intento —chapuzón incluido— consigo, al fin, ponerme de pie sobre la tabla.

—Muy bien. Ahora, no te muevas.

Se acerca y se pega a mi espalda mojada. Al sentir piel con piel, pierdo ligeramente el equilibrio y la tabla se tambalea. Con un movimiento ágil, me rodea la cintura con sus brazos y me atrapa contra su cuerpo. Y aunque por dentro estoy tiritando, esta vez me limito a soltar un simple grito ahogado y a dejar que mi carne se ponga de gallina.

—Quieta, o caeremos los dos.

Giro poco a poco la cabeza, y nuestras bocas quedan a escasos milímetros. Al notar su respiración agitada y su erección en lo alto de mi trasero, mis hormonas salen a festejarlo, e imploro piedad a mi fuerza de voluntad para mantenerme firme. Pero lo único que se me ocurre para ello es tragar saliva y rezar para salir indemne, porque tiene sus ojos clavados en mí y, al igual que en Siena y ya no de manera tan inconsciente, lo desafío de forma provocativa con la mirada mientras me muerdo el labio con deseo. Estamos así varios interminables segundos.

—No juegues con fuego, que te vas a quemar... Y ya van dos veces que te aviso.

Ese susurro ronco tan *sexy*, nuestros labios semipegados, su pelo mojado y su cuerpo caliente acoplado al mío acaban por rematarme. Tenía razón, iba a desear que me besara... y algo más. Y lo sabe. Me suelta muy despacio sin dejar de mirarme, sonrío de medio lado y, con un pequeño golpe de talón, desestabiliza la tabla, y caemos los dos al agua.

—Cuando quieras, repetimos —ironiza una vez que salimos a flote.

A velocidad de crucero, nado hacia la orilla. Me cambio el bikini, me visto y recojo mis cosas sin orden alguno ante una atónita Alba.

—Por hoy ya he tenido suficiente playa —me despido—. Nos vemos en casa.

Capítulo 16

A la vez que cierro la nevera compruebo la temperatura que marca el termómetro de la ventana de la cocina: veintinueve grados a las ocho y cuarto de la tarde. Bufo —como hago por todo desde que salí de Monterosso— en protesta por el agobiante calor que nos acompaña desde principios de semana, abro inútilmente las hojas de par en par y continúo con la «recolecta» de ingredientes para prepararme un granizado de sandía y un cuenco enorme de palomitas, con la intención de tirarme en el sofá a ver Grease y luego lo que sea. Me da igual un canal de teletienda, un programa de las sucesoras de la Mama Chicho o un documental sobre el poder de la Iglesia, lo único que quiero es que pase rápido la noche y que llegue pronto mañana, con la esperanza de que así se aplaque la furia contenida que llevo dentro por culpa de Enzo. Aprieto con garra el botón de la batidora y pico el hielo con rabia al recordar que mi enfado se debe más al hecho de que no me haya besado, que al de haberme tirado al agua. Gruño de nuevo al oír el timbre, me lavo las manos y vuelo hacia la puerta impulsada por la mala leche. Nada más abrir, doy un paso hacia atrás de la impresión al encontrarme a Enzo con el pelo revuelto, zapatillas deportivas de ante azul marino, pantalón vaquero corto desgastado y la camiseta blanca que llevaba la tarde que me lo presentó Luca.

—¿Qué quieres? —Mi libido no me permite sonar tan borde como me gustaría.

Pone la mejor de sus sonrisas y me mira a los ojos.

—Tener una cita contigo esta noche.

El trapo de secar que sujeto en las manos se me cae al suelo. Mi cuerpo, anclado a las baldosas por la estupefacción, se convierte en un gigantesco acelerador de partículas donde las racionales comienzan a chocar a gran velocidad con las irracionales: «sí», «no», «vete», «quédate», «disfruta»,

«trabaja», «analiza», «siente», «te gusta», «mucho»...

—Yo... —No acierto a hablar—. Yo... voy a cambiarme —digo sin pensar, antes de que mi silencio lo asuste y se marche como ayer.

Su sonrisa se ensancha, y yo se la devuelvo con timidez.

—¿Puedo pasar?

—Claro...

Lo dejo en el salón y voy directa a mi habitación. Respiro hondo y espiro con lentitud para así expulsar junto con el aire el tropel de mariposas, hormigas y demás insectos que me invadieron desde el mismo instante en que Enzo abrió la boca. Se me escapa una risilla nerviosa de la emoción, abro el armario y, sin dudarlo, saco el vestido que llevé a la cena de ponentes. Para darle un toque más informal, me recojo el pelo en una cola despeinada y opto por unas sandalias de tiras bajas.

Lo observo picar palomitas sin que se dé cuenta cuando salgo del baño, ya preparada, y se me dibuja una sonrisilla boba. Como si tuviese un sexto sentido, gira la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Se levanta del sofá, y camino hacia él.

—Estás preciosa. —Me pasa un mechón del flequillo por detrás de la oreja—. Es lo mismo que pensé cuando te vi aparecer tras las puertas del ascensor en Siena.

—Gracias. Tú tampoco estás, ni estabas aquel día, nada mal.

—¿Simplemente «nada mal»?

—Si te digo que muy bien luego te lo crees, así que «nada mal» es suficiente. —Ríe de buena gana—. ¿A dónde vamos?

—¿Qué te parece si improvisamos según nos apetezca?

—Me gusta la idea.

Una bocanada de aire caliente nos recibe cuando salimos del portal y, uno pegado a otro, y sin estar callados ni un instante, vagamos sin rumbo fijo por las pintorescas calles de casas pintadas en tonos pastel del centro de Sestri Levante, hasta que encontramos un restaurante que nos convence a los dos y

nos sentamos en la terraza.

—Te propongo un juego —sugiere, conforme el camarero nos trae la carta.

—Miedo me das...

Me sirve una copa de vino denominación Golfo del Tigullio–Portofino con gesto travieso.

—¿Qué te parece si tú pides por mí y yo lo hago por ti? —Lo miro con cara rara, aunque en el fondo creo que la idea puede ser divertida—. No me refiero a una elección al azar, sino a qué plato pensamos que puede identificar al otro.

Hago como que no estoy muy convencida y que le doy vueltas durante un instante. Instante en el que me siento de forma clara observada por él, a la espera de una respuesta, y eso provoca que me ponga bastante nerviosa.

—Trato hecho —acepto con tono cantarín—. ¿Eres alérgico a algún alimento?

—No, que yo sepa. ¿Tú?

—Tampoco.

En silencio, estudiamos los platos uno a uno, intercambiando alguna que otra mirada divertida de vez en cuando por encima de la carta.

—¿Saben ya lo que van a tomar? —nos pregunta el camarero.

—Sí —respondemos los dos al unísono, con voz firme y segura, y nos echamos a reír.

—Para ella, esto. —Enzo se lo señala en el menú.

—Y para él, esto. —Al igual que hizo Enzo, se lo indico con el dedo—. Con extra de este ingrediente, ¿es posible?

Por el rabillo del ojo veo cómo Enzo frunce el ceño, intrigado, al escuchar mi última frase.

—No hay problema. —El camarero toma nota de todo un tanto desconcertado, pero no abre la boca—. ¿Algo más?

—¿Te gustan las gambas? —se adelanta Enzo.

—Sí.

—Pues también *carpaccio* de gambas rojas con ensalada de frutas para compartir.

El camarero recoge las cartas y se va.

—Por nosotros —brinda en cuanto nos quedamos a solas, con sus penetrantes ojos clavados en los míos, lo que hace que me sonroje y que tenga que apurarme a beber para disimular—. ¿No te ha gustado mi brindis?

—Sí... —balbuceo, mientras intento aplacar con la mente los violentos latidos de mi corazón, consecuencia de su «por nosotros».

Y a pesar del bullicio que se respira a nuestro alrededor, donde el ir y venir de turistas se entremezcla con los saludos, las conversaciones de los *sestrini* y el sosegado ajeteo de los compradores nocturnos, nuestra mesa se convierte desde el minuto uno en una burbuja de cristal ajena a todo, en la que solo tenemos cabida él y yo.

En cuanto el camarero me pone el plato delante, mi expresión pasa de contenta a boquiabierta.

—¿Me parezco a un ñoqui relleno de trufa negra?! —Enzo se carcajea al ver mi cara de estupor—. ¿En serio?! ¿Me ves como a un ñoqui?! No me lo puedo creer...

—No sé qué tiene de malo —se justifica, una vez que me vuelve a atrapar con su mirada—. Tienden a ser un poco duros, pero en cuanto los muerdes, el sabor de la trufa te invade de pleno, transportándote a otra dimensión, y deseas que tu plato no se acabe nunca.

—Ya, claro, ahora disimula...

Tomo un sorbo de vino para poder digerir sus palabras, porque en ellas no había ni un atisbo de broma encubierta, sino más bien de indirecta en la que prefiero no pensar, al contrario de lo que proponen mi subconsciente y las mariposas de mi estómago.

—Mi turno. —Una sonrisa de medio lado se instala en sus labios—. ¿Así que tú me identificas con *risotto* negro con sepia y, según veo, extra de

guindilla? —Se reclina en la silla con semblante burlón—. Soy todo oídos...

—Es bien sencillo: el arroz simboliza la felicidad, y tú siempre ríes. Con el calamar tienes algo en común. —Arquea las cejas, incrédulo—. Es verdad, ambos sois inteligentes y sabéis adaptaros a las circunstancias. Y el toque de la guindilla... Aparte de porque sé que te encanta la comida picante —le explico y asiento complacido sin perder detalle—, refleja a las mil maravillas tu carácter irónico.

—Por lo que veo, me tienes en buena estima.

—Lo justo, no te creas —bromeo, dando un manotazo al aire.

—De ahí el color negro... —se lamenta con un puchero fingido y un meneo teatral de cabeza.

—Que conste que eso lo has dicho tú.

—Entonces, ¿a qué se debe, si no?

—A tu mirada —digo sin pensar y, un poco avergonzada, agacho la cabeza y me centro en mi plato, que está exquisito.

—¿Quieres probar un poco de *risotto*? —suelta acto seguido.

—No, gracias.

—¿Seguro? —Su expresión pícaro me hace dudar de no saber hasta qué punto la pregunta lleva implícitas segundas intenciones.

—Sí. —Me limpio los labios con la servilleta antes de coger un trozo de pan.

—Sí, ¿qué? ¿Que sí quieres?

—Sí. —Me traicionan mi boca y mi parte irracional, enfrascadas ambas en ideas absurdas relacionadas con la «cara oculta» de la proposición. De forma automática, me pongo roja al darme cuenta de la efusividad con la que lo he dicho, y comienza a reír—. No, no, no...

—No hace falta que lo repitas tres veces, ya me ha quedado claro —se mofa—. Pues que sepas que yo me muero de ganas por probar un ñoqui. —Me guiña un ojo y, sin que le dé permiso, estira el brazo por encima de la mesa y pincha uno—. Mejor, imposible.

—Ya que me invitaste la cena, el postre corre de mi cuenta. —Su cara se convierte en una mueca maliciosa—. Me refiero a un helado.

Me detengo para hacer cola delante de la que se ha convertido en mi heladería favorita desde que estoy en Sestri; aunque, en vista de cómo está transcurriendo la noche, no descarto ese tipo de postre un poco más tarde.

—¿Quién te ha dicho que el helado no entraba en mis planes...?

—Eres incorregible.

Se acerca para susurrarme algo al oído.

—Tú provocas que lo sea.

—Mi helado que sea doble, por favor.

Suelta una carcajada.

—¡Hola! —Salimos por un momento de nuestra burbuja al escuchar la voz de Gabri—. Qué casualidad.

—Pues sí. —Me alegro de verlo tan contento—. ¿Estás solo?

—Sí y no. He quedado con Alessio y con sus amigos. Supongo que no tardarán en llegar.

Se sonroja y, vergonzoso, saluda con la mano a una chica más o menos de su edad que espera delante de la puerta de un *pub* al otro lado de la calle.

—Es muy guapa.

—Es la hermana de Alessio. No creo que le hiciese mucha gracia que de todas sus amigas me fuese a fijar precisamente en su hermana.

—Por intentarlo, no pierdes nada —lo anima Enzo en *itañol*, y me señala de forma disimulada con la cabeza para que Gabri lo pille—. Mírame a mí.

—Nosotros solo somos amigos —protesto no muy convencida.

—De momento...

—No le hagas caso —le digo por lo bajini a Gabri, que se echa a reír—. Es nuestro turno.

Enzo me quita el número de la mano y entra en la heladería tras despedirse de Gabri.

—Yo también me voy. Nos vemos el lunes.

—Saluda a Alessio de nuestra parte y pásalo bien.

—Lo mismo vosotros.

El brazo de Enzo aparece desde atrás con un vasito doble de cereza y chocolate.

—Ahora sí que ya no puedo pedir más —comento medio extasiada tras saborear la primera cucharadita.

—Pero yo sí. Al César lo que es del César.

Se inclina para que le dé un beso en la mejilla.

—Tendrás morro...

Cuando estoy a punto de posar mis labios, mueve la cabeza y acaban en la mitad de los suyos.

—¿Has... Has... Has...? —No soy capaz de arrancar.

—¿Intentado besarte? —se burla entre dientes—. Fue un error de cálculo... ¿Te apetece dar un paseo?

—Te lo iba a proponer ahora mismo —respondo tras devorar un cuarto de helado en un intento por aplacar el revuelo corporal que me ha provocado el hecho de que mis labios semientrasen en contacto con los suyos, aunque fuese por unas milésimas de segundo.

Con la cálida noche veraniega como compañera de viaje, nos adentramos en las empinadas callejuelas empedradas de la península —*l'isola*— y rompemos su silencio con nuestras risas cómplices, a sabiendas de que, desde lo alto del promontorio, la reconstrucción moderna de lo que en su día fue un castillo medieval recupera por un momento su antigua función de vigía y no pierde ni un solo detalle de todos nuestros intencionados roces inocentes. Pero su mirada, fría y desconfiada, nada tiene que ver con la mía, ni con la de Enzo, más íntimas a cada encuentro. Dejamos atrás el parque del castillo y, al llegar a la iglesia románica de San Nicolò, reflejo del pasado genovés de Sestri, nos sentamos en un banco a contemplar la Bahía del Silencio, abierta a sus pies.

—¿Cuál es el origen del nombre «Sira»? —Se interesa tras descubrir en

uno de los muros de la iglesia una inscripción alusiva a un tal Siro Porcelli, arzobispo de Génova y promotor de la construcción.

—Es algo que no está muy claro. Unos dicen que deriva del gentilicio latino *sirius*, ya que muchos esclavos romanos eran originarios de Siria, y otros que se trataba de una diosa celta de las aguas y la noche.

Apoyo mi cabeza en su hombro, y él hace lo propio en la mía, entrelazando a la vez sus dedos con los míos, y me sumerjo en un estado de placidez y bienestar que no quiero abandonar.

—¿Por qué lo eligieron tus padres? ¿Tiene algún significado especial para ellos?

—Que yo sepa, no. Más bien creo que simplemente les gustó el nombre. ¿Y tú, por qué te llamas Enzo?

—No podría llamarme de otra manera, siendo *tifoso* de Ferrari —bromea en alusión al fundador de la escudería—. Mi abuelo materno se llamaba Vincenzo y el paterno, Lorenzo, así que, en su honor, me pusieron Enzo.

Estamos un rato en silencio, disfrutando el uno de la compañía del otro.

—¿Bajamos a la playa? —propongo.

Cogidos de la mano, caminamos de regreso a la parte baja. Nos detenemos un rato en las ruinas del oratorio de Santa Caterina y, al volver al adoquinado, la sandalia me juega una mala pasada y me retuerzo un pie. Por suerte, Enzo evita que me dé de bruces con el suelo al cogermelo al vuelo y aprisionarme contra su cuerpo. Acto seguido una corriente eléctrica me atraviesa, y no por el susto de haber estado a punto de caerme, sino porque sé que, ahora sí, me va a besar. Su mirada me desarma de lleno, y lo único que puedo hacer es limitarme a entreabrir los labios a la espera de recibir con deseo los suyos, cada vez más cerca.

—Sira... —susurra antes de apoyarlos en los míos.

Pero el contacto es como un suspiro que se lleva el viento, porque de pronto nos vemos rodeados por un cortejo de hadas y duendecillos que bailotean sin cesar a nuestro alrededor, y no podemos evitar echarnos a reír.

—¡Oh, cuán dulce y bello es el amor! —Uno de los duendecillos se lleva de forma teatral las manos al corazón, mientras los demás siguen revoloteando—. Si un rato entretenido quieren pasar, a nuestra función no deben faltar. A la ciudad de Atenas se trasladarán, y situaciones cómicas allí vivirán. Un humilde servidor los recibirá, y en un buen asiento los acomodará. Y si aún no saben lo que se van a encontrar, solo decirles que de *Sueño de una noche de verano* van a disfrutar.

—¿Te apetece? —me pregunta Enzo.

Asiento entusiasmada con la cabeza.

—¿A qué hora es?

Nos tiende un programa de mano.

—A las doce, en el Teatro Arena Conchiglia.

Se despide y se dirige a un grupo de mujeres que bajan charlando.

—¿Te gusta el teatro?

—No me considero una apasionada, pero voy alguna vez, sobre todo cuando Hugo colabora como apuntador. ¿A ti?

—No mucho, pero decirle que «no» a una obra de Shakespeare sería imperdonable. —Reímos.

Tras hacer cola durante diez minutos para comprar las entradas, accedemos al recinto al aire libre. Enzo va un momento al servicio y vuelve con las gafas puestas.

—Soy miope —me aclara sin que yo le diga nada.

—¿Y hasta ahora no veías?

—Llevaba lentillas, pero estoy más cómodo con gafas.

—Te quedan bien.

—Entonces tendré que usarlas más veces.

Durante las casi dos horas que dura la obra, lo observo de reojo de vez en cuando y me doy cuenta de que, poco a poco, se ha ido colando por la única grieta sin sellar de la puerta de mi corazón, tapiada desde hace tantos años, hasta que, al final, yo misma se la he acabado abriendo desde dentro. Sonrío

para mí y, llevada por el argumento de la obra, y aunque en voz muy bajita, admito que me estoy enamorando de él como una idiota y que deseo que lo que quiera que sea que haya entre nosotros, no sea un simple sueño de una noche de verano.

—¿A qué se debía tu sonrisilla?

—A nada. Cosas mías.

—Mujeres... ¿Aún sigues queriendo ir a la playa?

—¿Es que tú no?

Entrelaza de nuevo sus dedos con los míos, y nos dirigimos a la Bahía del Silencio, a estas horas casi desierta. Nos sentamos en la arena, apoyados en una de las barcas que descansan en la playa, y, sin soltar nuestras manos, contemplamos el espectáculo pirotécnico que nos regala la tormenta eléctrica que, a lo lejos, cae sobre el mar.

—Dejé el puesto de Nápoles cuando sorprendí a mi prometida, a menos de dos meses para la boda, debajo de la mesa de uno de mis compañeros —suelta de repente, mientras me acaricia el dorso de la mano con el dedo pulgar.

—No sé qué decir...

Pero sí sé qué hacer: lo abrazo. Él me responde pegándose fuerte a su cuerpo y con un beso en la coronilla.

—Giulia y yo llevábamos casi tres años y medio de relación y uno viviendo juntos. Ella misma me reconoció tiempo después que lo había organizado todo para que los pillase aquella tarde. Buscó una forma bastante dañina para decirme que no sentía nada por mí y que de quien en realidad estaba enamorada era de Gerard. —Sus palabras suenan amargas—. Al día siguiente solicité un par de semanas de vacaciones y, a la vuelta, el ingreso como infiltrado. Necesitaba salir de allí y estar alejado durante un tiempo.

—¿Has vuelto a saber de ella?

Noto cómo se tensa con la pregunta que le acabo de formular.

—Lo mínimo. —Su semblante se ensombrece, aunque lo pretenda

disimular manteniendo el mismo tono de voz—. Vive en París.

No profundizo más en el tema.

—¿Nunca sospecharon de ti en ningún caso?

—A efectos oficiales figura que abandoné el cuerpo, pero de todas formas procuro evitar los que impliquen alguna relación con personas que puedan conocerme.

—¿Y Luca?

—Luca es alguien en quien se puede confiar, por eso me adjudicaron el caso. Bueno, y porque estamos faltos de personal y nadie podía cubrir de una hora para otra la baja de la lugarteniente Cavalli.

—Me refería más bien a los arqueólogos con los que trabajaste.

—Solo una vez estuvieron a punto de descubrirme.

—¿Qué pasó?

—La actuación policial que se llevó cabo no era la más apropiada, y tuve que intervenir.

Enganchados uno en el calor del otro, nos sumergimos en un largo silencio. No hace falta que nos digamos nada, con el simple hecho de estar juntos es suficiente. Los pescadores más madrugadores comienzan a llegar y sonrío, feliz por estar con Enzo, mientras observo con atención cómo preparan los aparejos antes de comenzar la faena. Sin embargo, él parece haberse apagado y propone que regresemos a casa cuando los primeros rayos de sol asoman por el horizonte.

—Podemos repetir otro día... si te apetece —insinúa delante de la puerta de mi apartamento.

—Me encantaría. —Jugueteo con sus dedos, ilusionada como una adolescente.

—Pues como técnicamente hoy ya es otro día, te invito a desayunar.

—¡¿A estas horas?! Gracias, pero estoy agotada, así que mejor lo dejamos para otro momento.

—Te tomo la palabra.

Se despide con un dulce beso en mi mejilla.

—Pero cómo te gustan los besos paternales... —protesto, más en serio que en broma.

—Dijiste que no querías ampliar repertorio. —Me guiña un ojo pícaro y se va.

Cuando estoy a punto de meter la llave en la cerradura, veo de refilón que da la vuelta.

—¿Ahora...?

Me agarra por la cintura y me calla con un muy sensual, pero breve, beso en los labios.

—Hasta mañana.

Cuando me despierto a mediodía, todavía sigo saboreando el beso de despedida de Enzo y lo primero que hago es acariciar mis labios, curvados por una ligera sonrisa, con los dedos. Las mariposas negras se convirtieron en blancas y campan a sus anchas en mi interior. Pero esta vez no se me ocurre lanzarles una tupida red para atraparlas una a una y echarlas fuera, porque me gusta esa sensación, y les permito vivir en paz y armonía con la pequeña camarilla de mariposas grises —alguna muy oscura— que todavía se niega a salir. Tal cual me levanto salgo de la habitación y lo primero que hago es dirigirme a la cocina a prepararme un café.

—Hola, Sira. —Doy un brinco y un pequeño grito al escuchar la voz de Luca—. Disculpa, no quería asustarte.

—No ha sido nada, estoy bien —lo tranquilizo cuando me recompongo—. No sabía que estabas aquí. ¿Café?

Niega con la cabeza.

—Alba y yo salimos a cenar, y me quedé a dormir. Ahora estoy esperando a que acabe de arreglarse para ir a la playa. ¿Te apuntas?

—No, gracias. Hoy toca relax.

Saco la taza del microondas y me coloco a su lado.

—¿Qué tal tu cita con Enzo?

—¿Cómo sabes tú eso? —No me lo puedo creer.

—Sé mucho más de lo que imaginas —ríe—. Me lo encontré esta mañana en la escalera. Él salía a correr, y yo venía de nadar. Lo tienes loco.

—Loca me tiene él a mí, que no es igual...

—Ya te advertí de que era muy irónico.

—Demasiado, pero se puede llevar. —Sonrío antes de dar un trago.

—Es muy buena persona.

—Lo sé. Aunque no me gustaría tenerlo como jefe —bromeo—. Mi más sincero pésame por lo que te haría pasar en su momento...

Sentimos salir a una cantarina Alba del baño para meterse en su cuarto y damos por zanjada la conversación.

—Iba a llamarte mañana, pero aprovecho y te lo digo ahora. Tenemos una pista clave.

—Entonces se confirma el rumor.

—Esta semana va a ser crucial, pero hasta que no esté todo atado, no puedo decirte más.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Cómo cambian las tornas... —Reímos.

—Buenos ojos te vean —me saluda Alba nada más entrar en la cocina. Desbloquea el móvil y lee en voz alta—. «Salgo. No me esperes levantada. Besitos». Te envié dos mensajes y no tuve respuesta alguna. No pegué ojo en toda la noche.

—Sí, debiste de estar preocupadísima...

—Menos mal que Luca tiró de contactos y a la vuelta de entrenar me dijo que no había recogida ninguna incidencia en la estación de *carabinieri* de Sestri.

Ahogo una carcajada, conocedora de quién fue el agente que lo informó. Luca, carialegre, sigue atento la conversación, a pesar de que no sé hasta qué punto se estará enterando, porque no habla español, así que supongo que solo

pillará alguna cosa suelta.

—¿No hubiese sido más sencillo mirar esta mañana en mi habitación? —
Sigo el juego.

—Es que estaba muy a gusto en la cama y no me apetecía levantarme. Por un momento estuve tentada de avisar a Enzo, a ver si él te había visto por el vecindario, pero no me pareció buena idea teniendo en cuenta lo enfadada que te marchaste ayer de la playa.

—Hiciste bien, después de eso no sé si querré volver a verlo.

—Imagino. —Pone cara de circunstancias—. Y ahora, ¿cómo te vas a arreglar? Porque tener que trabajar codo con codo con él va a ser muy duro para ti.

—Lo sé, Alba, lo sé. —Acompaño el comentario con una ridícula mueca de consternación y un movimiento de cabeza asertivo.

—¿Nos puedes dejar un momento a solas? —le pide a Luca con ojitos. Espera a que se vaya, cierra la puerta y la tranca con la escoba—. Se acabó el cachondeo. No hay que ser muy avisado para saber con quién estuviste anoche. Solo hay que ver la cara de imbécil que tienes.

—¡Oye!

—Solo digo la verdad. ¿Le has devuelto el beso o le has dado un puñetazo en toda la boca?

—¡¿Qué?!

—Es que viniendo de ti no me fío, por eso pregunto. Di. —Me echo a reír—. Se lo has devuelto, así me gusta.

—¿Cómo sabes que me besó?

—Porque estaba cantado que a la mínima oportunidad que tuviera lo haría.
¿Qué tal?

—¿Qué tal qué?

—El beso.

—Muy corto. Demasiado.

—Para que así tengas ganas de más. No sabe nada Enzo... —reflexiona

ella sola en alto—. ¿Y la noche en general?

—Más que perfecta.

Soy consciente de que acabo de poner cara de boba enamorada. Alba se acerca emocionada y me da un abrazo.

—Me alegro un montón. —Hace una pausa—. Estoy muy orgullosa de ti, por fin comienzas a ver la vida desde otra perspectiva y has dado el primer paso para poder ser plenamente feliz.

Y así, con pájaros en la cabeza y mariposas blancas en el estómago, me paso todo el día tirada en el sofá, algo que no hacía desde mi época de estudiante.

Capítulo 17

—A través de las fuentes escritas sabemos que en este enclave ya se levantaba un pequeño santuario en época tardorromana; incluso no se descarta la posibilidad de que ya fuese lugar de culto desde la irrupción del cristianismo, al encontrarse en uno de los ejes de comunicación del Imperio Romano, como es la alternativa costera de la Vía Aemilia Sacuri. —El equipo permanece atento a la introducción que les hago antes de empezar a excavar en el interior de las ruinas de la iglesia—. Os lo recuerdo porque quizás hallemos algún vestigio de este período durante los trabajos. Vamos a ir preparando las herramientas.

—¿No me digas que hoy no tenemos «momento Pancho»? —deja caer Alba cuando los demás se alejan, mientras monta la estación total.

—¿«Momento Pancho»? —rio.

—A eso de las once Enzo te mira, tú sonríes, él te guiña un ojo, le haces seña para iros a una pausa, y como dice el bolero: «Si tú me dices ven, lo dejo todo», os vais los dos a la tienda. Es el *hit* de la semana.

—¿Qué os hace tanta gracia? —nos pregunta Enzo, que aparece de repente por el hueco de la portada lateral.

—Tonterías de Alba.

—A la vista está que no... —Saca el reloj de pulsera que lleva guardado en el bolsillo del pantalón para que no le quede marca y consulta la hora—. Las once y dos minutos...

—¿Tomamos un café? —me pregunta Enzo.

Dejamos a Alba tarareando el conocido tema de Los Panchos; les digo a los chicos que no se apuren, que vamos bien de tiempo, y uno detrás de otro entramos en la tienda. Preparo dos cafés solos, los cogemos y salimos fuera para no molestar a Gio mientras trabaja. Para no estar plantados de pie, nos sentamos en el banco de madera situado justo detrás de la valla, fuera del

recinto, mientras contemplamos Sestri y el mar de Liguria.

—¿Qué tal la mañana?

—De momento bastante bien. —Remuevo la bebida con la cucharilla para que se enfríe y sigo con curiosidad los movimientos de unos buceadores—. Ahora cuando vuelva les daré indicaciones para empezar a excavar en la zona del nártex. ¿Tú?

—Pendiente del teléfono en todo momento. Espero una llamada importante.

—¿Algo relacionado con el caso?

—Sí, así que no te asustes si me ves salir pitando sin despedirme.

—No creo, por mí puedes echar a correr ya mismo.

—Luego dices que soy yo el que te pica.

—Dicen que todo se pega.

Durante un instante nos perdemos uno en la mirada del otro, y mi estómago comienza a *efervescer*, porque sin que sus manos me toquen, siento sus caricias, y porque sin que sus labios me rocen, me deleito con sus besos.

—Este viernes he quedado con unos antiguos colegas de la universidad, ¿me recomiendas algún sitio para llevarlos a cenar?

—Déjame que piense.

Frunzo los labios y repiqueteo sobre ellos con los dedos.

—Lo que daría en este momento por ser uno de esos dedos...

—¿Solo uno?

Suelta una carcajada al ver que hago un juego de palabras con el mismo tono irónico que él empleó en la fiesta de cumpleaños de Alba.

—Todavía me debes los dos abrazos, recuerda. Y cada día que pasa, los intereses por la demora aumentan...

—¿Y de qué tipo de intereses estamos hablando?

Su expresión se torna maliciosa.

—Mejor no quieras saberlo...

Ahora es él quien repite mis palabras, y yo quien se carcajea.

—Dejemos el tema, que el café no está frío precisamente... —Aun así, le doy un sorbo a ver si logro refrescarme—. Podéis ir al Segesta Tiguliorum. El precio es un poco alto, pero merece la pena. Si os animáis y vais, pide *bagnun d'acciughe*. Es el plato típico de la zona, está buenísimo.

—Tendré en cuenta la sugerencia. —Se levanta para tirar el vasito a una papelera cercana—. Ven con nosotros.

—¿A dónde?

—A cenar.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? —Se encoge de hombros—. A mí me gustaría que vinieras.

Su aclaración hace que el revuelo de mi estómago se extienda a la velocidad de la luz por todo mi cuerpo, envolviéndome en un repentino estado de ilusión.

—Por mucho que insistas, no voy a cambiar de opinión, pero gracias de todos modos.

—¿No te gusta mi compañía? —Esboza una mueca compungida y me saca una sonrisa.

—Claro que sí —admito a la primera—. No es nada personal. Y si no me crees, pregúntale a Alba, que ha organizado para esa noche una cena con Gabri y Alessio, y yo no me he apuntado.

—Como quieras, pero en caso de que cambies de idea, avísame... aunque sea a última hora.

—Lo haré. —En un campanario lejano suenan las once y media—. Tengo que volver al trabajo antes de que Alba planee un motín.

Echo un vistazo rápido para asegurarme de que nadie nos ve y, en un impulso pactado por mis dos yoes, pillo a Enzo por sorpresa y le doy un diminuto beso en los labios. Me levanto con agilidad cuando veo que tiene intención de agarrarme y lo dejo allí sentado con una enorme sonrisa plantada en la cara. Tanto como la mía.

—Eres una sosa —me «piropea» Alba en una de sus tantas idas y venidas al salón en busca de su *clutch*, que no encuentra por ningún lado—. Quedarse en casa un viernes de agosto por la noche, ¿cuándo se vio eso? Y más todavía con este calor. Lo tuyo es muy grave...

—Quiero adelantar unas cosas para la próxima semana. Al llover ayer y no poder trabajar, voy un poco retrasada.

—Cada vez que abres la boca lo arreglas más... —Llaman al timbre y sale disparada hacia la habitación—. Esos deben de ser Gabri y Alessio. ¿Te importa abrirles?

—Qué remedio... —Dejo lo que estoy haciendo y me encamino hacia la puerta. Por la mirilla veo que, en efecto, son ellos—. Pasad. Se está vistiendo, así que armaos de paciencia para esperar.

—Te he oído —chilla desde su cuarto—. No le hagáis caso, ya salgo.

Los acompaño al salón, y ambos se sientan en el sofá.

—¿Os apetece beber algo?

—A mí no, gracias. —Sonríe Gabri.

—¿Tenéis cerveza? —pregunta Alessio.

—Por supuesto. —Alba hace acto de presencia y los saluda, de forma teatral, con dos sonoros besos a cada uno—. De una temporada acá, Sira se ha vuelto incondicional de Moretti, quiero decir de la birra... —El comentario, que para nuestros compañeros de excavación es de lo más inocente, es en realidad un dardo envenenado con ironía directo hacia mi persona y con Enzo como protagonista—. Pero tengo algo mejor. Dadme dos minutos.

Se mete en la cocina a preparar, supongo, una jarra de sangría.

—Pensaba que saldrías a cenar con nosotros —confiesa Alessio.

—La verdad es que me encantaría, pero tengo un montón de trabajo atrasado y...

—Mentira —interrumpe Alba, repartiéndonos un vaso a cada uno—. No sales porque no te da la real gana. Tienes tiempo de sobra en el fin de semana

para ponerte al día.

—Si es por eso, podríamos echarte una mano —se ofrece Gabri.

—Os lo agradezco, de verdad, pero me temo que en este caso no me podéis ayudar.

Brindamos con la bebida casera.

—¡Salud!

Tras un par de rondas, y después de mucho insistir, consiguen convencerme para tomar una copa todos juntos después de cenar.

—Te aviso con hora y lugar. —Alba me lanza un beso al aire desde el descansillo, y se van.

Recojo un poco la cocina y continúo con la lectura de una de las cartas de Mencía.

«Vos sabéis por el cardenal Severini de mi desolación, mas hasta ahora no he tenido fuerzas para escribiros y por ello os pido perdón [...]. Ya ha pasado un largo y duro invierno desde la muerte de Piero [...] y el dolor tan profundo que siento en mi alma no desaparecerá nunca. ¡Oh, tío! ¡Éramos tan dichosos! [...] apenas dos semanas habían pasado de la boda cuando el ingrato destino quiso arrebatármelo de injusta manera [...]. La condesa de Vico me ha abierto de nuevo las puertas de su morada [...] y cuando el cardenal se ausenta, el hermano de Lucrezia, fray Stefano, me sirve de apoyo espiritual [...]. Con el paso del tiempo he retomado mis estudios, abandonados tras quedar viuda [...] aquellas estrellas que tanto amaba Piero [...] siempre decía que yo brillaba sobre todas ellas [...]. Así pues, en la Biblioteca Vaticana me mantengo distraída...».

Hago una pausa cuando recibo un *whatsapp*. Abro la foto y me encuentro a un alegre Enzo con un plato de *bagnun*, en el que dibujó una carita con una de las anchoas y dos alcaparras sobre la base de tomate. «De vez en cuando te hago caso...», reza al pie. De seguido, miles de insectos comienzan a pulular

y a revolotear por todo mi cuerpo. Sonríe emocionada porque se ha acordado de mí y le respondo.

Te iría mejor si me lo hicieras más a menudo...

21:22

¡Ah, ah, ah! Está exquisito.

21:22

Me hago un *selfie* junto al envase de plástico de mi sándwich de jamón de York y queso y se lo envío.

Mi cena también.

21:23

Mentira. ¿A eso llamas tú cena? Por cierto, ¿qué haces trabajando un viernes a estas horas?

21:24

Estoy revisando un par de cosas. Más tarde saldré con Alba, Gabri y Alessio a tomar una copa.

21:24

Espero verte ;).

21:24

Pues yo a ti no.

21:24

¡Ah, ah, ah! De nuevo mientes. Te dejo, que se enfría. Luego nos vemos.

21:25

Disfruta ;). HASTA EL LUNES.

21:25

Entretanto, Alba me avisa para que esté a las once en el *cocktail bar* de moda. La hora siguiente, por mucho que lo intente, soy incapaz de concentrarme, porque en vez de elaborar un guion con los puntos clave del texto que tengo entre manos, como tenía pensado, me dedico a releer otro

texto bien distinto que hace que no se me quite el nudo del estómago y que no se me borre la sonrisa bobalicona: «Espero verte ;)».

Cuando llego, Alba ya me está esperando a la puerta del Conte Negroni, tal como habíamos quedado.

—Gabri y Alessio han entrado de avanzadilla para coger mesa en la terraza interior —me informa sin despegar la vista del teléfono—. Te advierto: prohibido hablar de trabajo, ¿entendido? —Asiento resignada—. Por cierto, Luca te manda saludos. —De lo cual deduzco que conversa con él.

—¿Qué tal le ha ido?

—Muy bien. Se ha clasificado para la final de estilo libre en individual y relevos.

—Dale la enhorabuena y deséale suerte para mañana.

Teclea algo en su móvil y lo guarda en el bolso.

Cruzamos el local para encontrarnos con Gabri y Alessio, y, nada más entrar a la terraza, los localizo al fondo, sentados en un rincón al lado de una mesa ocupada por un grupo de unas ocho personas.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos ahí... —me provoca mi amiga con cierto soniquete.

—No me habrás preparado una encerrona, ¿verdad? —Es lo primero que pasa por mi cabeza cuando veo a Enzo charlando de forma animada con una pareja en la mesa junto a la nuestra.

—Te juro por lo que más quieras que no tenía la más mínima idea de que estaba aquí. —Alba se muestra sincera—. Y deja de atusarte el pelo, estás muy guapa.

Mis hormonas se levantan en armas, y no puedo evitar que una ligera sonrisa se dibuje de nuevo en mi cara. Estaba claro que mentía con descaro cuando le dije que no tenía ningún interés en encontrarme con él. Mientras nos acercamos, echo un vistazo rápido a sus acompañantes. Pero me detengo al llegar a una cara, la de la mujer que está sentada a su izquierda, quien, al

percatarse de nuestra presencia, nos saluda de forma cínica con un gesto.

—¿La del escote chabacano no es Francesca?

—Eso parece —respondo de mal humor al ver cómo coloca la mano encima del antebrazo de Enzo para reclamar su atención—. Por lo que se ve, no solo Davide es buen amigo suyo, su hermana también.

—¿No me digas que estás celosa? —Alba escruta mi expresión y pone los ojos en blanco—. Por Dios, Sira, a estas alturas de la película ya sabes más que de sobra que quien le trae de cabeza eres tú. Otra cosa es que no quieras quitarte la venda de los ojos ni liberarte de esas estúpidas cadenas a las que tú misma te aprisionas, y así te luce el pelo... De todos modos, no lo culparía si se fijase en ella. El top que lleva puesto es lo que tiene.

—Vaya, gracias...

—No lo digo por las tetas de la falsificación barata de una Kardashian, tú las tienes mejor puestas, de eso no hay duda, sino por el estampado, que parece un fondo de escritorio para *Windows*. Venga, vamos.

Pero yo no logro dar un solo paso. No consigo reaccionar. Me quedo anclada en el sitio en el mismo instante en que Enzo se gira hacia ella y los labios de Francesca entran en contacto con los suyos. No sé cuánto tiempo pasa hasta que se separan. Quizás es solo un segundo. Tal vez varios minutos. Lo único que sé es que un dolor agudo se instala en mi pecho y que necesito salir de aquí.

Antes de marcharme miro a Enzo por última vez y veo cómo se tensa ante el susurro de Francesca, en cuya cara, por el contrario, se perfila una sonrisa triunfal. Acto seguido levanta la vista, y nuestras miradas se encuentran como tantas otras veces. Pero ambos sabemos que algo ha cambiado. Sin decirle nada, sabe que me estoy despidiendo de él. Mis ojos están vidriosos a consecuencia de las lágrimas que pelean por salir, y yo no dejo que lo hagan. Aquí no. Mordiéndome el labio inferior hasta hacerme daño para que deje de temblar, doy media vuelta y me voy, no sin antes hacerle seña a Alba para que me deje sola.

Ya en la calle, camino. Camino sin rumbo. Dejo que sean mis pies quienes

me dirijan. Callejeo como una zombi entre terrazas, viandantes y coches. Ni tan siquiera me preocupo en pedir disculpas a las decenas de personas que me llevo por delante. Solo recobro un poco de lucidez al escuchar el chirriar de un frenazo seco a mi lado y ver que un taxi ha estado a punto de atropellarme. Aun así, no me detengo. Continúo vagando hacia un lugar que ni yo misma sabría decir cuál es. Veinte minutos después, cuando al final de la laberíntica callejuela se descubre ante mis ojos la Baia del Silenzio, simplemente sé que he llegado.

Atraída por el murmullo del mar y su olor a sal, me acerco a la orilla y me siento en la fría arena. Flexiono las piernas contra mi cuerpo y me acurruco dejándome embriagar por todo cuanto me rodea en un vano intento de olvidar el motivo por el cual estoy aquí. Cosa inútil, porque todo me recuerda a él y a la mágica noche de nuestra cita. A algo que quizá pudo haber sido y por mi culpa no fue. Lamiéndome en soledad las heridas que yo misma me provoqué, lloro. Lloro al imaginar que los coloridos edificios que envuelven la pintoresca playa en forma de concha son los brazos de Enzo estrechándome entre ellos. Que las risas que de vez en cuando se escapan por alguna ventana son las nuestras, cómplices. Que la arena con la que juegan mis dedos es su pelo. Que las iglesias de Santa Maria de Nazareth e Immacolata, que flanquean, en lados opuestos, la bahía, somos él y yo hablándonos de continuo con nuestras miradas. Que las suaves olas que mecen las barcas son sus manos acariciándome con dulzura...

Tratando de serenarme, fijo la vista en el espectáculo que esta noche ofrece el cielo con su clásica lluvia de Perseidas de mediados de agosto, la que, como si de un paralelismo se tratara, acompaña silenciosa mi llanto, como en su día hizo con las lágrimas de San Lorenzo cuando, un diez de agosto del año 258, fue quemado vivo en una parrilla. La poca iluminación permite observar con claridad las estrellas fugaces y recrearse con su reflejo en el mar. Gracias a ello, durante un rato quedo hipnotizada por esta maravilla de la naturaleza y consigo dejar la mente en blanco, hasta que, de entre todos los meteoros, uno llama en especial mi atención, y me pregunto

qué ha hecho que me fije en él y no en otro. «Él lo es todo», pienso. Ahogo un sollozo, cojo una pequeña piedra junto a mis pies y la lanzo con rabia al agua mientras me maldigo a mí misma en voz alta por haberme enamorado como una completa imbécil.

Sin poder evitarlo, la imagen de Enzo y Francesca vuelve una y otra vez a mi cabeza hasta que se levanta una suave brisa fresca y un escalofrío me recorre el cuerpo. Pero no es ella quien me lo provoca. He tardado más de media hora en darme cuenta de que la sombra que se proyecta vaga a mi lado no es la mía. Alguien permanece de pie detrás de mí prácticamente desde que he llegado. Es él.

En silencio, se sienta a mi lado y me envuelve con fuerza entre sus brazos, sin yo oponer resistencia. Porque allí me siento tranquila, segura. Porque allí es donde quiero estar. Hundo mi cabeza en su pecho y dejo escapar una lágrima de lamento al haberme dejado controlar por mi yo racional durante tantos años. Otra, al ser por primera vez consciente de todas las cosas maravillosas que me he perdido por mi obcecación. Y una última, al creer que ya es demasiado tarde. Porque no me da opción a derramar una sola más. Me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos y rompe el silencio.

—¿Sabes qué he pedido a las estrellas? —Niego con la cabeza—. Algo que deseo desde hace mucho tiempo y sin lo que no podría seguir viviendo.

Sin dejar de mirarme, se inclina y apoya con suavidad sus labios sobre los míos para besarme. Me besa de una forma dulce. Despacio, juguetea con mis labios. Con miedo, introduce su lengua en mi boca. Con delicadeza, acaricia mis mejillas. Y yo, con todas mis fuerzas, deseo que este momento no se termine nunca. Porque soy la persona feliz que hasta ahora me negué a ser.

—¿Aún te queda alguna duda? —me pregunta, tras separarnos.

Niego de nuevo con la cabeza y sonrío con timidez. Como si no hubiese un mañana, busco su boca para volver a fundirnos en otro largo y cálido beso. Y así, entre besos y caricias, me quedo dormida en su regazo.

Emito un pequeño ronroneo a modo de protesta cuando siento de pleno los rayos de sol en mi cara. Entreabro los ojos y me incorporo desorientada, aunque enseguida recuerdo que anoche de regreso a casa, medio adormilada en el taxi, Enzo me susurró al oído que se moría de ganas por despertar a mi lado. Y yo, al suyo.

—Buenos días. —Sonrío cuando escucho su voz. Está apoyado en el marco de la puerta de su habitación, descalzo y vestido con un pantalón bermudas y un polo de la escudería Ferrari. Me echo un vistazo de arriba abajo y veo que llevo puesta la ropa—. Tranquila, todavía conservas tu honra.

—Bobo.

Cojo un almohadón de la cama y se lo lanzo, pero no lo hago con el impulso suficiente y a mitad de camino cae al suelo. Con semblante malicioso, se agacha a recogerlo y se dirige hacia mí.

—Así que te levantas juguetona por las mañanas... —dice con segundas. Me hago la ofendida y cojo el otro almohadón. Ahora atino mejor y le doy con él en la cabeza. Sonríe de medio lado—. Se acabó.

Sin tiempo de reacción, me tumba en la cama, se coloca sobre mí y me besa. Pero esta vez lo hace de forma intensa, con deseo. Y yo le respondo de la misma manera. Hasta que nos interrumpe el sonido de un temporizador de cocina y un delicioso olor a café inunda la habitación.

—Déjalo que suene —balbuceo sobre sus labios.

—Tengo que apagar la vitrocerámica. No te muevas.

—¿Has preparado algo?

—De momento, he calentado el café a fuego lento.

—Existe un electrodoméstico llamado microondas, ¿lo sabes, verdad?

Suelta una carcajada.

—Por cierto —me susurra antes de marcharse a la cocina—, la conservas, pero no por mucho tiempo.

Remoloneo entre sus sábanas con los nervios a flor de piel de solo pensar en la promesa que encierra su susurro y aprovecho para estudiar su cuarto.

No se ha molestado en darle ningún toque personal, a excepción de un par de libros en la estantería y un portarretratos que se encuentra sobre la mesilla. Estiro el brazo, lo alcanzo y observo con detenimiento la foto.

—Es Bianca, mi hija. —Al ser pillada infraganti, me apresuro a dejarlo donde estaba—. Vive con su madre en París —continúa, sin darme opción a decir nada, con expresión lánguida—. Giulia estaba embarazada de diez semanas cuando rompimos. Nunca me lo dijo. Pensó que marchándose a Francia no me enteraría y allí podría vivir al lado de Gerard haciendo creer a todo el mundo que él era el padre. Cuando supe de la existencia de Bianca, al poco de nacer, a través de un conocido común, solicité la realización de una prueba de paternidad.

—No hacía falta, solo hay que verla para darse cuenta de que es tu viva imagen —murmuro, más para mí que para él.

—En estos tres años y medio solo he podido verla en contadas ocasiones. Giulia siempre alega ante los suyos a mi trabajo y a la distancia que nos separa. —Sus palabras reflejan dolor—. Pero en privado, cada vez que intento visitar a Bianca, se encarga de recordarme que yo fui el donante de espermatozoides que Gerard y ella necesitaban, y que en consecuencia actúa conmigo como tal.

Deseo correr a su lado para abrazarlo, besarlo hasta dejarlo sin aliento y prometerle que algún día Bianca, él y yo... Pero mi pequeño núcleo interior de rebeldes mariposas grises le gana la batalla a las blancas, y no lo hago. Un cúmulo de sentimientos más oscuros me lo impide. Siento decepción porque no ha confiado en mí, desilusión ante su falta de coraje al no haber sido capaz de revelármelo, duda de si me lo seguiría ocultando de no haberlo descubierto...

—¿Qué haces?

—¿Dónde has puesto mis zapatos y mi bolso? —pregunto, distante, sin mirarlo a la cara.

—¿Te vas? —Se sorprende. Al ver que doy la callada por respuesta, suelta una carcajada, incrédulo—. Te confieso que soy padre, ¿y esa es tu reacción?

¿Huir? ¡Es el colmo!

—No te equivoques, el hecho de que tengas una hija, muy guapa y que parece un cielo, por cierto, no es el problema. Para tu información me encantan los niños.

—Tiene a quién parecerse...

—No es momento para tus comentarios irónicos —le advierto, visiblemente enfadada—. Es porque nunca, recalco, nunca, me has hablado de ella. Y desde mi punto de vista, ocultarme desde hace tiempo una cosa tan importante es algo que se me escapa.

—No se ha dado la oportunidad.

—Por favor, no me hagas reír. Podrías habérmelo dicho infinidad de veces. ¿Quieres que empiece a enumerar?

—¿Te hubieses comportado conmigo de igual manera si aquella tarde en Siena te hubiese hablado de Bianca? ¿O en la cita? Di.

—Puede que...

—¿Ves? No lo hubieses hecho —me interrumpe molesto—. Te hubieses asustado, de ahí que estuviese buscando el momento adecuado.

—No intentes justificar tus actos con mis hipotéticas reacciones. Si tu duda es si, por el hecho de que tengas una hija, no hubiese pasado algo entre nosotros, déjame decirte que estás muy equivocado.

—Ya que estamos, defíneme ese algo. —Gesticula con las manos—. Porque llevas unas cuantas semanas jugando conmigo al gato y al ratón. Yo tengo muy claro lo que siento hacia ti, pero no sé qué quieres tú de mí.

—Para empezar, que seas sincero y no me ocultes cosas como esta. Y para seguir —desvarío en español—, que no me des de comer las babas de Francesca.

Su teléfono comienza a sonar.

—Tengo que responder. Es el tono que le tengo asignado a la extensión del despacho de Luca.

Me extraño, puesto que Luca competía esta mañana en las finales del

campeonato de natación, en Bolonia, y no tendría sentido que estuviese en Génova.

—Dame un segundo —contesta a su colega con tono duro.

—Por mí puedes conversar todo lo que quieras, ya me voy.

Paso a su lado y salgo de su casa sin decirle adiós. Con el pelo revuelto, la camiseta arrugada, descalza y sin bolso. Subo con rabia las escaleras y pico con los nudillos a la puerta de mi apartamento.

—Alba, soy yo. Abre.

—No hace falta que tires la puerta abajo —vocifera desde el otro lado—. Ya sé que estás ahí. —Me hace un repaso de pies a cabeza—. ¿De dónde vienes?, ¿de la guerra?

—Puede decirse que sí.

Sin más explicación, me encierro en mi cuarto, después de darle una mala contestación con el fin de que no me siga ni me aturulle a preguntas.

—*Pabula da corvis, dement tibi lumina corvi*⁸ —la siento refunfuñar camino del salón—. Es que no puede estar una en paz sin hacer nada —protesta, en voz alta, cuando suena el timbre. A los diez minutos entra en mi cuarto sin permiso y me lanza el móvil—. Toma, Enzo ha subido las cosas que te habías dejado en su casa —suelta con retintín—. Según me ha dicho, alguien te ha llamado de forma insistente. —Antes de irse, hace una observación—: Y, Sira, no sé qué coño habrá sucedido entre vosotros dos, ni me importa... bueno, igual sí, pero que sepas que, al igual que tú, está insoportable, y yo no estoy por la labor de hacer de recadera y llevarme palos por todos lados, que bastante tengo ya con lo mío.

—¿Lo tuyo?

—Sí, lo mío.

—No estoy de humor para insistirte —añado con desgana—. Cuando te apetezca, me lo cuentas.

—Aplicáte el cuento.

La incito a que se vaya con un bufido. Desbloqueo el móvil y veo que solo

tengo un mensaje de Luca en el que me urge a que me ponga en contacto con él. Deduzco que lo de las llamadas ha sido una artimaña de Enzo para que mirase el teléfono.

—Buenos días, Luca. ¿Ha sucedido algo?

—Hemos localizado la estatuilla.

8 “Cría cuervos, y te sacarán los ojos.”

Capítulo 18

—No hacía falta que vinieras —me dice Luca cuando me ve aparecer al poco tiempo en su despacho—. Te lo podía haber comentado por teléfono.

—Una noticia así tenía que escucharla en persona.

La llamada fue la señal que me puso en mi sitio, grabando a fuego en mi mente que Renato Fontana es quien me trajo hasta aquí, y que la única relación que tendré con Enzo será la derivada de la investigación policial. Pero también fue la excusa perfecta para obligarme a salir y a olvidarme por unas horas de todo lo sucedido esta mañana.

Se reclina en la silla y me observa durante unos segundos con semblante preocupado.

—No tienes buen aspecto, ¿te encuentras bien?

—Sí —respondo con una mentira piadosa—, los nervios me están jugando una mala pasada.

No le voy a decir que, en realidad, lo único que me apetece en estos momentos es meterme en la cama con la luz apagada y la persiana bajada a flagelarme mentalmente por haber sido una completa estúpida que se dejó llevar por su irracionalidad. Porque desde el mismo instante en que salí de la casa de Enzo, solo deseo golpear una y otra vez la cabeza contra mi propio muro de las lamentaciones hasta sacar el último recuerdo que tengo de él, frotarme los labios con ímpetu hasta borrar su sabor y exfoliarme la piel con abrasivo hasta eliminar una a una todas sus caricias. Todo ello amenizado por el silencioso sonido de un amargo llanto de dolor. Porque eso es lo que siento. Dolor. Dolor por su engaño. Dolor porque me dejó marchar sin hacer nada por detenerme. Dolor por no haber tenido la oportunidad de estar juntos. Dolor porque, una vez que elimine esos besos y esas caricias, quiero que me cubra de nuevo con ellos, por mucho que diga que no.

—Si tienes algún problema...

—De verdad que no, estoy bien. —Intento esbozar una ligera sonrisa.

—Ya sabes que si necesitas algo, aquí estoy.

—Lo sé, gracias.

—Hoy, ¿que sea doble? —me pregunta mientras prepara la cafetera, con intención de animarme.

—Y si es triple, mejor.

Abre el armario y chasquea la lengua.

—No me quedan vasitos. Voy a buscar más.

Aprovecho su ausencia para estudiar con detenimiento la imagen del Luca veinteañero, a ver si hoy soy capaz de dar con el yacimiento en el que está, y tras darle varias vueltas, me viene el recuerdo de unas fotos del Algarve que me enseñó Alba hace años.

—Fue ella quien la sacó. —Luca, de vuelta, me confirma con su comentario mi sospecha—. Éramos demasiado jóvenes, y yo...

—Luca —lo corto—, no tienes por qué darme ninguna explicación. Lo único que te pido es que no le vuelvas a hacer daño.

—Te puedo asegurar que eso no va a suceder —afirma de corazón—. Ahora, en todo caso, es ella la que tiene que dar el siguiente paso. Supongo que ya te habrá contado lo de la boda.

—¿¿Qué?! —chillo, incrédula, pegando un pequeño bote en la silla—. ¿¿Le has pedido que se case contigo?!

—No, no —se apresura a aclararme, entre risas, dado que mi cara es un poema—. Se casa mi hermana, y le he pedido que me acompañe, pero me ha dicho que no.

Ahora entiendo el motivo por el que Alba estaba tan rara. Conocer a la familia de Luca implicaría dar un paso más en su relación.

—Irás, hazme caso.

—¿Tú crees? —Su tono es de esperanza.

—Estoy segura.

—Y tú... —aventura con cierto recelo—, ¿qué tal con Enzo?

Giro la cabeza hacia la ventana y miro al vacío.

—Entre él y yo ni hubo, ni hay, ni habrá nada. —Me queman las palabras, a pesar de que las pronuncio con tono glacial.

—¿Habéis discutido?

—Lo llamaste en el momento culmen... —Desvíó el tema rápido hacia mi zona de confort—. ¿Qué habéis averiguado sobre la estatuilla?

—Entiendo, no quieres hablar de ello. —Pone cara de circunstancias—. De momento, que hay muchas posibilidades de que la recuperemos.

—¿En serio?! —Me llevo las manos a la boca para amortiguar el grito de emoción—. ¿Intacta?!

—Sí —ríe, y yo vuelvo a chillar—. Pero no sé cuándo; puede ser dentro de un par de semanas o dentro de unos meses. En su momento podré explicártelo con más detalle.

—¿Dónde está?

—No ha salido del país, no puedo decirte más.

—¿Y el culpable?

—No puedo decirte más.

Pican a la puerta.

—Adelante. —Baja la voz—. Recuerda que esto es confidencial.

—Buenos días. Siento el retraso.

Escuchar la voz de Enzo es como recibir un puñetazo a bocajarro en el estómago; que se siente a mi lado, como haber perdido el primer *round*, y que su mirada entristecida implore un simple cruce con la mía, KO.

—Yo... Yo... —titubeo, y trato de disimular por todos los medios el nudo que se me ha instalado en la garganta. Agarro mi bolso y me pongo en pie—. Supongo que tendréis que poner os al día de muchas cosas, así que no os quiero molestar. —Trago saliva y, haciendo de tripas corazón, curvo los labios en un intento por conseguir algo que parezca una sonrisa—. Que paséis un buen fin de semana.

—Sira. —Enzo se dirige a mí antes de que cierre la puerta—. Tenemos

que hablar.

Me sigue hasta el ascensor.

—¿Para qué? ¿O es que todavía hay algo más? —Pulso con insistencia el botón de llamada para descargar tensiones. Alba se olvidó de comentarme que la montaña rusa venía con *loopings*—. No sé...: una esposa, más hijos...

—Tendría que haberte hablado de Bianca.

—Tarde.

—Por favor, déjame que te lo explique.

—Tuviste tiempo de sobra para hacerlo. —Entro en el ascensor—. Ni se te ocurra —le advierto al ver que tiene intención de venir conmigo.

Durante los cinco largos segundos que tardan en cerrarse las puertas, hago un esfuerzo titánico por guardar la compostura mientras mi mirada, dolida, le pregunta «por qué», y la suya, arrepentida, me responde «lo siento».

Salgo de la sede del Comando TPC con las emociones a flor de piel. Conforme giro en la esquina, me apoyo en la pared del edificio, echo la cabeza hacia atrás y respiro hondo. Un sentimiento agrisado se instala en mi pecho, y dos lágrimas pasajeras con significado bien distinto resbalan por mis mejillas: una es de felicidad y esperanza; otra, de pena y desilusión. Saber que la estatuilla está ahí, que existe y que estoy tan cerca de poder tenerla entre mis manos, tal como llevo deseando desde hace casi veinte meses, cuando comencé con el proyecto de investigación, es un hito histórico, y sin duda el más importante hasta ahora en mi carrera profesional. Y también lo habría sido en mi vida personal de no haber llegado Enzo a ella. De no haberme hecho perder el norte y darle una oportunidad al amor. Porque, ahora, la mirada cálida de unos profundos ojos negros se ha convertido para mí en algo más valioso que el vacío frío que desprenden unos inertes ojos de esmeraldas verdes. Y la conversación sin palabras que mantuvimos en el ascensor me ha hecho darme cuenta de ello.

El sonido del teléfono móvil me devuelve al mundo real y, tras aclararme

la voz para deshacerme del todo del nudo en la garganta, comienzo a caminar y descuelgo.

—¡Carlo! ¡Qué sorpresa!

—*Buongiorno*, Sira. ¿Qué tal *tutto*?

—Bien. ¿Y tú? ¿Cómo siguen las cosas por Turquía?

—Espero que sin ningún problema, tal como las dejé ayer —ríe—. Ahora estoy en Roma, a la espera de coger el vuelo a Génova.

—¿¿Cómo no nos avisaste de que venías?!

—Fue a última hora. He podido esca... ¿*escacuarme*? —Entiendo que quiere decir «escaquearme»—. Unos días antes de que finalice la *campagna*.

—¿Hasta cuándo estás por aquí?

—Hasta el jueves, así que el martes subo con vosotros a Santa Maria Ligure.

—Eso espero.

—Tengo que embarcar. Seguimos en *contatto*.

—Sí. Que tengas buen viaje.

Llevada por la emoción de la visita que nos hará Carlo, llamo a Hugo para proponerle una idea que se me acaba de ocurrir.

—Hola, Sira. —Hugo tarda en responder y lo hace con voz pastosa.

—¿Te he despertado?

—Sí, y te lo agradezco. —Ahoga un bostezo—. Anoche estuve despierto hasta tarde y hoy se me pegaron las sábanas.

—¿Tienes algún plan para estos días?

—El lunes a las seis tengo el preoperatorio, ¿por qué?

Me llevo un pequeño chasco.

—Entonces me temo que por nada. Iba a proponerte que vinieses a pasar unos días con nosotras, aprovechando que el martes también estará Carlo y que el miércoles es fiesta.

—No me tientes... —Reímos, él con más ganas que yo—. Qué va. Imposible. Además, a finales de semana he quedado para reunirme con una

colega mexicana experta en precolombino para que me asesore en un tema.

—¿Desde cuándo te interesa a ti el arte precolombino?

—Desde nunca. La que me interesa es ella —responde pícaro, con el ruido de su cafetera y el pitido del semáforo, que se acaba de poner en verde, de fondo.

—¿Qué tal el brazo?

—Igual, no noto mejoría. ¿Y vosotras?

—Como siempre. Sin ninguna novedad. —Me cuesta mentirle.

—¿Incluido el caso?

—Sí.

—Y Alba, ¿sigue con el lugarteniente Massini?

—Vaya que si siguen, la relación va «viento en popa, a toda vela».

—¿Y quién es un tal Enzo...? —se burla por lo bajini.

Mi corazón comienza a palpitar más deprisa al escuchar su nombre; sujeto el teléfono con fuerza y acelero el paso de tal manera que parezco una corredora de marcha.

—El imbécil que nos ha mandado el Ministerio de Bienes y Actividades Culturales para supervisar la excavación.

Suelta una carcajada.

—A mí me ha llegado otra versión...

—¿Todavía le haces caso a Alba a estas alturas?

—Sira —me dice serio—, date un respiro. El trabajo no lo es todo.

—Tengo que dejarte.

—Lo intuía —ríe por última vez, antes de colgar.

Capítulo 19

—Carlo —lo insta Alba, camino de Santa Maria Ligure, mientras aminora el paso—, cuéntales a los chicos en qué consiste el proyecto de Turquía. Llevan toda la campaña escuchándonos hablar de él y están intrigados. — Nella, Alessio y Gabri aceleran el ritmo para alcanzar a Carlo y a Gio, y yo los sigo—. Tú ya estás al tanto de todo.

Me agarra del brazo para retenerme y quedamos unos metros rezagadas.

—¿Qué mosca te ha picado ahora? —protesto entre gruñidos.

Comprueba que ya se han alejado lo suficiente y se encara a mí.

—No sé, dímelo tú —me reprocha, furiosa—. ¿Te parece normal estar desde el sábado con cara de vinagre de limón y andar de un lado para otro como una momia, un alma en pena?

—Eso no es cierto. —La esquivo con ceño fruncido y comienzo a caminar—. Y si lo estuviera, no es asunto tuyo.

—Vaya si lo es...

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

Con dos zancadas, se sitúa a mi lado.

—Desde que eres mi mejor amiga.

—¿Y eso te da derecho a entrometerte en mi vida?

Nuestros compañeros se giran extrañados al oírme levantar la voz, y Alba les hace seña de que continúen, que todo está en orden.

—No es ningún derecho, es una obligación. Sobre todo, a sabiendas de que el único motivo por el que estás así es porque tienes miedo de afrontar lo que sientes por Enzo... y lo que siente él por ti.

—¿Tú qué sabrás? —murmuro molesta, mientras concentro toda mi ira en morder la uña del dedo meñique de la mano izquierda.

Porque ni yo misma podía ponerle una etiqueta a lo que sentía por Enzo

hasta hace apenas unas horas. El sábado vagué durante todo el día por las calles de Génova, retrasando al máximo el regreso a casa con la intención de que las cuatro paredes de mi cuarto no se me echasen encima. Durante horas, sentada en soledad frente a la fascinante ventana del tanque de los delfines del acuario de la ciudad, me dejé transportar por ellos a un mundo submarino hasta ahora desconocido para mí. Me sumergí en lo más profundo de mi ser y bucéé entre mis sentimientos en busca de una respuesta que me ayudase a entender cómo me pude enamorar de él. Así fue como descubrí que lo que siento por Enzo es la botella que me proporciona oxígeno, la que hace que no acabe ahogada en mi propio raciocinio. Pero también descubrí que esa botella puede fallar y llevarme a la asfixia. Asfixia que aún siento al recordar que en un acto egoísta no se atrevió a confesarme que tenía una hija. Asfixia de la que muero por ser reanimada con su boca en mi boca.

—Todo. Lo sé todo. Desde que por fin parecía que ibas a darle una oportunidad hasta que habéis discutido por no haberte confesado que era padre, o a que lleva intentando hablar contigo desde ese mismo día, y tú ni le abres la puerta, ni le devuelves las llamadas, ni le respondes a los mensajes. Como ves, estoy al corriente. Enzo y yo hemos charlado largo y tendido varias veces esta última semana —me aclara.

—¿Me va a dar consejos sentimentales la que tiene miedo a acompañar a su —recalco sílaba a sílaba— novio a una boda familiar?

—Ese es otro tema. —Se tensa.

—Cómo no...

—Si piensas que me voy a poner de tu parte, estás muy equivocada. Allá tú con tu cabezonería, conviértete en una vieja prematura amargada. Como decía una tía-abuela mía que vivía en Asturias: «Quien por su gusto corre, jamás de la vida cansa».

—No es tan fácil como crees.

—¿Ah, no? Dime dónde está el problema, porque yo no lo veo por ninguna parte. Lo único que veo es que desde que Enzo entró en tu vida, la sonrisa que tanto te costaba sacar no se borra de tu cara; que tus ojos brillan

de una manera especial que nunca había visto hasta ahora, y que, en definitiva, tu felicidad se debe por primera vez a un tema personal y no a uno profesional. —Su móvil comienza a sonar, y rechaza la llamada—. Que, ojo, no me malinterpretes, faltaría más que no tuvieses aspiraciones laborales en esta vida, eso no te lo discuto, y sabes que soy la primera que desea que entres a formar parte del equipo de Renato Fontana porque lo mereces más que nadie, pero no puedes convertir ese objetivo en el eje de tu vida, porque entonces te sentirás vacía, siempre te faltará algo. —Me ase del brazo con cariño—. Sira, tú no tienes espíritu de ejecutiva agresiva de la planta cincuenta del Empire Estate, siempre has querido formar una familia. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Entonces? ¿Por qué te cierras en banda?

La miro, haciendo todo lo posible para que el llanto no haga acto de presencia, sin saber qué decir.

—Siento auténtico pánico —admito en voz baja.

—Pero, ¿por qué? Si no me lo cuentas, no puedo ayudarte.

—Por todo. —Respiro hondo, me detengo y decido sacar fuera la angustia que me atormenta desde el sábado—. Todo es nuevo para mí. Cuando me habló de Bianca, lo primero que se me pasó por la cabeza fue que me gustaría darle una hermana. —Sonríe condescendiente—. Y me asusté. Mucho. Hasta el punto de que se me cruzaron los cables y opté por la solución más fácil: volver a encerrarme en mí misma. —Nerviosa, jugueteo con la correa de mi mochila bandolera—. Por eso me puse a la defensiva y dejé aflorar sentimientos que sí es cierto que estaban ahí, como la desilusión, la desconfianza o el dolor, pero también es cierto que sobre todos ellos estaba otro mucho más fuerte que me empeñé en enterrar bien profundo para así mantenerme alejada de él. Pero por más que lo intento, no puedo.

Alba me abraza antes de que se me escape el primer sollozo.

—No te disgustes. —Saca un pañuelo de papel de su macuto y me lo tiende—. Pero yo sigo sin entender tu postura, ¿por qué no le quieres dar una

oportunidad al amor?

—No quiero renunciar a mi carrera.

—Y no tienes que hacerlo.

—Yo no soy de rollos pasajeros, sabes que eso no va conmigo.

—No me refiero a eso. Tengo entendido que el ministerio le ha ofrecido un puesto fijo a Enzo en Roma, ¿no?

—Sí —corroboro, aunque no sea del todo cierto.

—Con tu currículum, ofertas allí no te van a faltar. Además, ¿no es en Roma donde Renato Fontana tiene su empresa? —Pone cara de circunstancias y se encoge de hombros—. Lo tienes todo a tu favor.

—¿Y si sale mal?

—¿Y si sale bien? ¿Estás dispuesta a vivir con la duda del «y si» toda tu vida? No hace falta que me respondas, con que te lo hagas a ti misma, es suficiente. Lo único que te pido es que, cuando reflexiones, recuerdes que vida solo hay una. Así que no la desperdicies.

—Pero...

—Te repito la misma pregunta —me corta, reanudando el paso con lentitud—: ¿estás dispuesta a vivir con la duda del «y si» toda tu vida? Si la respuesta es sí, entonces no te quejes. Pero si es no, no pienses: actúa. —Me mira con semblante serio—. ¿Lo harás?

Me mantengo unos segundos en silencio.

—Sí. —Sonrío, antes de dar alcance al resto del grupo.

Carlo, visiblemente entusiasmado, no para de dar vueltas por el recinto desde que llegamos.

—Felicidades, Sira. Estás haciendo un *lavoro* estupendo.

—Te lo debemos todo a ti, tú has sido quien se ha encargado de formar el equipo.

—Pero tú eres quien coordina *tutto* a diario. —Se lo agradezco con un gesto risueño—. Por cierto, antes de que se me vuelva a olvidar: Domenico

Vespucci te manda saludos. Siempre que hablamos, se interesa por la *campagna*.

—Sí, la sigue de cerca. A mí también me ha mandado varios correos.

—Lo tienes cautivado desde tu ponencia en Siena. —Nos detenemos junto a Nella y Alessio, que trabajan en la extracción de unos restos cerámicos—. ¿Dices que habéis encontrado un *piccolo* crucifijo de madera?

—Sí, pero no se conserva en muy buenas condiciones. Creo que Gio aún no lo ha registrado. Chicos —llamo su atención—, cuando acabéis, podéis empezar a recoger. Vamos a la tienda y te lo enseño.

Pero antes de llegar, Alba, con Enzo a su lado, nos lo impide.

—Creo que no os conocéis —ejerce de anfitriona—. Carlo, él es Enzo Moretti, el supervisor...

Pierdo el hilo de la conversación nada más que comienzan a hablar. No había vuelto a coincidir con él desde que lo dejé en la sede del Comando TPC. Con tan solo verlo, miles de mariposas blancas comienzan a boicotear mi estómago e inician su particular reconquista para expulsar a las invasoras. Su aspecto es desaliñado, y se le marcan unas ligeras ojeras —similares a la mías— tras la montura de las gafas, señal de que tampoco está disfrutando con la situación. A pesar de que nos mantenemos la mirada, extraño el brillo en sus ojos, el que me diga algo, por tonto que sea, con ella. Pero hoy permanece apagada. Quizá no lo supe afrontar de la manera correcta, y ahora ya es demasiado tarde. Y eso me provoca una terrible opresión en el pecho, que me impide respirar con normalidad. Quizá tendría que haber respondido, aunque fuese con un simple «hola», a sus veintisiete intentos de iniciar una conversación por WhatsApp. Quizás, en vez de llorar en silencio al otro lado de la puerta cada vez que picaba y escuchaba su voz, tendría que haber sido valiente y haber dado la cara...

—Sira, ¿me escuchas? —Alba me saca de mis pensamientos, y a mis ojos, de los de Enzo—. ¿Al final tenemos la tarde libre?

—Sí. —Atorada, consulto el reloj—. En un cuarto de hora puedes marcharte, si quieres.

—¿Es que tú te quedas aquí?

—Tengo pensado estar un rato más. —Le echo una mirada de advertencia para que no se le ocurra hacer ningún comentario fuera de tono.

—Muy bien. Carlo, ¿quieres que te acerque mientras a Génova?

—Si no es mucha molestia... —Esboza una mueca que nos hace reír.

—Para nada. Voy a preguntarles a Nella y a Gio si también quieren que los lleve. Enzo, ¿me acompañas a las ruinas?

Rehúyo la mirada de Enzo e insto a Carlo a continuar hacia la tienda.

—No has entrado en conversación, parece que no te llevas muy bien con ese *ragazzo*.

—No mucho. —No puedo evitar volver la cabeza hacia atrás. Mis ojos se encuentran de nuevo con los de Enzo, y vuelvo a girarla de forma instantánea —. Tenemos puntos de vista diferentes.

Se detiene y agarra mi mano entre las suyas.

—*L'amore non è bello se non è litigarello*⁹, Sira.

—Él y yo no...

—Mi esposa y yo llevamos juntos cuarenta y cinco *anni*. —No me deja hablar—. Soy viejo en estos temas del corazón. Os miráis como dos enamorados que ansían estar uno en brazos del otro. Parece buen *ragazzo*. Hablad y arreglad las cosas. *Allora*, ¿dónde está el crucifijo?

—Aquí lo tienes. —Sonrío como una completa autómatas.

Las palabras de Carlo no dejan de resonar una y otra vez en mi mente, orquestadas por la conversación que mantuve con Alba, y voy directa hacia la cafetera con el fin de inyectarme una buena dosis de cafeína que me ayude a pensar con claridad y a concentrarme en el trabajo los pocos minutos que restan. Ya tendré suficiente tiempo para remorderme la conciencia una vez que acabe, tirada en el sofá de casa hasta pasado mañana, viendo capítulo tras capítulo de alguna telenovela de serie B que me recuerde en cada escena lo caprichoso que puede ser a veces el destino —si es que existe—. Y cómo, a pesar de los malentendidos, secretos inconfesables o de los obstáculos

aparentemente insalvables, el amor entre los protagonistas es más sólido que todo eso y acaban juntos. Por un momento imagino qué pasaría si eso sucediese en la vida real; si, por ejemplo, borrarse de un plumazo todos los miedos que me impiden abrirme y ser feliz, si le diese a Enzo la oportunidad de explicarme por qué actuó así, o si, aunque parezca paradójico, mi vida personal pasase a jugar un papel importante dentro de mi propia vida. Y por un instante me planteo no seguir pensando en el «y si», sino provocar que las cosas pasen. Por suerte, el pitido de la cafetera me trae de vuelta del más allá mental.

—¿Café?

—No, *grazie* —responde Carlo sin levantar la vista de la pieza.

Tras servirme una taza bien cargada, me sitúo a su lado, pero en vez de prestarle atención, me pierdo en el exterior a través de la puerta, donde Enzo, de espaldas a mí, charla y ríe con el equipo. Una tímida sonrisa se dibuja en mi cara cuando se gira y nuestras miradas se encuentran, haciendo que el corazón me vibre otra vez con ilusión. Pero, al contrario de lo que esperaba —y deseaba—, no me devuelve la sonrisa, sino que se limita a retomar la conversación con los chicos, y no puedo evitar que un latigazo de tristeza me golpee. Apuro mi café y, con la cabeza todavía puesta en Enzo, que de vez en cuando otea hacia el interior de la tienda con semblante serio, me centro en Carlo hasta que, pasados unos minutos, Enzo entra, y una sensación nada agradable me invade cuando se dirige a Carlo y, como si yo fuera invisible para él, no repara ni por un solo segundo en mí.

—Un placer haberte conocido.

—Lo mismo digo. —Carlo le estrecha una de las manos, enfundadas en guantes de vinilo, mientras que en la otra sujeta el crucifijo—. Espero que la *prossima* vez que nos veamos no sea por motivos profesionales.

Enzo sonrío cortés a modo de despedida y, sin decir nada más, se va. Y yo, sin saber qué me ha impulsado a ello, lo sigo.

—Disculpa un momento —le indico a Carlo.

—Por supuesto. —Me mira contento por encima de sus gafas de lectura al

ver que salgo a toda prisa de la tienda.

—Espera —le pido a Enzo con urgencia, antes de que abandone el recinto.

Se detiene y quedamos frente a frente. Como de costumbre, su penetrante mirada, en este caso indescifrable, atrapa al instante la mía, y un enorme nudo se instala en mi estómago.

—Dime. —Su tono es seco.

Decidida, doy un paso adelante y boqueo con intención de hablar, pero no me salen las palabras, quiero decir tantas cosas a la vez que me quedo muda. Pasado un rato, al seguir permaneciendo callada, y como era de suponer, con expresión ceñuda, se da la vuelta dispuesto a irse.

Pero entonces lo hago. Suelto todos mis lastres, y llevada por el subidón de adrenalina que me provoca estar montada en esta particular y adictiva montaña rusa, actúo sin pensar. Simplemente me limito a sujetarlo por el brazo para impedir que se vaya, me pongo de puntillas y lo beso. Al principio lo hago con miedo, temerosa de ser rechazada, pero en cuanto noto que mis labios son recibidos con calidez, que me rodea la cintura con ímpetu para llevarme hacia él y que su lengua se abre paso en mi boca para enlazarse con la mía, le confieso con ese beso todas las cosas que no puedo expresarle con palabras: «Lo siento, por todo y, en especial, por ser una estúpida que se asustó al descubrir que se está enamorando como una loca de ti».

Entre vítores y silbidos —iniciados por Alba—, nos separamos con una sonrisilla tonta y nos encaminamos hacia fuera del recinto.

—No quiero ni pensar el interrogatorio que me espera... —Me tapo la cara con las manos, y Enzo suelta una carcajada.

—Por suerte, yo tengo que irme.

—Eso no es que ayude mucho, precisamente.

Me acerco al banco de madera y utilizo el respaldo como asiento. Con un gesto, le propongo que se siente a mi lado, pero prefiere permanecer de pie frente a mí. Durante unos segundos nos mantenemos en silencio y aprovecho

para saborear el beso que, deseo con toda mi alma, sea el primero de muchos, algo que, de tan solo imaginarlo, me provoca un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Sira, yo... —Nervioso y con expresión arrepentida, se pasa las manos por el pelo—. Tendría que haberte hablado de Bianca. Ella lo es todo para mí, pero tenía miedo de perderte, de que no me dieras la oportunidad de conocerte al enterarte de que tenía una hija o que, peor aún, te causase lástima y me mirases a través de ese filtro. Creí que saldrías huyendo y que no te volvería a ver...

Pero no le doy la oportunidad de que continúe, porque me levanto y lo vuelvo a besar. Y esta vez lo hago sin miedo.

—Yo también te debo una disculpa por mi comportamiento. —Sonrío, agarrada a su cuello, cuando nuestros labios se dan una tregua.

—No sé de qué me hablas. —Lo miro desconcertada—. Tus besos me han borrado la memoria.

—Eso ha sonado un poquito empalagoso, ¿no te parece?

—Entonces mejor empleo mi lengua para otras cosas...

—Eso ya me gusta más...

Me mira con deseo y esboza una sonrisa de medio lado antes de que nuestras bocas vuelvan a fundirse en una sola, lo que hace que todas mis terminaciones nerviosas se hiperactiven y reclamen más estímulos placenteros.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —susurra sobre mis labios.

Suspiro hondo y hago un puchero mientras jugueteo con el cuello de su camisa.

—Le prometí a Alba que iría con ella a la fiesta en la playa.

—Yo también le hice esa promesa, no me quedó más remedio.

—¡¿No?! ¡¿En serio?! —Le hace gracia mi tono de fingida sorpresa—. Podemos ir juntos.

—Mejor nos vemos allí. —Vuelvo a poner un puchero, y me atrapa el

labio inferior con suavidad entre los suyos, haciendo que se me erice hasta el último pelo conforme lo va soltando despacio—. Ahora me voy para Génova y vendré con el tiempo justo.

—¿Alguna novedad?

—No, las cosas siguen tal cual te contó Luca. La reunión que tenemos es de trámite. —Levanta el brazo por encima de mi cabeza y consulta la hora—. Debo irme.

—Está bien. —Suspiro resignada.

—Saluda a Alba de mi parte —deja caer con malicia.

—Vas listo si te crees que no te va a preguntar a ti también...

Suelta una carcajada antes de darnos un beso de despedida. Después, se aleja camino abajo, y yo regreso con una enorme sonrisa —y acariciando mis labios con los dedos— al recinto, una vez que veo cómo echan a volar por el acantilado las últimas mariposas negras y grises que se negaban a abandonar mi cuerpo. Y así, una sensación de ligereza y bienestar me invade al darme cuenta de que, por fin, me he atrevido a dar el paso para hacer que las cosas fluyan sin cuestionar nada; de que, ahora sí, voy a disfrutar de cada momento al lado de Enzo sin preocupaciones, y de que, por primera vez, lo tengo todo para ser realmente feliz.

9 'Amores reñidos son los más queridos'.

Capítulo 20

—¿Has acabado ya? —Golpeo con insistencia la puerta del baño con la esperanza de que Alba responda «sí».

—Un momento.

—Eso mismo me dijiste hace casi veinte minutos y ahí sigues... —Me siento en el suelo a la espera de que salga—. Yo también tengo que entrar para arreglarme.

—Pero tú tardas menos —replica cuando abre.

—No sabía que la fiesta fuese de disfraces —me mofo, al verla con un vestido de corte yeyé y estampado geométrico.

—Está claro que lo tuyo no es la moda... —masculla y, enseguida, centra su atención en la ropa que llevo en la mano—. ¿Otra vez el modelo de la cena de ponentes?

—¿Qué problema hay?

—Ninguno. —La mueca que esboza indica lo contrario.

—Además, no tengo otro. Te recuerdo que traje la ropa justa para trabajar.

—Y de no haber aparecido Enzo, así de aburrido seguiría tu fondo de armario...

—Te he oído.

—Para eso lo dije —se burla—. Esta mañana no me acordé de preguntarte a qué hora habías quedado con él.

—Pues sería la única pregunta que se te pasó. —Le devuelvo la pulla entre risas, y me lanza una mirada asesina—. No concretamos, tenía una reunión y no sabía a qué hora acabaría.

—¿Por algo relacionado con Santa Maria Ligure?

—No lo sé —intento sonar creíble—, pero si tanto interés tienes, pregúntaselo a él cuando lo veas.

—Da igual. —Pega un manotazo al aire, y una sonrisilla malévolamente se dibuja en su cara—. Tiene cosas más importantes a las que responderme primero... Mientras te duchas y te vistes, voy a preparar una jarra de sangría. Te espero en la azotea. —Se dirige hacia la cocina—. Por cierto, yo que tú me aseguraría de que el conjunto de lencería negro que has escogido no se transparente —ríe por lo bajini.

Sin darle más coba, me cierro con pestillo para evitar que haga alguna de las suyas y me relajo bajo el agua caliente, aunque lo de relajarme es un decir, porque un hormigueo nervioso me visita cada vez que pienso en Enzo. Y, a decir verdad, no he dejado de hacerlo desde que nos despedimos, a sabiendas de que hemos quedado en vernos esta noche en la fiesta de la playa. Contando los minutos para que llegue ese momento —y para distraer la atención de mi mente—, mientras me aplico la crema corporal y me arreglo, tarareo una canción que voy inventando sobre la marcha. Decido dejarme el pelo suelto —tras varios minutos de pruebas de peinados—, me pongo un poco de rímel y de brillo en los labios y, diciéndole adiós al reflejo carialegre que me devuelve el espejo, salgo.

—De esta Alba me mata. —Río en alto al comprobar que he estado casi cuarenta y cinco minutos dentro del baño.

Guardo cuatro cosas en el bolso para así no perder tiempo después, me calzo, cojo las llaves y el teléfono y subo a buscarla. Empujo la puerta de la azotea, entreabierta, haciendo chirriar las bisagras, y me veo envuelta por un silencio sepulcral.

—¿Alba? —Al no contestar, cierro la puerta y me aproximo a la zona de las tumbonas—. ¿Alba?

—Se ha ido con Luca, espero que no te importe.

Un brutal estremecimiento me sacude al escuchar la voz de Enzo a mis espaldas. Me giro tan rápido como mis piernas, un tanto torpes, me lo permiten y lo encuentro apoyado en un rincón, semi en penumbra, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una arrebatadora sonrisa en su cara. Al ver que no se mueve, me acerco. Estira el brazo, me agarra de la

mano y tira de mí para llevarme hacia él, lo que hace que nuestros cuerpos queden acoplados uno en el otro, y que una repentina oleada de calor comience a expandirse por mi interior.

—Hola —saluda con voz queda, acercándose de forma peligrosa a mi boca.

—Hola —respondo con su mismo tono, embriagada por el aroma de su colonia, y con sus labios rozando ya los míos.

En cuanto nuestras lenguas entran en contacto, comienzan a jugar, y el tiempo se detiene. Y lo que en principio era un simple beso de bienvenida iluminado por la tenue luz que llega de las farolas de la calle y algún que otro claro de luna que se abre entre las nubes de la noche veraniega se acaba convirtiendo en una necesidad. Una necesidad de algo más. De un algo que me hace ahogar un gemido cuando sus labios comienzan a descender despacio por mi cuello. De un algo que me lleva a desabotonarle la camisa y a perder mis manos en su cuerpo. De un algo que me dice que ya no hay vuelta atrás cuando sus dedos acarician de forma sensual mi nuca y mi espalda.

—Llevo un mes y cuatro días deseando quitarte este vestido —susurra con voz ronca, sin apartar sus labios de mi piel, a la par que comienza a bajarme la cremallera—. Así que no me pidas que pare porque no lo voy a hacer.

Dejo escapar un gemido al sentir el tacto de sus labios y las cosquillas del roce de su barba en mis hombros mientras la parte de arriba se desliza. Me deshago del cinturón, saco los brazos y dejo que el vestido caiga al suelo. Con las respiraciones entrecortadas y los latidos revolucionados de fondo, me separo unos centímetros, salgo del vestido y, con un suave puntapié, lo alejo. Una sonrisa de lobo hambriento se apodera de su cara mientras pasea sus ojos por mi cuerpo, tan solo cubierto por un *culotte* y un sujetador con encaje. Yo, por el contrario, me muerdo el labio muerta de deseo y no disimulo que lo miro con lujuria, deleitándome en la imagen tan sexi que proyecta: apoyado en la pared, con la camisa blanca abierta, los vaqueros oscuros y el pelo revuelto. Lo cojo por la cinturilla del pantalón, lo atraigo hacia mí y me

agacho, y tal como deseé desde que lo vi en la playa de Monterosso, le recorro lentamente el torso con mi lengua, recreándome en cada rincón.

—Me estás matando... —jadea.

Cuando estoy de nuevo en pie, volvemos a devorarnos como si nos fuera la vida en ello. Me agarra con ímpetu por las nalgas y me aprisiona contra su erección, lo que me hace soltar un gemido en su boca y, acto seguido, desabrocharle el pantalón. Al verme con la intención de introducir mi mano, me detiene.

—Será mejor que bajemos a mi casa antes de que nos denuncien por escándalo público.

Ignorándolo por completo, comienzo a jugar con la goma de su calzoncillo.

—En serio, vámonos o acabaremos declarando ante Molinaro. —A regañadientes, me separo de él y me agacho para recoger mi vestido—. Déjalo ahí, ¿o acaso te va a hacer falta?

Por si me quedaba alguna duda, perfila el contorno de mis pechos con los dedos de su mano derecha y con la izquierda me acaricia la parte interna de los muslos.

—Creo que no... —atino a decir con un hilo de voz.

En cuanto cierra la puerta de su apartamento, se deshace con rapidez de su ropa y quedamos en igualdad de condiciones. Dejamos que nuestras miradas hablen por nosotros y, como si no hubiese un mañana, nuestras bocas se buscan con urgencia, y nuestras manos se pierden impacientes en el cuerpo del otro. No dejamos rincón por explorar. Lo necesitamos todo, tal como se piden entre sí nuestros ojos cada vez que se cruzan. Necesitamos sentir a cada instante el sonido de nuestros besos, el tacto de nuestra piel, el ritmo de nuestras agitadas respiraciones acompasadas, el deseo de nuestros cuerpos sudorosos... Escuchar, entre jadeos, nuestro nombre en boca del otro; dejarnos llevar: él por mí y yo por él; enredarnos de mil maneras con los dedos entrelazados; abrazarnos, extasiados, después de llegar al orgasmo... Pero, sobre todo, necesitamos sentir lo que siente el uno por el otro.

—No... —protesto cuando escucho sonar la alarma de mi móvil en el *hall* —. Olvidé quitarla.

Enzo me apretuja contra su cuerpo desnudo, y todos mis sentidos se activan de manera inmediata, provocando que me respingue —y me vuelva a excitar— al recordar la noche pasada.

—Ni lo sueñes. De aquí no sales —ataja con voz somnolienta tras bostezar —. ¿Qué hora es?

—Las nueve. Hemos dormido unas cuatro horas.

—Pues yo estoy como nuevo...

—Ya veo... —Reímos.

—No tendrías pensado trabajar hoy, ¿verdad? —Escondo la cabeza bajo el almohadón—. ¡¿En serio?!

—Solo un poquito... —Pongo voz de niña buena—. Hasta mediodía como mucho.

—Olvídate. En Italia, el día de *Ferragosto* es sagrado.

No me deja opción a réplica, porque lanza el almohadón al suelo y, sin yo oponer resistencia alguna, se apropia de mis labios.

A eso de las dos de la tarde, después de haber hecho el amor, dormido otro poco y habernos duchado —juntos, por aquello de ahorrar agua—, nos levantamos a picar algo. Él, con unos simples bóxer, y yo, con su polo de Ferrari, mis braguitas y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te ayudo?

—No hace falta. —Me da un beso fugaz.

Me siento en una silla, para no molestarlo mientras prepara la comida, y cojo un *grissino* del plato que acaba de colocar sobre la mesa.

—Me pregunto qué habrá sido de mi vestido...

Suelta una carcajada a la vez que llena una olla de agua para ponerla al fuego.

—Reza para que no se lo haya llevado una gaviota... —Se coloca a mi

lado y también picotea un palito de pan.

—No sé qué será peor, eso o que lo haya encontrado Alba...

Vuelve a reír.

—Lo dudo. A no ser que hayan cambiado de planes, según me dijeron ayer antes de marcharse, tenían pensado ir a Génova después de la fiesta. Pero cabe la posibilidad de que ya haya regresado... —añade con burla. En protesta, le quito el palito que está a punto de morder y, divertida, me lo como.

—Más vale que no, por mi bien... y por el tuyo.

—Ni se te ocurra —bromea al intuir que tengo intención de quitarle de nuevo el *grissino* que acaba de coger. El agua comienza a hervir y se levanta—. ¿Has probado alguna vez *spaghetti alla puttanesca*? —me pregunta, mientras saca un paquete de pasta del armario—. Es el plato más típico de la cocina napolitana.

—Unas cuantas.

—Pero estoy seguro de que ninguna como la receta de mi abuela. —Me guiña un ojo y se pone manos a la obra.

Con mi sonrisa perenne de boba que tengo desde ayer, lo observo hipnotizada y disfruto —y me recreo— con la visión que su bóxer ajustado me ofrece de su trasero de piedra.

—¿Qué miras? —Se pasa la mano por el pelo—. Me estás poniendo nervioso.

—¿Los has preparado antes? —Intento sonar seria cuando se lo pregunto, ya que, por mucho que lo intente, no tiene mucho arte.

—No, pero he visto cómo lo hacía cientos de veces, y no es tan difícil —afirma convencido—. O eso creo.

—Anda, te echaré una mano —río.

—¿Solo una?

—De momento —le susurro al oído, poniéndome de puntillas para, a continuación, besarlo.

Después de comer unos más que aceptables *spaghetti* con lo que podría llamarse un sucedáneo de salsa *puttanesca*, nos acurrucamos uno contra el otro en el sofá a ver una película. De vez en cuando lo miro de reajo y una sensación placentera se expande por todo mi cuerpo, lo que me lleva a la conclusión de que esas enormes sacudidas de felicidad son provocadas por un hecho tan simple como el estar a su lado, aunque sea haciendo algo tan cotidiano como ver la televisión. Porque sentir el calor de su cuerpo pegado al mío es algo hasta ahora desconocido para mí que me reconforta, que me llena y que me hace sentir bien. Una sensación a la que —apoyo mi cabeza en su hombro y me da un beso en la coronilla— no quiero ponerle un punto final.

—Giulia ha accedido a que Bianca pase conmigo unos días en Navidad — comenta, rompiendo el silencio—. Hablé ayer con ella.

Me incorporo, y se pone tenso, intuyo, por temor a mi reacción. Enmarco su cara con mis manos y le giro la cabeza para que me mire.

—Eso es genial. —Lo beso y noto cómo se relaja—. Siento cómo me comporté el otro día con este tema. Yo... aquella mañana tuve miedo — reconozco, decidida a mostrarle por primera vez mis sentimientos. Entrelazo mis dedos con los suyos y jugueteo con ellos mientras, sin saber muy bien cómo hacerlo, me sincero con él—. Miedo de lo que está surgiendo entre nosotros. Cuanto más tiempo paso contigo, con cada cosa nueva que descubro de ti... más me gustas. Y al escucharte hablar de Bianca me mostraste una parte que me cautivó por completo. Y me asusté. Me asusté al imaginar que quizás algún día tú y yo... —titubeo sin saber muy bien por dónde salir—. Así que mi razón encontró la excusa perfecta para separarme de ti. Lo disfrazó de rabia, de enfado... Pero en realidad lo que quería era negarse a sentir, tal como lo había estado haciendo hasta que te conocí.

—Y ahora, ¿tienes miedo? —me pregunta, con sus ojos puestos en los míos.

—No. —Sonrío, segura—. Y nunca volveré a tenerlo.

Se inclina hacia mí y nos fundimos en un largo y cálido beso que finaliza

cuando los dos llegamos juntos al orgasmo.

—Quédate a dormir —me dice al oído mientras acaricia mi mejilla.

—Te recuerdo que algunos madrugamos mañana.

—Yo también.

—¿Tú?! —Arqueo las cejas, asombrada—. Si me has dicho que aprovecharías tu día libre para descansar.

—Eso era antes, ahora me solidarizo contigo.

—Mentiroso. —Le doy un golpe juguetón en el hombro—. ¿Qué me ofreces si me quedo?

Su semblante se vuelve perverso.

—¿Acaso lo dudas?

Hago como que lo pienso durante unos segundos.

—De acuerdo, me has convencido.

—Qué decepción, pensé que me lo ibas a poner más difícil...

—Sabes que soy fácil de persuadir... —Suelta una carcajada—. De todas formas, no te hagas ilusiones, a las seis y media en punto me voy. Ni un minuto más.

Capítulo 21

Después de contemplarlo embobada dormir a pierna suelta durante un rato y de darle un beso de despedida —aunque no se entere—, salgo sigilosa de su apartamento y atravieso el mío sin hacer el más mínimo ruido para no despertar a Alba y así evitar que me acribille a preguntas de todo tipo; algunas de ellas, ya sé de antemano que no voy a responder para su desgracia. Entro en el baño esbozando una sonrisa de felicidad al recordar estas últimas horas y maldigo —con la boca pequeña— a Enzo al ver sus dientes marcados en mi nalga izquierda. Me muerdo el labio rememorando el momento y entro en la ducha. Veinte minutos después, salgo en ropa interior en dirección a mi habitación.

—¡Qué susto me has dado! —No cuento con que mi amiga me esté esperando al otro lado de la puerta y me sobresalto—. ¿Qué haces levantada tan temprano?

—Reclamar lo que me corresponde —requiere con gesto maléfico.

Me toco la toalla que llevo enroscada en el pelo pensando que se refiere a ella, puesto que es suya.

—Lo siento. Fue la primera que pillé.

—Por mí como si te la quedas. No hablo de eso precisamente. —Lo da por obvio—. Sino del informe pormenorizado de tu vida desde las diez y media de la noche del martes.

—¡Ah, eso! —Me miro las uñas, haciendo como que no tiene importancia para que sufra un poco su ego cotilla—. No hay mucho que contar... Voy a vestirme, no quiero coger frío.

Se hace a un lado para dejarme pasar mientras, por su expresión, intuyo que maquina algo.

—He tenido que subir el volumen del televisor para no escucharos...

Me detengo en seco.

—¿Nos has oído?

—De hecho, perdí hasta la cuenta...

—Yo también... —balbuceo muerta de vergüenza—. Creía que estabas en Génova.

—Cama...

—Ducha y sofá —añado, desconcertada, sin pensar.

Me examina con detenimiento de arriba abajo.

—Se te ve desestresada y pletórica. Has tenido unos buenos orgasmos; sí, Señor. —Boqueo con intención de decir algo, pero continúa a lo suyo—. Además, no has pasado por casa en todo este tiempo ni tampoco has dormido aquí esta noche. Más que nada lo sé porque no has preparado la mochila para ir a trabajar hoy, como haces siempre el día antes.

—¿Pero tú...?

—Eso es que sí —me corta—. Por el físico de Enzo no te pregunto porque ya lo he visto en bañador. Y en cuanto a sus partes íntimas, aunque no lo parezca, mi curiosidad también tiene unos límites. Así que nada más. Era todo lo que quería saber. La parte melosa ya me la contarás en otro momento. —Se mete en el baño riendo por lo bajini y me deja plantada con cara de tonta en medio del pasillo, sin poder ejercer cualquier derecho a réplica—. Por cierto. —Asoma la cabeza por la pequeña abertura que ha dejado en la puerta—. Yo también acabo de llegar. Como bien supusiste, estuve en Génova hasta ahora, pero tenía que inventar algo para que me contases los detalles más jugosos, cosa que tú no ibas a hacer... —Saca el brazo y me da un cachete en el culo antes de cerrar—. Y ahora arreando, que todavía llegaremos tarde y dirás que es por mi culpa.

—Te juro que esta te la guardo —la amenazo sin sonar demasiado convincente, cuando salgo de mi estupefacción, y la oigo soltar una carcajada—. Lo digo en serio.

Al sentirla canturrear el *Livin' on a prayer* de Bon Jovi, tal como hacía cuando compartíamos piso durante nuestro erasmus en Sicilia —lo que me saca una sonrisa—, la dejo por imposible y entro en mi cuarto. Mi sonrisa se

ensancha aún más cuando veo que tengo un mensaje de Enzo en el que me dice que me ha echado de menos al despertar. Me dejo caer sobre la cama con un largo suspiro y le propongo comer juntos, aprovechando que tengo que bajar a Sestri a recoger unas fotocopias. Pero, de camino al trabajo, todavía no he recibido su respuesta.

Nada más llegar a Santa Maria Ligure, los pongo al corriente de los planes que tengo previstos.

—Ya que hoy está todo el equipo, vamos a comenzar con la excavación en la zona de la cabecera.

—Perfecto.

Gio se acerca a mí.

—Cuando tengas un minuto me gustaría comentarte unas cosas acerca de los resultados de los últimos análisis.

—Sí, les doy una serie de pautas e indicaciones y enseguida estoy contigo.

Mientras hago unas anotaciones en mi cuaderno de campo, de reojo veo que el semblante de Alba se torna pillo y que saluda a alguien con la mano a la par que gesticula con aspavientos teatrales. Me giro intrigada y me encuentro a Enzo apoyado en la verja al otro lado del recinto, observándonos a través de sus gafas de sol.

—No se cree ni él que ha venido por temas de trabajo... —se pitorrea mi amiga. En respuesta le lanzo una bola de papel, que intercepta en el aire.

Me separo del grupo y me dirijo a su encuentro con cara de bobalicona.

—¿Qué... qué haces aquí? ¿No me habías dicho que hoy no venías?

—¿Acabo de llegar y ya me estás echando?

—Ya sabes que la coordinadora de la excavación se pone de muy mal humor cuando apareces por aquí...

Suelta una carcajada.

—Pura fachada. —De forma disimulada se asegura de que nadie nos está prestando atención y se pega a mí—. Lo que en realidad se pone es cachonda

—me susurra.

Y lleva razón. Porque lo estoy. Pero no se la voy a dar.

—Muy bien. —Me hago la ofendida—. Si no has venido a nada en particular, te agradecería que te fueses y nos dejases trabajar tranquilos. A mí, sobre todo...

—Lo sabía —ríe de nuevo—. Estaré solo un rato, no te preocupes. Por cierto, tu vestido está en mi casa —añade, empleando un tonillo malicioso.

—Perfecto, lo recojo luego.

—Entenderás que tengas que pagar un rescate por llevártelo... —Lo miro boquiabierta—. De momento me conformaré con que cenes conmigo esta noche.

Se me ilumina la cara.

—¿Y lo de comer juntos? Te envié un wasap con la propuesta.

—Disculpa, estuve reunido y no he podido contestarte. Si no te importa, lo dejamos mejor para otro día. En cuanto me marche, me voy a Génova.

—Claro. —Asumo con cierta desilusión—. Tengo que ir a mirar unas cosas con Gio. ¿Te veo antes de que te vayas?

—Por supuesto. —Me dedica una sonrisa tensa y, a hurtadillas, me acaricia la mejilla—. Recuerda que estoy aquí y que todo saldrá bien.

Se aleja antes de que me dé tiempo a preguntarle a qué se refiere con su última frase. Sin darle más vueltas al asunto, hago señas a Gio para indicarle que lo espero en el interior de la tienda. Antes de entrar, repliego la cortinilla y la mosquitera que cubren la puerta para que nos entre un poco de aire, ya que si no, con este calor, corremos el riesgo de morir asfixiados.

—¿Qué novedades me traes hoy? —Me levanto para coger una cucharilla y revuelvo mi taza de café para que se enfríe mientras él coloca una silla al otro lado de la mesa.

—Esta mañana, antes de venir, eché un vistazo por alto al documento sobre la condesa de Vico que nos envió el archivo municipal de Roma y creo que... Sira, ¿me estás escuchando?

Si fuese capaz de articular palabra, mi respuesta sería un «no». Hace rato que dejé de hacerlo. En concreto, desde que, a través de la puerta, vi dentro del recinto a Luca y al teniente Molinaro acompañados por varios *carabinieri*. De pronto el engranaje de mi cabeza se activa y encuentro sentido a las palabras de Enzo. El sospechoso, como barajaban desde un principio, es uno de los nuestros, y vienen a por él. Una agitación extrema me invade sin que pueda hacer nada, y mi rostro va empalideciendo de forma proporcional a que se aproximan. Luca se detiene a hablar con Alba, y veo cómo la cara de mi amiga se desencaja. Enzo se acerca a ellos e intercambia una mirada con Luca. Acto seguido, ponen rumbo a la tienda.

—Dime que no has sido tú el hijo de puta que casi mata a Chiara y ha robado el esqueleto y la estatuilla —consigo decir.

—¿De qué hablas? —se extraña. Al darse cuenta de que mantengo la vista fija en el exterior, se vuelve hacia la puerta, a punto de ser traspasada por una pareja de *carabinieri*, quienes, con paso firme y decidido, se dirigen a Gio—. ¿A qué se debe este despliegue policial?

—Dime que no has sido tú o te juro que no respondo de mis actos.

—Cálmate. Tiene que ser un malentendido. ¿Crees que si fuese culpable estaría aquí sentado?

—¡Dime que no has sido tú, joder! —Pierdo los papeles y levanto la voz en exceso.

—¡Yo no tengo nada que ver!, ¿contenta? —responde con mi mismo tono.

—Entonces, ¿por qué te busca el equipo que lleva el caso?

Los *carabinieri* irrumpen en la tienda.

—Giovanni Pacchiarotti...

—Ni se os ocurra dar un paso más —interrumpo amenazante.

—Pero, señorita...

—¡He dicho que ni se os ocurra! —me desgañito, furiosa.

—Sabatello, Pacelli. Esperen a la puerta —ordena Molinaro.

Asienten y retroceden un par de metros.

—¿Por qué te buscan? ¡Di!

—No lo sé, te lo aseguro... El único delito que he cometido en mi vida fue traficar con marihuana a los diecinueve años, pero ya he pagado por ello. Ahora solo fumo algo de vez en cuando... Sira, tienes que creerme —suplica, agobiado, al ver que los agentes están listos para actuar al más mínimo movimiento en falso que haga—, yo no tengo nada que ver... Aquella noche estaba con Monica, la mujer del magnate Angelo Bruzzone. Soy uno de su larga lista de amantes —confiesa sin ningún pudor—. Me avisó ese mismo día de que ya estaba en Génova y de que se alojaba en el hotel de siempre hasta que llegase su marido a Portofino a bordo de su yate. Por eso llegué tarde a la mañana siguiente, porque me acerqué a mi casa antes de venir y se me había echado el tiempo encima. Tienes que creerme...

—Pedazo de cabrón —murmuro en español, incrédula, reforzando mis palabras con un meneo de cabeza desaprobatorio—. ¿Cómo has podido?

—¡No miento! ¡Es la verdad! —Pega un puñetazo lleno de rabia sobre la mesa—. ¡Joder!

—¿Todavía tienes la desfachatez de hacerme creer que soy idiota? ¿Que tu coartada es un simple lío de cuernos?

Arrastra la silla con furia, tirándola al suelo, y se apoya sobre la mesa con las dos manos, adoptando una actitud intimidante frente a mí. A pesar de prácticamente juntar su cara a la mía, no me muevo de mi sitio. Me mantengo firme.

—No tengo ni un mínimo cargo de conciencia; yo no he hecho nada y lo voy a demostrar. Y lo siguiente que haré será acabar contigo, zorra de mierda.

—Será lo último que hagas en tu vida, te lo puedo asegurar —replica Enzo, con tono duro y desafiante, abriéndose paso entre los *carabinieri* que cubren la puerta, quienes, a petición de Molinaro, no han intervenido aún.

—Vaya, se me había olvidado que te la follabas... —Lo encara Gio, sarcástico.

Noto cómo Enzo se tensa y se acerca a él con actitud agresiva.

—¡No lo hagas! —le ruego—. No merece la pena...

Se detiene y respira hondo sin apartar la vista de Gio.

—¡Oh, qué romántico! —se burla este con inquina.

Sin más, Gio levanta el brazo con intención de propinarle un puñetazo a Enzo —lo que me hace soltar un grito—, pero él es más rápido y lo esquiva.

—Ni se te ocurra intentarlo de nuevo —le advierte, alerta—. A no ser que también quieras ser acusado de intento de agresión a un agente de servicio.

—¿Pero tú quién te crees, si no eres más que un simple funcionario? —escupe con desdén, antes de propinarle un empujón.

—Adelante. —Escucho decir a Molinaro.

—Lugarteniente Fossati. —Se descubre, y aprovecha el despiste de Gio al verse acorralado por Sabatello y Pacelli (aunque también, en parte, causado por la información que acaba de serle revelada, por cómo escruta a Enzo) para agarrarle del brazo, retorciéndoselo y provocándole un aullido de dolor. Con un movimiento certero, Enzo consigue inmovilizarlo—. Traemos una orden de arresto por tu presunta implicación en el caso.

—¡Suéltame, cabrón! —Gio se revuelve con violencia en un intento desesperado por zafarse de Enzo—. Uno por uno vais a pagar por toda la mierda sin fundamento que estáis echando sobre mí. Esto no va a quedar así. Podéis estar seguros de ello.

Molinaro y sus hombres se hacen cargo de él y se lo llevan detenido —mientras suelta improperios contra todos— tras haberle colocado las esposas y unos grilletos en los tobillos para evitar que huya, puesto que han de realizar a pie el trayecto hasta Sestri.

Y yo, sin poder aguantar más a causa de la tensión nerviosa por todo lo sucedido, hundo la cara entre mis manos y me echo a llorar desconsolada. Recuerdo cómo Carlo me habló de Gio como fichaje estrella para el equipo; de cómo gozaba de todo su respeto y confianza, la cual se había ganado a lo largo de los cuatro años en los que había trabajado codo con codo con él; de su gran valía como documentalista, avalada por sus méritos profesionales, algo que pude comprobar por mí misma y reconocer como cierto en estos casi dos meses a su lado, durante los que, a pesar de su carácter un pelín estirado,

siempre se había mostrado servicial, discreto y no había ocasionado ni un solo problema... Por todo esto, por mucho que lo intente, no concibo el trasfondo que ha podido llevarlo a cometer algo así, ni el motivo que lo ha movido a traicionarnos.

—Ya está, ya ha pasado. —Enzo se coloca a mi lado y me abrazo fuerte a él, sin dejar de llorar, mientras me acaricia el pelo.

—Por eso has venido, ¿verdad? —Sollozo sobre su pecho—. Sabías que iban a detenerle.

—Sí, me lo han comunicado a primera hora. Hay indicios claros que evidencian que puede estar involucrado. Deberá declarar sobre ello. —Su semblante refleja frustración—. En este caso mi labor no ha servido de gran ayuda. En ningún momento ha actuado de forma sospechosa. Luca te pondrá al corriente de todo esta tarde, aunque si lo prefieres, podemos dejarlo para mañana.

—Esta tarde... —confirmo balbuceante—. Cuanto antes, mejor... —Nos mantenemos un rato en silencio hasta que lo rompo con una afirmación que me hace sentir culpable—. Te has delatado como agente infiltrado... por mí...

—Tranquila. —Me acaricia la mejilla con cariño—. He sido yo el que ha decidido hacerlo, desoyendo a Luca, y para incredulidad y desconcierto de los miembros de tu equipo. —Consigue sacarme una tímida sonrisa al imaginar todas las preguntas y cábalas que pasarían por sus cabezas—. No podía estar de brazos cruzados viendo cómo se envalentonaba contigo. Temí que pudiera hacerte daño. Y qué mejor despedida a mi último trabajo que protegerte.

—¿Eso significa que ha finalizado tu misión? —me atrevo a preguntar, a pesar del profundo temor que siento ante lo que implica la respuesta que pueda darme: que se vaya.

—La profesional, sí. Pero la personal, no. Aún tengo que resolver el caso más complicado de todos: tú.

Y sin importarme nada ni nadie, llevada por sus palabras y sus actos, lo beso de forma dulce. Un ligero carraspeo nos interrumpe.

—Lo sentimos... Nosotros... —Nella, junto a Alessio y Gabri, permanece de pie a la puerta de la tienda— solo queríamos saber cómo estabas.

—Gracias, chicos. —Les sonrío con un ligero rubor en mis mejillas—. Me encuentro bien. Solo un poco superada, pero nada más.

—Quién lo iba a decir... —se lamenta Gabri—. Espero que se pudra en la cárcel.

—Y yo. —Se suman, también consternados y al unísono, los otros dos.

—¡Pues eso es lo que voy a hacer! —Oímos chillar a Alba, quien, al instante, aparece como un huracán dentro de la tienda bajo la atónita mirada de nuestros compañeros—. ¿Tú sabías que es un impostor? —me dice, señalando a Enzo con la cabeza—. ¿Que no es ningún técnico del Ministerio de Bienes y Actividades Culturales, sino un *carabiniere* adscrito al Comando TPC?

—Desde el primer día. —Me encojo de hombros y esbozo una sonrisa a modo de disculpa—. Luca me lo presentó oficialmente en su despacho la tarde de la rueda de prensa.

—No me lo puedo creer... Tú también me has estado engañando todo este tiempo. A saber los tejemanejes que os traeríais los tres a mis espaldas. Os lo debisteis de haber pasado bomba a mi costa...

—Alba... —Intento retenerla para que no se vaya, pero me resulta imposible.

—¿Quieres que hable con ella y se lo explique? —se ofrece Enzo.

—No hace falta, no hay nada que no solucione una buena jarra de sangría en la azotea.

—*Carabiniere*... —Alessio continúa sorprendido y un tanto fascinado.

—Así es. Lugarteniente Enzo Fossati. —Le tiende la mano.

Me excuso y salgo con intención de llamar primero a Hugo y después a Carlo para comunicarles cuanto antes lo sucedido. Tras recordarme la operadora que mi crédito está a punto de agotarse, por fin escucho la voz de mi amigo.

—Precisamente me estaba acordando de ti ahora mismo —me saluda con efusividad nada más descolgar—. Voy de camino al Archivo Dioce...

—Han detenido al principal sospechoso —lo corto en seco antes de que me quede sin saldo—: Gio.

Pero lo siguiente que escucho es un agudo pitido intermitente indicándome que se ha perdido la comunicación.

Con el transcurso de las horas, una mezcla de rabia, impotencia y frustración ha llegado a mí para quedarse.

—¿Cómo estás? —se interesa Luca en cuanto cierro la puerta de su despacho, puesto que no tuvimos oportunidad de charlar hasta ahora, al tener que trasladarse a Génova después de la detención de Gio.

Se levanta y nos fundimos en un abrazo.

—Es difícil de explicar...

—Me lo imagino, es un golpe duro de encajar.

Me prepara un café como a mí me gusta sin consultarme y se lo agradezco.

—Si te soy sincera, aún no lo he hecho. No sé el tiempo que necesitaré... Por más vueltas que le doy, no le encuentro lógica alguna. Soy incapaz de comprender cómo Gio pudo arruinarse la vida de esta manera.

—*C'est l'amour, chérie.* —Intenta sacarme una sonrisa, cosa que consigue—. Y si no, que se lo digan a Enzo...

—¿Qué pasa conmigo?

No lo sentí llegar y doy un pequeño bote en la silla al escuchar su voz.

—¿No sabes picar a la puerta? —lo increpo con burla, girándome hacia él.

Sonríe de medio lado y, sin mediar palabra, se acerca y me besa —con lengua— ante un carialegre Luca, dejándome más que cortada.

—¿También necesitaba permiso para entrar? —se mofa mientras toma asiento a mi lado.

—Ni resolviendo la tensión sexual lo vuestro tiene solución... —bromea Luca—. ¿Qué tal ha ido la conversación telefónica con Iaquinta? —le

pregunta con cierta inquietud.

—Me ha citado mañana a las nueve en la sede central de Roma. —Se muestra sereno, aunque su semblante ceñudo indica lo contrario.

—¿Por qué quiere hablar contigo tu superior? —me alarmo—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada, no le des vueltas. —Fuerza un gesto tranquilizador y coge mi mano, entrelazando sus dedos con los míos—. Es una simple reunión sin importancia. Algo normal cada vez que finaliza una infiltración.

Luca y él intercambian una mirada que evidencia que no es del todo cierto.

—Enzo, no me mientas. —Le suelto la mano—. ¿Es por lo sucedido esta mañana? ¿Por haberte descubierto como *carabiniere*?

—No tiene nada que ver. —Percibe que no me quedo muy conforme y continúa—. Pero de todos modos sabía a lo que me exponía...

—No digas que no te lo advertí —le reprocha Luca.

—Lo sé. Y tú también sabes que volvería a hacerlo.

Se hace un silencio un tanto tenso.

—No tendría que haber forzado a Gio hasta el extremo de...

—Tú no has hecho nada —me interrumpe Enzo, alzándome la barbilla para que le mire—. Ya te he dicho que aquí el único responsable de todo soy yo.

Sonrío con tristeza, y deposita un tierno beso en mis labios.

—¿Más calmada? —Asiento con la cabeza—. Ahora cuéntanos, ¿ya se le ha pasado el enfado a Alba?

—Ilusos... No sabéis hasta qué punto puede llegar su cabezonería.

—A mí me lo vas a contar... —Nos reímos del tono y expresión de sufrimiento de Luca, incluido él.

—Pero os puedo asegurar que se le pasará enseguida. En cuanto vea que la sangría que voy a preparar lleva menos azúcar que la suya, no va a poder mantenerse callada por más tiempo. Estáis invitados a la «fiesta de reconciliación». —Entrecomillo esto último con los dedos.

—Imposible, tengo previsto salir para Roma en el último vuelo de la tarde —se lamenta Enzo—. Tendremos que aplazar la cena de esta noche hasta que regrese, espero que no te importe.

—Por supuesto que no.

—Yo tampoco puedo —se disculpa Luca—. Estaré trabajando hasta tarde a causa de la detención de Giovanni.

—¿Cómo está? —Ni tan siquiera sé por qué me molestó en preguntar por él. Enzo me acaricia el dorso de la mano con su pulgar para infundirme ánimo.

—Fuera de sí. Su abogado ya se ha hecho cargo del asunto. Se sigue manteniendo firme en su coartada y en que es inocente. Está previsto que en un par de días pase a disposición judicial.

—Me sigue pareciendo imposible... —observo escéptica—. Tanto que incluso en un intento desesperado por entender la situación he llegado a plantearme la posibilidad de que no mienta. Además, Enzo me ha comentado que no ha realizado ningún movimiento extraño a lo largo de este tiempo.

—Eso es algo que, para ser sincero, también me choca a mí bastante —reflexiona Enzo—. No puedo facilitar un solo indicio que haga sospechar de él, y eso no suele ocurrir. Siempre, por mínimo que sea, hay algún movimiento en falso en la forma de actuar del culpable.

—Lo entiendo, pero nosotros ya no podemos hacer nada más, será el juez quien dictamine si dice o no la verdad. —Luca bebe de su botellín de agua—. Aunque a tenor de todas las pruebas que tenemos es más que probable que de alguna forma u otra esté involucrado.

—Supongo que la testificación de su amante jugará un papel importante —presumo.

—¿Te refieres a Monica Benedetto? —Luca intercambia una mirada jocosa con Enzo, que se mantiene callado, dejando explicarse a su colega y ahora también amigo—. Nunca admitirá su pseudorrelación. Giovanni no es más que un juguete para ella. No alberga ningún tipo de sentimiento hacia él, ni hacia ninguno de sus otros dos amantes..., y menos hacia su esposo.

—¿Tres amantes y un marido? —A los dos les hace gracia mi expresión boquiabierta.

—¿No estarás pensando en tomar ejemplo? —ironiza Enzo.

—¿Y que me salgan todos tan chacoteros como tú? No, gracias.

—Lo tomaré como un halago...

Nos damos un fugaz beso mientras Luca enciende la pantalla de su ordenador para, a continuación, girarla.

—¿Ves bien? —me pregunta.

Muevo un poco la silla

—Ahora sí.

—Perfecto. —Luca nos muestra la fotografía de una joven despampanante con facciones mediterráneas que, calculo, rondará los veinticinco—. Te presento a la señora Bruzzone.

—Toda una joya, ¿o me equivoco?

—Júzgala tú misma —me propone Luca—. De familia humilde, a los diecisiete años conoció a su marido en una fiesta privada celebrada en una de las discotecas de Milán de la cual él es propietario. Dos años después contraerían matrimonio. El quinto para él —aclara.

—Empiezo a imaginar cómo será el señor Bruzzone...

A mi murmullo le suceden un par de carcajadas soltadas por ambos.

—Las infidelidades por parte de Monica no tardarían en llegar. —Proyecta una imagen de la joven en compañía de Gio paseando por las calles de Génova en actitud cariñosa—. Esta fotografía, por ejemplo, fue tomada la semana pasada.

—La discreción no es su punto fuerte... —Me asombro de la naturalidad con que él la agarra de la cintura. A su vez, ella parece estar encantada.

—Sus escarceos no le quitan el sueño a su marido. Está al tanto —afirma Luca—. Te puedo asegurar que él tampoco se queda corto. Incluso han compartido amante en alguna ocasión.

—Prefiero seguir en la ignorancia... Estos detalles truculentos son más

bien cosa de Alba. —Reímos.

—Tal como te reveló Giovanni, Monica y él mantienen un *affaire* desde hace un par de años. Los presentó un conocido común y se atrajeron al instante. Suelen dejarse ver a menudo con su grupo de amigos —entre los que se encuentra el escolta de Monica, un ahijado de Angelo— por restaurantes de lujo y locales de moda de la ciudad y, aunque algo menos, también por Portofino.

—Vaya, mi sueldo de arqueóloga no da para tanto...

—El de *carabiniere*, tampoco —me consuela Enzo, y Luca le da la razón.

—Giovanni no engaña cuando dice que aquella noche ella se hospedó en uno de los mejores hoteles de la ciudad. Las descripciones facilitadas por el personal encajan con el físico de él, pero un fallo en las cámaras de seguridad impide comprobar si realmente el joven que la acompañó era él y a qué hora abandonó la habitación, puesto que nadie lo vio salir del establecimiento.

—Es imposible que no haya ningún testigo —me sorprendo—. No sé, un huésped, alguna limpiadora, el aparcacoches, viandantes...

—Ni uno solo. —Luca niega con la cabeza con cara de circunstancias—. Retomando el tema personal, nos consta que Giovanni está enamorado de Monica y que incluso le propuso varias veces que abandonara a su marido. Algo que, es obvio, no sucederá.

—«Poderoso caballero es don Dinero»... —Cito los famosos versos de Quevedo a sabiendas de que no los van a conocer, aunque entiendan el significado y me den la razón.

—Vamos con Angelo Bruzzone —prosigue Luca.

—Tal cual lo había idealizado. —Reacciono a la imagen de un hombre de unos sesenta años largos, entrado en carnes, vestido de manera elegante y acompañado por dos guardaespaldas.

—Más conocido en su mundillo como el Pianista. —Luca percibe mi intriga y aumenta un poco la imagen para centrarse en la boca de Bruzzone —. Su apodo se debe a las piezas dentales de oro que se alternan con las suyas propias.

—Tengo curiosidad por saber quién se lo pondría —añade Enzo con sorna.

—Dueño de varias empresas logísticas y de locales de ocio nocturno en Milán —continúa Luca—, gracias a sus negocios *on-line* de préstamo de créditos rápidos y páginas de juegos y apuestas, ha conseguido amasar una fortuna de más de seiscientos millones de euros.

—¿Seiscientos millones? —repito incrédula.

—Sí, aunque, como supongo intuyas, no todas las fuentes de ingresos del señor Bruzzone son legales. Su nombre también aparece vinculado a negocios de no muy buena reputación, además de estar relacionado con el tráfico de armas, delito por el cual está siendo investigado en la actualidad.

—A simple vista ya queda claro que no es trigo limpio... Pero hay algo que todavía no he entendido: ¿qué tiene que ver todo esto con nuestro caso? No me gusta prejuzgar a la gente, pero dudo mucho que Monica vea en la estatuilla algo más que una muñeca Barbie de época romana para patricios. —A Enzo se le escapa una risilla—. Y Gio no es tan tonto como para regalársela a sabiendas de ello. O eso creo.

—En mi opinión...

—Solo un segundo —interrumpo a Luca—. Por otra parte, por lo que me has contado, no creo que los celos hacia Gio hayan movido a Bruzzone a llevarse lo que, a priori, es un simple esqueleto. Porque presupongo que desconociese la existencia de la figurilla, puesto que, viendo su idílico matrimonio, descarto la rocambolesca idea de que Gio le hablase de ella a Monica y esta a su vez hiciese lo propio a su marido... Y a no ser que también trafique con huesos humanos por alguna extraña razón, no me encaja.

—Y estás en lo cierto, pero se te ha escapado otra posibilidad: el Pianista es un gran coleccionista de piezas arqueológicas, algo que descubrimos al enterarnos de la aventura que mantenía su mujer con Giovanni y que nos sirvió como punto de partida para la investigación.

—Eso sí que no me lo esperaba... —Me pilla por sorpresa.

—Según nos ha informado el grupo de investigación sobre el crimen organizado de la *Guardia di Finanza*, que tiene a uno de sus hombres infiltrado en la banda que negocia temas armamentísticos con Bruzzone, su colección no tiene nada que envidiar a la de un museo, empezando por las medidas de conservación y seguridad...

Luca respira hondo, interroga a Enzo con la mirada, quien asiente, y saca algo de una carpeta que descansa sobre la mesa. Aprovecho la pausa para dar el último trago a mi café, ya casi frío. Acto seguido, el vaso vacío se me escurre de entre los dedos.

—No puede ser... —me fluyen solas las palabras.

Agarro la imagen impresa que me tiende Luca y permanezco observándola en silencio durante un largo rato, sin que mi razón logre asimilar que lo que tengo allí delante es, con total seguridad, la estatuilla que portaba Mencía. Rememoro punto por punto las anotaciones realizadas por el cardenal Severini sobre ella en su diario personal y la analizo con detenimiento, llegando incluso a acariciarla y a dejar que mi subconsciente perciba la tosquedad de su esculpидura, las deformidades de su contorno, la profundidad de las líneas trazadas por el buril, la rugosidad de la única esmeralda que queda y el frío tacto del oro. Dos solitarias lágrimas resbalan por mis mejillas y caen sobre el papel, quedando marcadas. Por un momento imagino cómo hubiese sido si nada de esto hubiese ocurrido, si hubiese sido mi equipo el que, orgulloso, la hubiese recuperado junto con los restos de Mencía. En ese caso, el sinsabor que empaña la emoción que siento por dentro al saber que es real y que, algún día, podré tenerla entre mis manos, habría sido sustituido por un dulce y placentero sentimiento de felicidad. Aunque seguiría sin sentirme plena.

—¿Cómo... habéis conseguido la fotografía? —digo, por fin, con un balbuceo, todavía en estado de *shock*, sin apartar la vista de ella. Enzo me arropa entre sus brazos para reconfortarme.

—Nos la ha facilitado el GICO —me informa Luca.

—¿Dónde... dónde está?

—En la vitrina del salón principal del yate de Bruzzone, en Portofino.

—¿Y no podéis...? —dejo la pregunta en el aire.

—Todo a su tiempo —avanza Luca—. Como ves, la figurilla parece estar en perfectas condiciones.

—Yo me atrevería a decir que ha sido limpiada por manos expertas —apunta Enzo.

—En cuanto al manuscrito...

—No lo sabremos hasta el momento en que recuperemos la estatuilla. —Luca confirma mis sospechas.

—Claro... ¿Y los restos óseos?

—Seguimos sin noticias.

Enzo consulta el reloj colgado sobre el panel de corcho de la pared izquierda.

—Tengo que irme —nos comunica.

—Os dejo a solas para que os despedáis.

Sonreímos a Luca por el detalle.

En cuanto cierra la puerta, me coloco sobre el regazo de Enzo.

—Alegra esa cara. —Me pasa un mechón por detrás de la oreja—. Si no hay novedad, en unos días me tienes aquí de vuelta.

—Te voy a echar de menos. —Le acaricio la mejilla.

—Y yo a ti.

Nos fundimos en un beso que, por primera vez, siento que lleva implícitas cosas que aún no nos hemos atrevido a decirnos con palabras.

—Te llamo en cuanto aterrice. —Asiento conforme con una débil sonrisa—. Todo va a salir bien, ya lo verás.

Me besa de nuevo y se va, haciéndome sentir, a pesar de estar acompañada, realmente sola en mucho tiempo.

—Ya estoy. —Luca regresa a su sitio—. ¿Te acuerdas de la reunión que mantuvimos los tres en este mismo despacho la tarde de la rueda de prensa?

—No me lo recuerdes. —Consigue animarme un poco, que es lo que en

realidad pretende—. Lo hubiese estrangulado con mis propias manos...

—¿Seguro?

—No —afirmo rotunda, y reímos—, pero no se lo confieses, que luego se lo cree.

—Me alegro mucho por vosotros. Hacéis muy buena pareja.

Se me dibuja una sonrisilla boba porque es verdad que la hacemos, aunque yo me haya negado a verlo antes.

—Con otras palabras: Sira, intercede por mí ante Alba.

Suelta una carcajada.

—Ya puestos...

—No te preocupes, hablaré con ella y lo entenderá.

—Gracias. Antes de que te vayas... —Se muestra incómodo—. Sé que podemos confiar plenamente en ti, lo has demostrado hasta ahora, pero aun así me veo en la obligación de recordarte que no puedes hablar con nadie, incluida Alba o cualquier miembro del equipo, de las conversaciones que mantenemos dentro de estas cuatro paredes con respecto al caso. Y mucho menos hacer cualquier mención a lo que sabes acerca de la estatuilla.

—Lo sé. —Luca sonrío en respuesta—. ¿Podrías... facilitarme una copia de la fotografía? —le pido antes de irme.

—Muy a mi pesar me temo que no —responde con fastidio—. Pero, si todo sale según lo previsto, en unos días podrás fotografiarla tú misma.

Capítulo 22

«El incendio en la casa de Lucrezia ha sido tan solo un aviso [...] gracias al mozo de cuadras, no se ha convertido en pasto de las llamas. Unas llamas que no fueron fortuitas, sino intencionadas [...] si bien tengo mis sospechas de quién puede estar tras de ellas [...]. Comienzo, pues, a temer por la vida de Mencía, mas no quiero preocuparla [...] el joven ayudante del bibliotecario se ha convertido en una sombra invisible, siempre pegado a ella [...] en su ausencia, lo he visto revolver en documentos que no procedían y más tarde hacer inoportunas preguntas [...]. Así, he de mandar a mi sobrino Girolamo a vigilarlo, pues el muchacho, estoy seguro, es uno de sus espías...».

En cuanto escucho refunfuñar a Alba por el ruido que hacen las bisagras de la puerta de la azotea, dejo de leer, aunque mantengo el A-Z abierto para que parezca que estoy en ello. Cuando me ve, esboza una mueca de desagrado, y, de forma intencionada, cojo el vaso de sangría y tomo un sorbo.

—Ah, estás aquí. —Su tono es de indiferencia—. Y sola, qué raro...

—Enzo ha tenido que irse a Roma.

—¿Lo reclamaban del ministerio? —añade con retintín, mientras coloca frente a mí el tendedero plegable que compramos cuando nos mudamos y se pone a tender la ropa.

—Mañana tiene una reunión importante con el jefe de la operación policial.

—No me interesa su vida... —Mira de soslayo la jarra de sangría—. Ni la suya, ni la de nadie.

Me escudo detrás del archivador para que no vea que me estoy aguantando la risa por su comentario. Sin mediar más palabra, cada una sigue a lo suyo,

aunque ella no aparta la vista de la silla-mesa donde está apoyada la jarra.

—Listo. —Se limpia las manos con un par de palmadas y coge el barreño de plástico donde traía la ropa—. ¿Cómo la has preparado?

—¿El qué? —Disimulo y doy un trago.

—La sangría. —La señala con un brusco movimiento de cabeza que hace que el flequillo le tape los ojos y tenga que apartárselo.

—Busqué la receta por Internet. ¿Quieres probarla?

—No, gracias. —La mira de tal manera que da la sensación de que está lanzándole un maleficio. Con la misma, sin despedirse, se dirige hacia la puerta, pero no pasan ni dos segundos cuando la vuelvo a tener delante—. He cambiado de opinión.

Sonriendo de forma triunfal en mi mente porque ha picado el anzuelo como esperaba, le lleno un vaso por la mitad con semblante confiado.

—¿Te sirvo un poco más?

—Con eso tengo suficiente, dame.

Recelosa, hace una cata de lo más profesional: primero, observa el color; a continuación, la huele; luego, agita el vaso con suavidad antes de volver a olerla y, por último, da un pequeño sorbo, lo saborea y lo traga.

—¿Y bien?

—Llamas sangría a cualquier cosa. —Posa el vaso con cara de repugnancia—. Esto no hay quien lo beba.

Da media vuelta y se marcha hablando sola entre dientes. Y, como era de suponer, al poco regresa con una jarra de cosecha propia.

—Y no te acostumbres —zanja, reclinándose en la tumbona de al lado.

Me incorporo y le doy un achuchón, que recibe de mala gana.

—Siento que hayas tenido que enterarte de la infiltración de Enzo de esta forma.

—¿Por qué no me lo contasteis? —Su voz suena dolida—. ¿Es que no confiáis en mí?

—Por supuesto que sí. —Sonrío y le aprieto la mano con ternura—. Pero

por temas de seguridad no podíamos revelarte nada.

—Claro, teníais miedo de que Alba, la bocazas, lo estropease todo...

—Sabes que no —le aclaro con tono cariñoso—. Aunque no lo creas, y a pesar de estar al corriente del caso, hay muchas cosas que yo tampoco sé. Cuestiones de confidencialidad policial. De verdad, no lo tomes como algo personal, porque no lo es.

Asiente conforme pero con aire pesaroso.

—Todavía no soy capaz de asimilar que Gio esté involucrado. No es que nos llevásemos precisamente bien, pero tengo que reconocer que es un profesional como la copa de un pino, y quién iba a imaginar que alguien con su perfil estaría relacionado con el mercado negro de piezas arqueológicas.

—Yo tampoco me he hecho aún a la idea, nos tenía a todos engañados, pero por el que más lo siento es por Carlo. Lo va a pasar muy mal cuando se entere. —Alba, afligida, comparte mi desazón.

—Esperemos que cante en el interrogatorio y que se puedan recuperar la estatuilla y los restos de Mencía.

—Esperemos... —balbuceo semiida, al venirme a la mente la fotografía de la figurilla que me mostró Luca.

Los siguientes minutos los pasamos en silencio.

—¿Sabes? —Alba reanuda la conversación—. No sospeché en ningún momento que Enzo fuese *carabiniere*. Ahora me encaja de qué conoce a Luca, porque lo de que habían coincidido en un curso el año pasado, para ser sinceros, sonaba un poco a chiste, aunque no voy a negar que me lo creí. — Se levanta para orientar el tendedero hacia el último rayo de sol—. Y mira que pasamos alguna que otra hora de cháchara en este mismo lugar. Pero claro, el tema principal eras tú...

—¿Y puede saberse qué hablasteis de mí? —Me giro hacia ella, muerta de intriga.

—Me hizo jurar que no te diría nada, y *pacta sunt servanda*¹⁰.

—¿Desde cuándo eso es un impedimento para ti?

—Siempre lo ha sido. Otra cosa es que me tirasen de la lengua, pero en este caso no insistas, porque pierdes el tiempo. —Se estira y bosteza antes de volver a tumbarse en la hamaca—. ¿Hasta cuándo está en Roma?

—No lo sé —respondo con voz lastimera y la vista fija en el horizonte, mientras golpeo los pies entre sí—, pero espero que menos tiempo que la última vez.

Desde que se ha ido, hace unas pocas horas, tengo la sensación de que la duración de los minutos se multiplica por dos; y el hecho de que el tiempo en mi reloj particular se alargue no me ayuda en absoluto, ya que lo único que consigue es que, además de que tenga continuo mono de sentirlo de nuevo a mi lado, el fantasma del miedo a que Enzo se marche de Sestri de forma definitiva ronde más de la cuenta por mi cabeza. Y no quiero atormentarme a cada interminable segundo hasta que regrese pensando en qué pasaría si eso llegase a suceder.

—Me aterra la idea de que pueda irse. —Un inmenso vacío se forma en mi estómago cuando lo confieso en voz baja, con la esperanza de que, al sacarlo fuera, el fantasma redima sus penas y me deje libre—. Aquí ya no tiene nada que hacer.

—¿Cómo que no?! ¡Estás tú!

—Pero eso no significa nada, estamos empezando. —Alba suspira mientras niega con la cabeza—. Quizá prefiera trasladarse a Roma, al fin y al cabo, en un par de meses iniciará allí una nueva vida.

—Hazme caso, a no ser que tenga que marcharse obligado por motivos de trabajo, no se mueve de aquí hasta que no acabe la campaña y tú decidas qué... —Su móvil comienza a sonar y se distrae. Tras mirar la pantalla, lo vuelve a dejar encima de la silla-mesa—. Lo que te iba diciendo, que olvides esa posibilidad.

—Eso me ha insinuado él esta mañana.

—¿Entonces?! No le des más vueltas.

—Tienes razón —admito por una vez—. Es que acaba de irse y ya lo echo mucho de menos.

Mi vocecilla ñoña hace que Alba ponga los ojos en blanco y gesticule dándome a entender que me deja por imposible.

—¿Por qué no quieres hablar con Luca? —Cambio de tema después de tomar un sorbo de sangría.

—¿Cómo sabes que era él?

—Lo intuyo por tu expresión.

Nerviosa, arranca una hoja del rollo de papel secante y comienza a doblarla con intención de hacer una figura.

—Su hermana lo llamó ayer para preguntarle si al final iría acompañado a su boda, y yo he quedado en darle hoy una respuesta, pero todavía no lo tengo claro.

—¿Cuándo es?

—Dentro de diez días. —Suspira, engurruñando el papel al máximo—. El hecho de ir implicaría conocer a su familia, y yo..., no sé si estoy preparada. Por una parte, tengo unas ganas locas de acompañarlo y hacer oficial, como quien dice, lo nuestro, porque estoy muy a gusto con él: es detallista, cariñoso, sabe escuchar, pensamos de forma parecida... —Estira el brazo para coger la escoba y espanta a una gaviota con ella—. Pero por otro... Sigo con el runrún de lo que me hizo en su día, y ahora creo que no podría superarlo.

—Entiendo que estés agobiada con el tema, pero no puedes juzgar al Luca actual por el comportamiento del Luca de hace más de diez años. Todos cambiamos cuando maduramos. De hecho, tú misma me dijiste que te confesó que no ha vuelto a serle infiel a ninguna de sus parejas. Y ahora tendría mucho menos sentido que lo fuese. —La tranquilizo con una sonrisa—. Solo hay que ver cómo se le ilumina la cara cuando te ve o cómo se le cae la baba al hablar de ti.

—¿Lo dices en serio? —Esboza una tímida mueca de ilusión y loca enamorada, como si ver en ojos ajenos que Luca siente por ella lo mismo que ella por él fuese lo que necesitaba para estar segura.

—Completamente. —Mantengo la expresión risueña—. Y como una

persona muy sabia me dijo no hace mucho: *Cotidie damnatur qui semper timet*¹¹. —Ríe al ver que la parafraseo, justo cuando su *smartphone* vuelve a sonar—. La decisión está en tu mano —concluyo, con las cejas enarcadas y la mirada puesta en su móvil.

—Que ni se te pase por la cabeza la idea de que voy a participar en el *show* de las damas de honor cuando la novia tire el ramo —me amenaza, con semblante serio y el dedo índice levantado, antes de alejarse para responder con mis carcajadas de fondo.

Mientras habla con Luca, aprovecho para rellenarnos los vasos con sangría, pero el mío se queda a un cuarto, porque mi teléfono también comienza a vibrar, y yo sí que no tengo ninguna duda de que voy a responder.

—Hola —saludo un poco tímida.

—Me moría de ganas por escuchar tu voz.

Mis labios se curvan hacia arriba en señal de felicidad. El vacío que sentía hace un rato en el estómago se llena por completo y, por un momento, dejo fantasear a mi subconsciente —y a mi parte racional— con la posibilidad de que Enzo permanezca a mi lado hasta que se incorpore a su nuevo puesto.

—¿Qué tal el vuelo?

—Bien, acabo de aterrizar. Un segundo —me pide. Le escucho preguntar por el tren que va a Roma Termini, y un hombre le informa de que sale en menos de diez minutos—. Tengo que echar a correr si no quiero perder el tren.

—Claro... —gimoteo con un puchero (aunque no pueda verlo) y cierto toque de desilusión por no poder charlar un rato con él.

—Te llamo esta noche. Un beso... —Hace una pausa casi imperceptible—. Pero no uno cualquiera, échale un poco de imaginación —añade en un susurro con tono seductor y, apuesto, con una sonrisa de medio lado, antes de colgar y dejarme ardiendo por dentro.

Alba regresa y se acomoda de nuevo en la tumbona. Prácticamente a la vez, apoyamos los móviles con cara de idiotas en la silla-mesa e

intercambiamos una mirada que nos hace explotar en carcajadas.

—Vaya dos patas *pa'* un banco...

—Buenos días —saludo efusiva a Nella, Alessio y Gabri cuando llegamos al punto de reunión.

—Cómo se nota que mañana vuelve Enzo... —deja caer Alba con burla, y mi semblante pasa a ser bobalicón.

A pesar de procurar mantenerme ocupada desde que se fue, hace cinco días, para así no pensar demasiado en él, la morriña me invade a cada instante porque todo me recuerda a Enzo. Y, aunque hablamos a diario todas las noches y nos mandamos alguna que otra foto, con escuchar su voz y ver su imagen congelada no tengo suficiente porque necesito sentir su calor y besarlo hasta que me quemem los labios. Y eso no me lo permite una instantánea inerte, que lo único que consigue es que lo eche mucho más de menos, si es que cabe esa posibilidad. Pero este sentimiento no viene solo, sino que se entremezcla con la incertidumbre que siento por no saber qué tal ha ido la reunión con sus superiores, sobre la que, a pesar de haberle preguntado varias veces, no me quiere hablar; y eso me hace presagiar lo peor, aterrándome la posibilidad de que signifique que tenga que marcharse.

—¿Qué planes tienes para esta semana? —Se interesan los chicos de camino a Santa Maria Ligure.

Inspiro hondo, con resignación, antes de contestar, porque el hecho de habernos quedado en cuadro está dificultando las tareas de excavación, que hasta ahora marchaban a buen ritmo.

—Al igual que el jueves y el viernes, nos distribuiremos en dos grupos: Alba y Nella por un lado, y vosotros dos por otro.

—¿Hoy no vas a estar con nosotros? —se asusta Gabri.

—Sí, pero dentro de un rato. En cuanto revise una carta de Mencía que tengo pendiente, me uno a Alessio y a ti.

«Estoy ansiosa por reunirme de nuevo con Vos en Compostela y

abrazaros [...] falta ya poco tiempo para ello [...] y contaros cuántas cosas he aprendido en Roma y cuán magnífica es la Biblioteca Vaticana [...] mas Vos sabéis que en estos años también he sufrido [...] aún derramo lágrimas al recordar a Piero [...]. El cardenal Severini augura que mi sorprendente hallazgo será revolucionario, mas yo solo creo contribuir con mis fórmulas y teorías al saber de otros astrónomos [...] me ha prometido que serán impresas en el taller de Erhard Ratdolt en Venecia...».

Azoto el A-Z al escuchar chillar a Alba y salgo alarmada de la tienda. Cuando llego a las ruinas, mi corazón está a punto de salirse del pecho por la tensión nerviosa de no saber lo que me voy a encontrar y, mentalmente, me preparo para lo peor.

—¿Qué sucede?

Alba viene apurada a mi encuentro, mete la puntera en un pequeño pozo y se cae.

—No ha sido nada, cosas del directo. —Se levanta de inmediato y sacude la tierra de las manos y de las perneras del pantalón—. ¡Mira quién ha venido a visitarnos!

Me relajo al saber que sus gritos no eran por algo grave —aunque por otro lado me apetezca retorcerle el pescuezo por los segundos de angustia que me ha hecho pasar— y sigo la dirección de su brazo extendido, mientras con el otro tira de mí para llevarme al fondo de las ruinas, donde están trabajando. Cuando veo de quién se trata, mis ojos se abren como platos.

—¿Hugo?! ¡No me lo puedo creer! ¡Pero qué haces aquí?! —Sin dejarlo responder, me lanzo a él y lo achucho. Emite un pequeño quejido y lo suelto de inmediato—. Perdona, ¿te he hecho daño?

—No. —Mueve el brazo arriba y abajo con cuidado—. Estoy bien.

—¿Seguro? —Me asusto con su mueca de dolor.

—Sí, es una simple molestia, todo está en orden. Como me quitaron la escayola hace tres días, todavía tengo el brazo débil, no hay más.

—Lo siento, de verdad.

Sonríe, aceptando mis disculpas.

—Bueno, entonces, ¿qué contáis?

—No, ¿qué cuentas tú? —le reprocha Alba—, que nos tienes muy abandonadas. Ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que nos mandaste un mensaje. Por cierto, te veo un poco desmejorado.

—La semana pasada he tenido gastroenteritis y he adelgazado algo; además, lo sucedido aquí también me influye bastante. Quién iba a decir que Giovanni estaba implicado... —Menea la cabeza de un lado a otro con cara de circunstancias—. ¿Se sabe si fue él el autor del robo?

—De momento no, —le informo—. Se mantiene firme en que es inocente.

—Qué va a decir...

Miro el reloj.

—Chicos, podéis hacer una pausa si queréis.

Nella, Alessio y Gabri no lo dudan ni un segundo. Lo dejan todo tal cual está y se encaminan hacia fuera del recinto, supongo que para que Alessio fume un cigarrillo. Mientras, nosotros tres abandonamos las ruinas en dirección a la parte trasera de la iglesia.

—¿Barajan la posibilidad de que haya participado más gente o creen que actuó en solitario?

—No tenemos ni idea, pero entiendo que alguien haya colaborado con él.

Cuando nos detenemos, Hugo mira de reojo la zona del enterramiento, todavía precintada con la cinta policial.

—Y la chica voluntaria, ¿cómo sigue? Porque ella es la única y principal testigo.

—Me temo que igual —lamento, y Alba lo corrobora con un ligero movimiento de cabeza.

—Es buena señal que no empeore.

—Hombre, visto así... —Alba se queda pensativa.

—Y tú, ¿qué? ¿Ya tienes fecha para la operación?

—¡Qué va! —Suelta un bufido—. Según me han dicho, hay una lista de espera de siete meses.

—Pues paciencia, no te queda otra. ¿Cómo no nos avisaste de que venías?

—Porque vengo con el tiempo justo y no sabía si podría acercarme. De hecho, llegué esta mañana a primera hora y me voy en el vuelo de la noche.

—¿Y qué te trae por aquí, si puede saberse? —Alba tardaba en iniciar su batería de preguntas.

—Tenía que solucionar unos temas en Génova.

—¿En Génova? —Su tono y expresión son de incredulidad—. ¿Tú?

—Sí.

—¿Qué temas?

—Temas personales.

—Ya, pero ¿de qué índole?

—Ya te ha dicho que personales, no seas pesada. —Salgo en defensa de nuestro amigo, que no está precisamente disfrutando con el interrogatorio, como sucede siempre que Alba saca a relucir su versión cotilla con él.

—¿No te habrás echado novia y no nos has dicho nada?

—No tengo tiempo para eso —ríe divertido.

—Sí, bueno, eso mismo decía Sira y mírala, se ha ligado a un *carabiniere*... —farfulla con soniquete socarrón.

—¿*Carabiniere*? —La expresión de Hugo es de desconcierto—. ¿Pero tú no te traías cierto tonto con el chico que había mandado el ministerio para controlar la excavación? No me digas que te has vuelto una rompecorazones...

—Es el mismo —Alba responde, encantada, por mí.

—¿Cómo que el mismo?

—Sí, resultó ser un agente infiltrado.

Hugo no da crédito a las palabras de Alba.

—Ya se lo explicarás en otro momento. —La corto antes de que empiece a contar la historia con todo lujo de detalles—. Ahora le voy a enseñar cómo

marchan los trabajos.

Lo agarro del brazo «bueno» y lo conduzco hasta el área del enterramiento.

—Me pongo pálido solo de pensar en la situación tan desagradable que tuvisteis que vivir.

—La verdad es que sí. —Un escalofrío me recorre cada vez que rememoro la escena—. Pero hablemos de cosas más alegres.

—Y si es en otro lugar, mejor —propone con la vista puesta en una pequeña mancha seca de sangre.

—Tranquilo, aquí poco tenemos que hacer. Como ves, está destrozado. — Señalo al fondo—. Si te fijas, incluso se aprecian las marcas de la pala con la que quitaron la tierra, se ve que a toda prisa.

—Estoy sin palabras.

—Anda. —Alba saca mi brazo del de Hugo para meter el de ella—. Me encargaré yo de hacerte el *tour*, que, viendo lo visto, esta es capaz de enseñarte la tienda por dentro antes que llevarte a la letrina de las monjas.

—Hoy estáis de lo más escatológico. —Reímos, en dirección hacia la parte trasera de la iglesia—. Un momento. —Se detiene y mete la mano en el bolsillo del pantalón. Saca el teléfono móvil y se aleja unos metros—. *Pronto.*

—¿Quién lo llamará, que responde en italiano? —Alba no le quita ojo.

—Pero mira que te gusta el marujeo...

—Solo lo justo —se defiende, volviendo a centrar su atención en Hugo, ahora de espaldas a nosotras—. Todavía no me creo que esté aquí.

—Ni yo. No sé por qué se empeñó en retirarse del trabajo de campo tras la última campaña. Con lo bien que lo pasamos cuando trabajamos los tres juntos.

—Un poco falto de reflejos sí que anda últimamente, quizá él mismo ya se vea mayor...

—¡Pero si solo tiene cuatro años más que tú!

Hugo regresa con semblante serio.

—Traigo malas noticias: tengo que irme.

—¿Ya?! —Alba lo refuerza con un aspaviento—. ¡Si acabas de llegar!

—Lo sé, y creedme que me da mucha rabia, pero tengo que volver a pasar por Génova antes de coger el avión. Para eso me llamaban.

—¿Te dejarás ver de nuevo antes de que finalice la campaña?

—No creo. —Tanto Alba como yo esbozamos una mueca de fastidio—. Tengo que irme, de verdad.

Nos fundimos en un abrazo y lo acompañamos hasta la puerta.

—¡Cuidado! —gritamos las dos a la vez cuando vemos a lo lejos que tropieza con algo y está a punto de caerse.

—Ya te dije que los años no perdonan...

—Anda, tira *pa* dentro, que Nella, Alessio y Gabri ya están esperando por nosotras.

Alba picotea una patatita del cuenco apoyado en la silla-mesa y se tumba a mi lado en una de las hamacas.

—No me digas que estás descansando porque no me lo creo.

Abro los ojos, me incorporo y doy un trago a mi botellín de agua antes de hablar.

—Le estoy dando vueltas al plan de trabajo de esta semana.

—Qué raro... Pues nada, tú sigue a lo tuyo, que yo sí que voy a relajarme un rato. —Reclina la tumbona.

Y eso es lo que hago: cojo el teléfono y anoto en el calendario las tareas previstas para cada día. Cuando acabo, antes de volver a dejarlo en su sitio, ojeo una por una las fotos que me envió Enzo y dejo escapar un pequeño suspiro.

—Vas a gastar la pantalla de tanto mirarla —se burla mi amiga con inquina. La apago y coloco el móvil a mi lado—. En unas horas lo tienes de vuelta.

«Unas horas que se me van a hacer eternas», pienso.

—¿Tú no ibas a relajarte?

—Esa era mi intención hasta que me acordé de que he quedado con mi hermana para hacer una videoconferencia a las ocho y media y antes quiero ducharme. —Se levanta y se estira—. ¿Vienes o te quedas?

—Leo un par de extractos del diario del cardenal Severini y bajo; así saludo a tu hermana, que hace tiempo que no la veo.

—Le va a hacer mucha ilusión.

Aprovecha para llevarse el cuenco de patatitas, ya vacío, y me deja a solas con mi A-Z.

«La estancia de Mencía en Roma toca a su fin [...] su humilde forma de ser no la hace consciente del asombroso descubrimiento que ha hecho, y que yo mismo me encargaré de que sea difundido, pues algo así ha de llegar a todos los confines de nuestro mundo [...] mas, mientras esto ocurre, ha de ponerse a buen recaudo, pues me consta que la han descubierto, y tanto Mencía como sus teorías corren peligro [...] por ello su marcha a Compostela urge [...] allí, con los suyos, estará a salvo [...]. Una vez transcriba todo en mi diario, esconderé el manuscrito en la estatuilla que he traído de Constantinopla [...] y la portará a modo de obsequio para su tío...».

—¡Sira, qué sorpresa! —Doy un pequeño brinco al sentir merodear a Flavia—. Perdona, no quería asustarte.

—Lo sé. —Sonrío, sin darle importancia.

—Y además te he interrumpido... —añade al ver que apoyo el A-Z sobre mi regazo—. He venido a regar las plantas. —Menea la regadera de plástico azul que sujeta en la mano—. Serán solo dos minutos.

—No pasa nada, de verdad.

Mientras riega, no deja de mirarme por el rabillo del ojo y, por su expresión, se ve que se muere de ganas por preguntarme algo y que se está

conteniendo para mantener la boca cerrada. Ríe mentalmente al imaginar por dónde van los tiros y decido romper el hielo.

—Sí, Enzo y yo estamos juntos —le confirmo.

Apura las últimas gotas de la regadera y se sienta de lado en la tumbona vacía con cara de satisfacción.

—No sabes cuánto me alegro. —Se nota que lo dice de corazón—. Alba me tenía prohibido decirte nada. Los dos sois tan...

—Abuela. —Su nieto viene a buscarla—. El abuelo dice que tenemos que irnos ya. Hola, Sira.

—Hola, Giorgio —lo saludo con una sonrisa y, al igual que hace él, muevo la mano.

Flavia suspira con resignación mientras se levanta.

—Una no puede desconectarse más de cinco minutos seguidos... —Reímos—. Que pases buena tarde-noche.

—Lo mismo vosotros.

Cuando se van, contemplo un instante el horizonte y retomo de nuevo la lectura en el punto que lo dejé.

«Encomendaré a Girolamo...».

Hasta que de nuevo chirrían las bisagras de la puerta y, dejando escapar un quejido de desesperación, me espatarro en la hamaca y me tapo, frustrada, la cara con el archivador.

—Pensé que nunca llegaría este momento.

Me da un vuelco el corazón cuando oigo la voz de Enzo. Sin dejarme tiempo para asimilar que está aquí, me quita el A-Z de las manos y se apodera de mis labios. Una sensación placentera que llevaba días añorando me invade de pleno y de manera automática dejo de ser yo para convertirme en una esclava de sus besos. Porque eso es lo que soy desde que los he probado: una prisionera que no quiere ser libre porque solo ellos son capaces de hacerme alcanzar la felicidad plena, como ahora.

—Pensé que regresabas mañana.

Junta las dos tumbonas y se recuesta a mi lado, pegando su cuerpo al mío y entrelazando nuestras manos.

—¿Quieres que me vaya?

Lo beso en respuesta.

—Lo tomaré como un «no». —Esboza una sonrisa de medio lado—. No aguantaba un solo minuto más en Roma. Me estaba volviendo loco tanto tiempo sin verte.

—No sería para tanto...

—¿Es que tú no me has echado de menos?

—No mucho... —Me hago la interesante.

—Mentirosa —ríe—. Sabes que a cada instante.

—Dejémoslo en «a ratos»... —Vuelve a reír, porque lleva razón, aunque no creo que pueda imaginarse hasta qué punto, casi obsesivo, lo he extrañado. Antes de desviarnos hacia otros temas, decido jugar con el factor sorpresa para que no me siga dando largas—. ¿Qué tal ha ido la reunión?

Contengo la respiración mientras espero la respuesta, por temor a que mis peores pesadillas se hagan realidad. Y más aún cuando su expresión se vuelve seria y comienza a revolverse en la tumbona sin encontrar una postura en la que se sienta cómodo.

—Digamos que me han dado vacaciones durante una temporada. —Me saca de dudas con la vista puesta en el horizonte.

—¡¿Te han apartado del cuerpo?! —Más alarmada conforme las palabras van saliendo de mi boca, me estiro ligeramente y me giro hacia él.

—En realidad, me invitaron a tomarme un respiro hasta que me incorpore en noviembre al nuevo puesto —me explica con quietud—, pero yo prefiero verlo de la otra manera.

Nos mantenemos callados durante unos segundos.

—Si no me hubiese envalentonado con Gio... —lamento, mortificada por ello, más como un reproche hacia mí misma que hacia él.

—¿Todavía sigues dándole vueltas a esa tontería? —me corta. Menea la

cabeza y suspira, aferrándome contra su pecho y dándome un beso en la coronilla—. Ya sabes que la decisión de actuar y descubrirme fue única y exclusivamente mía. Además, para mí no es ningún drama, al contrario, estoy contento de que me hayan abierto un expediente.

—Lo dices para que no me preocupe.

—En absoluto —niega con una sonrisa—. Lo digo porque así puedo quedarme aquí hasta que finalicen los trabajos de excavación. —Me aparta de él y me alza la barbilla para que lo mire—. Porque no hay mejor sitio en el que pueda estar que donde estés tú.

Y con uno de los tantos besos de su repertorio, borra de un plumazo todos los miedos infundados que me sobrevolaban, a la vez que hace que me pregunte cómo es posible que, a pesar de llevar juntos apenas dos semanas —aunque mi subconsciente me recuerde que «nuestra relación» empezó en el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron por primera vez—, no concibamos estar separados uno del otro.

—¿Has cenado? —me pregunta cuando nuestras lenguas se dan un descanso.

—Todavía no.

—Pues te recuerdo que te debo una cena, así que te invito.

—Por mí podemos dejarla para otro día —le propongo, con cierto tono malicioso, mientras me coloco a horcajadas sobre él, y su semblante se vuelve perverso—, porque el hambre que tengo no se sacia con comida precisamente...

10 “Lo pactado obliga.”

11 “Quien siempre teme, sufre condena a diario.”

Capítulo 23

La voz de Alba sale a recibirme desde la cocina en cuanto cierro la puerta de casa.

—Cada día se te pegan más las sábanas...

Me descalzo y entro a saludarla.

—No sabía que tuviese toque de queda —me burlo. Me sirvo una taza de café recién hecho y me apoyo en la encimera frente a ella—. En diez minutos estoy lista.

—A mí me da igual, lo digo por ti, que eres la reina de la puntualidad.

Consulto la hora en el móvil.

—Tampoco vamos a llegar tan tarde.

—Lo que hace un buen polvo... —masculla por lo bajini, y se lleva de premio un guantazo en el antebrazo—. Anda, vete a ducharte o a lo que tengas que hacer. Ya aviso yo a los chicos de que nos retrasaremos un poco.

—¿Ya habéis decidido qué haréis una vez que finalice la campaña? —Me intereso por los planes de Alessio y de Gabri.

—Yo me he preinscrito en un curso de conservación del patrimonio en Florencia —responde Alessio, entusiasmado, mientras trabaja a mi lado en la extracción de una moneda de bronce—. Le he estado echando un ojo al máster de la Universidad Reyes Católicos que me comentaste, pero, al no poder optar a ninguna beca, no me lo puedo permitir.

—Sí —corroboro con la vista puesta en el sector contiguo, donde Alba y Nella se lo están pasando en grande con la canción que suena por la radio—, la verdad es que el precio por crédito es un poco alto. ¿Y tú, Gabri?

—Yo comenzaré a buscar trabajo.

—Creía que querías cursar estudios de doctorado —me sorprendo.

—Esa era mi idea, pero mi padre se ha quedado en el paro. —Su voz suena apagada—. Ahora mi prioridad es ayudar a mi familia en lo que pueda.

—Lo siento mucho...

Se encoge de hombros resignado, esbozando una sonrisa sin entusiasmo alguno.

—Algún día será.

Las palabras de Gabri me dejan un mal sabor de boca, y, tras darle varias vueltas a la cabeza, decido que la mejor opción es comentárselo a Hugo para que le plantee el caso al equipo rectoral y que, entre todos, podamos encontrar una solución para que un expediente tan brillante como el suyo no caiga en saco roto.

—Hola a todos.

Mientras los demás le devuelven el saludo a Enzo y dejan lo que están haciendo para ir a su encuentro, a mí se me pone cara de colegiala boba, y mi ritmo cardíaco se acelera hasta límites insospechados.

—Pero bueno, ¿cómo tú por aquí? —Alba, tras haber limado asperezas vía WhatsApp sobre el asunto de la infiltración, le da dos sonoros y sentidos besos, puesto que no lo había vuelto a ver desde que se fue a Roma.

—Estaba aburrido en casa, salí a dar un paseo y acabé en Santa Maria Ligure.

—Y me lo tengo que creer... —replica mi amiga con expresión pícaro.

Tras saludarnos con cierta timidez, y Enzo responder a las preguntas de rigor que le hacen Nella, Alessio y Gabri, Alba, él y yo nos dirigimos al interior de la tienda.

—Voy a serte sincera. —Alba lo agarra del brazo—. Menos mal que has vuelto pronto. Aquí la doña nos tiene esclavizados desde que te fuiste. Cómo será, que hasta nos hizo venir a trabajar el sábado.

—Pero ¿cómo tienes tanta cara? —protesto, boquiabierto, entre risas—. Si solo vinimos tú y yo. Además, fuiste tú la que me lo propuso.

—Porque no se me ocurrió mejor manera para entretenerte, y, contigo, el

trabajo nunca falla. Pero por suerte tu nuevo, y espero que para siempre, pasatiempo favorito ha venido al rescate. Ni cinco minutos para ir al baño, trabajando como negros de sol a sol nos tuvo todos estos días... —se lamenta con estudiado gesto compungido, haciendo reír a Enzo.

—No le hagas caso, hoy no se ha tomado la pastilla que le recetó el loquero.

—Y más que no cuento por secreto profesional...

—Sí, anda, mejor...

—A todo esto. —Cambia de tema ella sola, y yo la dejo por imposible —.Al venir Sira me ha puesto al corriente. Siento mucho que te hayan abierto un expediente.

—No lo hagas, unas vacaciones tampoco me vienen mal.

—Alba —la reclama Nella a voz en grito—, ¿puedes venir un momento?

—El deber me llama. ¿Te quedas a comer con nosotros? —le pregunta a Enzo, ya saliendo por la puerta.

—Si la coordinadora de la excavación no me echa primero...

—No creo, hoy está de muy buen humor, a pesar de que intuyo que no ha dormido mucho esta noche...

Enzo suelta una carcajada, y yo le lanzo una mirada asesina a Alba, que se va corriendo y divirtiéndose ella sola.

—¿Y esta visita sorpresa, a qué se debe? —le pregunto una vez que nos quedamos solos.

—Si quieres, me voy. —Esboza una sonrisa de medio lado y hace ademán de marcharse.

—Otro día te animaría a que te fueses y no volviesses, pero hoy quiero que te quedes.

—Eso no puede significar nada bueno...

—Según cómo se mire... Como dejó caer Alba, estamos faltos de mano de obra y un poco de ayuda no nos vendría mal.

—¿No me darás el puesto por enchufe?

—Te lo ofrezco porque no hay ningún otro candidato, si no, ni se me pasaba por la cabeza...

Vuelve a reír.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo. —Saco un paletín del bolsillo lateral de mi pantalón cargo y se lo entrego.

Con la misma, lo coge, rozando de forma intencionada sus dedos con los míos. Intercambiamos una mirada intensa que habla por sí sola, y noto cómo mi cuerpo comienza a calentarse.

—¿El pago es en especie? —susurra con malicia.

—El voluntariado no es retribuido.

—Más bien diría que es un trabajo forzoso...

—No haber venido.

—Si te hubieras quedado en la cama conmigo, ten por seguro que no lo habría hecho.

Se acerca a mí de forma peligrosa y me agarra por la cintura.

—¿Quieres que te despida antes de empezar?

Acto seguido, su boca atrapa la mía, y dejamos que nuestras lenguas se enreden una en la otra.

—Si me vas a indemnizar de esta manera, no me importaría...

—Ya hablaremos de las condiciones del contrato...

Me separo al oír que unos pasos se acercan.

—Sira —me llama Alessio—, se ha pinchado la rueda de la carretilla, y no hay manera de llevar la tierra a la montonera.

—Tranquilo, nuestro nuevo voluntario estará encantado de acarrear cubos, ¿a que sí?

—Qué remedio... —ríe Enzo.

—¿Te incorporas al equipo? —Alessio se muestra entusiasmado con la idea de que colabore con nosotros.

—Más bien me obligan... —Pongo cara de no saber nada mientras abro la

crema solar con intención de aplicarme un poco—. Me parece que vamos a tener que revisar nuestro acuerdo punto por punto esta noche... —me dice al oído en voz baja antes de irse detrás de Alessio.

Siguiendo la costumbre de nuestro código no establecido, sobre las ocho de la tarde, Enzo y yo nos encontramos en la azotea. Hoy sin prisa, al ser viernes.

—Estoy muerto de cansancio. Mi nueva jefa me tiene explotado. —Me da un fugaz beso y se deja caer a mi lado en la tumbona, a la vez que suelto una carcajada—. Me he pasado la mayor parte del día en cuclillas limpiando los restos de pavimento que se conservan en el interior de las ruinas de la iglesia.

—Gracias. —Me estiro y rozo sus labios con los míos—. Estás siendo de gran ayuda.

—Es lo que tiene ir motivado. —Acompaña su tono malicioso con una sonrisa ladina, lo que provoca que mis hormonas se subleven—. Ahora en serio, estás realizando un trabajo excelente.

Entrelaza su mano con la mía.

—Solo me limito a seguir las pautas que tengo establecidas. —Me encojo de hombros, con expresión risueña—. Quizá no sean las mejores, pero dan su fruto.

—Pues tienes que sentirte orgullosa porque lo llevas todo al milímetro y no dejas que nada se te pase por alto.

—No todo el mérito es mío, tuve mucha suerte con el equipo. —Conforme lo digo, un sentimiento de melancolía me invade—. Bueno, salvo la excepción de Gio.

—Quédate con lo positivo. —Intenta animarme—. Como profesional no creo que tampoco tuvieses queja de él.

—Eso es cierto.

—¿Ya se han ido Alba y Luca? —Cambia de tema al intuir que le estoy dando vueltas a la detención de Gio.

—Sí, se marcharon hace un rato —le confirmo—. No me gustaría estar en el lugar de Luca ni por un instante. Aguantar a Alba en estado puro no es apto para cualquiera. Mañana va a estar agotado para la boda. Créeme. —Reímos.

—Son una pareja un tanto peculiar.

—La verdad es que sí. Pero se les ve muy bien juntos, se complementan a la perfección. Y, para serte sincera, nunca he visto a Alba tan colada.

—Entiendo que, al quedarte sola este fin de semana, aprovecharás para tirar la casa por la ventana...

—Sodoma y Gomorra se quedarán en nada junto a mi piso...

—Me lo imagino: fiesta de pijamas con Mencía y compañía, litros de café para tu botellón particular, baladas románticas de esas que tanto te gustan...

—Lo empujo con el hombro en protesta, mientras aguanta la risa—. Por no hablar de los suspiros de pasión con los intríngulis amorosos entre el cardenal Severini y la condesa de Vico...

—¿Es que el rey de los bobos tiene algo mejor que ofrecerme?

Se gira hacia mí y clava sus ojos en los míos.

—Cuarenta y ocho horas juntos. Tú y yo solos. Lejos de aquí.

En cuestión de milésimas de segundo experimento un subidón de adrenalina que me deja sin respiración y atonta todas y cada una de mis terminaciones nerviosas, porque, de forma impulsiva, mi cuerpo ya ha aceptado. Y mi mente va detrás, sugestionada por la idea de pasar un fin de semana a solas con él en un lugar donde nada ni nadie nos distraiga de lo que, ahora que ya parece estar el caso resuelto, realmente nos importa: nosotros.

—No sé, no sé... —Me hago la dura, repiqueteando los dedos sobre mis labios fruncidos.

—¿Quieres que te ayude a tomar la decisión? —Se aproxima con semblante perverso y se tumba encima de mí, depositando con suavidad un beso en mi cuello.

—Sigo teniendo mis dudas... —ríe con picardía sin apartar sus labios de mi piel, mientras sus manos se deslizan por debajo de mi camiseta—. Está

bien, creo que podremos llegar a un acuerdo...

Cierro la puerta del copiloto de su reluciente biplaza deportivo rojo y echo un vistazo rápido al minimalista interior en color negro.

—Bonito coche...

—¿Te gusta?

—Teniendo en cuenta que no entiendo y que puede ser una auténtica basura, sí.

—Te aseguro que no lo es —ríe con ganas—. Es un Alfa Romeo 4C, fabricado en la planta de Maserati —me aclara, con un movimiento repetido de cejas arriba y abajo—. Lo compré en una subasta de bienes embargados, si no, imposible. Aun así, todavía lo estoy pagando, pero no me importa.

Acaricia el volante con mimo.

—Hombres... —mascullo con los ojos en blanco, mientras él sigue «adorando» a la *macchina*.

—¿Qué me decías?

Lo miro entusiasmada, sintiendo a la vez un cosquilleo nervioso.

—¿A dónde vamos?

Coge un mapa de Italia que tiene abierto encima del salpicadero.

—Cierra los ojos.

—¿Para qué?

—Tú hazme caso. —Obediente e intrigada, sigo sus órdenes. Acto seguido siento cómo coloca el mapa sobre mis rodillas—. Ahora posa tu dedo sobre él al azar.

—Aquí.

—Si es tierra firme, mejor.

Levanto el dedo y lo muevo en círculos, hasta que lo dejo caer en un punto.

—¿Ahora sí?

—Ahora sí —me confirma y aprovecha que todavía no he abierto los ojos para robarme un beso—. Nos vamos a Verona.

—¿Verona?! —Me giro hacia él totalmente desconcertada.

—Sí. Parece que Shakespeare vuelve a cruzarse en nuestro camino.

—¿No queda un poquito lejos?

—Unos trescientos kilómetros. —Calcula a ojo, mientras introduce la ruta en el navegador—. De todas formas lo has elegido tú. —Se encoge de hombros con cara de lavarse las manos antes de arrancar—. ¿Preparada?

Asiento emocionada con la cabeza cuando un potente rugido de motor entra por la ventanilla.

—¿Has estado alguna vez? —me pregunta, mientras esperamos en caravana para recoger el *ticket* del peaje.

—Sí, cuando estuve de erasmus en Sicilia. Alba y yo nos hicimos amigas de un chico que trabajaba en el yacimiento en el que colaborábamos como voluntarias, y nos invitó a pasar unos días en su casa.

Me echa una mirada rápida de reojo.

—¿Un chico? —Su tonillo es picotero.

—Sí, ¿algún problema?

—No. —Intenta, con poco éxito, mantenerse serio—. Así que un amigo veronés...

—¿Vas a estar así todo el viaje?

—A mí me parece un tema muy interesante, ¿a ti no? —se mofa. Acelera, y, en cuestión de pocos segundos, adelantamos a una decena de coches y camiones—. ¿Durante cuánto tiempo estuvisteis saliendo?

—¿Cómo?! —No doy crédito a su pregunta y soy consciente de que mi voz ha sonado un pelín más alta y aguda de lo normal.

—Tu tono te ha delatado —se burla, incorporándose de nuevo al carril derecho—, así que confiesa.

—Solo nos enrollamos un par de veces. No tuvimos nada serio, ¿contento?

—¿Y cuándo te, perdón, os —recalca con retintín— invitó: antes, durante

o después?

—Después. De hecho, ya que tanto te interesa, su novia también vino.

—Entonces sus amigos, que imagino eran muy simpáticos, os tratarían más que bien...

—Ese asunto lo controla mejor Alba. —Lo saco de dudas con un mohín.

—¿Y qué fue de...? —Chasquea los dedos como si intentase recordar el nombre mientras mira por el espejo retrovisor antes de no poner el intermitente para adelantar.

—¿De Paolo?

—Sí, de Paolo.

—¡Yo que sé! —rio sin entender por qué estamos manteniendo una conversación tan absurda—. Perdimos el contacto. Lo típico que te escribes al principio, pero luego ya no más.

Hace una breve pausa para atender a las indicaciones del GPS.

—Así que la estricta y profesional doctora López oculta algún que otro episodio oscuro en su pasado...

Meneo la cabeza y suspiro con resignación, dándolo por caso perdido.

—Estoy segura de que no tantos como el lugarteniente Fossati...

Suelta una estrepitosa carcajada.

—Te equivocas, yo siempre fui muy formal.

—Claro... ¿Y tú, conoces Verona?

—La verdad es que no, pero es una ciudad que siempre quise visitar.

—Pues entonces, esta vez, seré yo la que te sorprenda. —Sonrío, mirando embobada cómo conduce.

—Si al final hasta vamos a sacar algo bueno del tal Paolo...

Y ahora sí, ya lo dejo por imposible.

Para no echar tiempo cuando lleguemos, decidimos buscar hotel por Internet durante el camino. Y, entre los pocos que contaban con habitaciones

disponibles, nos acabamos decantando por una coqueta hostería situada a pocos kilómetros de la ciudad, desde cuyos jardines se tiene una preciosa vista sobre Verona. Dejamos las maletas en la habitación —decorada, de forma austera, siguiendo la estética renacentista del edificio—, y, sin perder un minuto más, ponemos rumbo a la conocida como *piccola Roma* durante el Imperio Romano debido a su monumentalidad.

—¡Bienvenido a la ciudad de Romeo y Julieta! —exclamo, en cuanto poso un pie en la calle.

Enzo me agarra por sorpresa de la cintura, me aprisiona entre su cuerpo y el coche, y me besa de forma apasionada, haciéndome ahogar algún que otro gemido.

—Pero nuestro final no será trágico como el suyo —me susurra, con voz ronca, cuando nos separamos—. A partir de ahora, me pongo en tus manos. ¿A dónde me vas a llevar?

Echo un vistazo rápido al callejero que cogimos en el hotel y esbozo una ligera sonrisa.

—Sígueme.

La primera parada —por ser la hora de comer— la hacemos en una pequeña cantina-restaurant donde en su día había probado un plato típico que, estoy segura, le va a encantar: el *bollito misto con la pearà*, un guiso de carne con salsa de queso y pimienta. Y no me equivoco, porque además del suyo, lo poco que ha quedado en el mío se lo ha comido él.

Ya fuera del local, lo miro de pies a cabeza divertida mientras se estira.

—¿Resistirás la caminata?

—¿Insinúas que no estoy en forma? —Se hace el ofendido, a la espera de que le responda que «está muy bien».

—Cómo te gusta que te regalen los oídos...

—Lo necesito para subir la autoestima...

—¿Más todavía? —me carcajeo—. En marcha.

Y hechizada por el embrujo romántico que la ciudad ejerce sobre sus

visitantes, redescubro —o quizá descubro por primera vez— Verona con Enzo. Porque a su lado me sumerjo en su esplendor romano por la puerta grande cuando atravesamos la Porta Borsari, principal ingreso a la ciudad durante el Imperio, aclamados por nuestras caricias; cruzo el puente de piedra medieval sobre las aguas del Adige y llego a la residencia señorial de Castelvecchio como una dama que suspira por su caballero al sentir el calor de su cuerpo pegado al mío; y le robo besos como si de un juego cortesano renacentista se tratara, entre los setos laberínticos del Giardino Giusti. Pero, sobre todo, le prometo, y él a mí, muchas cosas con la mirada.

—Están de vicio —afirmo tras dar el primer bocado a uno de los *Baci di Giulietta e Romeo*, las pastas de almendra y nuez que acabamos de comprar—. Según la caja, es tradición que los hombres regalen *Baci di Giulietta* (las de cacao) —le aclaro, sacando una, que me quita de los dedos directamente con la boca—, y las mujeres *Baci di Romeo*, como símbolo de amor.

—No están mal, pero a mí me gustan más tus besos...

—¿Haciéndole otra vez la rosca a la guía? —Mi pregunta lleva cierto soniquete burlón—. Por mucho que insistas, no me vas a convencer para hacer *rafting* por el río.

—¿No te gustaría ver la ciudad desde otra perspectiva?

—Por supuesto, pero no creo que subirme contigo a una lancha neumática sea la mejor opción.

Se quita las gafas de sol, y puedo ver un claro brillo sarcástico en sus ojos.

—¿Y puede saberse por qué?

—Simplemente no me fío.

—¿Traumatizada por el accidente con la tabla de *paddle surf* en Monterosso?

Parece no tomarse muy en serio la mirada acuchilladora que le lanzo.

—Aquello no fue un accidente, fue intencionado.

Suelta una gran carcajada.

—Te notaba un poco..., cómo decirlo... —Hace una pausa para, a juzgar

por su expresión, discurrir alguna maldad—. Acalorada...

—¿Yo?! —Trato de sonar molesta (aunque no lo consigo del todo), puesto que no pienso darle la satisfacción de confirmarle que estaba mucho más que eso—. ¿No serías tú el que necesitaba refrescarse?

Vuelve a reír.

—Te puedo asegurar que lo que menos me apetecía era acabar en el agua...

Se coloca detrás de mí y me agarra por la cintura, rememorando la escena.

—Ah, ¿no?

Giro la cabeza, y, como aquel día, nuestros labios quedan a escasos milímetros, con la única diferencia de que ahora, tras intercambiarnos una sonrisa cómplice y una mirada, se juntan con deseo.

—Era esto lo que me moría por hacer.

—Y yo por que lo hicieras. —Se me escapa el pensamiento en alto, con voz ñoña.

—Ya te lo había advertido la noche de la cena de ponentes.

—No hace falta que me lo recuerdes...

—¿Qué pensaste cuando cerraste la puerta?

—Que estaba en problemas.

Su gesto cambia de burlón a sorprendido, y se vuelve extrañado hacia mí.

—¿Problemas?

—Sí, problemas..., porque tenías razón.

Suelta otra carcajada y me aferra a él cuando giramos la esquina para meternos de nuevo en las mágicas calles del corazón histórico de la ciudad.

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo, qué?

—Deseabas que te besara.

—¿Qué versión quieres escuchar, la oficial o la oficiosa?

—Ambas.

—No sé ni para qué pregunto... Mi parte racional, aunque tardase un poquito en darse cuenta, desde esa misma tarde que pasamos juntos en Siena; la irracional —comienzo a bisbisear rápido y en bajo para que no me escuche con claridad—, desde que me senté a tu lado en el despacho de Luca, o incluso puede que desde que te vi a las puertas de la sede del Comando TPC.

—Y yo perdiendo el tiempo en conquistarte... —bromea, con un chasquido de lengua y meneando la cabeza de forma teatral de un lado a otro—. Si lo llego a saber, ya me hubiera lanzado la primera noche que pasamos juntos en la azotea...

—Hiciste bien; no hubieses salido bien parado, te lo puedo asegurar.

—Lo imaginaba...

Pasamos bajo el Arco della Costa y nos adentramos en la Piazza dei Signori, fotografiada desde todos los ángulos por un grupo de turistas japoneses.

—La campana bautizada como *Marangona* era la encargada de dar la alarma en caso de incendio en la ciudad —le explico, frente a la Torre dei Lamberti, con la maravillosa melodía de *La vie en rose* de fondo, interpretada por un violinista callejero—, y la otra, conocida como *Rengo*, convocaba...

—Enzo se pone frente a mí y me rodea la cintura con sus brazos—. ¿Qué haces?

—No preguntes y déjate llevar.

Me lanza una sonrisa devastadora —a sabiendas de que con ella seré incapaz de negarme a cualquier cosa que me pida— y comienza a bailar.

—Te juro que te mato —murmuro entre dientes muerta de vergüenza, al ver que somos el foco de atención, y, rebosante de felicidad, le rodeo el cuello y lo sigo.

—Ya planearás el cómo más tarde —susurra apoyando sus labios sobre los míos—. Ahora simplemente bésame.

Ya al oscurecer, llegamos a la Piazza Bra. Aprovechando que la noche

está despejada y que la temperatura es agradable, compramos unos trozos de *pizza* en una *trattoria* cercana y nos sentamos en uno de los bancos frente al colosal anfiteatro Arena —sin duda, el monumento más famoso de Verona—, hoy acondicionado para acoger una de las representaciones que se enmarcan dentro del conocido festival lírico que se celebra en la ciudad todos los veranos.

—¿Sabes qué ópera es? —me pregunta cuando comienzan de nuevo a cantar.

—No, ¿tú?

—Tampoco. —Pone cara de no tener ni la más remota idea y reímos.

—Cuenta una leyenda medieval que un noble veronés acusado de un delito por el que sería condenado a muerte, con el fin de salvar su vida, prometió a los líderes de la ciudad construir en una sola noche un edificio para la celebración de juegos y espectáculos tan grande como para acoger a todos los habitantes de Verona. —Hago una pausa para tomar un trago de agua y de reojo veo cómo permanece atento a la historia—. Para poder cumplir con su promesa, vendió su alma al diablo, y una vez que cayó la noche, los demonios se pusieron manos a la obra. Pero mientras trabajaban, el caballero se arrepintió del trato y rogó a la Virgen para que anticipara la salida del sol, por lo que con los primeros rayos los demonios se desvanecieron y la obra quedó sin acabar, de ahí que solo estén construidas cuatro arcadas de la llamada *Ala*. —Le señalo con el dedo la parte de anillo externo que se conserva.

Me mira pensativo mientras disfruta del último bocado de su porción de *pizza*.

—Seguimos los pasos de Dante durante su exilio florentino en la ciudad, entramos en uno de sus peculiares comercios históricos, me leíste una estrofa del *Versus de Verona*... ¿Y sabes qué es lo que más me sorprende de todo?

—Dime.

—Que todavía no has mencionado ni una sola vez la historia de los Montecchi y los Capuleti...

—Esa es nuestra siguiente y última ruta. —Le guiño un ojo antes de levantarme y consultar un segundo el plano—. ¿Nos vamos?

Con las manos entrelazadas, nos perdemos de nuevo en las fascinantes calles de Verona.

—¿Has leído *Romeo y Julieta*? Y sé sincero. —Con semblante travieso, le amenazo con el dedo—. No vale haber visto la película de Leonardo DiCaprio, sacar tus conclusiones y decir que sí.

Deja escapar una carcajada.

—No he visto la película, ni tengo intención, al menos de momento. Y en cuanto al libro, sí, lo he leído. Me temo que todo el mundo tuvo que hacerlo en el instituto.

—Yo también lo creo.

—Ahora bien, no me pidas que te haga un análisis en profundidad, porque recuerdo vagamente la historia.

—Supongo que al final, todos nos quedamos con lo mismo: que sus familias son rivales, que en un baile de máscaras se enamoran a primera vista, que se casan en secreto, que Romeo es desterrado de Verona tras vengar la muerte de su amigo y huye a Mantua; que, entretanto, Paris, un joven hidalgo, pide a Julieta en matrimonio —ahogo una risilla al ver su cara de asombro—, que esta urde un plan junto con fray Lorenzo (quien ayuda a Romeo y a Julieta desde el principio de la historia) para fingir su muerte y así evitar la boda, que Romeo regresa creyendo que su amada ha fallecido y se suicida con veneno al ver el cuerpo inmóvil de Julieta, y que esta, viuda y loca de amor, hace lo propio con la daga de su esposo. ¡Ah! Y que tras la muerte de ambos, los Montecchi y los Capuleti sellan la paz.

—Tú, por lo que veo, fuiste una alumna más aplicada que yo —bromea, y me dirige una mirada maliciosa de soslayo—. Eso, o que has visto la película unas cuantas veces...

—De acuerdo, lo reconozco.

—Lo sabía. —ríe, y gesticulo contrariada—. Y también estoy seguro de que el protagonista no tuvo nada que ver...

—No mucho. —Me encojo de hombros.

—Pero no lo niegas...

Nos detenemos delante de la fachada de una casa-torre medieval de ladrillo visto.

—Bienvenido, según la tradición popular, a la casa de Julieta. —Hago un puchero al ver que el recinto está cerrado—. Aunque me parece que vamos a tener que conformarnos con esto.

—De eso nada.

Husmea a través del enrejado y llama la atención del guarda de seguridad, que de forma instantánea se dirige hacia nosotros con cara de apatía y pocas ganas de trabajar.

—¿Pretendes que nos deje entrar así sin más?

Enzo, sacando de la cartera su credencial de *carabiniere*, no me responde. En cuanto el vigilante llega a nosotros, se la muestra, le hace seña para que se acerque, y, tras cuchichearle algo al oído, nos abre la puerta.

—Estaré por aquí, por si necesitan algo —nos informa, con tono amable, una vez que vuelve a cerrar.

Enzo se lo agradece con un leve movimiento de cabeza, mientras yo no puedo evitar dar unas palmadas y unos pequeños saltitos de emoción nada más traspasar el arco de medio punto y acceder al interior.

—¿Qué le has dicho? —Me giro hacia él, llena de entusiasmo y sin poder creer que nos haya dejado pasar de buenas a primeras.

—Nunca lo sabrás... —contesta, enigmático, antes de recibir gustoso el beso que le doy y que, no sé si será por el lugar en el que estamos, saboreo más que otras veces.

Dejamos atrás las paredes ocultas por la tinta de las miles de declaraciones y promesas que escriben cada día en ella parejas de enamorados de todo el mundo como prueba de su amor y nos adentramos en el pequeño patio empedrado. Un suspiro se me pierde en la noche al contemplar el rincón romántico más bonito en el que jamás he estado y, estoy segura, nunca estaré.

Porque la estudiada iluminación y la silenciosa tranquilidad que reina lo convierten en un espacio realmente mágico que parece salido de un sueño. Del sueño de una noche de verano... como esta.

—Así que tengo ante mí el famoso balcón en el que Romeo rondaba a su amada —comenta Enzo cuando nos sentamos en un pequeño escalón frente a la pintoresca fachada interior, restaurada, al igual que el resto del conjunto, emulando un palacete gótico con su característica sobriedad, que se ve rota por las ventanas trilobuladas y un pequeño rosetón.

—Ahora que estamos solos y que no nos oye nadie, voy a confesarte un secreto. —Intrigado por mi voz de misterio, se acerca más a mí para escucharme con atención—. El balcón es una farsa. En realidad, nunca lo hubo. Lo que ves es un antiguo sarcófago que se añadió de forma intencionada para simular el célebre balcón cuando se restauró el edificio en los años treinta.

—¡No! —protesta entre risas, llevándose las manos a la cabeza, que meneas de un lado a otro con incredulidad—. Acabas de desmontarme un mito...

—Lo siento. —Me encojo de hombros con cara lastimera de no poder hacer nada—. Julieta se dejaba seducir por nuestro Romeo-Spiderman asomada a la ventana.

Se levanta y saca el teléfono del bolsillo trasero de los vaqueros.

—Ven. —Me tiende la mano para ayudarme a incorporarme, y nos colocamos de espaldas a la fachada. Estira el brazo para buscar el mejor enfoque, y juntamos nuestras caras—. Sonríe.

Pero yo, en lugar de eso, saco la lengua a la cámara con expresión risueña y envuelta en un halo de felicidad.

—Voy a imprimir una copia para ponerla en mi mesilla.

—¡Eh! —Finjo enfurruñarme—. Yo también quiero una.

—¿Para qué?

—Para ponerla también en mi habitación.

—¿En esa en la que no estás nunca? —deja caer, con cierta burla, mientras apaga la pantalla y guarda el móvil.

—Quizá ya vaya siendo hora de que pase más tiempo en ella.

—Ni te plantees esa posibilidad... —me insinúa, con tono perverso, antes de acercarse a la estatua de bronce que rinde homenaje a Julieta.

—Dicen por ahí que tienes que tocarle el seno derecho para encontrar el amor verdadero.

Se gira despacio hacia mí y quedamos frente a frente, tan solo separados por un palmo.

—¿Y si ya lo he encontrado? —me pregunta, también con la mirada.

Un hormigueo nervioso se expande en cuestión de microsegundos por todo mi cuerpo, y trago saliva antes de responder, con la esperanza de que eso me ayude a controlar el temblor de mi voz.

—Entonces, en ese caso, como Romeo, tendrías que declararte a tu Julieta.

Cierro los ojos al sentir el suave roce de sus manos sobre mis mejillas, y las cubro con las mías, buscando así capturar el momento con el resto de mis sentidos: el tacto de esa piel que me hace arder cuando me toca, su olor entremezclado con el aroma de romanticismo que desprende la noche veronesa, deleitarme con todos y cada uno de los matices de su timbre de voz y paladear despacio el dulce sabor de sus palabras.

—Mírame —me ordena en un susurro que provoca que mi corazón lata aún más fuerte y retumbe en mi pecho—. Sira, yo... nunca he sentido con nadie la química que tengo contigo. A veces incluso me asusto y me pregunto si es real. Me encanta pasar tiempo juntos, me vuelve loco tu risa, la cara de felicidad que pones con algo tan simple como un helado de cereza y chocolate, la forma en que me miras, tu aroma a coco, cómo reaccionas cada vez que te pico... Todo en ti me gusta. —Respira hondo y me ciega con el brillo de su profunda y cálida mirada—. Yo... estoy enamorado de ti.

Con una tímida sonrisa, me limpia una a una las lágrimas que caen por mis mejillas y arroyan por sus manos, mientras yo intento ordenar mis emociones, ahora sí, con todos los sentidos: porque escucho cómo late con fuerza su

corazón, saboreo esas lágrimas de felicidad que él me provocó, me empapo de la esencia que se respira en nuestra burbuja, siento su calor cuando aferro mis manos a las tuyas... y veo la vida en rosa. Por todo eso, y por mucho más, solo puedo susurrar:

—No tanto como yo de ti.

Capítulo 24

Una semana larga después de nuestra escapada a Verona, continúo día y noche con la sonrisa pegada a la cara y en un estado de flotación perpetuo — y también sintiendo una potente sacudida interior cada vez que recuerdo la forma tan intensa en la que hicimos el amor aquella noche, despacio, muy despacio, y sin dejar de mirarnos un solo instante—, porque el único adjetivo con el que puedo definir aquellos dos días es maravilloso. Como cada momento que paso junto a Enzo, aunque, no lo voy a negar, también hayamos tenido algún que otro roce. De hecho, hace cuatro días cumplí mi «amenaza» y no me quedé a dormir en su casa, de ahí que a los quince minutos —cuando se dio cuenta de que yo tenía razón— estuviese apoyado con un enorme puchero en el marco de la puerta de mi habitación. Habitación a la que, desde aquella noche, Alba nunca ha vuelto a llamar «la antirretozo». Pero hoy mi felicidad se ve un tanto empañada por el sentimiento de tristeza que me invade cada vez que recuerdo que es el cierre de la campaña.

«Ayer al amanecer ha partido rumbo a Compostela. He dado orden a mi sobrino de acompañarla y protegerla hasta su salida de Roma. Más allá del Mons Gaudii, habrá de continuar el viaje en solitario [...]. Dios quiera que Mencía lleve razón, y pronto volvamos a vernos, mas muchos son los que matarían por gozar de su sabiduría sin ella saberlo [...] aquellos que la vigilan no persiguen ese fin, solo erradicar la Ciencia para ellos subsistir [...] y la única forma que tienen de hacerlo es acabando cual silenciosas sombras en la noche con la vida de quienes supongan para sus propósitos un peligro [...]. Mi Señor, te ruego para que sus espías y sicarios no den con su paradero...».

Realizo una serie de anotaciones rápidas sobre el último fragmento conservado del diario del cardenal Severini y salgo de la tienda con la

intención de reunirme con el equipo, pero en cuanto poso un pie fuera, me detengo. Sumida en la nostalgia anticipada a la que me lleva el momento, hago un barrido visual de todo cuanto me rodea, empapándome hasta del más mínimo detalle, a la vez que no puedo evitar que un pequeño nudo se me forme en la garganta al venirme a la mente todo lo vivido en Santa Maria Ligure durante estos tres meses. Compartimos risas, llantos, confidencias, bromas, piques... Momentos buenos, y otros no tanto, durante los que poco a poco fuimos fraguando una amistad que, estoy segura, seguiremos manteniendo una vez que cerremos por última vez la puerta del recinto. Y yo, además, tuve la gran suerte de encontrar a Enzo.

Escucho aproximarse unos pasos desde la entrada y me giro, utilizando la mano como visera.

—¡Carlo! —Mi expresión se transforma en alegre cuando veo que es él.

—*Buongiorno*, Sira —me saluda, con la respiración desacompasada por la fatiga, mientras se limpia el sudor de la frente con un pañuelo.

—¿Pero no estabas de vacaciones?

Nos fundimos en un cariñoso abrazo.

—Como bien dices, estaba. —Menea la cabeza apesadumbrado—. Me llamaron ayer para comunicarme que nos han concedido permiso para prolongar la *campagna* de Turquía hasta finales de noviembre.

—¿Entonces no contaremos contigo para la presentación del balance final el próximo miércoles?

—Por supuesto que sí. Me incorporo la semana siguiente.

Echa un vistazo a la zona de las ruinas de la iglesia, donde Alba les está explicando algo a Enzo y a los chicos.

—Veo que hicisteis un fichaje de última hora. —Sonrío, mirando hipnotizada a Enzo, que permanece concentrado en lo que les cuenta mi (ahora ya nuestra) amiga—. Me alegro de que solucionaseis las cosas.

—Yo también.

Agradecida por sus palabras de aquel día, le doy un beso en la mejilla;

gesto que hace que se ruborice.

—Antes de venir he hablado con el laboratorio. En un par de semanas nos entregarán el informe final. Como *io* no estaré, les he dicho que te lo envíen a ti en cuanto esté listo.

—Perfecto. —Lo tomo del brazo, y nos encaminamos despacio hacia las ruinas—. Gracias por todo. Si no llega a ser por tu ayuda, esto hubiera sido impensable.

—Soy *io* el que tiene que darte las gracias a ti por haberme dejado formar parte del proyecto en el que has *lavorato* tanto. La investigación previa que me presentaste me cautivó desde el principio. —Sus vivarachos ojos brillan entusiasmados—. Eres una *eccellente* profesional.

—¡Pero bueno! —vocifera Alba. Sin importarle lo más mínimo dejar con la palabra en la boca a Enzo y a los chicos, se dirige hacia nosotros, achuchando a Carlo como si no lo hubiera visto en años—. Te hacía por los fiordos noruegos con Aurora. —Pone cara de susto y se lleva la mano al corazón—. Va todo bien, ¿no?

—*Di meraviglia* —ríe Carlo—. Solo he tenido que adelantar la vuelta unos días, nada más. —Alba respira aliviada, mientras Carlo observa con atención el interior de las ruinas a través del hueco de la fachada lateral—. Por lo que parece, esto ya ha tocado a su fin.

—Una lástima, pero así es. —Suspiro con pena.

Lo mismo dicen las caras largas con las que nos encontramos al entrar en las ruinas, aunque la expresión de Enzo se convierte en risueña en cuanto cruzamos la primera mirada.

—¿Qué balance hacéis de la *campagna*? —les pregunta Carlo a los chicos—. ¿Ha sido como esperabais?

Nella, Alessio y Gabri se mantienen en silencio con semblante pensativo.

—Empiezo yo. —Alba rompe el hielo, a pesar de que, en principio, la pregunta no iba dirigida a ella—. Lo malo, pasado y olvidado está, así que me voy a centrar solo en las cosas buenas, que son muchas, creedme.

Reímos, aunque el hecho de que a continuación nos soltase un monólogo de más de diez minutos ya no nos hizo tanta gracia. De todos modos, parece que su táctica funcionó, y Alessio, Nella y Gabri, en ese orden, se arrancaron a valorar su experiencia en cuanto se calló. Y una vez que todos ellos nos contaron lo mucho que habían aprendido en estos tres meses y los buenos recuerdos que se llevan, que Nella reservase plaza como voluntaria para la campaña en la que Alba y yo estemos trabajando el próximo verano, y que Enzo declinase intervenir con un «a mí no me miréis», llegó el turno de la pregunta que más me temía.

—¿Y tú? —pronuncia Carlo, y todos centran su atención en mí.

Inspiro hondo antes de arrancar.

—No sé por dónde empezar... —Sonrío melancólica e intercambio una mirada con Enzo, colocado en el corro frente a mí con una pose que indica seguridad (y, para qué negarlo, un poco de chulería)—. No tengo palabras para daros los millones de gracias que os merecéis por vuestro magnífico trabajo. Que sepáis que me llevo muchas cosas buenas de cada uno de vosotros. —Me giro hacia Alba, a mi derecha—. A ti no te digo nada, porque ya lo sabes todo.

—Hombre, todo, lo que se dice todo...

—Solo te pido que no pierdas nunca tu buen humor. —Se pone las gafas de sol para disimular que se está emocionando—. Has hecho lo imposible y más para que, después del robo y de la agresión a Chiara, y tras la detención de Gio, se siguiese respirando en el ambiente, dentro de lo que las circunstancias permitían, el mismo espíritu de ilusión y de alegría.

—Te quiero —me susurra al oído con voz tomada, dándome un abrazo.

—Y sabes que yo a ti.

El nudo en la garganta que comenzó siendo un grano de arena, poco a poco se va haciendo una montaña.

—Nella... Ten por seguro que el año que viene volveremos a vernos las caras durante una temporada. —Esboza una sonrisa mientras se enjuga los ojos con un clínex, y yo hago una breve pausa para controlar mis emociones

—. Gabri..., tú y yo tenemos una conversación pendiente acerca de tu futuro.

—Asiente con la cabeza, visiblemente mustio.

El teléfono de Carlo suena a todo volumen y me interrumpe.

—Perdonad —se disculpa y, con la misma, lo apaga y lo vuelve a guardar.

—Alessio... —Intercambiamos una sonrisa descafeinada—. Estoy segura de que dentro de no mucho serás un gran conservador, porque vives esto con pasión. —Me giro con los ojos vidriosos hacia Carlo—. Qué decirte...

—Nada, *io* ya me doy por cumplido.

Por último, con los sentimientos a flor de piel, me enfrento a Enzo, que me guiña un ojo cómplice.

—A ti... —balbuceo con voz entrecortada, dejando escapar un sollozo—. A ti deseé estrangularte la primera vez que te vi aparecer por esa puerta.

Todos ríen.

—Ejem, ejem... —Alba carraspea, dando a entender que no era eso precisamente lo que pasaba por mi cabeza, y las risas se hacen más evidentes.

—Pero a estas alturas, lo único que puedo decirte es que esto, sin ti, no hubiese sido lo mismo.

Con una enorme sonrisa, viene directo hacia mí, coge mi cara entre sus manos y, para satisfacción de todos, me besa.

—Sin duda —cuchichea Alba a Carlo, con jaleos y silbidos de fondo—, lo mejor de este verano.

Capítulo 25

Mientras Alba termina de poner la mesa para la cena que ha organizado — según ella, «para que las parejas estrechemos lazos»— y que, por suerte, al haber dejado de llover hace ya un buen rato, podemos celebrar en la azotea, cierro los ojos y aprovecho para relajarme con el suave vaivén del banco-balancín.

—¿No se te ocurrió preparar algo más original que crema de salmorejo, croquetas y tortilla de patatas? —Su comentario me saca de mi momento de paz—. Solo falta el guitarrista flamenco...

—Encima de que no has ayudado, te quejas.

—Yo me encargué de la bebida y la decoración, ¿qué más quieres?

—Paciencia... —rio en voz baja. Entretanto, se abre la puerta y me incorporo, haciendo oídos sordos a los refunfuños de Alba.

—Huele bien —es lo primero que dice Luca en cuanto Enzo y él llegan a nuestro lado. Acto seguido me da un abrazo—. Me recuerda al par de veces que estuve de vacaciones en España.

—Pues sabe mejor —le informa Alba, tras darle un beso—. Que sepáis que estuvimos toda la tarde metidas en la cocina preparándolo.

—Sí, tú sobre todo... —Enzo y Luca ríen.

Enzo me agarra por la cintura y me besa en la mejilla.

—Tiene muy buena pinta —me susurra al oído.

En cuanto nos sentamos, Enzo llena los vasos con sangría y, a continuación, propone un brindis.

—Por la primera de muchas.

—Por la primera de muchas —repetimos, entrechocando los vasos.

—Y bien. —Alba se dirige a Enzo después de beber—. ¿Qué tal fue tu experiencia como voluntario? Porque estoy segura de que en algún momento

te entraron ganas de deshacerte de tu jefa, como a todo el equipo.

—No tengo queja, la verdad, aunque he de reconocer que, a veces, era un poco mandona —añade con burla.

—¡Oye! —protesto, haciéndome la ofendida, antes de meterme un trozo de tortilla en la boca.

—Solo dice las cosas como son —lo defiende Alba. Le hace seña para que se acerque a ella por encima de la mesa y baja la voz—. Tú no te sientas intimidado porque esté ella delante, puedes hablar con total libertad.

Enzo suelta una carcajada.

—Luca —llamo su atención—, cada día que pasa estoy más convencida de que tienes el cielo ganado. —Ríe y le planta un beso a Alba—. Desde luego, el amor es ciego...

—¿Desde cuándo sois amigas? —se interesa Enzo, mientras unta un poco de salmorejo en una rebanada de pan.

—¡Buf! —soltamos Alba y yo a la vez, mirándonos.

—No sé... ¿Diez? ¿Once años? —calculo a ojo—. Yo estaba en primero de carrera.

—¿Ibais juntas a clase?

—No. —Alba se pone interesante y ejerce de portavoz de ambas—. Os resumo cómo fue la historia. Todas las alumnas de la facultad bebíamos los vientos por Hugo...

—¿Hugo Ortega? —la interrumpe Luca, perplejo.

—Sí, era el único profesor sin canas y arrugas, qué quieres...

—Por supuesto, era algo de lo más normal que os fijaseis en él. —Le da la razón con cierto tonillo socarrón—. Continúa, por favor.

—Él y yo nos enrollamos una noche. Cuatro besos y poco más —aclara, recogiendo el flequillo detrás de la oreja—. Al día siguiente lo pillé tonteando con Sira y hasta hoy. Así fue como nos conocimos.

—¡¿Cómo?! —replico, boquiabierta, sin dar crédito—. No fue así exactamente. Has omitido algún que otro detalle escabroso...

—A mí me interesa escuchar tu versión —me anima Enzo, con burla encubierta—. Y estoy seguro de que a Luca también.

Este asiente, intentando mantener el semblante serio.

—¿Veis esta pequeña calva que tengo aquí? —Me aparto un poco de pelo de la coronilla—. Me lo arrancó de cuajo al grito de «¡Hugo es mío!» entre clase y clase. No me ha vuelto a crecer desde entonces.

—¡¿Qué?! No me miréis así. Todo adolescente tuvo su momento chungo. —Alba se encoge de hombros y toma un trago—. Aunque el mío duró poco, porque me asusté cuando vi un mechón en mi mano y la arrastré sin pensármelo dos veces a la enfermería. Por suerte lo de ella no había sido nada, pero a mí me tuvieron que acabar atendiendo por el cuadro de ansiedad que se me desencadenó al ver su cuero cabelludo irritado. El caso es que nos dimos tanta pena mutua que acabamos comiendo juntas en la cafetería del campus.

—¿Y cuál de las dos se quedó con el corazón de Hugo? —bromea Luca, secundado por Enzo.

—Ninguna —especifica Alba—. Por lo visto, la hija del rector frecuentaba su despacho más de lo normal.

—Qué lástima... —Enzo chasquea la lengua y menea la cabeza.

—Ah, ¿sí? —Separo un poco la silla y me vuelvo hacia él.

—Sí, qué lástima... para él. —Reímos los cuatro.

—Y vosotros, ¿no tenéis ninguna anécdota? —pregunta Alba tras coger la última croqueta.

—La vida de un *carabiniere* adscrito al Comando TPC es muy aburrida, aunque pueda parecer lo contrario —confiesa Luca.

—No exageres, que de vez en cuando tenemos algo de acción. —Enzo toma un trago de sangría antes de continuar—. Sobre todo los días que, además de usar la fotocopiadora, nos dejan enviar algún fax.

—Sí, esos son los mejores... —sigue la broma—. La verdad es que vemos y escuchamos de todo a diario, desde vecinos que pretenden hacerte creer que

los destrozos son causados por animales, o incluso espíritus, hasta que los grafitis son el toque moderno que necesitaban las paredes de un cementerio altomedieval.

—O que te intenten convencer de que un mosaico del siglo i queda más bonito en el patio de su casa que entre cuatro piedras olvidadas y mal conservadas, como me sucedió al poco de incorporarme al comando.

—Tremendo... —Alba y yo no salimos de nuestro asombro.

—Pues sí. —Enzo se muestra contrariado—. Pero para eso estamos nosotros. —Ambos sonrían satisfechos por su trabajo, mientras Alba y yo parecemos dos quinceañeras mirándolos como idiotas fascinadas.

—¿Me ayudas a recoger? —Mi amiga le pone ojitos a Luca, y él no lo duda ni un segundo.

—Unos que ya no vuelven. —Enzo y yo nos mofamos desde las tumbonas cuando salen por la puerta con la última tanda.

Tras un rato en silencio, por el rabillo del ojo veo que Enzo, jugueteando con mi mano, me mira pensativo.

—No me quedó muy claro un pequeño detalle en la historia de Hugo: ¿Tú llegaste a tener algo con él?

—¡No! —rio con cara de espanto—. ¿No me digas que estás celoso?

—Para nada. —No suena muy convincente.

—Ya... Para tu información, soy inmune a sus encantos desde que se me quitó la última espinilla, y en todos los años que llevamos siendo amigos, que ya son unos cuantos, en ningún momento me planteé esa posibilidad.

—¿Y él? —pregunta con expresión ceñuda.

—Tampoco. —Me incorporo para alcanzar el móvil y busco una foto en la que salga Hugo—. Ya que estás tan interesado, y teniendo en cuenta que todavía no os conocéis, te presento a Hugo. En esta foto no sale muy favorecido, pero es la más reciente que tengo.

—Entiendo que está en un barco, ¿no?

—Sí, en Saint-Tropez. Creo que el yate tiene algo que ver con el trabajo

de su primo, pero no estoy muy segura. Puedes preguntárselo tú mismo el día de la presentación.

—No tengo ningún interés. —Me devuelve el teléfono, tras estudiar la imagen con detenimiento—. Ahora que lo veo, me parece que coincidimos en los baños el día de la rueda de prensa.

—Puede ser. Os llevaréis bien, aunque al principio te parecerá un poco especial, como le sucede a todo el mundo.

—¿Qué tienes pensado hacer mañana? —Cambia de tema.

—He quedado con Carlo para comer en Génova y así aprovechar la tarde para preparar unas cosas con vistas a la presentación, pero tengo la mañana libre..., a no ser que me propongas algo interesante para hacer.

—¿Qué tal *sfogliatella riccia* para desayunar?

—¿El qué?

—Es un dulce de hojaldre típico de Nápoles —me aclara—. He descubierto que lo venden en una pastelería de Chiavari.

—Suená bien. —Me cae una gota en la punta de la nariz, y veo que está empezando de nuevo a lloviznar—. ¿Nos vamos a tu casa?

—Eso también suena bien...

—Hummm —ronroneo entre sueños al sentir pulular a Enzo por la habitación.

—Duerme —me susurra, acariciando mi mejilla—, todavía no ha amanecido.

Le sonrío con los ojos cerrados, doy media vuelta y, obediente, sigo su consejo al pie de la letra acunada por sus labios, que siento posarse sobre los míos.

—Otra vez no... —protesto cuando suena el móvil a las seis y media en punto de la mañana, por no haberme acordado de desactivar la alarma.

La apago y me revuelvo en la cama con la intención de acurrucarme contra Enzo, pero no está. Me cubro con la sábana y me quedo traspuesta hasta que

una corriente de aire azota la contraventana.

—Buenos días. —Me desperezó y estiro el brazo en busca de Enzo, pero me encuentro con que su lado sigue vacío, además de frío, algo en lo que antes no había reparado—. ¿Enzo? —lo llamo, sin obtener respuesta—. ¿Enzo? —repito sin éxito, a la vez que me incorporo.

Una sonrisa de loca enamorada se me instala en la cara al recordar que anoche me prometió traerme el desayuno a la cama, y acto seguido caigo en la cuenta de que ha ido a la localidad vecina de Chiavari a comprar los bollos de hojaldre.

—No me lo puedo creer... —río en alto, con la cara entre mis manos.

Me levanto para preparar café y, mientras regresa, aprovecho para consultar el correo y confirmarle a Domenico Vespucci la hora de la presentación, a la que ya me ha dicho hace más de una semana que asistirá, pero se me va el santo al cielo y cuando me quiero dar cuenta, son casi las diez y media. Me extraño de que Enzo no haya vuelto aún, y al ver que se me echa el tiempo encima, lo llamo. Después de saltarme dos veces seguidas el contestador, decido mandarle un mensaje, pero tampoco obtengo respuesta. Ni cuarenta y cinco minutos más tarde. Vuelvo a llamarlo para decirle que tengo que irme, a ver si esta vez consigo hablar con él, pero su teléfono sigue apagado; así que, poniendo un puchero, aunque no pueda verme, le acabo dejando un *post-it* en la puerta de la nevera para que me guarde algún bollo y para que dé señales de vida cuando llegue. Con la mente puesta en la reunión con Carlo, entro en la habitación a recoger mis cosas.

Una vez que reviso que todo esté en orden, ya a punto de salir de su casa, veo que él también me ha dejado una nota pegada en la puerta de entrada y no puedo hacer más que sonreír de nuevo —aunque me enfurruñe mentalmente por no haberla visto primero—, antes de arrancarla para leerla: «Lo siento», son las dos únicas palabras escritas sobre el trozo de papel.

—¿Lo siento? —pregunto extrañada en voz alta—. ¡¿El qué?! ¡Si todo es perfecto!

Sin entender nada en absoluto, saco el teléfono del bolsillo del pantalón y

marco de nuevo su número con insistencia, dándole una y otra vez a la función de rellamada a la espera de escuchar su voz. Pero conforme pasan los minutos, y cuantas más veces escucho el sonido robótico de su buzón, comienzo a notar cómo una parte de mí se va oscureciendo al plantearme la posibilidad de que su «lo siento» tenga un significado bien distinto al que yo le estoy dando. Meneo la cabeza para deshacerme de esa idea siniestra y agorera, y, sin saber por qué, como si necesitara con ello demostrar que esos pensamientos son infundados, le dejo un mensaje tras otro sin sentido alguno en su contestador. Pero en vez de servirme como medio para apaciguar mis temores, mi corazón comienza a palpar más y más deprisa, y un extraño halo de inquietud se expande en cuestión de segundos por todo mi cuerpo. Por ello, en un intento por ignorar ese mal presagio, regreso a la habitación y, con decisión, abro el armario, donde me encuentro un espacio medio vacío en el que faltan su ordenador, su mochila de viaje y parte de su ropa.

—No, no, no, no, no... —balbuceo atontada, retrocediendo de espaldas hasta que choco con la cama, a la vez que empiezo a notar que comienzo a respirar con dificultad.

Mis ojos, empañados por el lloro, se desvían hacia su mesilla y me hacen, sin anestesia alguna, ver de un solo golpe la realidad: echan en falta la fotografía con Bianca, pero nosotros posamos felices en un portarretratos de madera.

—Sira, Sira. —Escucho distorsionadas las voces de Alba y de Luca en el descansillo, entremezcladas con el sonido intermitente del timbre y continuos aporreo en la puerta—. Nos hemos asustado al escuchar tus gritos. ¿Estás bien? ¿Le ha pasado algo a Enzo? Abre, por favor.

Hecha un ovillo sobre la cama, dejo que mis lamentos y el castañeteo de mis dientes tapen sus voces y que lo único que escuche sea silencio, que las lágrimas que se deslizan por mis mejillas encuentren consuelo en las gotas de lluvia que resbalan por el cristal de la ventana, y que el vacío me llene por dentro hasta convertirme en un ser inanimado. Y mientras eso sucede, no

dejo de repetirme la misma pregunta sin respuesta una y otra vez: «¿Por qué se ha ido?».

—Está aquí —respira aliviada Alba, entrando en la habitación de Enzo—. Como no abríais, hemos utilizado la llave de emergencia que Enzo dejó en nuestra casa. Estamos muy preocupados. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Enzo? —Se coloca a mi lado y me arropa entre sus brazos para calmarme—. Di algo, me estás asustando.

—Se ha ido —susurro pasados unos segundos, con la mirada perdida en la nada, tendiéndole la nota.

Aunque lo pretenda disimular, percibo cómo se tensa al escuchar mis palabras y al leer el «lo siento». Acto seguido intercambia una mirada desesperada con Luca, que permanece de pie frente a nosotras en busca de una respuesta, pero, al igual que yo, no la encuentra.

—Tiene que ser un malentendido. —Mi amiga intenta calmarme, mientras Luca sale de la habitación para hacer una llamada—. Enzo nunca haría una cosa así, está enamorado de ti hasta las trancas y lo último que se le pasaría por la cabeza es hacerte daño.

—¡Pues me lo ha hecho! —chillo y rompo a llorar con más desesperación sobre su hombro, y ella responde acariciándome el pelo—. No ha tenido ni tan siquiera valor para despedirse o plantearme sus motivos. Se marchó en mitad de la noche sin decirme un simple adiós, dejándome sola, como una idiota, en su cama, después de haber hecho el amor. —Me sueno en lo que una vez fue un pañuelo de papel—. Pero ¿sabes lo peor de todo? Que por él estoy disgustada, afligida, indignada, pero no enfadada. Con quien estoy cabreada es conmigo misma por haberme rendido con suma facilidad a lo que prometí que nunca haría: dar prioridad al amor en mi vida.

—Es inútil. —Luca regresa cabizbajo a la habitación—. Lo he intentado varias veces, pero tiene el teléfono apagado. —Se pone en cuclillas y me coge las manos con cariño—. Sira, escúchame: lo primero que tienes que hacer es tranquilizarte. —A pesar de que sé que me lo dice con la mejor intención del mundo, se me escapa un resoplido sarcástico—. Alba tiene

razón, algo importante ha tenido que suceder para que Enzo actúe de esta manera. Te puedo asegurar que no es normal en él.

—Quizá no sea hoy, pero estoy segura de que va a volver. —Mi amiga se fija en el armario abierto—. Si no, no tendría sentido que hubiese dejado aquí todas esas cosas. Ya verás cómo todo tiene una explicación.

La minúscula parte de mí que no quedó aniquilada por la bomba, quiere creer que Alba está en lo cierto y que volverá, y, de forma inconsciente, paso los dedos por su lado de la cama. Pero cuando mis ojos vuelven a encontrarse con nuestra fotografía, un segundo ataque sorpresa me devasta por completo, dejando tan solo humo y ruinas a su paso.

—Si la hubiese, no se habría ido así.

—Ven, vamos a casa. —Mi amiga me ayuda a incorporarme. Apoyada en ella y en Luca, consigo llegar a mi cuarto y, sin energía para desvestirme, me meto en la cama con la ropa puesta—. Voy a prepararte una infusión.

—Prefiero estar sola —le indico a Luca, que tiene la intención de sentarse en la cama de al lado para hacerme compañía—. Gracias de todas formas.

—Está bien. Avísanos si necesitas algo.

—Lo haré.

Sonríe conforme antes de darme un beso en la mejilla e irse.

Y en cuanto cierra la puerta, hago lo mismo con mis ojos, deseando con todo mi ser dormirme para despertar de este mal sueño en el que, en pleno verano, se ha hecho de invierno de repente y sin previo aviso. Y con ello, el calor que sentía bajo la piel estando con Enzo ha dejado paso a un frío seco capaz de helar mi corazón; la luz que desprendían mis ojos cada mañana se ha convertido en una lluvia que cala hasta lo más profundo de mi ser; el bullicio de las risas felices y los largos paseos de miradas al atardecer se ha transformado en una sensación constante de martirio y soledad, y, sin noches estrelladas, me siento completamente perdida.

—Está en el salón —le indica Alba a Luca tras saludarle con un beso—.

Al igual que estas dos últimas tardes, no se ha movido del sofá. Así pasa las horas, como un mueble más.

—Hola, Sira. —Luca me da un abrazo, que le devuelvo de forma mecánica, y se acomoda en el otro extremo del sofá—. ¿Cómo vas?

Me sueno antes de contestar.

—Ya me ves. —Me encojo de hombros mientras guardo el clínex—. He tenido días mejores.

Alba se sienta en una silla del comedor a mi lado y me agarra la mano con cariño.

—Hoy ya ha comido un poco más e incluso ha esbozado un simulacro de sonrisa.

—Si tú lo dices... —replico con desgana.

Hace un gesto asertivo con la cabeza para instar a Luca a que le haga caso a ella.

—¿Has hablado con Roma? —pregunta mi amiga.

—Sí, pero siguen sin saber nada. —Suspira hondo—. También he tirado de un par de contactos, y tampoco ha habido suerte.

Ambos me miran con semblante inquieto, pero yo permanezco en mi mundo paralelo, empujada por la barra libre de infusiones y remedios naturales contra la ansiedad y la angustia.

—Estoy convencida de que nos vamos a reír cuando nos cuente dónde ha estado estos días. —Alba intenta, sin éxito, distender el ambiente angustioso que se respira.

—Yo seguro que no.

A cada minuto que pasa, el mundo se me echa más encima y pierdo la esperanza de que eso suceda. De que reciba una llamada o un mensaje suyo. De que Enzo aparezca en cualquier momento con una explicación lógica. De que llame a mi puerta, hacia la que no dejo de mirar cada noche después de rozar suavemente con la yema de mis dedos una y otra vez la pantalla de mi teléfono, mientras paso despacio, una a una, las fotos que nos hicimos en

Siena, en Verona, en la azotea... Y desesperada porque eso no ocurre, acabo siendo yo quien lo llama con el anhelo de que, quizás, esa vez sea él quien me responda y no una enlatada voz de máquina. Acabo siendo yo quien, desconsolada, se lamenta en silencio durante horas desde que me di cuenta de que, la noche en que se marchó, cambió su inexistente foto de perfil por la misma que dejó en su habitación. Acabo siendo yo quien lo echa de menos.

—Ya verás cómo sí. —Luca se pone de parte de su novia.

—¿Cómo podéis estar tan seguros de que se encuentra bien?

—Porque es así.

—Ah, ¿sí? —me encaro, con tono y semblante ido, con Luca—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo intuyo —responde con ternura—. Confía en mí.

Suelto un gruñido.

—Ya pequé de confiada una vez y mira en lo que acabé, en un monigote de trapo...

Porque en eso es en lo que me he convertido desde que Enzo se ha ido, en un pelele que se va descosiendo poco a poco y por cuyas costuras deshilachadas se van escapando sus fuerzas. En un muñeco de tela al que, por muchos remiendos que se le cosan, será difícil volver a componer. En un ser inconsciente que, de forma consciente, se pregunta a cada instante en qué ha fallado su relación, en un intento por encontrar una respuesta a por qué se ha marchado sin dejar rastro.

Luca rompe el silencio que se hizo tras mi comentario.

—Sé que no es el mejor momento para darte la buena noticia, pero espero que, por lo menos, consiga alegrarte.

—¿Qué ha pasado ahora? —No hay ni un ápice de gracia ni entusiasmo en mi entonación.

Sus labios se curvan en una enorme sonrisa, y pasea su mirada de una a otra.

—Hemos recuperado la estatuilla.

Lo último que escucho es el chillido eufórico y ensordecedor de Alba, porque, como si al nombrarla el espíritu de la figurilla hubiese sido invocado y me hubiese poseído, me quedo fría y petrificada, incapaz de reaccionar por mí misma. Algo que contrasta con el latigazo interno de excitación que me produce el sentir que, aunque no pueda verla ni palparla, está ahí; el saber que tanto sacrificio ha tenido su recompensa; el sentirme orgullosa por haber tenido la grandísima suerte de coordinar una excavación en la que se ha producido un hallazgo de este tipo, puesto que eso no es lo frecuente. Pero, a pesar de mi exultación, no lo festejo. Mis sentimientos, tocados y hundidos, junto con el efecto de los antídotos caseros que me transportan a otra dimensión lo máximo que me permiten hacer es un conato de sonrisa.

—Parece que ya vuelve en sí. —Alba coge el vaso de agua que sujeto con las manos y que no soy consciente de haber bebido.

—Por favor, dime que no es una broma de mal gusto —consigo, por fin, decir.

Luca, contento y visiblemente satisfecho con el trabajo que han realizado, niega con la cabeza y extrae varias fotografías de una carpeta.

—Aquí la tienes. —Me tiende las imágenes policiales con distintas vistas de la estatuilla, colocada sobre un fondo neutro.

Como hice en su día, acaricio la figurilla sobre el papel y al ver que, ahora sí, es real el hecho de que ya esté, como quien dice, entre nosotros, emito un suspiro de felicidad.

—Nuestros compañeros del GICO de la *Guardia di Finanza* —me explica mientras estudio las fotografías— irrumpieron esta mañana en el yate de Angelo Bruzzone después de que su topo les hubiera informado de que se celebraría una importante reunión para cerrar un asunto de venta de armas.

—¿Los han detenido?

—Por desgracia, no. Alguien les dio el chivatazo de que se iba a llevar a cabo la intervención y consiguieron huir, pero no les dio tiempo a llevarse nada, solo el dinero y lo que hubiese guardado en la caja fuerte. Lo peor es que han descubierto al agente infiltrado y lo han... —Se percata de que iba a

decir algo inoportuno y mide sus palabras—. Ahora será más difícil dar con su paradero y conocer sus planes.

—El manuscrito no está, ¿verdad? —pregunto, a sabiendas de que la respuesta será negativa.

Agacha la cabeza, un tanto pesaroso.

—No, lo siento.

—No pasa nada —digo, aunque en el fondo me siento decepcionada—, tú no tienes la culpa. ¿Cuándo podré verla? —Le devuelvo las fotos.

—De momento me temo que no va a ser posible —se lamenta, y esbozo una mueca de fastidio—. Está siendo analizada para encontrar posibles huellas.

—Claro...

—De todos modos, quería comentarte ¿qué te parece la idea de aprovechar la presentación del balance de la campaña de mañana para dar a conocer de forma pública y oficial la noticia?

—Por mi parte no hay ningún problema.

—Perfecto.

Aunque llena de sufrimiento, hago un esfuerzo por sonreír.

—Gracias por todo, a ti y a tu equipo. —«Y a Enzo, donde quiera que esté».

Capítulo 26

«La noche pasada, guarecida de la ventisca en el convento de San Gimignano que me ordenó el cardenal, la priora me puso en aviso de que un hombre rondaba los alrededores y parecía esperar a alguien hacía ya dos jornadas [...] bien sé que desde Roma me persiguen, mas nunca advertí peligro alguno en este a menudo transitado camino por peregrinos, comerciantes y campesinos [...] un profundo temor me asalta al saber que pronto he de desviarme de la Vía Francígena para adentrarme en la solitaria y despoblada ruta que me lleve de regreso a Compostela [...] me vuelvo recelosa con cada silbido del viento, arreo a Bucéfalo cuando oigo las ramas mecer, busco cobijo si veo una huella fresca al pasar [...] sé que en Santa Maria Ligure estaré protegida [...] según propias palabras del cardenal, puedo confiar en las hermanas agustinas, mas no me quiero arriesgar [...] no puedo continuar el camino con el cofrecillo, pues temo ser asaltada con una emboscada en esa solitaria senda [...]. Ruego perdón a Dios por ello [...] he ocultado la estatuilla con el manuscrito en mi vagina y depositaré el cofrecillo vacío en la iglesia [...] les haré creer que allí dejo lo que buscan [...] no sospecharán de mis intenciones [...] en la siguiente parada, la guardaré de nuevo en las alforjas [...] y libre de peligro podré llegar a Compostela y daros el ansiado abrazo que tanto anhelo...».

Hago una pausa para echarme unas gotas de colirio y así calmar el resquemor de ojos, enrojecidos de tanto llorar.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Alba con gesto de verdadera preocupación, sentándose a mi lado en la escalera del centro cultural donde

me escondí a leer antes de que comience la presentación.

Aunque no es cierto, asiento con la cabeza y simulo una ligera sonrisa tranquilizadora.

—Un día de trámite. —Cierro el A-Z y me encojo de hombros con una mueca de resignación—. Estoy deseando que pase rápido para empezar a preparar las maletas.

Mientras revuelvo con el palito de plástico el café —hoy descafeinado por muchos motivos— que me trajo mi amiga, me doy cuenta de cómo han cambiado las cosas desde la primera vez que puse un pie en este edificio, hace casi dos meses y medio. Aquel caluroso día de principios de julio, me perdí en la oscuridad de unos ojos negros, y hoy, la falta de esa oscuridad me hace estar perdida. Perdida como lo estuve cuando salió en plena rueda de prensa por la puerta, deseosa de que no volviese a entrar, y, en cambio, ahora sería capaz de vender mi alma al diablo con tal de verlo aparecer por ella.

Luca nos hace seña desde la parte de abajo del tramo de escalera.

—Es la hora.

Suspiro hondo y, a su lado, en silencio, me dirijo hacia la sala polivalente. No sé si de forma inconsciente, pero lo primero que hago al entrar es desviar la mirada hacia la silla en la que Enzo estaba sentado el día de la rueda de prensa, hoy ocupada por una chica que toma apuntes de voz en una grabadora. Noto cómo se me encoge el estómago, y un nudo se instala en mi garganta al resonar en mi cabeza la música de AC/DC y revivir el instante en que sus ojos estuvieron clavados en los míos por primera vez.

—Anima esa cara —me dice Hugo cuando paso a su lado—. Todo va a salir bien.

Le doy un cariñoso apretón en el hombro y sigo hacia el frente de la sala. No sé cómo agradecerle el hecho de que haya venido. Aunque a simple vista parece que ya está recuperado, su estado de salud continúa siendo débil, e incluso me atrevería a decir que ha adelgazado todavía más desde la última vez que nos vimos. Con un gesto de dolor, apoya su brazo en la silla en la que acaba de sentarse Alba y le cuchichea algo.

Desde la tarima, veo a Carlo conversando con Domenico Vespucci; a Alba, con la cabeza apoyada sobre el hombro de Hugo, jugueteando con su teléfono; a Luca dando una serie de instrucciones al teniente Molinaro; a Nella, Alessio y Gabri sentados en primera fila, infundiéndome ánimo con una sonrisa; a los diferentes periodistas y curiosos —entre los que se encuentran Bernardetta y el marido de Flavia— que ocupan las últimas sillas libres... Pero a él no lo veo; por mucho que mantengo la vista fija en la puerta, Enzo no aparece por ella.

Como una completa autómatas y con tono monótono en el que no se aprecia ni una pizca de alegría, hago un breve balance de la campaña y les comento que, aunque la excavación ya haya concluido, continuaremos trabajando unas semanas más en el laboratorio y que, una vez que pongamos el punto final, publicaremos los resultados definitivos. En cambio, la intervención de un entusiasta Luca causa un gran revuelo tras anunciar la recuperación de la estatuilla, algo que pilla por sorpresa a todos los asistentes, incluidos Carlo, Hugo y los chicos, a quienes, a petición de Luca, no les habíamos dicho nada.

Y una vez que respondo a la última pregunta con la mente en un lugar que ni yo misma sé dónde es, solo que allí es donde está Enzo, a punto de finalizar el acto, fruto de los relajantes naturales y de la tensión acumulada, me pongo a reír. Lo hago de manera tan demencial, que Luca no duda ni un segundo en abrazarme para ayudarme a controlar mi repentina —aunque llevase días fraguándose— crisis de ansiedad. Y, de forma instantánea, mi risa se detiene. Pero solo por un instante y para dejar vía libre al llanto.

—¿Acaso queríais matarme de un infarto con la noticia? —bromea Carlo tras ser chequeado por el marido de Flavia, que es médico, al haber sufrido un ligero mareo y una subida de tensión—. ¿Está aquí? ¿Puedo verla?

—Por ahora tenemos que conformarnos con las fotografías —le informo, ya más serena, sentada a su lado.

—En cuanto terminen de inspeccionarla los forenses —añade Luca, con

una sonrisa que hace suspirar a Alba—, os la entregaremos sana y salva

—¿Han encontrado alguna pista? —se interesa Hugo, todavía pálido de la impresión, antes de dar un trago al café con una buena dosis de azúcar que le «recetó» el marido de Flavia.

—De momento están trabajando en ello —se limita a decir Luca.

—Tampoco hace falta que se esmeren mucho. —Alba pone la vista en la imagen de la pantalla—. Es evidente que Gio es el culpable. Por algo todavía no lo han soltado.

—Aunque por desgracia eso parece, no podemos emitir juicios de valor precipitados. —Carlo, incapaz de asimilar todavía que su pupilo sea el responsable (algo que a mí también me sigue costando digerir, en cierto modo), lo defiende.

—Creo que Alba tiene razón. —Hugo le dirige un gesto asertivo, y ella se lo agradece con un guiño cómplice—. Giovanni tiene todas las papeletas para pasar una buena temporada entre rejas, ¿o no es así? —Se gira hacia Luca.

—Me temo que esa es una información que no puedo revelaros. —Pone cara de circunstancias—. Si me disculpáis.

Luca nos deja para atender a un periodista al mismo tiempo que Domenico Vespucci, que había salido a fumar, se incorpora a la conversación.

—¿Tú qué opinas? —le pregunto, interesada en escuchar su punto de vista sobre el asunto, a pesar de que, a estas alturas, han desaparecido todas las sospechas que tenía sobre él—. ¿Gio es víctima o verdugo?

Todos centramos nuestra atención en Vespucci, y esboza una simpática mueca que nos hace sonreír, quitando así un poco de hierro al tema, que no deja de ser un tanto escabroso.

—Espero y deseo que no haya sido él, puesto que le conozco y, dejando de lado su narcisismo, es buena persona. —Carlo se muestra satisfecho con la respuesta de su colega—. Pero en caso de que no sea así, seré el primero en condenar su forma de actuar, porque, independientemente del robo, lo que le ha hecho a esa pobre muchacha no tiene nombre.

—Hace tiempo que no te pregunto por Chiara. —Hugo llama mi atención—. ¿Qué tal sigue?

—Mal. —Se me adelanta Alba, con aire mustio.

—Cada vez que lo pienso... —Hugo exterioriza su estremecimiento con un respingo (que me contagia, poniéndoseme además la carne de gallina al revivir el momento), mientras inclina su vasito para aprovechar hasta la última gota.

—Bueno, ya basta de conjeturas. —Carlo da una palmada, poniéndose en pie—. Habrá que sacarse una foto *tutti* juntos, ¿no? —propone carialegre, dispersando así el extraño ambiente que nosotros mismos habíamos creado con la conversación, lo que le agradezco con una sonrisa de corazón.

—Está claro que todos necesitamos unas vacaciones con urgencia después de este verano —reflexiona en voz alta Hugo.

—Tú sobre todo... —Alba pone los ojos en blanco y lo ase del brazo—. Cierto es que estuviste más acá que allá...

—¡Solo tuvo un brazo roto y alguna que otra magulladura! —rio.

—Entonces más a mi favor —continúa con la burla—. Lo que iba diciendo, que tú eres el que más se las merece por haberse pegado la vida padre en Saint-Tropez, mientras nosotras sudábamos aquí la gota gorda. —La cara de Hugo cambia—. ¿Qué ha pasado? ¿He dicho algo?

—Qué has hecho, más bien. —Alba lo mira asustada—. Te agradecería que no te apoyases con tanta fuerza en mi brazo.

Ella se suelta, refunfuñando entre dientes.

—Además —prosigue Alba—, puedo contar con los dedos de una mano, y me sobran, las veces que has venido a visitarnos.

—En eso no te puedo quitar la razón, pero entre uno y otro no he podido venir tantas veces como me hubiese gustado.

—Como si oyeses llover. —Con un gesto le indico que no le haga caso a nuestra amiga—. Tú y yo ya retomaremos el tiempo perdido a partir de pasado mañana, cuando regrese a casa.

—Pensé que te quedarías unas semanas más en Génova para finiquitar el proyecto.

—No —le aclaro bajo la mirada de compasión de Alba, sabedora de que mi decisión es personal y no profesional—. A mí sí que, como dices, unos días aislada de todo esto no me vendrán mal.

—¿Cómo estás?

Por su tono condescendiente, sé que se refiere a Enzo.

—Unos ratos lo llevo mejor que otros.

—Quizá sea mejor así.

—No lo creo... —balbuceo en un susurro apagado que no pretendo que escuchen, aunque Alba parece haberlo hecho y me coge por la cintura con cariño.

—Estamos esperando por vosotros —nos reprocha Carlo con enfado fingido—. Voy a buscar a alguien para que nos haga la fotografía.

Hugo lo detiene.

—Os la saco yo.

—*Ma* entonces tú...

—Da igual —lo corta, quitándole el teléfono de la mano—, tener el único ojo de la estatuilla clavado en mi cogote me da un poco de mal fario.

—Desde luego —ríe Alba—, qué supersticioso te has vuelto desde que se te rompió el espejo. Ni que fuese a echarte una maldición.

—Por si acaso... —replica antes de disparar, consiguiendo que, gracias a su broma, todos salgamos sonrientes en la foto (aunque, en mi caso, menos que los demás).

Tras despedirme de Hugo —que esta vez accedió de buen grado a que Alba lo acercase al aeropuerto, después de cargar todo el día con su maleta de mano a cuestas—, regreso al centro cultural para reunirme con el resto del grupo.

—Por fin te encuentro sola. —Domenico Vespucci sonrío cuando entro en

el *hall*—. Pero como me temo que no tenemos mucho tiempo para charlar, iré directo al grano.

—Me estás preocupando. —Lo miro entre desconcertada e intrigada—. ¿Sucede algo?

—Sí —responde firme, lo que me descoloca más aún—. Quiero que formes parte de mi equipo.

—¿¿Cómo?! —Suelta una carcajada al ver mi expresión de atolondrada.

—Que un puesto de arqueóloga te espera en Roma. —Hace una breve pausa, durante la que no abro la boca para hablar, pero sí lo hago por asombro—. Te adelanto que las condiciones del contrato son muy buenas.

—Gracias, pero no puedo aceptar la oferta —deja claro, acto seguido y con total seguridad, mi parte racional sin consultar conmigo.

Con su reacción protectora me hace ver que no estoy preparada para vagar por las calles de Roma como siempre había soñado. Porque, por mucho que intente evitarlo, sé que, a cada paso que dé por sus siete colinas, buscaré unos ojos negros; en el sonido del Tíber, escucharé su risa; en su Historia veré reflejada la nuestra, y en todas sus fuentes pediré el mismo deseo: que Enzo regrese a mi vida.

—Esta no es la mejor atmósfera para tomar una decisión. —Da por hecho que detrás de mi deplorable estado de ánimo está la estatuilla—. Piénsatelo un par de días al menos.

—No hace falta, lo tengo claro.

—De verdad —insiste—, piénsatelo.

—No puedo prometerte algo que sé que no voy a hacer. Lo siento.

Su mueca es de fastidio.

—Te puedo asegurar que más lo siento yo. Contar con alguien como tú en mi equipo hubiese sido todo un privilegio. —Le agradezco el halago con una sonrisa sincera—. Si cambias de opinión...

—Te llamaré, pero de momento, no cuentes con que lo haga.

Con andares alicaídos, atraviesa el vestíbulo en dirección al aseo.

—Disculpe —se dirige a mí el conserje del edificio cuando ya tengo un pie apoyado en el primer peldaño de la escalera—. Es usted Sira López, ¿verdad?

—Sí —reafirmo con un ligero movimiento de cabeza.

—Alguien ha dejado este sobre encima del mostrador mientras yo estaba buscando unos folletos en el almacén. —Me tiende un sobre marrón tamaño A3—. Está a su nombre.

—Gracias. —Lo cojo extrañada y compruebo que, como bien dice, mi nombre figura impreso en una pegatina.

En cuanto lo abro y saco la única hoja que contiene, se me resbala de las manos y mi grito rebota contra las paredes, retumbando por todo el edificio.

—¡Sira! —Vespucci es el primero en llegar—. ¿Qué ha pasado?

A los pocos segundos estoy rodeada por Carlo, los chicos, Luca y un par de personas más que no conozco.

—El manus... El ma... El manuscrito... —tartamudeo, presa de la histeria y apoyada en la pared por miedo a que mis piernas tambaleantes no sean capaces de sujetarme, a la par que señalo con el dedo un par de escalones más abajo.

Luca se agacha para recoger el sobre y la hoja, del revés. Nada más darle la vuelta, noto cómo se tensa e intercambia una mirada conmigo.

—Es una copia del manuscrito —informa al resto, con rictus serio.

Cuando despierto, estoy sentada en el rellano de la escalera con la espalda apoyada en la pared. Dibujos de astros entremezclados con fórmulas matemáticas y un revoltijo de notas comienzan a aporrear mi cabeza.

—Te has desmayado. —Carlo está a mi lado—. Por una vez he sabido guardar el tipo —bromea sobre el asunto para restarle importancia—. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco mareada.

Me ofrece un vaso de agua, que bebo a pequeños sorbos.

—Es normal. Se te pasará enseguida, no te agobies.

—Es el manuscrito de Mencía, ¿verdad?

—Eso parece. —Deja escapar un profundo suspiro—. El lugarteniente Massini ya se ha puesto a *lavorare* en el tema.

—Me hubiese gustado echarle un vistazo con calma. —Agacho, desilusionada, la cabeza.

—Y lo harás. —Orgulloso, saca su iPhone—. He tomado unas cuantas fotografías antes de que se llevara la copia. Pero por ahora será mejor que descanses y no pienses en ello.

Pero me es imposible mantener la mente en blanco. Me veo superada por todo. Y en lugar de alegrarme por este inesperado giro que supone el que alguien me haya hecho llegar una copia del manuscrito, ese manuscrito que tanto tiempo llevo buscando por ser uno de los principales elementos que me cautivó de la historia de Mencía y por suponer —y estaba en lo cierto— que sería un importante hallazgo que permitiría honrar su figura como astrónoma, tal como se merece, lo único que deseo hasta el punto de rozar la ansiedad es salir corriendo y no parar hasta llegar muy lejos. Hasta que mis pies estén tan excesivamente agotados que todo el dolor se concentre en ellos, y así libere a mi razón y a mi corazón de sufrimiento.

—Me habías comentado que al final la campaña de Yalvaç se prolongará dos meses más, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

Lo miro a los ojos.

—Estoy interesada en incorporarme como peón a la excavación durante ese tiempo —le suelto sin un ápice de titubeo en la voz.

—Si no fuera porque estaba presente, creería que te has dado un golpe en la cabeza al desmayarte.

—Lo digo muy en serio. —Mantengo el mismo tono.

De reojo veo cómo su expresión risueña se vuelve severa.

—Es un lugar muy peligroso, lo sabes. Por no decir que estarás

prácticamente aislada de la civilización. Te recuerdo que vivirías en una tienda de *campagna* con los demás *collegghi*, sin luz, ni agua potable, y solo comunicada por teléfono vía satélite. No gozarías de mis privilegios.

—No me importa. Me las apañaré.

Ahora es él quien hace una breve pausa y me escruta pensativo.

—Sira, agradezco que quieras colaborar con nosotros, pero no creo que sea buena idea... Tienes una prometedora carrera por delante, y eso sería dar un paso hacia atrás...

—Mi futuro laboral está lejos de aquí.

—*Io* no lo veo así.

—Pero yo sí.

—Es por ese *ragazzo*, ¿verdad?

—Los motivos no importan. —Molesta, giro la cabeza hacia el tramo de escaleras que tengo delante—. Pero te puedo asegurar que es la decisión más acertada y lo que más necesito en este momento.

Carlo respira hondo y menea la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento, no voy a dejar que te suicides laboral y personalmente. Nunca me lo perdonaría.

Se levanta y hace ademán de marcharse. Sin dudar un solo instante, lo imito y le bloqueo el paso, agarrándole las manos.

—Carlo, por favor —le suplico, con ojos vidriosos y la voz tomada por el nudo que se me ha instalado en la garganta.

Se mantiene unos segundos en silencio, sopesando sus palabras, mientras me observa afligido.

—Veré lo que puedo hacer —acepta, en absoluto convencido.

Capítulo 27

—Buenos días, Luca —saludo, con voz somnolienta, nada más descolgar el teléfono.

Estiro el brazo para alcanzar mi reloj de pulsera y me incorporo con un brinco al ver que son casi las once de la mañana.

—¿Cómo estás? ¿Has pasado buena noche?

Me vuelvo a dejar caer sobre la cama.

—Mucho mejor, gracias. Aunque no he conseguido pegar ojo hasta bien entrada la madrugada, dándole vueltas al manuscrito. —«Y a la idea de que Turquía me espera, y allí, en soledad, tendré tiempo para reflexionar sobre qué quiero hacer con mi vida a partir de ahora. Vida en la que Enzo ya no está». Pero eso, aunque lo piense, me lo guardo para mí.

—Me alegro. —Por su tono, sé que sonrío—. ¿Has conseguido interpretarlo?

—Para serte sincera, lo único que tengo claro es el título, *Del Sol y otras estrellas*. Pero con los dibujos de la Tierra, el Sol, la Luna, planetas y estrellas, y las notas que los acompañan, llego a hacerme una idea general, porque lo que es con las fórmulas matemáticas... —Ambos reímos—. ¿Y tú?

—Puede decirse que más de lo mismo.

—¿Alguna pista sobre quién pudo dejarlo?

—No. —Lo escucho resoplar con impotencia—. Ayer entró y salió mucha gente del edificio, cualquiera está en el punto de mira... Va a ser una tarea bastante difícil, nadie vio nada sospechoso. —Oigo que teclea algo en el ordenador—. ¿Quedamos mañana a mediodía en mi despacho y charlamos sin prisa?

—Me temo que va a ser imposible que nos veamos. —No llego a entender su murmullo, pero sí su tono de extrañeza. Hago una pausa y decido contarle la verdad—. Me marcho a trabajar a Turquía un par de meses. Mi vuelo sale

mañana a primera hora de la tarde.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—En absoluto.

Se toma su tiempo antes de hablar.

—Sé que no estás pasando por un buen momento. —Se muestra preocupado por mí—. Pero me parece una solución demasiado drástica de la que...

—No hace falta que continúes con tu sermón —lo corto, un tanto seca—, ya sé lo que me vas a decir.

—Imagino que Alba se me ha adelantado.

—Ella no sabe que me voy a Yalvaç. Y prefiero que siga así.

—Tranquila, no seré yo quien se lo diga —replica serio, y vuelve a mantenerse unos segundos en silencio—. Pero que sepas que no comparto tu decisión.

Lo que resta de día me lo paso recogiendo mis cosas y limpiando a fondo mi habitación, acciones mecánicas que le permiten a mi mente centrarse en autoconvencerme a cada instante de que irme a Turquía me servirá para alejarme de todas las cosas y para hacerme recobrar el sentido común y darme cuenta de que dejarme llevar por los sentimientos no ha sido la opción acertada. Solo me desvío de mis pensamientos cuando Alba revolotea a mi alrededor, recordándome que no me puede dejar sola ni cinco minutos, en alusión a la tarde de ayer, o cuando Hugo nos envía un mensaje al grupo que tenemos los tres para ponernos los dientes largos, ya que, al final, en un arrebato, decidió que se marcha unos días de vacaciones.

De no ser por esos momentos, mi cabeza seguiría dándole vueltas al manuscrito de Mencía, a esa sencilla imagen de una hoja rota por una esquina, impresa en papel fotográfico, en la que convergen una amalgama de dibujos, formas geométricas, números y letras en tinta negra. A cómo la Historia fue injusta con ella en todos los aspectos, y que en lugar de ser

considerada una de las fundadoras de la astronomía moderna, quizá, por desgracia, bajo el seudónimo de Fernando de Cusanza, nadie ha sabido jamás de su existencia y de sus teorías revolucionarias. Continuaría planteándome una y otra vez quién está detrás de todo, quién me dejó ese sobre, por qué lo hizo, e, incluso, en un episodio de locura transitoria, si Gio realmente está involucrado... Y mientras, mi corazón, en silencio, añora de continuo a Enzo.

Aunque en estos momentos no soy la mejor compañía, hago un esfuerzo por Alba y me repanchingo a su lado en una de las tumbonas de la azotea para tomar nuestra última jarra de sangría mientras contemplamos el anochecer. Intentamos disimular, haciendo ver que es un día más, pero ambas sabemos que, por muchos motivos, no es lo mismo. Quizá por eso permanecemos bastante rato en silencio, recordando todos los buenos momentos que pasamos aquí arriba. Pero, mientras que estoy segura de que el recuerdo que ella guarda es agradable, mi sensación, por el contrario, es agrídulce, porque, aunque no los quiera dejar pasar, todos y cada uno de los minutos que viví junto a Enzo acuden en tropel a mi cabeza. Intento llenar esa sensación de vacío que me produce tomando una profunda bocanada de aire, pero es inútil. Por más que pretenda olvidar sus besos, sus caricias, sus miradas, su voz, sus promesas, mi cabeza se empeña en restregármelos a cada instante, y eso me hace extrañarlos todavía más. De forma inconsciente, mis ojos se dirigen hacia el rincón donde me quitó el vestido la noche de Ferragosto, y un nudo se forma en mi estómago. Pero antes de dejar que se tense al máximo, lo desato al recordar el firme propósito que me hice a mí misma de retomar mi carrera profesional como única dirección posible.

—Domenico Vespucci me ha ofrecido incorporarme a su equipo en Roma —digo a la nada, poniendo fin al silencio, con la garganta tomada al pronunciar el nombre de la ciudad.

—¡Sira, eso es genial! —Alba se gira hacia mí con una sonrisa de satisfacción y me achucha—. Me alegro mucho. Si hay alguien que se lo merece, esa eres tú. Has hecho un trabajo excelente estos meses, a pesar de

que no te lo han puesto nada fácil.

—Gracias. Tú tampoco has estado mal. —Intento sonar alegre, pero sé que mi voz no lo es.

—¿Cuándo te incorporas?

—Lo he rechazado.

—Entiendo... —Asiente con una mueca compasiva y coloca su mano sobre la mía a modo de consuelo.

—Es paradójico —rio sin gana después de varios minutos calladas—. Llevo esperando algo así desde ¿hace cuánto? ¿Media vida? Y ahora que se me presenta la oportunidad, renuncio de forma voluntaria a ella por el simple hecho de que el hombre del que me he enamorado se traslada allí. Porque sí, me da igual que la gente no lo entienda, lo reconozco en alto y lo grito a los cuatro vientos. —Alzo la voz, bajo la ojiplática, a la vez que condescendiente, mirada de Alba—. Estoy enamorada de Enzo hasta el tuétano. Y solo de pensar que estaríamos tan cerca y tan lejos a la vez se me rompe el alma.

—Él también lo está de ti. Y mucho.

—¿En serio?! —ironizo angustiada y me doy una pequeña palmada en la frente—. De ahí entonces que se haya largado por la puerta de atrás en plena noche y no haya vuelto a dar señales de vida.

—Insisto, seguro que tiene una explicación.

—Aunque la tenga, llega tarde —sollozo, mientras me seco las mejillas con un clínex—. En mi vida ya no hay un hueco libre para el amor.

—Es por eso que me engañas desde ayer, ¿verdad? —me recrimina con tono duro y expresión de enfado—. No regresas a España, sino que te vas al medio de la nada a Turquía. Sales huyendo...

—¿Cómo sabes lo de Yalvaç?

—Ten amigos hasta en el infierno, dicen... No me has contestado, ¿es por eso?

Me revuelvo en la hamaca.

—¡Mírame! —chillo, llevada por la frustración y por la furia—. No soy persona desde que Enzo se fue. Me estoy volviendo loca, torturándome más aún si cabe cada día que pasa sin saber nada de él, atormentándome con los fantasmas del porqué, recriminándome constantemente el haberme desviado del objetivo que me trajo aquí... Y ¿sabes qué? —Alguien abre la puerta de la azotea, pero, al escuchar mis alaridos, cambia de idea y vuelve a cerrar—. ¡Que no obtengo respuestas a nada! Por eso necesito alejarme de aquí, alejarme de todo.

—¿Y crees que marchándote vas a ser feliz? —contraataca con tono tan serio como lastimero. Con su expresión me demuestra que no comparte mi opinión—. Pues siento decirte, amiga mía, que estás muy equivocada si piensas que así te olvidarás de él. Lo único que harás es seguir martirizándote y autocompadeciéndote día tras día... Y ese no es el camino más adecuado.

—Te recuerdo una vez más que lo que haga con mi vida es asunto mío, no tuyo. —Menea la cabeza en total desacuerdo—. Y que te quede claro desde ya que esta vez no voy a dejarme influir por tus lunáticos puntos de vista. Porque, puestas a ser sinceras, si estoy así, es, en cierto modo, por seguir tus consejos.

—¿De verdad piensas eso? —Su voz se entrecorta más a cada palabra—. ¿Que yo soy la culpable de que te enamoraras de Enzo? O ¿que yo te aparté de tu sueño profesional?

—En parte, sí —espeto sin miramiento alguno, más dura de lo que pretendía—. Tú fuiste la que le habló a Enzo del apartamento, a ti era a quien se te llenaba la boca vendiéndome sus virtudes sin casi conocerlo, incluso puede decirse que hiciste de celestina entre nosotros... Y, dime, ¿valió la pena?

Se levanta con ojos vidriosos.

—Qué engañada estás... Pero no te preocupes, tú sigue con tu idílica vida, que yo seguiré con la mía.

—Es lo que voy a hacer. Mañana por la tarde cogeré ese vuelo y te puedo asegurar que no me arrepentiré.

Su última palabra es un enérgico portazo.

Y mientras, yo quedo a solas en la azotea con mal cuerpo por haberme dejado llevar por la rabia de haber perdido a Enzo y de haber culpabilizado a Alba de algo de lo que solo yo soy responsable. Harta de todo, mi conciencia, muda desde que él se fue, estalla y desencadena una brutal convulsión en todo mi cuerpo a consecuencia del volumen de sus gritos para hacerme reaccionar de una vez y que asuma que conocer a Enzo es lo mejor que me ha pasado en la vida. Y por ello, permito que unas atormentadas lágrimas goteen y empapen la última página de mi A-Z como presagio de que la historia no siempre tiene un final feliz.

«Confío en Dios para que Vos recibáis esta carta, mas me hubiese gustado no tener nunca que escribirla [...]. Siguiendo las órdenes de mi venerable tío, Su fiel amigo el cardenal Severini, acompañé a Su dulce y fascinante sobrina Mencía, en su camino de regreso a Compostela, hasta los límites del Mons Gaudii [...], despidiéndola con lágrimas en los ojos, al verla alejarse con su capa ondeando al viento a lomos de Bucéfalo, a sabiendas del largo y peligroso viaje que le restaba [...], mas cuando, de vuelta en Roma, acudo a casa de mi tío para informarle de todo y hacerle compañía tras la partida de su apreciada Mencía, soy recibido por una perturbada condesa de Vico [...] con la fatídica noticia de que mi tío fue asesinado mientras estudiaba en su despacho la noche anterior [...]. Presagiando el mismo final para Su sobrina, de inmediato partí en su busca, mas allá donde preguntaba, nadie parecía haberla visto [...] lo mismo en Santa Maria Ligure, donde la abadesa, junto con una monja de nombre Leonilde, con prisa por volver a sus quehaceres en el huerto, me animaron a continuar hasta Génova, no sin antes acompañarme a la iglesia para que rezase una plegaria por Mencía, pues, como las mismas religiosas me dijeron, podría no haber corrido buena suerte [...] desesperado por no encontrarla, tres días más tarde de mi paso

por Génova, afligido y sin fuerzas, regresé a Roma [...]. El cuerpo inerte de la condesa yacía en el jardín de su palacio y en su mano derecha sujetaba una nota de suicidio...».

Capítulo 28

Apenas ha amanecido cuando abro las contraventanas de mi cuarto, pero en el cielo no hay ni una sola nube y todo indica que el verano todavía no ha dicho adiós, a pesar de que en tan solo unos días ya entre el otoño. Tras tomar un par de analgésicos para el dolor de cabeza con el que me he levantado por no haber conseguido conciliar el sueño en toda la noche, dándole vueltas una y otra vez a mi vida, lo primero que hago es ir en busca de Alba para disculparme por el comportamiento injusto que tuve ayer con ella. Pero era mucho más sencillo escupir cosas sin sentido para hacerme creer a mí misma que todo había sido un error del cual yo era una víctima colateral, que asumir en voz alta que, si Enzo no se hubiese colado en mi vida, esta continuaría buscando ese «algo» que le faltaba —y que nunca encontraría— y que no sabía lo que era hasta que él llegó.

Acostumbrada a solucionarlo todo a posteriori, esta vez el destino me juega una mala pasada y mis disculpas llegan tarde, porque Alba no está. Y aunque aún faltan más de seis horas para que me vaya, tengo el triste presentimiento de que no volveré a verla, porque mi amiga, más que enfadada, lo que está es dolida. Y no la culpo por ello.

Mientras mato el tiempo en preparar las maletas, mi mente, que parece no haber tenido suficiente esta noche, insiste en recordarme a cada instante cómo he cambiado —para mejor— en muchos aspectos desde que puse un pie en Sestri Levante hace ya tres meses. Me doy cuenta de que no solo he aprendido de las cosas buenas, sino también de las malas. Esta peculiar mezcla de experiencias me ha hecho ver la vida desde otra perspectiva y enfrentarme a ella sin miedos; me ha permitido dejar aflorar sentimientos que, de no usarlos, estaban prácticamente oxidados; me ha hecho caer en la cuenta de que, la inmensa mayoría de las veces, somos nosotros mismos quienes nos empeñamos en ponernos piedras en el camino e, incluso, a

sabiendas de que están ahí, chocamos con ellas —y caemos— una y mil veces; me ha demostrado que, para ser feliz, solo hay que proponérselo. Y que serlo es maravilloso. Por supuesto, no todo es positivo, pero la cara menos agradable que me ha enseñado este tiempo, estoy empeñada en olvidarla cuanto antes muy lejos de aquí.

Con un nudo en la garganta y en el estómago, y haciendo todo lo imposible —y más— por mantener la llorera a raya, cierro la puerta del apartamento por última vez y, con ello, doy por concluida una etapa de mi vida con sabor tan dulce como amargo. Pero mis emociones, a flor de piel, se imponen una vez más a la razón, y cuando paso por delante de la puerta de Enzo, me derrumbo por completo, dejando que, entre sonrisas y lágrimas, mis dedos acaricien la madera con suavidad para empaparse por un instante, con ese roce inerte, de todo lo que sucedió entre nosotros.

Tomo aire para ahogar un quejido y, haciendo gala de toda mi fuerza de voluntad para no volver la cabeza, continúo bajando las escaleras, escoltada por un silencioso llanto, hasta llegar al portal, donde, al otro lado de la puerta, distingo con visión borrosa a Luca.

—Alba no está. Se ha ido, supongo, a primera hora y no he vuelto a saber nada de ella —le informo de mala manera, a la par que intento controlar que mi llorera no vaya a más, mientras saco las maletas a la calle con su ayuda.

Sé que estoy siendo injusta con él y que no se lo merece. Luca siempre se ha portado bien conmigo y no tiene la culpa ni del comportamiento de Enzo ni del de Alba, pero me recuerda a ellos y, muy a mi pesar, no lo puedo evitar.

—Ya ves —prosigo—, parece ser algo que últimamente hacen las personas a las que aprecio.

—Estoy aquí por ti. —No da importancia a mi actitud—. He venido a buscarte para llevarte al aeropuerto.

—No hace falta —intento sonar más amable—, ya he llamado a un taxi. De hecho, ahí está. —Señalo el vehículo que enfoca la calle y reduce la velocidad en tanto que se aproxima a nosotros—. Gracias de todos modos.

—De eso nada. —Agarra uno de los *trolley* y lo mete en el maletero de su coche, aparcado en doble fila delante del portal. Acto seguido se acerca al taxista, intercambian unas palabras (y algún que otro gesto) y le da un billete—. Listo. Acabo de guardar tu equipaje, y nos vamos.

—Está bien. —Me resigno, recordándome a mí misma que Luca no es el causante de que esté así y que obra de buena fe.

Echo un último vistazo a la fachada del edificio y, consciente de mi inminente derrumbe, me apresuro a entrar en el coche. Ni tan siquiera me vuelvo cuando escucho al primo de Bernardetta gritar mi nombre a la puerta de su carnicería, supongo que para despedirse.

—¿Cómo estás? —me pregunta con cariño Luca, al verme hecha un ovillo en el asiento del copiloto.

—Mal —admito con la voz quebrada y la mirada hacia arriba en un intento por contener el llanto—. Pero ya da igual.

—Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión...

—De sobra sabes que no.

Repiquetea los dedos contra el volante y respira hondo como le he visto hacer tantas veces en su despacho de forma previa a revelar algo importante.

—Sira. —Se gira hacia mí—. Escucha... Enzo...

—Luca, no —lo interrumpo, irguiéndome e intentando no sobrepasarme en mis formas, a sabiendas de lo que va a decir—. No sigas. No lo justifiques.

—No lo hago. Tienes que... —En un arrebato infantil, enciendo la radio y subo el volumen para no escucharlo—. De acuerdo, tú ganas. —Me deja por imposible con un chasquido de lengua y silencia la música—. No voy a insistir. Solo decirte que estás actuando de manera precipitada. —No me molesto en replicarle, tan solo me limito a sonreír con sarcasmo—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Sí —respondo seca y con seguridad—. Sácame de aquí cuanto antes.

Y sin mirar atrás, me alejo de Sestri Levante con los ojos cerrados para no ver las calles y los rincones por los que paseé a su lado, para no revivir los

momentos que disfrutamos juntos, para que mi mirada no busque la suya en cada esquina. Pero, aunque mis ojos no vean, mi corazón sí siente. Y el sentir duele.

Capítulo 29

—Sira. —Me despierta con cuidado—. Hemos llegado.

Entreabro los ojos y bostezo.

—Lo siento... —baluceo mientras desentumezco las piernas—, me he quedado dormida.

—No te preocupes.

Consulto mi reloj de pulsera.

—Me gustaría invitarte a un café para agradecértelo, pero solo me quedan veinte minutos para facturar.

—Pues entonces ahora ya no tienes excusa para que no volvamos a vernos —bromea, ocupándose de mi equipaje—. ¿Hasta cuándo estarás en Turquía?

—En principio, hasta mediados de noviembre.

—¿Y después?

Suspiro hondo y dejo escapar el aire lentamente.

—Quizá pruebe suerte aquí, en Italia, o puede que regrese a España para pasar una temporada con mi familia. Si te digo la verdad, todavía no lo he pensado.

—En cuanto a Alba...

—Sé que en un par de días se le pasará, estoy segura. —Asiente—. Además, cuento con que venga a visitarme el próximo mes aprovechando que tiene unos días libres, aunque antes tendré que proponérselo y convencerla.

—Quizá la veas antes de lo que imaginas...

—Conociéndola, no lo descarto.

El resto del trayecto lo pasamos en silencio.

—Ahora sí... —Nos fundimos en un cariñoso abrazo al llegar a la zona de facturación—. Gracias por estar pendiente de mí durante todo este tiempo.

—Para eso están los amigos. —Sonríe enigmático y consulta algo en el

móvil—. Cuídate.

—Y tú.

Haciendo de tripas corazón, yo también sonrío. A pesar de ser lo que menos me apetece en este momento. Cojo mi equipaje y, sin mirar atrás, me dirijo al mostrador, donde, por suerte, parece que no hay cola a falta de escasos cinco minutos para que cierre. Me acerco con la mente puesta en algún lugar lejano y le entrego la tarjeta a la azafata. Tras comprobar unos datos en el ordenador, su expresión se torna carialegre.

—Un momento, por favor. —Descuelga el teléfono y marca cuatro dígitos, de lo cual deduzco que se trata de una llamada interna. Me mira de soslayo, cubre el micrófono con la mano para que no la escuche, cuchichea algo y, a los pocos segundos, cuelga.

—¿Ocurre...?

—¿Señorita López? —Una dulce y cantarina voz a mis espaldas me interrumpe.

Me giro un tanto confusa y me encuentro con una chica, aparentemente recién salida de la academia, vestida con el uniforme de la compañía aérea. Sin dudar un solo momento, y mientras la observo perpleja, agarra mi maleta de mano y deja allí el resto de bártulos.

—Acompáñeme, por favor —me indica, guiñándome un ojo.

—¿A dónde me lleva? —Me asusto y busco a Luca con la mirada, pero ya no está—. ¿Hay algún problema con el vuelo?

—No se preocupe, todo está en orden. —Me tranquiliza con una sonrisa. Abre una puerta, introduce la maleta y hace ademán para que pase—. Enseguida vuelvo.

Con la misma cierra y me deja sola en la que, a juzgar por el mobiliario de diseño, intuyo que se trata de la sala VIP del aeropuerto. Sin entender nada en absoluto, echo un vistazo por alto y me siento a esperar en una de las butacas *huevo*. Entretanto, nerviosa por no saber qué estoy haciendo aquí, trato de distraerme con los vídeos promocionales de diferentes destinos nacionales que se van sucediendo en el televisor curvo de LED que tengo enfrente. El

último de ellos, Roma. Y, con la primera secuencia, rompo a llorar desconsolada al agolparse sin permiso en mi cabeza todo aquello que pudo ser y nunca será. De pronto la imagen se congela. Y yo con ella.

—¿Alba?

—Cuando Luca te dijo que nos veríamos pronto, no mentía. —No sé si reír o volver a llorar—. Espero que me perdones...

—La que me tiene que perdonar eres tú a mí —le digo, en otro mundo, a la pantalla. Mi amiga desaparece y me deja más perdida aún de lo que estaba—. ¿Pero qué...?

La luz de la sala se atenúa, y el televisor vuelve a encenderse. Abro los ojos como platos al ver que, ahora, aparezco yo. Saqué esa foto mi primer día como coordinadora de la excavación. Rio entre hipidos. En la siguiente salimos las dos haciendo el tonto, como de costumbre, en la azotea. Esa azotea que se convirtió en nuestra mejor aliada. La foto de todo el equipo orgulloso el día del hallazgo del colgante y los huesos, de la mano. Yo, tomando una copa en una de las terrazas nocturnas de la Bahía del Silencio. Al lado de la imagen de la estatuilla con sonrisa de felicidad fingida y semblante abatido, en algo que tendría que haber sido motivo de celebración... Y la rueda de prensa, la mañana siguiente al robo. Allí estoy, sentada al lado de Luca, con la cara desencajada. Y es que si me hubiesen pinchado, no hubiese salido una mísera gota de sangre. Acto seguido me llevo las manos a la cara y me echo a llorar con todas mis fuerzas. Los primeros compases de una versión de *La vie en rose* comienzan a sonar por el hilo musical. Nuestra banda sonora en aquella más que perfecta improvisada escapada a Verona. Con la melodía de fondo van pasando fotos mías que, tiene gracia, nunca había visto hasta hoy: Trabajando, en la playa, el *aperitivo* con motivo del cumpleaños de Alba, mi intervención en el congreso... En Siena. Con él. Un intento de *selfie* con la Piazza del Campo como decorado. Riendo en la cena de ponentes... Juntos en Santa Maria Ligure. Cuando intenté sin éxito practicar *paddle surf*. Aquel paseo nocturno por Sestri Levante. Verona...

Mi corazón deja de funcionar y se me corta el llanto en seco. Enzo, al lado de un cabizbajo y esposado Hugo, junto a dos agentes de la Guardia Civil en el Jardín de Isabel de la Universidad Reyes Católicos. El manuscrito original. Un comunicado interno del comando TPC de Génova de hace pocas horas... Leo en alto con miedo a la par que traduzco: *«Anoche se llevó a cabo en España la detención de Hugo Ortega, autor intelectual y material confeso del expolio producido el pasado mes de julio en las ruinas de Santa Maria Ligure, en la localidad de Sestri Levante. La operación policial ha permitido recuperar el manuscrito que presuntamente escondía la estatuilla. No así los restos óseos robados, los cuales, según el propio Ortega ha reconocido, han sido arrojados al mar. La inestimable colaboración de nuestro compañero, el lugarteniente Enzo Fossati, ha sido decisiva en la operación».*

—No me voy a separar de ti jamás —me susurra Enzo despacio al oído.

Me giro en estado de *shock* y lo veo agachado a mi lado, mirándome con ternura con esos profundos ojos negros en los que caí atrapada desde el día en que lo conocí. Al no reaccionar, se acerca y me acaricia las mejillas, sonriendo con dulzura. Una fuerte opresión se instala en mi pecho, y todo comienza a dar vueltas a mi alrededor. De forma instintiva, me reclino en la butaca y me encojo sobre mí misma, abrazándome las piernas y pegándolas a mi pecho. Entierro la cabeza entre ellas y, amparada por mi propio calor, dejo que todo mi ser se rompa en minúsculos pedazos tras el mazazo seco que acaba de golpearlo: Hugo, el director del proyecto de investigación, mi incansable compañero de fatigas en esto de la arqueología, pero, sobre todo, mi amigo, se ha comportado como un auténtico cainita. El que haya comerciado de una manera tan ruin y rastrera con la estatuilla es de ser miserable; el que haya arrastrado por los suelos y pisoteado mi confianza y amistad, si es que para él alguna vez la hubo, es de sinvergüenza; pero el que se haya deshecho de los restos de Mencía de forma tan cruel y a la ligera, como un auténtico desalmado, unido a la agresión a Chiara, es algo que solo personas despiadadas sin corazón son capaces de hacer. Y descubrir que

Hugo es inhumano me ha hundido en la miseria.

—¿Desde cuándo lo sabías? —atino por fin a decir con un imperceptible murmullo, sin ser capaz de asimilar que a quien se lo estoy preguntando es a Enzo, que él está aquí conmigo.

—Hace seis días.

—¿Por eso te fuiste?

—Sí. Yo... Tenía que hacerlo. —Agacha la cabeza arrepentido—. ¿Recuerdas la fotografía que me enseñaste de Hugo en Saint-Tropez? —Asiento de manera mecánica—. Fue la pista clave que necesitaba.

—No entiendo...

—Hugo está en el yate de Bruzzone.

—Eso es imposible... —baluceo para mí, mientras cruzo las piernas y apoyo los brazos sobre ellas para disimular el temblor—. ¿De qué iba a conocer a un hombre así?

—A priori, parecería que de nada, pero me temo que, por desgracia, se relacionaban más de lo que crees: Hugo recurría con frecuencia al Pianista para que le prestase dinero...

—Para sus inversiones financieras en negocios extranjeros —acabo la frase por Enzo—. Según él, una forma fácil y rápida de ganar un sobresueldo. La hermana de Alba lo asesoraba sobre qué sectores y países eran los más rentables, es experta en el tema.

—Pues me parece que últimamente no le hacía mucho caso y que se dejó llevar por la ambición...

—¿A qué te refieres?

Se incorpora y se sienta en la butaca que tengo a un lado. La gira y se inclina hacia delante, con intención de coger mis manos entre las suyas, pero en cuanto entran en contacto con las mías, las aparto; algo que, por lo que percibo en su expresión, le disgusta. Y, en el fondo, a mí también me duele hacerlo. Porque sentir su tacto de nuevo me provoca una punzada de reconfortante bienestar que al instante se expande por todo mi sistema

nervioso, alterándolo más todavía de lo que ya está. Pero, a pesar de ello, mi mente no está preparada en este momento para recibir sus caricias.

—Su afán por amasar dinero lo llevó a invertir, unos meses atrás, todos sus ahorros en una empresa rusa dedicada a gestionar páginas web de contenido para adultos que le aseguraba triplicar la cantidad en tan solo dos horas. Pero no salió como esperaba, y las pérdidas fueron bastante considerables, así que se vio obligado a solicitar un primer préstamo a Bruzzone por recomendación de la persona que administraba la compañía.

—Se estaba metiendo él solo en la boca del lobo.

—Ya ves. —Arquea las cejas con cara de circunstancias—. A priori, las condiciones que le ofrecían eran un chollo, y, ansioso, se olvidó de leer la letra pequeña: Los intereses de devolución eran del cien por cien y, en caso de demora, ascendían al doscientos por cien. Así, poco a poco, le fue cogiendo gusto a los créditos... y también a invertir en negocios que eran de todo menos rentables.

—Pensé que era más inteligente.

—Al pasar los días y no abonar su deuda, comenzaron a extorsionarlo, llegando incluso a agredirlo en varias ocasiones, según relató.

—Doy fe de ello —le confirmo en modo automático, sin dar crédito a lo que estoy escuchando.

—¿Estabas al corriente?

—No, pero todo encaja. De una temporada acá sufría «casualmente» accidentes domésticos y de tráfico con bastante frecuencia. —Me empiezo a enrabietar conforme asimilo la información que Enzo me suministra con cuentagotas para no traumatizarme más, si cabe, de lo que ya estoy, cosa que le agradezco—. Qué cabrón... Continúa, por favor.

—Dio la casualidad de que Bruzzone estaba en Saint-Tropez a bordo de su barco por otros asuntos, y ¿qué mejor manera para hacer reaccionar a Hugo para que pagara sus deudas, que «invitándolo» a pasar una temporada allí encerrado...?

—¿De qué cantidad estamos hablando? —pregunto con recelo.

Me escruta pensativo antes de hablar.

—En total, unos quinientos cincuenta mil euros.

Meneo la cabeza en rechazo y sonrío sarcástica.

—Y qué mejor manera que traicionar a los tuyos para conseguir el dinero, ¿no es así?

—Por desgracia, me temo que sí —lamenta apesadumbrado.

Al ver que estoy a punto de llorar, se levanta y me estrecha entre sus brazos. Esos brazos que tanto he añorado en los últimos días y de los que ahora, paradójicamente, me escabullo.

—Necesito estar sola... —le pido con un débil hilo de voz.

—Lo entiendo. —Se separa con semblante sombrío—. Iré a buscarte una tila.

Los miles de añicos en los que he quedado rota son pisoteados hasta acabar convertidos en polvo al darme cuenta de que todo este tiempo he vivido engañada, cegada, quizá, por la amistad que creía que me unía a Hugo. He sido —al igual que Alba— un juguete en sus manos, que manejaba a su antojo. Pero a pesar de haber caído derrotada y no tener tan siquiera energía para levantarme, escucho una voz en mi interior que me susurra que deje que sea Enzo quien me ayude a hacerlo, quien me cure todas estas heridas sin que me resquemem.

Al sentir cerrarse la puerta, me limpio rápido las lágrimas con el dorso de la mano.

—Toma. —Me tiende una taza con la infusión, y aprovecho para rozarle los dedos de forma furtiva, aunque sea de pasada—. Te vendrá bien.

—Gracias. —Sonrío tímida, y me devuelve una sonrisa que me desarma.

Durante los siguientes minutos permanecemos en silencio uno frente a otro. Pero las palabras que no salen de nuestras bocas lo hacen a través de nuestras miradas, enganchadas entre sí: la suya, cansada y enmarcada bajo las gafas por unas profundas ojeras, se muestra arrepentida e implora perdón constantemente; la mía, fatigada de llorar día y noche, busca tanto una

respuesta como consuelo. Nerviosa, revuelvo la tila, intentando con el tintineo de la cucharilla acallar esa voz que cada vez escucho más y más alto, ahora también coreada por mis latidos.

—¿Qué precio pidió por ella? —pregunto de repente, desviando la vista hacia el gigante ventanal desde el que se aprecia el mar tras la pista de despegue, antes de dar un trago.

—En realidad, no se la vendió. Había llegado a un acuerdo con Bruzzone para que le perdonase la deuda a cambio de la estatuilla.

Estamos otro rato sin decir nada mientras termino la tila.

—Ahora entiendo su falso interés por Chiara.

—Sobre ese asunto parece no mentir cuando dice que está horrorizado y que no tuvo nada que ver. —Lo miro atónita a la espera de su explicación—. Al llegar a Santa Maria Ligure se encontraron por sorpresa con ella y, tras reconocer a Hugo, les abrió la verja.

—Por eso no estaba forzada... —concluyo, y asiente—. Pobre Chiara...

—Hugo no actuó en solitario. Iba acompañado por uno de los hombres de confianza del Pianista, quien, nada más llegar al área del enterramiento, guiados por ella, la agredió con intención de matarla y eliminar posibles testigos. Alega que no hizo nada por miedo a que le sucediese a él lo mismo.

—Cobarde hijo de puta —escupo con desprecio desde lo más profundo de mi ser.

—Lo que sí reconoce es que fue él quien desenterró el esqueleto y la estatuilla, y que aprovechó un momento de despiste mientras el otro telefoneaba a Bruzzone para extraer el manuscrito, del cual nunca le había hablado.

Hacemos una nueva pausa. Esta vez, breve.

—Todo este tiempo has estado trabajando por tu cuenta en el caso, ¿verdad?

Inquieto por temor a mi reacción, agacha la cabeza y se pasa las manos por el pelo.

—Sí. Había piezas que seguían sin encajarme tras la detención de Gio. No podía dejarlo así.

—Gracias —susurro con tono cariñoso.

Su expresión de sorpresa deja claro que no esperaba para nada esa respuesta.

—No tienes por qué dármelas. Tenía un buen motivo para resolver el caso.

—Sonríe con sus ojos clavados en los míos, lo que provoca que me invada una oleada de calor al confesarme su mirada que ese motivo era yo.

Retomo con rapidez el anterior tema de conversación.

—Ahora, visto en frío, como quien dice, encaja que siempre que Hugo venía a Sestri tuviese prisa por marcharse y pareciese que le incomodase algo de continuo.

—¿Y no te preguntas por qué? —Saca su vena irónica y consigue que esboce una sonrisa.

Nuestras miradas dan un paso más y comienzan a acariciarse con timidez.

—La verdad es que el que Hugo no cometiese ni un solo error durante todo este tiempo —añade— jugó a su favor. De ahí que nos viésemos obligados a tenderle una trampa.

—¿Eso es legal?

Suelta una carcajada por respuesta. Escuchar ese cálido sonido me hace ser consciente de cuánto lo he echado de menos. De lo que lloré en lugar de reír, de lo que añoré nuestras noches conversando en la azotea, de lo que extrañé que no estuviese a mi lado todos estos días, de los momentos que no pude compartir con él, de lo que necesité y necesito sus besos, de lo que deseé y deseo sentirlo dentro de mí... De que no se fue por capricho.

—Una vez que reconocí el yate de Bruzzone en tu fotografía gracias a las imágenes que nos había facilitado nuestro desaparecido colega de la *Guardia di Finanza*, me puse en contacto con Iaquinta. Pasada la medianoche me comunicó que ya había puesto al corriente a la Guardia Civil y que lo siguiente sería planificar, de forma conjunta, la operación. Pero, tras lo

sucedido con Gio, necesitábamos algo más que una simple fotografía para incriminarlo, así que puse rumbo a Roma.

—No hace falta que profundices en ese detalle —le espeto con actitud arisca. Me cruzo de brazos y adopto una postura defensiva.

—Sira, yo... —Su arrepentimiento es sincero. Intenta acercarse de nuevo a mí, pero al ver que no pongo ningún interés en sus caricias, desiste desesperanzado—. De verdad que lo siento... No actué de forma correcta, pero fue la única manera...

—¿Marcharte sin despedirte en mitad de la noche, dejándome sola en tu cama con una simple nota en la que ni te dignaste a poner algo que me aclarase que no te habías ido sin más? —lo corto incrédula con tono recriminatorio y reforzando mis palabras con aspavientos—. ¿Que ibas a volver? ¿Que yo significaba algo para ti?

—Tú, para mí, no eres algo, lo eres todo —replica con el corazón y con sus ojos fijos en los míos.

Me muestro fría e ignoro sus palabras, aunque me quemén y me abrasen por dentro.

—¿Sabes cómo me siento por tu culpa desde hace ciento veinticinco malditas horas? ¿Eh? ¿Lo sabes? —chillo enrabiada al recordar los momentos tan amargos que viví tras su marcha, exteriorizando toda la angustia acumulada—. Por supuesto que no... Destrozada, hundida, rota de dolor... Así es como estoy.

—Lo último que quiero en este mundo es hacerte daño.

—Pues me lo has hecho. Y mucho.

Me levanto con un movimiento brusco y me acerco a la cristalera. Lo que empiezan siendo dos lágrimas que cogen impulso para recorrer mis mejillas, al igual que hace el avión que está en pista dispuesto a despegar, se acaban convirtiendo en un continuo ir y venir de gotas tan tristes como llenas de rabia en las que dejo echar a volar toda mi congoja. Pero no vuelan solas. Con ellas van mis pensamientos. Y por un momento pierdo la noción del rumbo de mi vida, de mis sentimientos, del por qué estoy aquí y de que Enzo

está a mi lado.

Mientras esas cargas negativas se evaporan con el llanto, haciéndome sentir libre, mi cuerpo permanece inmóvil. Porque la plácida sensación de calma que me provoca el sentir que los brazos de Enzo me envuelven y me protegen, que sus manos me acarician el pelo con cariño, y que sus labios depositan con mimo besos en mi frente, no iba a encontrarla en ningún otro lugar. Solo aquí, con él.

—Un simple mensaje hubiese sido suficiente —sollozo sobre su pecho.

—No, no lo hubiese sido. Tenía que habértelo explicado antes de irme. ¿Sabes por qué? —Niego con la cabeza. Se separa un poco y me levanta suavemente la barbilla para que lo mire—. Porque te quiero. —Se sincera con voz queda, mientras se acerca despacio y con miedo a mis labios.

Escuchar esas palabras hace que se me ponga la carne de gallina y que mi estómago se convierta en un hervidero de mariposas blanco nuclear. Mariposas que, cuando su boca hace prisionera a la mía, extienden sus alas y se multiplican a cada segundo por todo mi cuerpo. Y esta vez estoy más que segura de que se quedarán ahí para siempre, porque no las dejaré marchar.

—Dime que no te vas a ir nunca más de esa manera —susurro sobre sus labios.

—Te lo prometo. —Me pasa un mechón rebelde por detrás de la oreja sin apartar sus ojos de los míos—. Ni de esa, ni de ninguna otra.

Esta vez, nuestras miradas dejan que sean nuestras lenguas las que hablen entre sí, pero alguien abre la puerta por error, y nos vemos obligados a separarnos con una sonrisa boba instalada en nuestras caras.

—Tenemos que irnos. —Me agarra de la mano y tira de mí para que lo siga—. Hemos quedado.

—¿Quedado? ¿Con quién?

—Ya lo verás. —Me hace un guiño.

Antes de que abra la puerta, lo detengo y lo beso por sorpresa.

—Y yo te quiero a ti —le confieso en bajo, separándome poco a poco de

sus labios y apreciando cómo su semblante demacrado se llena de felicidad.

—Lo sé desde hace tiempo.

—Serás creído...

Capítulo 30

Ya fuera de la sala, saca su móvil y hace una llamada.

—¿Dónde estáis? —Echa una mirada rápida en dirección izquierda—. Vamos para allá.

En un par de minutos, sin soltarnos de la mano un solo momento, llegamos a una de las cafeterías del aeropuerto.

—No puede ser... —murmuro al ver a Alba sentada junto a Luca en una de las mesas.

Mi amiga se levanta, y nos lanzamos directas una a los brazos de la otra.

—¿Pe... Pe... Pero qué haces tú aquí? —trastabillo semiconfusa—. Siento todo lo que dije...

—Está olvidado. —Tiene la voz tomada y los ojos rojos e hinchados de llorar—. Nunca lo he tenido en cuenta. Yo también actué de forma irracional y pido mis disculpas.

—Aceptadas. —Sonrío, y nos volvemos a achuchar.

Tomo asiento a su lado una vez que saludo a Luca.

—Ya estás al tanto, ¿verdad? —Alba saca un pañuelo de papel y se suena.

—Sí... —Un nudo se instala en mi garganta a sabiendas de que se refiere a Hugo. Enzo coge mi mano, y Luca hace lo propio con la de mi amiga.

—¿Te puedes creer que el muy hijo de puta todavía tuvo la desfachatez de mandarme un *whatsapp* para pedirme el número del despacho de abogados en el que trabaja mi prima poco antes de que lo detuvieran? —comenta, con la vista perdida en el infinito—. Por suerte estaba durmiendo y no le contesté.

El teléfono de Enzo suena, y, mientras habla, Alba, Luca y yo contenemos la respiración.

—Hugo acaba de entrar en prisión provisional —nos comunica cuando cuelga.

—Me importa una mierda su vida —suelta Alba, más que furiosa—. Para mí, a partir de hoy, está muerto.

—Pues a mí, en el fondo, lo que me da es pena —opino, preparada para darle un mordisco a la galletita que venía con el café de Enzo—. El dinero, como le sucede a mucha gente, lo ha corrompido hasta convertirlo en alguien sin escrúpulos, y eso es muy triste...

—Perdona que te diga, pero eres tonta —me espeta mi amiga sin ningún miramiento—. A tenor de cómo se estuvo riendo de nosotras todo este tiempo, seguro que él no se arrepiente en absoluto.

—Para nada —confirma Enzo, revolviendo el café con la cucharilla—. Te puedo asegurar que no tiene ningún tipo de remordimiento. Al menos de momento.

—De acuerdo, pero entonces, ¿qué sentido tiene que me hubiese facilitado una copia del manuscrito?

—No daba puntada sin hilo —asegura Alba—, así que algo tramaría.

—Aunque parezca mentira, más bien creo que sabía lo mucho que significaba para la investigación y para mí, y que fue una forma un tanto extraña de disculparse.

—¿No lo estarás defendiendo? —Se encara conmigo Alba, con dureza, a la vez que posa la taza sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Acaso crees que estoy loca? Somos las víctimas de todo esto, es normal que tenga curiosidad —dejo claro con un volumen un pelín más alto de lo normal—. Al igual que estoy interesada en conocer los detalles de cómo se llevó a cabo la operación.

—Yo también. —Luca se gira hacia Enzo para animarle a que nos lo cuente.

Suspira hondo y nos echa un vistazo por alto a los tres.

—Está bien —acepta, no muy convencido, a juzgar por su expresión, después de dar un largo trago a su solo.

Durante los siguientes minutos, Alba, Luca y yo no perdemos ni un solo

detalle de la explicación de Enzo. Nos cuenta que, tras una breve reunión en Roma con sus superiores, voló a España para planear, junto con el equipo responsable de la Guardia Civil, la trampa que le tenderían a Hugo. Al no tener pruebas fehacientes de su implicación, idearon que dos agentes se hiciesen pasar por hombres de Bruzzone y lo visitasen «de manera amistosa» sin previo aviso; así fue como lo pillaron in fraganti en su despacho de la universidad mientras pasaba material de su ordenador a un lápiz de memoria, con la intención de huir a Miami esta misma mañana. Y, aterrado porque los secuaces del Pianista pudieran matarlo y, aunque en principio negó saber de qué iba el tema cuando le preguntaron por el manuscrito, al verse acorralado, acabó confesando que lo había vendido esa misma tarde a un coleccionista mexicano.

De forma instantánea, mi sangre se congela al venirme a la mente la conversación telefónica que mantuve con Hugo en la que me hablaba de una colega mexicana. Está claro que todo era una burda mentira y que se trataba de una intermediaria.

—Ahora sí que ya tengo suficiente. —Alba arrastra la silla y se levanta como un vendaval, seguida por Luca.

—No me lo puedo creer... No me lo puedo creer... —repito una y otra vez, incapaz de moverme del sitio, totalmente desencantada al ser consciente de la premeditación con la que Hugo actuó en todo momento—. No me lo puedo creer....

Sentirme arropada por los brazos de Enzo me hace salir del bucle. Permanezco un buen rato entre ellos, con mi cabeza apoyada en su pecho, reconfortándome con su calor y sus caricias, que son, sin duda, la terapia que necesito en este momento.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras. —Me arranca una sonrisa.

—Si ya se había deshecho de él, ¿cómo lo habéis recuperado?

—Cortesía de los colegas de la Guardia Civil del aeropuerto de Barajas. — Permanece callado unos segundos—. Si te soy sincero, hay una cuestión que

todavía no tengo clara: ¿por qué es tan importante el manuscrito?

—Desde que comencé con el trabajo de investigación, me estuve repitiendo esa pregunta hasta que, como quien dice, lo tuve entre las manos. —Intercambiamos una sonrisa, la mía con regusto pesaroso—. Por las cartas que Mencía escribía a su tío y, sobre todo, por el diario del cardenal Severini, sabía que sus teorías estaban relacionadas con la estructura del Universo y que distaban bastante de la visión que se tenía en esa época, vinculada a un punto de vista religioso.

—Pensé que ibas a contarme algo que no supiese...

—Partiendo de los estudios del astrónomo griego Aristarco de Samos, Mencía concluyó que este estaba en lo cierto y que la Tierra giraba alrededor del sol. —Me escucha atento—. Pero no solo eso, sino que fue más allá y afirmó que el Sol era una estrella más dentro de un universo infinito, adelantándose a las ideas de la Revolución Científica de los siglos xvi y xvii.

—Muy interesante.

—Sin duda lo es. Hoy en día, sus teorías pueden parecer una tontería, pero hay que entender que las desarrolló a partir de la mera observación del cielo con instrumentos básicos, ya que todavía no se había inventado el telescopio. Eso, y que una mujer entregada a la ciencia no era precisamente bien vista por la sociedad de entonces.

—Tienes que explicármelo todo con más detalle con el manuscrito delante.

—No es que tenga mucha idea de fórmulas matemáticas y astronomía...

—Yo tampoco, así que puedes inventar cuanto quieras, te voy a creer —se burla antes de darme un fugaz beso.

—He intentado localizar a Carlo, pero es imposible —nos informa Alba, ya más calmada, a su vuelta—. Le he dejado un mensaje en el contestador. —Consulta la hora en el panel electrónico que tenemos enfrente—. Tengo que irme —se lamenta con algún que otro puchero—. He quedado a las siete con Bernardetta para devolverle las llaves del apartamento y todavía no he empezado a recoger mis cosas.

—Yo te he dejado las mías en el buzón. —Me levanto para abrazarla—. Pensé que pasarías por casa esta mañana antes de que me fuera y...

—Y eso tenía previsto —me corta, fingiendo estar molesta, por algún motivo que desconozco, con Enzo y Luca—, pero me han tenido trabajando como una china sin tan siquiera dejarme tiempo para beber en paz una simple gota de agua...

—¿Quién?

Mi amiga intercambia una mirada cómplice con Enzo, y este le hace una seña dándole a entender que tiene vía libre para hablar.

—Tu novio, que me ha liado... —Termina la frase con un gruñido burlón.

Se me escapa una sonrisilla boba al escuchar que le ha llamado «mi novio», algo que no le pasa desapercibido a Enzo, que me apretuja contra él —más, si cabe— y me besa la coronilla.

—¿Me he perdido algo?

—Ayer, después de dejarte desvariando en la azotea, lo primero que hice fue llamar a Luca —confiesa Alba, muerta de ganas por contármelo todo—. Además de para desahogarme, tenía la esperanza de que pudiera echarme un cable para quitarte de la cabeza la idea peregrina de irte a Turquía, algo que ahora, por cierto, espero que hayas descartado por completo. Así que insistí hasta que me prometió localizar a Enzo costase lo que costase.

—Accedí a la primera, no exageres... —se defiende Luca entre risas.

—Eso ahora no importa. —Alba enfatiza con un manotazo al aire y me hace seña para que no abra la boca—. Antes de que digas nada, sintiéndolo mucho, no me arrepiento ni lo más mínimo de haberlo hecho, así que no esperes que te pida perdón. Y si lo hice en el vídeo, fue porque Luca no callaba...

—Vaya, gracias —respondo con evidente sarcasmo.

—Aquí el susodicho no quiere revelar sus métodos y fuentes. —Le lanza una mirada reprobatoria con tintes asesinos a Luca, lo que le hace soltar una carcajada—. Pero a eso de las seis de la mañana me avisó de que había

localizado a Enzo, y me marché a su casa. Por lo visto, el señorito no atendía a llamadas por estar inmerso en una importante operación policial, a pesar de no estar en activo...

Ahora es Enzo quien ríe de buena gana.

—Por eso estos días no pude dar señales de vida. —Se excusa conmigo con un beso.

—El caso es que Luca —continúa mi amiga— averiguó en qué hotel se alojaba. Llamó a recepción y le dejó un recado para que se pusiese en contacto con él de forma urgente. Cosa que no sabíamos cuándo sería... Poco después, a eso de las siete de la mañana, recibí una llamada de Enzo. Estaba roto. Y no porque llevase casi treinta y seis horas sin dormir, como me contó, sino porque acababa de hablar con Luca. Así que lo planeó todo.

—No podía dejarte marchar... —Con una sonrisa cautivadora, se gira hacia mí y me acaricia las mejillas con sus ojos fijos en los míos, provocando que me derrita entera—. Creí volverme loco cuando Luca me lo contó. Cogí el primer vuelo y fui directo a su casa. Sin la ayuda de ambos hubiese sido imposible organizarlo todo.

—No sé... —Me siento sobrepasada con tanto despliegue—. No sé qué decir... Gracias..., supongo... No, seguro.

—¿Y ya está? —se burla Enzo—. Por lo menos un beso, creo que me lo merezco, ¿no?

—¿Solo uno?

Le borro la sonrisa de medio lado al posar mis labios sobre los suyos.

Pasados unos segundos, Alba carraspea sin disimulo alguno para llamar nuestra atención.

—Por poco se me olvida lo más importante. —Echa mano a su megabolso y le tiende un sobre a Enzo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Lo has conseguido? —Se le ilumina la cara. Lo coge y lo guarda en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Gracias a los contactos femeninos que tiene Luca por estos lares... —Es

la primera vez, en los años que llevamos siendo amigas, que veo a Alba realmente celosa—. Ya hablaremos de eso tú y yo después —le avisa a Luca, y no puedo evitar apiadarme de él al imaginar lo que le espera al pobre—. Ahora, de verdad, llegó el momento de despedirme.

Nos fundimos en un largo y cálido abrazo.

—Deja que hable tu corazón —me cuchichea en un murmullo apenas audible.

—¿Cómo?

—No hagas preguntas. —Su tono enigmático sigue siendo bajito para que solo pueda escucharla yo—. Limítate a hacerme caso: *amor est vitae essentia*¹².

Con pesar me separo de ella, sin dar mucho sentido a sus palabras, y me despido —de nuevo— de Luca.

—Entiendo que es la definitiva... —intento bromear, en la medida de lo que las innumerables emociones acumuladas en tan poco tiempo me permiten.

—Me temo que esta vez sí.

—Tenía que haber dejado que te explicases. —Agacho la cabeza, afligida por mi forma de actuar con él de camino al aeropuerto.

—No pasa nada —me disculpa—, era lógico que estuvieses dolida.

Le agradezco su comprensión con una sonrisa sincera y desvío la atención hacia Alba, inmersa en plena conversación con Enzo.

—Cuídamela.

—Puedes estar tranquila. —Luca la contempla embelesado.

Alba se acerca a Enzo y le dice algo al oído.

—Ni un solo minuto —responde sin la menor duda, a la par que me busca con la mirada.

—¿Qué os pasa a vosotros dos ahora?

—Para que luego digan que la cotilla soy yo... —Reímos.

—Todavía no va de esta... —se resigna Luca, con la tarjeta del *parking* en

la mano.

—Sí, sí, ya voy. —Alba vuelve a achucharnos y nos da un beso a cada uno en la mejilla—. Cuando quieras. —Se cuelga del brazo de Luca y se acurruca contra él.

—Te envió el informe a lo largo de esta semana —le comenta Enzo a Luca.

—Perfecto. Ya hablamos.

Y ahora sí, se alejan por el *hall* del aeropuerto.

—Lámame en cuanto estés instalada —la oigo chillar, tras lanzarnos un par de besos y despedirse con la mano, antes de desaparecer de mi campo visual.

12 “El amor es la esencia de la vida.”

Capítulo 31

Un vacío llena mi estómago cuando nos quedamos a solas. De pronto soy consciente de que este momento también supone una despedida entre nosotros y toda yo me nublo. Una sensación de incertidumbre comienza a minar poco a poco mis pensamientos, provocándome un repentino nerviosismo por temor a que, aunque sé que no será un punto final, sea un punto y aparte demasiado largo que se acabe convirtiendo en definitivo.

—Bueno... —Con los sentimientos a flor de piel e incapaz de sostener su penetrante mirada, me concentro en el suelo mientras juego con sus dedos —. Yo...

—¿Aún sigues queriendo ir a Turquía? —Toma la iniciativa al ver que no arranco.

«¿Aún sigo queriendo ir a Turquía?», me planteo, aunque, en realidad, la pregunta más acertada sería «¿Quiero estar lejos de Enzo?». Permanezco unos segundos en silencio, a solas conmigo misma, tan solo escuchando mis enérgicos latidos. Levanto la cabeza con decisión y me enfrento a sus magnéticos ojos negros, mientras él, visiblemente nervioso, traga saliva, entiendo que por miedo a la respuesta que pueda darle.

—No. —Pongo en práctica un buen consejo y dejo que sea mi corazón quien tome la decisión. Y este lo asegura con total rotundidad.

Su cuerpo se relaja, y en su rostro se dibuja una enorme sonrisa que me contagia; lo que supone que yo comience a rozar la histeria, porque el hecho de que no me vaya implica muchas cosas acerca de nuestra relación. Cosas que, quizá, podrían haber sido y ahora serán.

—Entonces, ¿qué harás?

—No lo tengo muy claro. —Me paso por detrás de la oreja el mismo mechón que me pasó él hace un rato—. De momento, tomarme unos días de relax.

—Ya... —Parece desilusionado con mi respuesta.

—¿Y tú? ¿Regresas a Roma o irás a Nápoles a visitar a tu familia antes de incorporarte?

Aferrados uno al otro, comenzamos a caminar sin rumbo por las instalaciones del aeropuerto.

—Mi idea es estar un par de días en Roma y, después, vacaciones.

—Claro... —Ahora es mi voz la que no suena todo lo contenta que debería—. ¿Ya tienes elegido destino?

—Todavía no. ¿A dónde te gustaría ir?

Noto cómo el corazón me da un vuelco.

—¿Juntos? —Me entusiasmo con la idea.

Suelta una carcajada.

—¿No pensarías que iba a irme solo? —Agacho la cabeza, y me apretuja más fuerte contra él—. Aunque tengo que reconocer que ese era mi plan B. —Me separo un poco y lo miro con expresión ofendida, pero no me da opción a que rechiste—. Mi idea alternativa de vacaciones era pasar quince días como voluntario en una excavación en no sé qué pueblo remoto de Turquía y, en mis ratos libres, desquiciar a una guapa, inteligente y simpática arqueóloga española.

—¿Más todavía?

—Nunca me cansaré de hacerlo —me susurra con tono malicioso al oído.

—Ni yo de esto otro. —Lo beso.

—Volviendo a los planes de futuro posvacacionales... —Retoma el tema algo nervioso mientras reanudamos el paso—. ¿Has tenido noticias de Renato Fontana?

Inspiro con fuerza y deajo escapar el aire.

—No. Por desgracia formar parte de su equipo es algo que no veo factible a corto plazo...

—¿Y qué hay del trabajo que te ha ofrecido Domenico Vespucci en Roma?

—Lo mismo que estás al tanto de la propuesta, a estas alturas también sabrás que lo he rechazado. —Sueno más cortante de lo que pretendo—. Disculpa, no quería...

—Perdonada. —Sonríe—. ¿Y si te digo que cuenta con que te incorpores a su equipo?

—¿Cómo dices? —Freno en seco y me giro hacia él con el rostro desencajado.

—Que Vespucci te espera mañana a media tarde en su despacho para concretar los detalles del contrato.

—¡Imposible! —me carcajeo, fruto de la incredulidad.

—En absoluto. —Me guiña un ojo y acompaña el gesto con una sonrisa ladina para satisfacción de mis hormonas—. Yo también tengo mis contactos.

Al ver mi expresión perpleja y mi intención de hablar, coloca con suavidad su dedo índice sobre mis labios para impedirlo. Avanzamos unos metros, y se detiene delante del mismo mostrador de facturación en el que unas horas atrás comenzó todo. Con la cabeza, señala hacia el panel informativo. Lo sigo con la mirada y leo Roma-Fiumicino. Con dedos temblorosos —tanto como las violentas sacudidas que agitan mi interior desde hace unos segundos— y un brillo especial en sus ojos, saca el sobre que le entregó Alba y extrae dos tarjetas de embarque, una de ellas a mi nombre. Mi corazón comienza a bombear más deprisa, y siento que las piernas me flaquean, hasta que toda yo me convierto en un flan.

—Roma. Tú. Yo. Y una vida juntos por delante —me propone en un suave susurro que lo encierra todo, sin dejar de mirarme a los ojos un solo instante—. ¿Qué dices?

En un malicioso e intencionado silencio, dejo pasar unos segundos. Segundos que esta vez se me hacen eternos, porque nunca he estado más segura de algo en mi vida.

—¿No vas a decir nada?

Me reitero con una amplia sonrisa de felicidad, proponiéndome no desperdiciar jamás un solo minuto a su lado, mientras rodeo su cuello con

mis brazos y me lanzo directa a su boca, diciéndoselo todo sin emplear una sola palabra.

—¿Señorita López? —Una voz femenina que me resulta familiar nos interrumpe—. Acompáñeme, por favor —repite, amable y risueña como hace un par de horas, e intercambia una sonrisa cómplice con Enzo—. Esta vez no permitiré que pierda el vuelo...

Epílogo

Antalya, Turquía. Diez meses después.

—«Con tristeza, me agaché para recoger la nota que la condesa sujetaba en su mano derecha, en la que lucía con orgullo el anillo de esmeralda verde que mi tío había mandado hacer para ella tras quedarse preñada de los bellos ojos de la estatuilla. Al tomarla, mis dedos rozaron su gélida piel, y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, pero nada comparable al que sentía que se iba adueñando de mi cuerpo conforme leía las palabras que, con una impecable caligrafía, estaban escritas en aquel trozo de papel: *“Antes de que la locura de la culpa acabe con mi vida, he decidido acabar yo con ella. Perdóname, Dios mío. No soy digna de entrar en Tu Reino. No solo por ponerle fin a mi vida de esta forma tan cobarde y ruin, sino también por haber traicionado y conducido a la muerte a mi amadísimo Giuseppe y a un alma pura e inocente como Mencía. Bien merezco por ello arder en el Infierno al lado de mi confesor personal y hermano de sangre, Stefano, quien me utilizó sin piedad alguna, vendiendo mi confianza cual Judas a los defensores en la sombra de la desaparecida inquisición pontificia, a cambio del cargo de diácono. Dios mío, a pesar de no merecer que escuches mis ruegos, te pido tengas misericordia con el cardenal y su protegida y seas inflexible con los Caprarola”*». —Alba me mira satisfecha cuando acaba de leer—. Me gusta.

—¿Para cuándo tendrás los dibujos?

—Como mucho, calculo que en un mes estarán listos; siempre y cuando esta vez me dejes trabajar tranquila con la estatuilla y no te abalances sobre ella al grito *gollumniano* de «mi tesoro», como cuando nos la entregó el Comando TPC, claro está.

—¡Yo no dije eso!

—Pero en tu cabeza seguro que sí... —ríe por lo bajini—. ¿Ya has

pensado en el título del relato?

—*Del sol y otras estrellas*. —Sonrío—. No podía ser de otra manera.

Guardo la libreta y me recuesto de nuevo al lado de mi amiga.

—Tenías razón. —Da un trago a su cóctel—. Sin duda esta era la mejor opción.

—Pues lo mío me costó convencerte para que vinieras...

—Si hubieses empezado por decirme que era un *resort* de lujo con playa privada y todo incluido, y no por «al final me decanto por Turquía»...

—Anda, no te quejes tanto y disfruta, que mañana a estas horas estaremos preparando las maletas.

—Quién te ha visto y quién te ve...

—¿Qué os hace tanta gracia?

Enzo y Luca se unen a nosotras después de más de media hora en el agua.

—La futura madre de tu hijo, a la que por lo visto los cambios hormonales alteran su forma de ver la vida. ¿O eso es producto del efecto Fossati?

Enzo sonrío, me da un fugaz beso en los labios, entrelaza su mano con la mía y las coloca sobre mi vientre.

Antojo continuo de *risotto* negro con sepia, así fue como nos enteramos de que estaba embarazada. Sin duda, el día más feliz de mi vida hasta ahora. Y no lo cambiaría por nada en el mundo. Y, por supuesto, a Enzo tampoco, porque cada momento que paso a su lado es único y me doy más cuenta de la suerte que tuvimos al coincidir nuestros caminos por casualidad. Porque a veces, la vida es simplemente eso, oportunidades que, si dejas escapar, nunca volverán. Y yo estoy contenta y orgullosa de haber sabido aprovechar la mía, aunque me haya costado un poquito...

—Usted perdone, futura señora Massini, no era mi intención molestarla.

Un par de meses después de la boda de la hermana de Luca, Alba me confesó que el ramo de la novia acabó en sus manos «sin saber cómo», pero que ella «no creía en esas cosas» y que «si participó, fue porque alguien la empujó»... Hasta que la semana pasada, por su cumpleaños, Luca se le

declaró..., y ahora lo tiene como talismán.

—Y para colmo se ha vuelto más respondona aún. —Se incorpora en la tumbona para poder ver a Enzo—. No me gustaría estar en tu pellejo los próximos seis meses y medio...

Enzo deja escapar una sonora carcajada.

—¿Ya se lo habéis dicho a Bianca? —pregunta Luca.

—Todavía no —comenta Enzo—, estamos esperando al miércoles para hacerlo en persona.

—¿Cuánto tiempo estará con vosotros?

—Dos semanas. —A Enzo se le ilumina la cara, y a mí también al verlo tan feliz.

Desde que Enzo —y yo con él— se ha instalado de forma definitiva en Roma, aunque le ha costado un poco, Giulia ha accedido a que Bianca le visite varias veces al año, y he de reconocer que se me cae la baba cada vez que veo a padre e hija juntos.

—¿Ya tenéis elegido algún nombre? No sé, por ejemplo, Alba, como su madrina.

Enzo y yo nos miramos cómplices y sonreímos.

—Si es niña, Mencía. Si es niño, Giuseppe.

—Me gustan los dos, aunque...

Me evado un momento de la conversación para leer el mensaje que me acaba de entrar.

—Es Carlo —les informo, entusiasmada por la noticia que voy a darles—. Esta mañana le han dado el alta definitiva a Chiara. Dice que aún está un poco aturdida, pero con muchas ganas de retomar sus estudios el próximo curso y, por supuesto, finalizar su cuadro.

—Podría ser una buena portada para el libro —me sugiere Alba.

—Sí, yo también lo creo. Tendremos que hablar con ella.

—Es una suerte que no le quedase secuela alguna.

Nos alegramos, y por un instante me sobrecojo al recordar la imagen de

Chiara yacente en el suelo.

—Espero que el hijo de la gran puta de Hugo se pudra en la cárcel —
escupe mi amiga con rabia y rencor—. Pobre Gio, entre todos le hemos
encerrado en ese psiquiátrico...

—Mejor cambiemos de tema... —proponen Enzo y Luca.

—Sí, mejor... —opina la propia Alba, mientras se pulveriza las piernas
con agua termal—. ¿Estás nerviosa por la entrevista de la próxima semana?

—¿Por qué iba a estarlo? —Jugueteo con los dedos de Enzo.

—Hombre, no sé... Tanto tiempo dándonos la tabarra con Renato Fontana
y ahora que ha llegado la hora de la verdad...

Y así es, porque después de años y años esperando la llamada, por fin el
que era mi sueño está a punto de cumplirse. Y no ha sido otro que Domenico
Vespucci, mi, además de jefe, buen amigo, quien me ha recomendado a la
«competencia» en cuanto se enteró de que había quedado una vacante libre
en el equipo de Fontana. Algo por lo que le estaré eternamente agradecida y
por lo que, aunque todavía lo mantenga en secreto, seguiré trabajando a sus
órdenes.

—¡Shhh! —la mando callar—. Estamos de vacaciones.

Apoyo mi cabeza en el hombro de Enzo y cierro los ojos con una sonrisa
en los labios, disfrutando del momento.

Agradecimientos

A Érika Gael, por sus sabios consejos, sus correcciones y su paciencia, ya que, sin su ayuda, esta aventura habría sido impensable.

Al equipo de Selección BdB (Ediciones B), en especial a Ilu Vílchez y a Lola Gude (que siempre está al pie del cañón con una sonrisa), por haberme dado la oportunidad de hacer realidad mi sueño de publicar una novela.

Y, sobre todo, a ti, lector, lectora, por haber escogido, de entre la inmensidad del océano de libros, *Contando estrellas* para pasar un rato, espero, entretenido.

Nota de la autora

Santa Maria Ligure es el nombre ficticio que le he dado a las ruinas de la iglesia Sant'Anna, situadas a escasos dos kilómetros de la localidad de Sestri Levante, en la región italiana de Liguria. Que en su día fuese un monasterio que funcionaba como «caja de caudales» así como la gruta son producto de la imaginación.

¿Qué pasaría si la historia de amor entre Marco Antonio y Cleopatra no fuese tal como nos la han contado? ¿Y si el jardín inglés de aquel palacete hubiese sido testigo de una verdadera leyenda de pasión? ¿Te imaginas que en realidad fuera la tradición popular la que tuviera un trasfondo mitológico y no al revés? Si estás cansado de elucubrar, *Planeta Birs • El blog de Christina Birs* es tu planeta ideal.

Visítame en christinabirs.com

Y en Facebook... www.facebook.com/christinabirs

Si te ha gustado

Contando estrellas

te recomendamos comenzar a leer

El granero, tú y yo

de Antonella de Quevedo

Selección RNR

ANTONELLA DE QUEVEDO

El granero,
tú y yo



Romance Actual

PRÓLOGO

Se marchó de casa corriendo campo a través, empleó para ello todas sus fuerzas, sin mirar atrás. Corrió y corrió con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo. Solo se detuvo cuando percibió que disminuía parte de su rabia.

Julián no quería aceptar lo que acababa de ocurrir. Su padre, echado a patadas de casa por su madre, la que para él era la mujer más bondadosa del mundo.

A partir de ese día odiaría a las mujeres con todas sus fuerzas, de manera injustificada o no, así lo haría. Se juró a si mismo que no le daría jamás la oportunidad a ninguna mujer de tratarlo como un trapo, aunque para ello tuviese que activar unas barreras imaginarias en contra del amor.

1

Eloísa, aparentando calma y normalidad, inspiró con intensidad y extendió sobre la gran mesa el mantel de los domingos. Apoyó las manos a ambos lados y agachó la cabeza para intentar tranquilizarse. Cuando terminó de preparar la mesa, se sentó sin dudar un instante de que Julián, su hijo, regresaría pronto y se sentaría con ella. Confiaba en que el berrinche cesara pronto si le dejaba su espacio.

Después de largo rato, escuchó el chirrido de la puerta al abrirse y unos pasos cansados que se dirigían hacia el comedor. Eloísa dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio que su hijo estaba de vuelta. Venía bastante sudado y con síntomas de haber estado llorando, pero aun así se sintió menos angustiada.

Julián, antes de tomar asiento, miró a su madre con frialdad, con escrutinio, se sentó agachando la cabeza y comenzó a comer. Quería evitar cualquier tipo de conversación.

—Espero que te guste, hijo. —Eloísa esbozó una sonrisa.

—¿De verdad te importa? —le soltó disgustado sin apartar la mirada de su

plato.

—Claro que sí, he guisado la carne como te gusta. —Estaba equivocado si pensaba que ella se iba a rendir. Tenía toda la paciencia y el amor del mundo para él.

—Así es como la odia papá —protestó Julián clavando sus ojos castaños en los de su madre, que brillaban y amenazaban con inundarse de lágrimas.

—Papá ya no está, no tiene sentido que cocine a su gusto —aclaró decidida pero sin alterarse.

Golpeando la mesa con los puños cerrados, Julián retiró la silla de un empujón y se marchó a su habitación ante la mirada triste de su madre. Los malos modos cada vez eran más frecuentes en Julián, un chico que siempre había sabido comportarse.

Una vez que estuvo en su habitación, cerró la puerta con pestillo y se tumbó en el puf gigante que tenía en el suelo. No tenía herramientas para apaciguar su frustración, pero sí era consciente de que no quería herir de manera gratuita a su madre.

No se sentía orgulloso por su comportamiento, pero de alguna manera necesitaba rebelarse contra alguien, y se daba la circunstancia de que solo estaba ella. No soltaba por su boca todo lo que pensaba y no por falta de ganas, un rescaldo de sensatez lo frenaba, porque, después de todo, no conocía al cien por ciento todo lo ocurrido entre sus padres. Era joven pero no imprudente, así que antes de odiar a su propia madre con todas sus fuerzas, sentía la necesidad de saber quién había sido el verdadero culpable de que su vida se tambaleara de esta manera tan asquerosa.

Los adoraba a ambos, y su madre siempre estaba ahí, pero el apoyo y la seguridad que le transmitía su padre eran cuanto creía que necesitaba para terminar de convertirse en un hombre. Sabía que su padre había tocado fondo por algún motivo que se le escapaba, pero para eso estaban ellos allí, para apoyarlo y ayudarlo.

No compartía en absoluto con su madre la decisión de echarlo a la calle como a un perro sarnoso. No, Julián sabía que de haberse tratado de un perro

sarnoso, Eloísa le hubiese dado atención veterinaria y cobijo.

Gritos, reproches y una maleta.

Esa maldita imagen lo acompañaría por siempre. Solo había podido entender, desde la planta de arriba, parte de la discusión.

Eloísa había echado a Fernando de la casa para siempre. Él le había pedido que lo dejara al menos despedirse de Julián, pero no se lo permitió alegando que eso complicaría aún más las cosas, que ya lo haría en otro momento.

Lanzando la pelota una y otra vez contra la puerta, sentado en el puf, desistió de su intento de contener las lágrimas. Necesitaba alguna vía física de escape, y llorar por segunda vez tal vez lo ayudaría. Pero tras un rato durante el cual el derroche de lágrimas no había sido capaz de apaciguar su malestar y su dolor, decidió ir en busca de la única persona con la que no debía guardar las formas ni las apariencias. Era su mejor amigo, solo que se trataba de una chica.

Estela descansaba en el granero leyendo uno de sus libros. Como cada tarde, incluso en domingo, se refugiaba en el granero de los padres de Julián huyendo del ruido de la máquina de coser de su madre, una mujer incansable que cosía de sol a sol para sacar adelante a su familia y ayudar a su marido. Julián acudía en busca de Estela cada vez que tenía ocasión. Vivían muy cerca y sus familias se apreciaban y ayudaban de forma mutua desde hacía muchos años, de ese modo habían crecido juntos.

Cuando niños, su relación había sido natural, fluida y divertida. Sus preocupaciones se habían basado en quien recogía más huevos o quien cruzaba más rápido el cercado. Pero desde que la adolescencia había hecho acto de presencia, ambos tenían la sensación de tener que medir sus palabras.

Julián era algo arisco, y ella, bastante susceptible.

A pesar de eso, sobrellevaban bien el descontrol hormonal, y la necesidad mutua los mantenía unidos. Cada vez eran más los vecinos que se rendían y vendían sus tierras, sus animales o sus casas en la zona para ir a vivir a la ciudad, así que eran casi los únicos adolescentes que habitaban aquel lugar tan hermoso de la sierra. La situación era muy difícil.

Durante los últimos meses, la inestabilidad en el hogar de Julián lo había trastocado a él y de paso a su carácter ya de por sí complicado. Pero Estela, como buena amiga, se aguantaba las ganas de patearle el culo y pasaba por alto sus malas contestaciones. Comprendía lo difícil de la situación y no quería ni imaginar que sus padres llegaran a separarse.

La puerta del granero se abrió con su característico chirrido por el óxido en las bisagras, y Estela supo que Julián venía en su busca. Había visto a Fernando salir de la casa con cara de pocos amigos, así que supo que Julián necesitaba hablar.

—¿Ya te has cansado de golpear la puerta con tu pelota? —masculló Estela sin levantar la vista del libro. Se moría de ganas por hartarlo a preguntas, pero sabía que con él esa táctica solo empeoraría las cosas.

—Todas las mujeres sois iguales, cada frase que soltáis es un dardo premeditado para hacer daño.

—Vale, venga. —Estela, dispuesta a aguantar el chaparrón, cerró el libro y le dio un abrazo que con brusquedad él rechazó.

—Mi padre se ha ido.

—Siento mucho que haya ocurrido, pero se veía venir. Tal vez sea lo mejor y...

—¡No se ha ido porque fuese lo mejor! ¡Mi madre lo ha echado!

Julián lanzó de una patada un cubo de metal, y Estela siguió con la mirada la trayectoria que hizo hasta caer junto a los sacos de maíz. Respiró hondo, apenada por la reacción de su amigo y por no ser capaz de encontrar en su vocabulario las palabras adecuadas para apaciguar el conflicto interno de Julián. Con los brazos en jarras y agachando la cabeza, el joven, incapaz de serenarse, reaccionó y se sintió avergonzado por su comportamiento. Estela no solo no se había defendido del ataque verbal, sino que permanecía allí, paciente y comprensiva.

—Espero que no cambies nunca, Estela —confesó para sorpresa de ella. Tomó aire algo más relajado.

—Cambiaré, y tú también lo harás. Solo tenemos quince años. No

podemos estancarnos, y la vida se encargará de ello. Yo imagino mi futuro lleno de amor y...

—Yo no pienso cambiar y también sé que jamás me casaré. En cuanto a ti, pobre del marido que te elija —la interrumpió dejándose caer sobre una paca de heno.

—Seré yo quien lo elija a él —lo increpó Estela algo ofendida.

—Del mismo modo lo compadeceré.

Estela se sintió desilusionada. Por un lado, por el mal concepto que se estaba creando sobre las mujeres por culpa de su padre y, por otro lado, le dolía pensar que nunca se fijaría en ella.

Estaba cansada de fingir ante sus padres y ante Julián. Se asombraba de lo poco suspicaces que eran tanto sus padres como Julián. Ella estaba haciendo un buen trabajo para no levantar sospechas, pero cada vez eran más los gestos cariñosos, los suspiros al aire y los corazones dibujados en cualquier superficie.

Cuando por fin había conseguido reunir la valentía suficiente para confesarle sus sentimientos, él estaba distinto, poco receptivo y manifestando sin censura que odiaba a las mujeres y que, además, jamás se casaría con ninguna.

Sin embargo, en lugar de rendirse, tomó aquella situación como una oportunidad a su favor. Era su oportunidad para consolarlo y, de camino, demostrarle que existían mujeres maravillosas dispuestas a ayudar y escuchar a cambio de nada.

Aunque ella sí quería algo cambio. Lo quería a él.